NICHOLAS WAPSHOTT

KEYNES VS HAYEK

EL CHOQUE QUE DEFINIÓ LA ECONOMÍA MODERNA

«El único libro que necesitas para entender el debate actual: intervención estatal versus libertad económica.»
Newsweek

DEUSTO

Wapshott Nicholas

Keynes Vs Hayek

Índice

Para Anthony Howard

Prefacio

Puede que fuera el episodio más inusual del eterno duelo entre los dos gigantes del pensamiento económico del siglo XX. Durante la segunda guerra mundial, John Maynard Keynes y Friedrich Hayek pasaron muchas noches juntos, a solas, en la azotea de la capilla del King's College de Cambridge.[1] Tenían que mirar al cielo y vigilar que no hubiera ningún bombardero alemán tratando de lanzar bombas incendiarias sobre las pequeñas y pintorescas ciudades de Inglaterra.

En la primavera y el verano de 1942, como represalia al bombardeo británico de la ciudad medieval de Lübeck, refugio antiaéreo de submarinos, y de Rostock, sede de la fábrica Heinkel de material bélico, los aviones alemanes bombardearon una serie de ciudades británicas que no tenían ningún tipo de valor estratégico. Exeter, Bath y York soportaron ráfagas que pusieron en peligro sus edificios más antiguos. Los periodistas británicos acuñaron la frase «The Baedeker Blitz» porque daba la impresión de que los estrategas de la Luftwaffe seleccionaban sus objetivos consultando la guía alemana que clasificaba las ciudades en función de su valor cultural. Aunque Cambridge albergaba pocas industrias armamentísticas importantes, tenía asegurado un puesto en la lista de ciudades a devastar por los nazis gracias a la universidad que había sido fundada en la Edad Media.

Noche tras noche, profesores y alumnos del King's, armados con palas, hacían turnos en la azotea de la recargada capilla gótica, cuya primera piedra puso Enrique VI en 1441. Los que hacían guardia en la catedral de San Pablo, en Londres, habían descubierto que si bien no era posible evitar los efectos de la explosión de una bomba, sí podían reducir al mínimo el daño provocado por los incendios. De este modo, Keynes, a punto de cumplir sesenta años, y Hayek, de cuarenta y uno, se sentaban a esperar el inminente ataque alemán, apoyando las palas contra la barandilla de piedra. Ambos compartían el miedo a no ser lo suficientemente valientes o hábiles para proteger su venerada azotea.

Resultaba particularmente adecuado que los dos economistas tuvieran que desafiar el peligro nazi, ya que ambos, en diferentes sentidos, habían anticipado la llegada de la tiranía nacionalsocialista y habían presagiado el auge de Hitler. Keynes era un joven profesor de economía del King's cuando, al estallar la primera guerra mundial, fue reclutado por el Ministerio de Hacienda, el ministerio de

finanzas británico, para recaudar dinero de Wall Street para financiar los esfuerzos de los aliados. Al terminar la guerra, en 1918, siguieron contando con Keynes para que les asesorara sobre la mejor forma de conseguir las máximas indemnizaciones de los derrotados alemanes.

Lo que Keynes descubrió en las conversaciones de paz de París le sorprendió. Mientras que los victoriosos líderes aliados, movidos por la venganza, soñaban con la miseria que esperaban provocar en el país alemán mediante penas financieras severas, Keynes veía las cosas de una forma ligeramente diferente. Creía que para provocar deliberadamente la miseria de un país como Alemania, había que imponer la pobreza total a sus ciudadanos, lo cual crearía las condiciones perfectas para el extremismo político, la insurrección e incluso la revolución. Keynes creía que el Tratado de Versalles, en lugar de propiciar un final justo para la primera guerra mundial, había preparado el terreno para la segunda guerra mundial. De vuelta a casa, escribió *Las consecuencias económicas de la paz*, una crítica devastadora a la locura de los líderes aliados. El libro fue un *best seller* en todo el mundo e impulsó a Keynes hasta lo más alto del panorama internacional, como economista que estaba en sintonía con el pueblo.

La mordaz elocuencia de Keynes no pasó por alto a Hayek, un joven soldado del ejército austríaco que había luchado en el frente italiano y que a su regreso encontró su ciudad natal, Viena, totalmente devastada y la confianza de sus ciudadanos absolutamente fracturada. Hayek y su familia sufrieron la acusada inflación que muy pronto golpearía la economía austríaca. Vio cómo los ahorros de sus padres se desvanecían, y esa experiencia le puso en contra de los que defendían la inflación como remedio para salvar una economía fracturada. Estaba decidido a demostrar que no había soluciones simples a los problemas económicos intratables, y que los que defendían los programas de gasto público a gran escala para acabar con el desempleo acabarían provocando no solo una inflación incontrolable, sino la tiranía política.

Aunque tanto Keynes como Hayek coincidían en los fallos que tenía el Tratado de Paz de Versalles, siguieron dedicando la mayor parte de los años treinta a hablar del futuro de la economía. Al poco tiempo, su desacuerdo incluía el papel que tenía que desempeñar el gobierno y la amenaza que suponía a las libertades individuales la intervención del mercado. El debate fue acalorado y descortés, y adoptó el espíritu de una disputa de tipo religioso. Cuando el crac del mercado bursátil de 1929 desencadenó la Gran Depresión, cada uno dio sus propios argumentos sobre cuál era la mejor forma de devolver la salud a la maltrecha economía mundial. Aunque eventualmente aceptaron estar en desacuerdo, sus ardientes disciplinas siguieron con su feroz batalla mucho después de su muerte.

En septiembre de 2008, Wall Street volvió a sufrir otro colapso, y volvió a estallar otra crisis financiera mundial. El presidente George W. Bush, claro partidario de la postura de Hayek y de las maravillas del libre mercado, tuvo que tomar una difícil decisión: quedarse mirando, mientras el mercado se iba ralentizando y llegaba a una depresión que podía rivalizar con la que había habido casi ochenta años antes, o adoptar rápidamente las soluciones keynesianas y gastarse miles de billones de dólares del gobierno para evitar que la fuertemente golpeada economía sufriera más daño. La perspectiva de dejar que el libre mercado hiciera de las suyas era tan alarmante que, casi sin pensárselo dos veces, Bush abandonó a Hayek y abrazó a Keynes. La elección de un nuevo presidente, Barack Obama, vino acompañada de la inyección de enormes cantidades de dinero prestado en la economía. Pero antes de que los fondos se hubieran gastado totalmente, se produjo una reacción violenta en contra de incurrir en estos niveles de deuda pública sin precedentes. El movimiento del Tea Party exigió un cambio de rumbo a la administración. «Hank, a los americanos no les gusta estar endeudados»,[2] reprendió la máxima representante del Tea Party, Sarah Palin, al secretario del Tesoro en octubre de 2008. Glenn Beck, comentarista político, reavivó la reputación de Hayek llamando la atención de los americanos hacia su *Camino de servidumbre* y hacia su olvidado ascenso a los primeros puestos de libros más vendidos de Austria. Ahora Keynes estaba fuera y Hayek dentro.

En este momento, las discusiones sobre las virtudes del libre mercado y la intervención del gobierno son tan acaloradas como en los años treinta. Pero ¿quién tenía razón, Keynes o Hayek? Este libro pretende responder a la pregunta que durante ochenta años ha dividido a economistas y políticos, y demostrar que las profundas diferencias entre estos dos hombres tan excepcionales han seguido marcando la profunda división entre las ideas de los liberales y los conservadores hasta nuestros días.

1

El héroe glamuroso

De cómo Keynes se convirtió en el ídolo de Hayek (1919-1927)

El mayor debate de la historia de la economía empezó con la simple petición de un libro. En las primeras semanas de 1927, Friedrich Hayek, un joven economista vienés, escribió a John Maynard Keynes al King's College, Cambridge, Inglaterra, para pedirle un libro de economía escrito cincuenta años antes por Francis Ysidro Edgeworth,[3] exóticamente titulado *Psicología matemática.* Keynes le respondió con una sola frase escrita sobre una tarjeta postal: «Siento mucho decir que mi reserva de *Psicología matemática* se ha agotado».

¿Por qué Hayek, un economista desconocido con poca experiencia, se dirigió precisamente a Keynes, probablemente el economista más famoso del mundo? Para Keynes, la petición de Hayek no era más que una carta más en su abultado correo. El prodigio de la economía de Cambridge no guardó constancia de la petición de Hayek, aunque era muy consciente de lo que estaba contribuyendo a la posteridad a través del atrevido enfoque del estudio de la política económica que había adoptado acumulando todas las notas y cartas que recibía. Los papeles que se publicaron a título póstumo llenaron trece volúmenes. Hayek, por su parte, en esa época parecía ser plenamente consciente de la importancia de su petición. Guardó a buen recaudo la escueta respuesta de Keynes y la conservó durante los sesenta y cinco años siguientes como recuerdo personal y trofeo profesional. Actualmente, esa tarjeta está en el archivo de Hayek, en la Hoover Institution en el campus de la Universidad de Stanford en Palo Alto (California), como prueba tangible de que Hayek había instigado la primera toma de contacto de lo que acabaría convirtiéndose en un intenso duelo en relación al papel del gobierno en la sociedad y al destino de la economía mundial.

A Hayek le interesaba Edgeworth porque analizaba en profundidad un tema que llegó a interesar mucho tanto a Keynes como a Hayek: de qué forma los recursos escasos podían maximizar la «capacidad de placer». La intimidantemente titulada *Psicología matemática: un ensayo sobre la aplicación de las matemáticas a las ciencias morales,* publicada en 1881, fue la obra más famosa de Edgeworth. Anticipó muchos de los debates que mantendrían los economistas a lo largo del próximo siglo, incluidos los debates sobre los conceptos de «competencia perfecta», «teoría

de juegos» y más importante para la inminente batalla entre Keynes y Hayek, la idea de que una economía podía llegar a un estado de «equilibrio» si todos los adultos sanos y capacitados estaban plenamente empleados. Edgeworth también fue uno de los primeros en exponer las teorías sobre el dinero y el sistema monetario, que en 1927 tanto Keynes como Hayek abordaron en profundidad. Hay una posibilidad, aunque muy remota, que explicaría por qué Hayek se dirigió a Keynes: Keynes había sucedido a Edgeworth como editor del *Economic Journal* en 1911.

Pero es difícil imaginar por qué Hayek pensó que Keynes podía estar en posesión de aquello a lo que en broma se refería como su «reserva de *Psicología matemática*», como si conservara una reserva secreta de los libros prohibidos de Edgeworth. Aunque Edgeworth era poco conocido entre los economistas británicos, *Psicología matemática* se había difundido bastante. Si bien había una profunda división entre la escuela de economía británica centrada en las enseñanzas del mentor de Keynes, Alfred Marshall[4] en Cambridge, Inglaterra, y la variedad continental, que estaba centrada en las teorías de la inversión de capital (el dinero invertido en una empresa) expuestas en Viena por el mentor de Hayek, Ludwig von Mises,[5] también había una buena dosis de contacto y un buen nivel de desacuerdo entre las dos posturas. Los economistas marshallianos se basaban en una interpretación sensata de la idea y de cómo trabajaban las empresas en la práctica, que emanaba de la tradición mercantilista que había convertido Gran Bretaña en la nación comercial de mayor éxito de la historia. Las nociones de la «escuela austríaca» eran más teóricas y mecánicas, derivaban de una idea más intelectual que práctica de cómo podrían funcionar las empresas.

Básicamente, todos los austríacos podían leer en inglés y estaban muy versados, e incluso persuadidos por la tradición británica; los ingleses, en su gran mayoría, no podían leer alemán, e ignoraban el trabajo de los teóricos austríacos y alemanes. Pero el vínculo entre los académicos era tal que las fronteras nacionales significaban muy poco. El intercambio de libros y periódicos continuó durante los horrores de la primera guerra mundial, a pesar de que los estudiosos se encontraban en lados opuestos de las trincheras. El filósofo Ludwig Wittgenstein, amigo de Keynes de Cambridge y primo lejano de Hayek,[6] escribió a Keynes mientras estaba sirviendo en el ejército austríaco en el frente italiano: «¿Podrías enviarme (un nuevo volumen del filósofo de Cambridge Bertrand Russell) y te lo pagaría al terminar la guerra, por favor?».[7] Keynes accedió de buen grado.[8]

Aunque Hayek no fuera capaz de encontrar un ejemplar de *Psicología matemática* en la extensa biblioteca de la Universidad de Viena, resulta difícil imaginar que su siguiente intento fuera el mundialmente famoso Keynes. Éste no era un simple miembro del King's College (Cambridge) que enseñaba economía a sus alumnos. A los cuarenta y dos años, era famoso en todo el mundo por el papel

que había tenido como negociador del Tesoro británico en la Conferencia de Paz de París, precursora del Tratado de Versalles, que supuso el fin del cataclismo de la primera guerra mundial. Al revelar al gran público la intensa xenofobia y nacionalismo que habían guiado las deliberaciones de París, Keynes se había convertido en un personaje famoso no sólo en Gran Bretaña, sino también en Europa, particularmente en las naciones derrotadas de Austria y Alemania.

La adelantada visión de la economía y de las finanzas de Keynes era tan considerable que cuando Gran Bretaña declaró la guerra en septiembre de 1914, le contrataron para negociar un enorme crédito a prestamistas estadounidenses. El crédito era enorme, no solo porque tenía que financiar el esfuerzo bélico británico en todo el mundo, y defender un imperio que cubría la mitad del planeta, sino también porque los banqueros estadounidenses no se fiaban de que los franceses y los italianos fueran capaces de pagar sus deudas, lo cual obligaba a Gran Bretaña a tener que responder por sus aliados. Los esfuerzos de Keynes fueron tan ingeniosos, y su encanto tan efectivo para acelerar los trámites burocráticos, que al finalizar la guerra, Keynes se unió al equipo para aconsejar cómo hacer que los alemanes pagaran por haber causado tanto daño y devastación.

Fue la guerra más destructiva de la historia. Básicamente, la lucha entre los poderes centrales de Alemania y Austria y los aliados, que incluían a Gran Bretaña, Francia, Rusia y, eventualmente, Estados Unidos, fue por el territorio y el comercio mundial. En unas semanas los dos bandos habían cavado miles de kilómetros de húmedas y profundas trincheras, de las cuales, ambos bandos hacían salidas suicidas. La guerra marcó el fin de una era caballerosa y el inicio de la era moderna. Las cargas de caballería y bayoneta poco a poco fueron dando paso a batallas con tanques, ataques con armas químicas y bombardeos aéreos. Tras cuatro años terribles, los alemanes se rindieron agotados, y cuando se firmó el armisticio en 1918 se contabilizaron diez millones de soldados muertos, ocho millones de desaparecidos, más de veintiún millones de heridos y casi siete millones de civiles fallecidos. Una generación de jóvenes europeos había sido masacrada o mutilada.

Según contó Hayek, Keynes era «una especie de héroe para nosotros, los centroeuropeos»[9] debido a la valiente condena que había dirigido a los líderes británicos, franceses y estadounidenses por exigir gravámenes atroces a los que habían quedado en la alianza derrotada. Su condenatorio relato de las conversaciones de París, *Las consecuencias económicas de la paz,* fue publicado unos meses después de la firma del Tratado de Versalles, y fue un éxito mundial inmediato. Contenía ataques irreverentes a los líderes aliados, incluidos retratos devastadores del presidente estadounidense Woodrow Wilson, del primer ministro francés Georges Clemenceau,[10] y del primer ministro británico David Lloyd George.[11] Las predicciones de Keynes sobre que las gravosas

indemnizaciones iban a generar inestabilidad y extremismo político, e incluso desencadenar otra guerra mundial, acabaron siendo espeluznantemente clarividentes. Lo que Hayek no sabía cuando intentó convencer a Keynes por primera vez era toda la educación y formación que había recibido el joven profesor de Cambridge.

Keynes había nacido en una familia de académicos. Su padre, Neville, escribía libros de economía y trabajaba en la Universidad de Cambridge. Su madre, Florence, también era una intelectual, y una de las primeras en graduarse en la institución exclusivamente femenina del Newnham College, en Cambridge, ciudad de la que fue la primera mujer alcalde. Keynes tenía una mentalidad más independiente y original que sus padres. Tras estudiar en Eton, la escuela secundaria más destacada entre los hijos de la aristocracia británica, Keynes estudió matemáticas en el King’s College. Poco después fue adoptado por el mentor de su padre, Alfred Marshall, el hombre del bigote blanco y el alma de la economía británica que había escrito el que, durante mucho tiempo, fue el libro de economía más importante del mundo, *Principios de economía (*1890), en el que introdujo conceptos de economía básicos como la noción de que los precios se determinaban cuando la oferta satisfacía la demanda y de que el uso de un objeto determinaba su valor. Impresionado por la brillantez de Keynes, Marshall le animó a abandonar las matemáticas y a dedicar todas sus energías a la economía.

En Cambridge, Keynes desarrolló una serie de amistades intensas con un grupo cuyas ideas bohemias iban a guiar sus pensamientos y sus acciones durante el resto de su vida. El grupo de Bloomsbury,[12] formado por escritores, que muy pronto se hicieron famosos, como Lytton Strachey,[13] Virginia Woolf,[14] y E. M. Forster,[15] y por artistas visuales como Duncan Grant,[16] Vanessa Bell,[17] Roger Fry[18] y otros, compartía una gran admiración por las ideas de G. E. Moore,[19] filósofo del Trinity College de Cambridge, que daba mucha importancia al valor de las amistades y la estética personal. El grupo rechazaba las convenciones victorianas estrictas, particularmente su moralidad sexual puritana, y sus miembros hablaban en un lenguaje privado para excluir a los demás. Las entrelazadas vidas amorosas del grupo eran lo que les mantenía unidos. Siguieron viviendo todos juntos en el barrio de Bloomsbury, al que el grupo debía su nombre y en sus artificiales casas rústicas de la campiña británica.

Keynes no era guapo, y no se consideraba atractivo, pero su presencia física imponía. Medía un metro noventa y ocho y siempre iba ligeramente encorvado, costumbre que había adquirido de pequeño. En cuanto salió de Eton, se dejó bigote. Lo que más llamaba la atención en él eran sus hundidos, cálidos y atractivos ojos color avellana que resultaban realmente sugerentes. Tanto los hombres como las mujeres caían rendidos a sus encantos. Su dulce voz era capaz de seducir a los más reacios a sus encantos. Como Hayek dijo: «Los que hemos

tenido la suerte de conocerle personalmente enseguida experimentamos el magnetismo de un brillante conversador, con una gran diversidad de intereses y una voz cautivadora».[20]

En cierto modo, Keynes era distinto al resto de sus vecinos de Bloomsbury, no por sus proclividades –era un ávido coleccionista de pintura moderna, un escritor prolífico y elocuente y un homosexual promiscuo y desvergonzado–, sino por el área de especialización elegida. Si bien los demás disfrutaban de una existencia artística enrarecida al margen de la sociedad convencional, desde donde podían criticar el orden establecido con impunidad, el talento de Keynes para la economía le hizo muy interesante y atractivo para los que gobernaron durante la guerra. Como rápidamente apuntaron sus compañeros del Bloomsbury, se había unido a la clase de los que detentaban el poder y que ellos tanto despreciaban. Como muchos en el grupo, Keynes tenía poco tiempo para dedicarlo al objetivo del gobierno de la primera guerra mundial de conseguir una clara y decisiva victoria y creía que para acabar lo antes posible con las carnicerías que se producían a diario en las trincheras, la guerra tenía que concluir rápidamente sin la victoria de ninguno de los lados.

Apenas había comenzado la guerra cuando, en noviembre de 1914, Keynes constató que el baño de sangre que estaba teniendo lugar en el frente oriental era intolerable. «Estoy total y absolutamente desolado», escribió a Strachey. «Me resulta totalmente insoportable ver cómo día tras día, los jóvenes son […] masacrados. Cinco alumnos de esta universidad, que estaban estudiando, o que acababan de graduarse, ya no están con nosotros, están muertos.»[21] A medida que la guerra se prolongaba, las muertes de jóvenes amigos iban acercando la carnicería a casa. «Ayer llegó la noticia de que dos de nuestros alumnos habían sido asesinados, y yo los conocía, a los dos», escribió al que había sido su amante Duncan Grant. «Y hoy, se ha muerto Rupert.»[22] La noticia de que el poeta de veintiocho años Rupert Brooke había muerto de camino al campo de batalla de Gallipoli impactó a toda la nación, pero fue particularmente triste para sus amigos del King's.

A pesar de sus tendencias pacifistas, Keynes estaba dispuesto a prestar su intelecto a los esfuerzos bélicos, no tanto por su patriotismo como por la curiosidad que sentía por saber qué iban a hacer los poderes públicos al respecto. Keynes desempeñó un papel más importante en la guerra que cualquier otro oficial no elegido. Y lo hizo bien. Como explicó su biógrafo R. F. Harrod:[23] «Ocupó la posición clave en lo que sin ningún tipo de duda fue el centro del esfuerzo económico inter-aliado, desarrolló la política y acabó siendo el responsable último de las decisiones».[24] Era un aspecto de la vida de Keynes que lo diferenciaba de Hayek: mientras Hayek estaba consumido por la propia teoría económica y mantenía una distancia deliberada de la política, a Keynes le interesaba la

aplicación de la economía como medio para mejorar la vida de los demás.

Cuando la guerra entró en su segundo año, 1915, el intento de Keynes por reconciliar su puesto en el Tesoro con su idea de que la guerra era inmoral empezó a afectar a sus amistades de Bloomsbury. A principios de 1916, le presionaron para que se uniera a ellos en contra de la guerra y se declarara objetor de conciencia.[25] El reprobador Strachey, que había perdido el afecto de Grant por causa de Keynes, fue el más tajante al dar a conocer su desacuerdo con la ocupación de Keynes. Después de que Edwin Montagu, secretario de finanzas del Tesoro, lanzara una diatriba despiadada contra los alemanes, Strachey recortó un artículo del periódico con los comentarios y lo dejó en la mesa en la que iba a cenar Keynes con una nota que decía: «Apreciado Maynard, ¿por qué sigues en el Tesoro? Tuyo, Lytton».[26] Strachey le dijo a su hermano James: «Iba a mandárselo por correo, pero dio la casualidad de que iba a cenar en el Gordon Square, como yo. Así que lo dejé encima de su plato. Realmente le molestó bastante». Strachey continuó: «¿Qué sentido tenía que siguiera imaginando que estaba haciendo algún bien a estas personas?… El pobre hombre parecía bastante decente, y reconoció que en parte se había quedado por el placer que le producía ser capaz de hacer el trabajo tan bien. Además daba la impresión de que creía que estaba haciendo un buen servicio al país ahorrándoles varios millones (de libras) a la semana».[27]

La presión hizo que Keynes acabara renunciando y empezara a dedicar mucho tiempo a defender a sus amigos objetores de conciencia de las condenas de cárcel. Pero siguió convencido de que su implicación en la gestión de la guerra estaba bien y de que su contribución llevaría a una política más benigna que la que habría si dejara el trabajo en manos de los demás. Cuando en noviembre de 1918 llegó la paz, se alegró mucho de haberse resistido a retirarse a la tranquila irresponsabilidad del King’s College. Pero el final de la guerra no le garantizaba que podía librarse de su trabajo público. Como uno de los cerebros más importantes de la política belicista británica, en enero de 1919, participó en la Conferencia de Paz de París asesorando al primer ministro Lloyd George sobre estrategia de negociación.

Keynes tenía muy pocas expectativas puestas en las conversaciones y las abordó de la misma forma que justificaba su implicación en la gestión de la guerra: le divertía estar involucrado en los asuntos del país. Pensaba que el resultado sería más justo y menos incivilizado, tal vez incluso civilizado, si podía tomar parte. Se sentía culpable de haber alimentado la máquina de la guerra y esperaba poder expiar sus sentimientos de culpa garantizando que el tratado fuera justo. Como dijo su biógrafo Robert Skidelsky:[28] «Estaba buscando la manera de hacer un acto de reparación personal».[29]

La mayor preocupación de los aliados era garantizar que «Alemania

compensara el daño que había hecho a la población civil aliada y a sus propiedades mediante su agresión por tierra, mar y aire».[30] Los franceses, liderados por su primer ministro Georges Clemenceau, fueron los más empeñados en insistir en que las naciones vencidas pagaran por la destrucción física y humana que habían causado. Pero muy pronto los aliados se encontraron con un problema. Cuanto más exigían que fueran confiscados los activos locales de Alemania y sus inversiones en el extranjero, su carbón y sus industrias del acero, su flota comercial marítima, etc., menos capacidad tenía Alemania para pagarles en sumas de dinero anuales. La creación de nuevos países, como Hungría, Polonia y Checoslovaquia, que, como miembros del antiguo Imperio alemán y austro-húngaro, habían enviado sus excedentes de bienes a las capitales imperiales, disminuyó todavía más la capacidad de los países conquistados para pagar.

Y hubo otras complicaciones. Una de las consecuencias del conflicto fue la revolución bolchevique en Rusia, que derrocó brutalmente a los demócratas mencheviques que habían puesto fin a las reglas del zar Nicolás II y querían estar en paz con los poderes centrales. Los aliados tenían que tener cuidado, no sólo con que las poblaciones vencidas satisfacieran sus demandas, sino también con que el comunismo se expandiera por las naciones derrotadas, socavando así la democracia. De hecho, poco después de que el emperador Guillermo II fuera depuesto en noviembre de 1918, cuando la derrota de Alemania se veía como algo inevitable, el nuevo gobierno democrático fue desafiado por un golpe liderado por los revolucionarios marxistas de la Liga Espartaquista encabezada por Rosa Luxemburg.[31] No obstante, los aliados siguieron preparando el terreno para los extremistas. Mientras discutían entre ellos para ver cuánto tenían que cobrar al gobierno alemán en Weimar, seguían reforzando el bloqueo que había provocado la rendición alemana. Al poco tiempo, un desastre humanitario arrasó Austria y Alemania provocando una situación de miseria general que proporcionó las circunstancias perfectas para que los revolucionarios ganaran adeptos.

En París, Keynes se convirtió en un tranquilo defensor de los países vencidos. Sostenía que Alemania no tenía que acabar muriéndose de hambre e hizo todo lo posible por asegurarse de que Austria, en particular, fuera tratada más indulgentemente, un hecho que tuvo mucha difusión en Viena, donde el joven Hayek acababa de regresar del frente italiano. Keynes entabló amistad con el doctor Carl Melchior,[32] socio del banco de Hamburgo M. M. Warburg y principal negociador de los alemanes en París. En una reunión secreta específicamente prohibida por los aliados, los dos hombres acordaron que si la marina mercante alemana se rendía a los aliados, empezarían a llegar provisiones a Alemania.

En mayo de 1918, Keynes habló en favor de las mujeres y niños que se morían de hambre en Austria. Según el acta de la reunión que dio lugar al acuerdo Melchior: «El señor Keynes afirma que le hubiera gustado poder describir

adecuadamente las terribles condiciones de Austria. Que la gente se moría de hambre en masa y que [los británicos] ya estaban prestándoles sumas sustanciales para comprar comida. Una parte importante de la población no tenía ropa. La gente estaba pasando muchas estrecheces y ya estaba siendo castigada por su participación en la guerra».[33] Fue la postura de Keynes en contra de los vencedores y a favor de ayudar a los austríacos, y su oposición al Tratado de Versalles, lo que garantizó el estatus de héroe que le concedieron Hayek y sus amigos vieneses.

Keynes, creyendo que las indemnizaciones podían ser desastrosas para la posibilidad de conseguir la paz permanente en Europa, se sentía cada vez más miserable. «Estoy totalmente agotado, en parte por el trabajo y en parte por la depresión que me produce ver el mal que hay a mi alrededor», escribió a su madre. «La paz es aberrante e imposible y no puede traer nada más que desgracia… supongo que he sido cómplice de toda esta maldad y locura, pero el fin está muy próximo.»[34] Escribió a Grant, que se había ido a trabajar a una granja para evitar ir a filas, que los líderes aliados «habían tenido la oportunidad de adoptar una visión grande, o al menos humana, del mundo, pero que la habían rechazado sin pestañear».[35] Escribió al canciller del Tesoro Público, Austin Chamberlain: «El primer ministro nos está conduciendo a un pozo de destrucción. La solución que está proponiendo para Europa la perjudica económicamente y la despoblará de millones de personas […] ¿Cómo puede pretender que contribuya a esta trágica farsa?».[36] Chamberlain, que una semana antes había expresado su «convicción de que una continuación de sus servicios en el presente es de gran importancia»,[37] no respondió.

Keynes abandonó el hotel Majestic, en el que se alojaba el resto del equipo del Tesoro, y buscó refugio en un apartamento adyacente al tranquilo Bois de Boulogne, al oeste de la ciudad. Tuvo un ataque de nervios y escribió a su madre: «Me paso la mitad del tiempo en la cama y sólo me levanto para hablar con el canciller del Tesoro Público [su aliado para rebatir las soluciones punitivas, el sudafricano Field Marshal J. C.] Smuts,[38] el primer ministro [Lloyd George]. […] La semana pasada lo vi todo con claridad y como no me gustó nada lo que vi, me volví inmediatamente a la cama».[39] Convencido de que podía hacer algo más por dar un poco de sensatez al tratado, Keynes renunció, escribiendo a Lloyd George: «Tengo que decirle que el sábado desaparezco de este escenario de pesadilla. Ya no puedo hacer más aquí… La batalla está perdida».[40]

Enardecido por lo que había visto y oído en París, Keynes decidió hacer buen uso de su experiencia y al cabo de dos semanas se instaló en una granja propiedad de Grant y su mujer, Vanessa Bell, en Charleston, al este de Sussex, para exponer de forma tranquila, extensa e implacable, y a veces divertida, la peligrosa absurdidad de las reivindicaciones de los vencedores. Escribió *Las consecuencias económicas de la paz* a un ritmo vertiginoso. Su opinión era que las conversaciones

de paz eran todo menos eso. Lo más probable era que el ansia de venganza y el deseo de ver a Alemania permanentemente humillada por haber provocado lo que describía como «la Guerra Civil Europea»[41] acabara provocando otro conflicto mundial. «Movidos por una ilusión insana y por un amor propio insensato, los alemanes habían derribado las bases sobre las que todos construíamos y vivíamos», escribió Keynes. «Pero los portavoces de los franceses y los británicos se han arriesgado a completar la ruina.»[42]

Keynes quería que sus lectores entendieran la enormidad del apabullante castigo impuesto por los aliados y que Alemania era incapaz de satisfacer las obligaciones que le imponía el tratado. Siguiendo el ejemplo del satírico *Victorianos eminentes* de Strachey, que había desbancado a ídolos británicos como la enfermera heroína de la guerra de Crimea, Florence Nightingale, Keynes desató la imaginación del público caricaturizando las personalidades que se habían reunido para celebrar una deprimente conferencia en la sala de estar del presidente Wilson en París. Clemenceau, «un hombre muy mayor que conserva su fuerza para ocasiones importantes […] cerraba los ojos, con frecuencia, y se reclinaba en su silla, impasible, con el rostro acartonado y las manos enfundadas en unos guantes grises cruzadas delante de él».[43] La actitud del primer ministro francés era de que «nunca tienes que negociar con un alemán o llegar a un acuerdo con él; tienes que darle órdenes», y creía que «una paz magnánima o de un trato igual y justo […] sólo puede reducir el plazo de recuperación de Alemania y adelantar el día en el que volverá a atacar a Francia en mayores proporciones».[44]

Keynes también fue bastante mordaz con Lloyd George, aunque su madre le convenció de que omitiera un párrafo en el que le describía como «esta sirena, este barbudo con patas de cabra, este visitante semihumano de nuestra era que procede de los bosques mágicos y encantados de la antigüedad celta».[45] Sin embargo, Keynes mantuvo su acusación de que Lloyd George, cínicamente, había convocado unas elecciones generales en plena negociación de París para garantizar la victoria de su gobierno liberal y que había tomado parte en una guerra de apuestas con sus rivales conservadores para ver quién iba a arruinar antes a Alemania.

Para Keynes, lo peor del tratado estaba, realmente, en los detalles. Alemania tenía que devolver Alsacia-Lorena, muy rica en carbón, que había conquistado en la guerra franco-prusiana de 1870, así como las provincias de Saar y la Alta Silesia, muy ricas en minas de carbón. Keynes pensaba que «la rendición del carbón destruiría la industria alemana».[46] Además, Alemania perdería sus ríos navegables, como el Rin, y su flota mercante y gran parte de sus locomotoras y material rodante. Creía que «el futuro industrial de Europa estaba muy negro y que había muchas perspectivas de revolución».[47]

Entonces llegaron las indemnizaciones. Keynes reveló que el principal

objetivo de Francia era asegurarse de que Alemania quedara reducida a un país de provincianos pobretones, mientras que franceses e italianos tenían otro objetivo: salvar sus economías de la ruina. Daba igual que la propia Alemania estuviera arruinada, que la bancarrota hubiera provocado su rendición, y que no estuviera en disposición de recaudar fondos con impuestos o préstamos. Keynes apuntó a las vengativas poblaciones aliadas cuya ansia de venganza era tan fuerte que «el cálculo de lo que Alemania podía llegar a pagar […] hubiera estado irremediablemente muy por debajo de las expectativas populares».[48] La suma en la que insistía el tratado estaba muy por encima de las posibilidades de Alemania. «Alemania se ha comprometido a pagar a los aliados la totalidad de su excedente de producción a perpetuidad.»[49] En opinión de Keynes, el tratado «iría despellejando a Alemania año tras año» y el tratado acabaría siendo «uno de los actos más atroces de un vencedor cruel de la historia del mundo civilizado».[50]

En cuanto la editorial Macmillan recibió *Las consecuencias económicas* en noviembre de 1919, lo publicó rápidamente, en sólo un mes. Incluso Strachey, que desde que había perdido a Grant por culpa de Keynes había sido supercrítico con los esfuerzos literarios de su amigo, no pudo disimular su deleite. «Queridísimo Maynard», escribió, «tu libro me llegó ayer y lo he devorado. […] En cuanto al argumento, es realmente demoledor, terrible.»[51] Keynes respondió, en tono irónico, que el libro había sido bien recibido. «El libro está siendo un éxito, está siendo muy bien acogido», escribió. «Cartas del gabinete de ministros diciendo que están de acuerdo con todas y cada una de sus palabras, etc., etc. Estoy esperando recibir una nota del primer ministro, en cualquier momento, diciéndome lo mucho que el libro representa sus opiniones y lo bien escrito que está.»[52]

La chovinista prensa popular acusó a Keynes de pro alemán y sugirió que no entendía lo importante que era que Alemania fuera adecuadamente castigada. Un artículo recomendaba que le concedieran la Cruz de Hierro, el máximo reconocimiento al valor de Alemania. Chamberlain, el jefe de Keynes, le acusó de deslealtad. «Sinceramente siento que alguien que ha ocupado un puesto de tanta confianza […] se sienta obligado a escribir con tanto empeño sobre el papel que su país ha desempeñado», escribió. «No puedo evitar tener miedo de que nuestra trayectoria internacional pueda verse afectada por estos comentarios.»[53] El libro, descrito por Harrod como «una de las obras más polémicas escritas en inglés»[54] y por Skidelsky como «una declaración personal única de la literatura del siglo XX»,[55] acabaría transformando la vida de Keynes. Desde ese momento empezó a estar muy solicitado por los periódicos de todo el mundo por sus comentarios sobre el tratado y por todo lo que tenía que ver con el comercio y la economía mundial.

Las ventas del libro hablaban por sí solas. La primera edición americana de 20.000 ejemplares se agotó inmediatamente. En abril de 1929, el cómputo era de

18.500 en Gran Bretaña y 70.000 en Estados Unidos. Fue traducido al francés, flamenco, holandés e italiano así como al ruso, rumano, español, japonés y chino. En junio, las ventas mundiales superaban las cien mil unidades. Para deleite de Keynes, el libro fue traducido al alemán. Y fue precisamente la edición alemana la que fue más popular en Viena. Como Hayek diría: «*Las consecuencias económicas de la paz* le había hecho mucho más famoso en el continente que en Inglaterra».[56]

2

Fin del imperio

Hayek experimenta la hiperinflación en primera persona (1919-1924)

Friedrich Hayek vivió una guerra bastante diferente a la de Keynes, dieciséis años mayor que él. Hayek, que cuando estalló el conflicto en 1914 era un estudiante de quince años, era muy alto para su edad, lo cual hacía que los que no lo conocían le preguntaran por qué no se había alistado. Los Von Hayek eran austríacos patrióticos, productos perfectos de la Viena de fin de siglo, que no cuestionaron la decisión del emperador de luchar al lado de Alemania. Pero Friedrich, el mayor de tres hermanos, no se alistó hasta marzo de 1917, cuando ya había cumplido los dieciocho años.

Su padre, August, doctor en medicina, era un profesor universitario ambicioso que nunca superó el sentimiento de fracaso por no haber conseguido el estatus de profesor a tiempo completo. Tuvo que consolarse dando clases de botánica a tiempo parcial en la Universidad de Viena. Al igual que en la familia de Keynes, el mundo académico estaba muy presente en la familia de Hayek. El padre de August, Gustave, era profesor de ciencias naturales de secundaria, y su suegro, Franz von Juraschek, era uno de los economistas más importantes de Austria. Parece ser que August contagió su ambición frustrada a Friedrich, que se alistó con la intención de ser profesor universitario en cuanto se restaurara la paz. «Crecí con la idea de que en la vida no había nada mejor que ser profesor universitario, sin una concepción clara de a lo que quería dedicarme […] incluso pensé en ser psiquiatra»,[57] recordó.

A diferencia de Keynes, que fue muy brillante en sus estudios, Hayek fue un mal estudiante y en dos ocasiones fue expulsado del colegio, según él «porque tenía problemas con mis profesores, que estaban molestos por la combinación de destreza, pereza y la falta de interés obvia que mostraba […]. Nunca hacía mis deberes y contaba con aprovechar las clases lo suficiente como para salir adelante».[58] Para su alivio, Hayek descubrió que su inteligencia manifiesta le situaba en los primeros puestos de la clase de formación de sus oficiales. «A pesar de no tener ninguna aptitud natural especial, e incluso pese a demostrar cierta

torpeza, emergí entre los cinco o seis mejores cadetes de una lista de setenta u ochenta»,[59] recordó. Al finalizar su formación, la guerra estaba entrando en su último año y Hayek lo pasó en el frente italiano a cargo del teléfono. Su vida estuvo en peligro en cuatro ocasiones por lo menos. En una ocasión, la metralla le astilló el cráneo. En otra atacó un puesto en el que había una ametralladora yugoslava en pleno funcionamiento, algo que jocosamente describió como «una experiencia desagradable».[60] Casi se ahorcó lanzándose en paracaídas desde un globo de observación. Y estuvo en un avión de observación que fue atacado por un caza italiano.

Pero básicamente, la guerra para él supuso una espera interminable acompañada de un aburrimiento agotador. Hayek buscó consuelo en la lectura, y tras leer un libro de economía que le prestaron, descubrió la disciplina que se convertiría en la pasión de su vida. «Los dos primeros libros de economía [que leí] … eran tan malos que me sorprendió que no me hicieran desistir definitivamente de continuar»,[61] dijo. Hayek empezó a interesarse por la transformación que había experimentado la economía del tiempo de paz durante la guerra, cuando el libre mercado había dado paso a las necesidades del estado. Leyó la obra de Walter Rathenau, un economista que se había convertido en político responsable del aprovisionamiento de materias primas para el esfuerzo bélico austríaco. «Creo que, probablemente, sus ideas sobre cómo reorganizar la economía fueron las que despertaron mi interés por la economía», dijo Hayek. «Y eran, sin ningún tipo de duda, ligeramente socialistas.»[62]

«Teóricamente, nunca había sido socialdemócrata, sino más bien lo que en Inglaterra se describiría como socialista fabiano»,[63] recordó Hayek. Le situaría a la izquierda de Keynes, durante mucho tiempo partidario de los liberales, partido progresista que defendía un camino intermedio entre la socialdemocracia, que pretendía introducir democráticamente la propiedad pública de las principales industrias, y el conservadurismo, la fe en el statu quo y en el libre mercado. «Nunca me sentí atraído por el socialismo marxista», dijo Hayek. «Todo lo contrario, cada vez que me topaba con el socialismo marxista, en su forma más dogmática […] me repelía profundamente. Pero el socialismo suave, el social político alemán, el socialismo de estado tipo Rathenau, fue uno de los alicientes que me llevó al estudio de la economía.»[64] Durante uno de sus permisos, Hayek se matriculó en la Universidad de Viena para estudiar economía en cuanto la guerra terminara.

Tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918, Hayek volvió a una Viena que había dejado de ser la ciudad colorida, sofisticada, y segura que había considerado su hogar. Además la guerra había dejado a Hayek en un estado físico lamentable. En sus últimas semanas contrajo la malaria. Derrotado, el emperador austrohúngaro Carlos I, que había liderado un imperio de cincuenta millones, se

absolvió a sí mismo de la obligación de ocuparse de lo que había quedado de su imperio. Cuando la guerra terminó, los movimientos separatistas aprovecharon el desconcierto reinante para crear estados independientes. El imperio perdió una séptima parte de su territorio en manos de nuevos países como Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia. Hungría también se separó de Austria y se declaró república marxista soviética. Los cambios revolucionarios afectaron incluso al apellido de los Von Hayek: por decreto del nuevo gobierno republicano de Austria, el prefijo «von» fue eliminado de los apellidos de las que habían sido familias prominentes.

El Tratado de Saint-Germain-en-Laye fue tan oneroso para Austria como lo había sido el de Versalles para Alemania. «La Austria alemana», el trozo de terreno que, como una cabeza sin torso, había sobrevivido a la disolución del Imperio austro-húngaro, tenía prohibido, por los vencedores, decir que era «alemana» y tenía prohibido alinearse con Alemania sin la autorización de la Liga de Naciones. Las privaciones que habían tenido que sufrir los austríacos durante la guerra, ya que los poderes centrales se arruinaron y no pudieron pagar, se vieron acrecentadas en la época de paz. Como recuerda Hayek: «Viena, que había sido uno de los mayores centros culturales y políticos de Europa […] se convirtió en la capital de una república de campesinos y trabajadores».[65] Despojada de sus rutas de aprovisionamiento imperiales, muy pronto la ciudad se quedó sin sus pocas tiendas de trigo húngaro y carbón checo. Productos básicos como el pan y la electricidad eran prohibitivamente caros. Mujeres y niños mendigaban por las calles.

Fue precisamente en medio de este alboroto, cuando apareció *Consecuencias económicas de la paz,* que fue ansiosamente devorado por Hayek y sus amigos. La motivación de Keynes había sido, como siempre, el deseo de aliviar el sufrimiento y describió la miseria de los austríacos como una de las desigualdades más notables de la posguerra. Acusó a los líderes aliados de mostrar una indiferencia despiadada hacia las dificultades de los austríacos. «Que Europa estuviera muriéndose de hambre y desintegrándose delante de sus narices era el único tema por el que era imposible despertar el interés de los cuatro [líderes aliados]»,[66] escribió. Los miembros del cuarteto estaban tan obsesionados con la venganza que parecían incapaces de darse cuenta de que estaban condenando a los países derrotados al caos y a la revolución. «El peligro al que nos enfrentamos», escribió Keynes, «es la rápida caída del nivel de vida de las poblaciones europeas hasta un punto en el que algunos acabarán muriéndose de hambre (un punto al que ya se había llegado en Rusia y casi en Austria) […]. Estos, en su aflicción, pueden acabar con lo que quede de la organización y hundir a la propia civilización.»[67] Los austríacos no podrán cumplir las condiciones y obligaciones que les impongan, «porque no tienen nada», escribió Keynes.[68] En Austria, escribió: «El hambre, el frío, la enfermedad, la guerra, la muerte y la anarquía están a la orden del día».[69]

Keynes hizo referencia a la opinión del gobierno alemán de que el pago de indemnizaciones haría retroceder la economía medio siglo, hasta una economía preindustrial que sólo era capaz de sostener una fracción de la población de la Alemania actual. «Los que firmen este Tratado firmarán la sentencia de muerte de muchos millones de hombres, mujeres y niños alemanes», escribió. «La condena afecta tanto a los austríacos, como a los alemanes.» Keynes citó un editorial publicado en *Arbeiter Zeitung*, el periódico vienés. «Todas las cláusulas (del Tratado de Saint-Germain) están impregnadas de crueldad y de implacabilidad, y no se puede detectar en ellas ni un ápice de humanidad, lo cual va en contra de lo que une a los hombres y es un crimen contra la propia humanidad, contra unas personas que sufren y son torturadas.» Keynes comentó: «Conozco con detalle el Tratado Austríaco y estuve presente durante la redacción de algunas de sus condiciones, pero no me resulta fácil rebatir la justicia de este ataque».[70]

Keynes apuntó a una amenaza insidiosa a la sociedad civil de Alemania y Austria; un aumento rápido de los precios. Incluso las familias vienesas estaban encantadas de que los Hayek, que antes de la guerra habían estado en una posición económica muy holgada, no fueran inmunes a este asalto galopante a sus niveles de vida. Unos zapatos que en 1913 costaban doce marcos, cambiaban de manos por treinta y dos billones de marcos una década más tarde. Una cerveza costaba mil millones de marcos. Los billetes de un millón de marcos se utilizaban para encender las estufas. Mientras que el precio de los productos básicos aumentaba, los ahorros de las familias como los Hayek disminuían y sus posesiones cada vez tenían menos valor. Los bonos del gobierno que los leales y patrióticos austríacos habían comprado para financiar la guerra dejaron de tener valor.

Para Hayek, que tenía diecinueve años, el fin de las hostilidades conllevaba un cambio de orientación profesional. Aunque se había matriculado en la Universidad de Viena para estudiar economía, cuando todavía estaba en el ejército hizo planes alternativos por si la guerra se prolongaba «indefinidamente».[71] Diseñó la que consideraba una huida digna de los peligros del frente: el cuerpo diplomático austríaco. Solicitó un traslado a la fuerza aérea, cuya prolongada formación le aseguraría que dispondría de tiempo suficiente para preparar el examen de entrada a la academia diplomática. «No quería ser un cobarde, así que al final decidí presentarme voluntario a la fuerza aérea para demostrar que no era un cobarde», dijo. «Creía que si aguantaba seis meses combatiendo en la fuerza aérea tendría derecho a desaparecer. Pero al finalizar la guerra todo se vino abajo. […] Hungría se vino abajo, la academia diplomática desapareció, y la motivación que había sido abandonar dignamente la lucha dejó de tener sentido.»[72]

Hayek abandonó su plan inicial y entró en el departamento de derecho de la Universidad de Viena, que daba clases de economía. Empezó a familiarizarse con la escuela austríaca de economía. Cuando Hayek empezó a estudiar económicas, la

escuela austríaca no era tan distinta de como sería después de enfrentarse a los marxistas que emergieron tras la primera guerra mundial, cuando empezó a promulgar las virtudes de dejar que el libre mercado funcionara solo, es decir de aplicar la filosofía del *laissez-faire* a la economía. La escuela austríaca estaba particularmente interesada en los precios, en particular en el «coste de oportunidad» de un producto, es decir, en las alternativas entre las que tenían que elegir los consumidores a la hora de comprar un producto. Si una persona opta por una cerveza, lo hace en lugar del vino; si una persona invierte dinero, renuncia al interés; si una persona vende inversiones, renuncia al precio que la inversión puede adquirir más adelante. Y así sucesivamente. Es la noción de coste de oportunidad la que está detrás de la teoría del capital de las distintas «etapas de la producción» en la que los productores renuncian a hacer un bien a fin de ofrecer un bien más valioso más adelante. Hayek empezó leyendo *Principios de economía política* y *El método de las ciencias sociales,* de Carl Menger,[73] que fue el primero en postular el concepto de utilidad marginal: que cuanto mayor sea la oferta de un bien, menor será su valor percibido. Fue alumno de Friedrich von Wieser,[74] que sostenía que los precios eran la clave para entender el funcionamiento del mercado y que los emprendedores eran fundamentales para garantizar el progreso a través del desarrollo de nuevos mercados.

La Viena posterior a la guerra fue un lugar perfecto para que Hayek pudiera dedicarse a explorar la economía. No era inmune a la inflación (aumento de los precios) que le rodeaba. Su padre, que como médico había podido ajustar sus tarifas al alza, pudo financiar la universidad de su hijo, pero no pudo pagar sus viajes de estudio al extranjero. Cuando en el invierno de 1919-1920 la Universidad de Viena cerró por falta de combustible para la calefacción, Hayek se pasó ocho semanas en Zúrich (Suiza), a expensas de amigos de su padre, botánicos, que según Hayek, «como parte de los esfuerzos generales para ayudar a los niños desnutridos de Alemania y Austria, querían ayudar al hijo de un amigo que acababa de volver de la guerra y no sólo necesitaba comida, sino que además tenía malaria».[75]

«El Zúrich de 1919-1920 me hizo hacerme una idea de cómo podía ser una sociedad "normal" en el período posterior a la guerra, ya que Viena seguía sufriendo la agonía de la inflación y de la cuasi inanición»,[76] dijo Hayek. Le hubiera gustado estudiar el segundo curso en la Universidad de Múnich ya que era un gran admirador del sociólogo Max Weber,[77] que daba clases allí. El plan se vino abajo, sin embargo, cuando en junio de 1920 Weber, a los cincuenta y seis años, murió de la gripe, a pesar de que en realidad no fue el principal motivo del cambio de opinión de Hayek. Según explicó: «En cualquier caso, los últimos niveles de inflación austríaca hubieran hecho imposible que mi padre pudiera asumir el coste de mis estudios durante un año en Alemania».[78] Pero algo bueno tenía que venir de tanto desánimo. En lugar de pasarse un año en Baviera, Hayek no tuvo más

remedio que buscar trabajo. En el proceso conoció al hombre que acabaría convirtiéndose en su mayor influencia tanto en su vida personal como profesional, Ludwig von Mises, un profesor de economía de la Universidad de Viena que tenía muchos contactos en el gobierno austríaco y que había hecho un estudio sobre el aumento de los precios que estaba teniendo lugar en su país. El narigudo Mises, una persona difícil, obsesiva, que llevaba un bigote a lo Charles Chaplin, acabaría convirtiéndose en el padre de la economía de mercado, en el autor de un estudio en profundidad de las deficiencias del socialismo, y en la inspiración de aquellos que creían que el dinero que había en una economía era la clave para entender la inflación.

Hayek dedicó dos años a estudiar economía, psicología y derecho, que consideraba «secundario» y se graduó en noviembre de 1921. Fue Wieser el que recomendó a Hayek a Mises para un trabajo de asesor legal de una entidad creada para gestionar la deuda de la guerra entre Austria y otros países. De este modo, Hayek empezó a trabajar en un área similar a la de Keynes. La primera reunión de Hayek y Mises fue muy poco prometedora. En una carta de recomendación, Wieser había descrito a Hayek como un «economista prometedor», ante lo cual el egocéntrico Mises le había dicho a Hayek: «¿Economista prometedor?, no te he visto nunca en mis clases».[79] A pesar de todo, Mises le ofreció el puesto, al que se incorporó en octubre de 1921.

Hayek pudo experimentar la desorbitada inflación que estaba experimentando Austria en cada una de sus nóminas. El sueldo del primer mes fue de cinco mil coronas antiguas, pero el mes siguiente tuvo que cobrar quince mil coronas para compensar la caída del valor de la moneda. En julio de 1922 Hayek cobraba un millón de coronas, para que su sueldo estuviera ajustado a la hiperinflación.[80] En solo ocho meses Hayek tuvo dos aumentos de sueldo. En enero de 1919 por un dólar americano te daban 16,1 coronas austríacas; en mayo de 1923 te daban 70.800 coronas.[81] El Banco Austro-Húngaro emitía billetes noche y día para poder satisfacer la demanda.

En *Las consecuencias económicas de la paz,* Keynes había hablado de los peligros del descontrol de la inflación en un lenguaje con el que le respondieron Hayek y sus seguidores. Keynes sabía que el tipo de cambio fijo entre las monedas, en relación al oro, previo a la primera guerra mundial, había sido superado por los acontecimientos, porque los gobiernos habían emitido dinero para pagar la guerra. Keynes recordaba a los lectores que la pérdida de valor de las monedas era una invitación para la revolución. «Dicen que Lenin ha dicho que la mejor forma de destruir el Sistema Capitalista es corromper la moneda», escribió Keynes. «Mediante un proceso continuado de inflación, los gobiernos pueden confiscar, secretamente y sin ser observados, una parte importante de la riqueza de sus ciudadanos.»[82] Keynes reconoció la perspicacia del líder bolchevique. «Lenin tenía

toda la razón», escribió. «No hay una forma más sutil y más segura de acabar con la sociedad que corrompiendo la moneda.»[83] En noviembre de 1918, según los cálculos de Keynes, «en Rusia y el Imperio austro-húngaro este proceso [de emitir dinero] ha llegado a un punto en el que de cara al comercio internacional la moneda no tiene prácticamente ningún valor». Pero Keynes advirtió de que «la preservación de un valor falso o falaz de la moneda, con tal de cumplir la ley expresada en la regulación de los precios, contiene, en sí misma, las semillas de la decadencia económica final».[84] Para los que, como Hayek, estaban en sus casas con el abrigo puesto porque no podían permitirse la calefacción, la advertencia de Keynes acabó haciéndose realidad.

Keynes dirigía sus pensamientos a buscar soluciones prácticas para la inflación de precios y el hundimiento del valor de las monedas. Fue contratado por el editor del *Manchester Guardian*, C. P. Scott, para editar una serie de suplementos que abordaran los problemas de la reconstrucción europea. Estos suplementos y las soluciones que proponían, rápidamente se convirtieron en un éxito internacional. Entre otros idiomas, los suplementos fueron traducidos al alemán, y Hayek, Mises y otros devoraron con avidez cada ejemplar.

«Leíamos con fruición sus famosas aportaciones […] y mi admiración se vio realzada por el hecho de que en su libro *Tratado sobre la reforma monetaria* (un libro que Keynes escribió en 1923, básicamente integrado por sus aportaciones a *The Guardian*) anticipó mi primer pequeño descubrimiento»,[85] explicó Hayek. El «pequeño descubrimiento» que Keynes había «anticipado» era que al vincular el precio de una moneda al oro —el patrón oro— los precios nacionales fluctuarían y no podrían ser controlados. Los gobiernos se encontraban ante una encrucijada: tener una moneda con un precio fijo o tener precios nacionales fijos. Como Keynes dijo: «Si el nivel de precios externo es inestable, no podemos mantener nuestro nivel de precios y nuestros intercambios estables. Y no hay más remedio que elegir».[86] En ese momento, Keynes y Hayek pensaban en líneas similares —inspiración simultánea, tal vez— a pesar de que Mises le había advertido a Hayek de que Keynes «estaba apoyando una buena causa con un argumento económico muy malo».[87]

Keynes recibió unos honorarios desorbitados por los suplementos de *The Guardian.* A menudo Keynes provocaba la frustración de C. P. Scott, que le decía que era «un pensador brillante y original» pero también «el hombre más obstinado y egocéntrico que había visto en su vida».[88] Entre aquellos a los que Keynes convenció de contribuir estaban H. H. Asquith, primer ministro británico durante la guerra; Ramsay MacDonald, futuro primer ministro británico de trabajo; Léon Blum, que iba a convertirse en primer ministro de Francia por tercera vez; Sidney Webb, cofundador, con su mujer Beatrice, del movimiento social democrático fabiano de Gran Bretaña y de la London School of Economics; Walter Lippmann,[89]

periodista estadounidense; Máximo Gorky, autor ruso; Harold Laski de la London School of Economics and Political Science; los historiadores de Oxford, Richard Tawney y G. D. H. Cole; el responsable de negociación alemán de la Conferencia de Paz de París, Carl Melchior; e incluso la reina de Rumanía. Para añadir un toque al grupo de Bloomsbury, Keynes contrató a Duncan Grant y a Vanessa Bell para que ilustraran la portada.

En el primer suplemento, publicado en abril de 1922, Keynes aportó tres artículos, incluidos dos que integrarían los primeros capítulos de *Breve tratado sobre la reforma monetaria.* El tema resultaba extremadamente interesante para los antiguos países beligerantes, cuyas monedas se habían visto notablemente devaluadas, casi sin excepción, desde 1914. Keynes creía que los países pagarían un precio más alto si sus monedas recuperaban el valor que tenían antes de la guerra, y propuso un nuevo orden fijando las monedas a sus precios actuales, dejando que la esterlina se revaluara al alza en un máximo del 6 por ciento anual.[90] Esto iba en contra de la línea defendida por el Tesoro británico y el Banco de Inglaterra, que querían que la libra esterlina recuperara el valor que tenía antes de la guerra.

El coste de devolver las monedas a las paridades previas a la guerra fue que se produjo una deflación masiva (una caída continuada en los precios) acompañada de tasas de interés elevadas y de la venta de tantos bienes en el extranjero como bienes importados. O como dijo Keynes, «de trabajo y esclavitud». A pesar del recelo de Mises, Hayek estuvo bastante de acuerdo con el informe de Keynes. Había sido Keynes quien había defendido que no era la inflación (aumento de los precios) ni la deflación, sino la estabilidad o continuidad de los precios lo que iba a impedir que las familias europeas tuvieran que soportar más injusticias. De hecho, cuando escribió: «El que nunca había "especulado", que siempre había procurado que a su familia no le faltara nada […] ha sufrido las peores situaciones»,[91] podría haber estado describiendo a la familia Hayek, que casi acaba muriéndose de hambre por su patriotismo.

En los suplementos, Keynes introdujo el primer paso para recomendar que los gobiernos controlaran sus economías, una línea de pensamiento que le distanciaría de los Mises, Hayek y otros devotos del libre mercado. Los gobiernos europeos se vieron obligados a elegir entre inflación y deflación. Para Keynes, era una evidencia de que el *laissez-faire* había dejado de ser apropiado. En su lugar, defendía la actuación del gobierno para impedir la fluctuación de los precios.

Mises y, eventualmente, Hayek creían que las «fuerzas naturales» del mercado que actuaban contra un «equilibrio» podían restablecer el orden hacia una economía fluctuante. Para Keynes, «quedarse sentado» y ser sacudido por «causas fortuitas que se escapan al control central» era inaceptable porque este tipo de

enfoque podría acabar provocando el caos en el nivel de los precios. Keynes concluyó, «tenemos que liberarnos de la profunda falta de confianza que tenemos en permitir que la regulación del estándar de valor esté sujeta a una decisión deliberada».[92]

En un fulminante asalto al mantenimiento del valor del dólar americano atesorando oro, política que descartaba por «enterrar en los sótanos de Washington lo que a los mineros del Rand les había costado tanto hacer salir a la superficie»,[93] Keynes añadió una observación que justificaría sus argumentos sobre las virtudes relativas del libre mercado y las de una economía controlada. En su opinión, el patrón oro —según el cual el precio de la moneda dependía del precio del oro— no era un mecanismo realmente propio del libre mercado porque el precio de intercambio venía fijado por los bancos centrales. «Nos guste o no, en el mundo moderno del papel moneda y del crédito bancario no se puede escapar de la moneda "controlada"», dijo. «La convertibilidad en oro no cambiará el hecho de que el propio valor del oro depende de la política de los bancos centrales.»[94] Era una línea de pensamiento que Hayek también acabaría adoptando.

Además Keynes empezó a estudiar la lógica que estaba detrás de la idea de que, con el tiempo, la economía acabaría deteniéndose en un punto en el que todo el mundo estaría empleado, una «verdad» que le había enseñado Alfred Marshall que también fue uno de los más importantes de la escuela austríaca. Al hacer un diagnóstico de la relación entre el dinero y los precios en el tiempo, Keynes concluyó que «a largo plazo» tenía que haber una relación constante entre la cantidad de dinero de un sistema y los precios estables. No obstante, «este largo plazo ofrece una indicación engañosa de cómo están yendo las cosas en el presente»,[95] sostuvo, ya que con el tiempo, lo que cambiaba los precios en relación a la cantidad de dinero era la velocidad a la que se gastaba el dinero (la «velocidad de circulación»), que podía alterar los precios desproporcionadamente con respecto a la cantidad de dinero. Si bien el equilibrio dependía del «largo plazo», dijo algo que acabaría convirtiéndose en una de sus frases más famosas: «A la larga todos estaremos muertos».[96]

La observación hacía referencia a la relación entre dinero y precios, pero Keynes iba a demostrar que «a la larga todos estaremos muertos» ocultaba una verdad más amplia para todos los esfuerzos de evaluar el papel que la teoría del equilibrio desempeñaba en la economía. Aunque Keynes tardó unos años en dejar de creer en la teoría del equilibrio, había encontrado una forma de explicar por qué el estado de equilibrio prometido no acababa con la elevada tasa de desempleo persistente. Aunque la teoría del equilibrio sugería que a la larga se llegaría a una situación en la que todo el mundo estaría empleado, Keynes demostró que el largo plazo era un plazo de tiempo elusivo que siempre se fijaba en algún momento indeterminado del futuro. Como la zanahoria que intenta motivar a un burro para

que siga corriendo tras ella, el largo plazo siempre era inalcanzable. Para los que posteriormente sugirieron que la aplicación de políticas de gasto para solucionar el desempleo podía provocar inflación a largo plazo, había preparado una réplica: «A la larga todos estaremos muertos».

La visión de Keynes del papel que la tasa de cambio desempeñaba en la determinación de la inflación fue particularmente pertinente para Hayek y otros seguidores de la escuela austríaca. Si bien muchos gobiernos europeos habían dejado que sus monedas fluctuaran libremente mientras esperaban una decisión sobre si el continente tendría que reinstaurar las condiciones económicas de 1914, el gobierno austríaco había decidido aumentar el valor de la corona sin demora. Un crédito de la Liga de Naciones a Austria estaba condicionado a los recortes de gasto público, incluida la abolición de setenta mil puestos de trabajo del gobierno y el fin de los subsidios de alimentos. En 1925 la corona tenía un valor elevado con respecto al oro. Mientras los artículos de Keynes en *The Guardian* abordaban los principios que aplicaban a la gestión de los tipos de cambio, Hayek y sus colegas estaban experimentando, muy directamente, las dolorosas consecuencias de las medidas tomadas para mejorar el valor de la corona.

Muy pronto Hayek empezó a ponerse nervioso y decidió visitar América para ser testigo directo de cómo funcionaba el capitalismo incontrolado. Gracias a que su salario se iba ajustando en función de la inflación, los ingresos de Hayek habían sido proporcionales al aumento de los precios e incluso había conseguido ahorrar un poco. En la primavera de 1922, Mises presentó a Hayek al profesor Jeremiah Whipple Jenks, de la Universidad de Nueva York, que estaba visitando Viena después de haber colaborado con un grupo de expertos en finanzas, incluido Keynes, contratados por el gobierno alemán para aconsejarle sobre cómo estabilizar el valor del marco.[97] Jenks, que pensaba en escribir un libro sobre las devastadas economías de los países centroeuropeos después de la guerra, invitó a Hayek a Manhattan para trabajar como investigador en el proyecto.

Hayek tenía tan poco dinero que cruzó el Atlántico con billete de ida únicamente ya que no podía permitirse el de ida y vuelta. Para ahorrarse el telegrama, Hayek no informó a Jenks del día de llegada. En marzo de 1923, desembarcó en el muelle de pasajeros situado en el West Side de Manhattan, con sólo veinticinco dólares en el bolsillo y fue directo a la oficina de Jenks, la Universidad de Nueva York, donde le dijeron que no podían contactar con el profesor. Hayek se encontró en un país extraño, sin dinero y sin amigos. Decidió buscar trabajo hasta que Jenks volviera y le ofrecieron un puesto de friegaplatos en un restaurante de la Sexta Avenida. Una hora antes de sumergir sus manos en el agua, recibió una llamada de la oficina de Jenks diciéndole que el economista había vuelto. Esto fue lo más cerca que estuvo de hacer un trabajo manual. De hecho, en sus noventa y dos años de vida, nunca trabajó en el sector privado.

Hayek afrontó su nueva vida americana con muchas ganas. Empezó a trabajar en su doctorado en la Universidad de Nueva York bajo la supervisión del profesor de economía J. D. Magee; asistió a las clases de Wesley Clair Mitchell, una eminencia en los círculos empresariales,[98] sobre el fenómeno por el cual los *booms* económicos (períodos de rápido crecimiento económico) iban seguidos de depresiones (períodos de contracción de la actividad económica); asistió a seminarios impartidos por el socialista alemán J. B. Clark en Columbia. Hayek sentía curiosidad por el secretismo de las investigaciones llevadas a cabo por la Reserva Federal, cuya acumulación de oro y manipulación del dinero había abordado Keynes extensamente. A continuación Hayek trabajó brevemente para Willard Thorp, economista que asesoró al presidente Wilson en las conversaciones de paz de París, momento que aprovechó para recoger información sobre las fluctuaciones en la productividad industrial de Alemania, Austria e Italia, lo cual le llevó a considerar la naturaleza y la predictibilidad del ciclo empresarial.

En mayo de 1924, sin dinero y sin suerte, Hayek volvió a cruzar el Atlántico. Al llegar a casa, encontró una carta que le informaba de que le había sido concedida una beca Rockefeller, una beca que, de haberla recibido antes, habría financiado su estancia en Estados Unidos un año más. Pero la oferta llegó demasiado tarde. Hayek no volvería a Estados Unidos en veinticinco años.

3

Las líneas de combate están trazadas

Keynes niega el orden económico «natural» (1923-1929)

A su regreso a Viena en 1924, Hayek recuperó su puesto de trabajo en el gobierno para administrar la deuda que Austria había contraído en la guerra. Mises tomó a Hayek bajo su protección y empezó a actuar como su mentor, tratando incluso de encontrarle trabajo en la cámara de industria austríaca. Cuando Hayek empezó a cortejar a Helen Berta Maria von Fritsch, Mises ayudó a cimentar la relación invitando a la pareja a cenar a su casa.

Fue Mises el que hizo que Hayek empezara a dudar de las virtudes del socialismo. El libro de Mises de 1920 *Economic Calculation in the Socialist Commonwealth* y su obra de referencia *El Socialismo: análisis económico y sociológico*, de 1922, hicieron que Hayek se cuestionara sus ideas socialdemócratas y le ayudaron a convencerse de que el colectivismo era un dios falso. Como dijo Hayek: «El socialismo había prometido satisfacer nuestras esperanzas de tener un mundo más racional y más justo. Y entonces llegó [*El Socialismo* de Mises]. Nuestras esperanzas se desvanecieron. *El Socialismo* nos dijo que habíamos estado intentando mejorar en la dirección equivocada».[99]

La mayor objeción de Mises a una sociedad comunista o socialista era que ignoraba el mecanismo de precios que él consideraba esencial para que una economía operara eficientemente. En *Economic Calculation* decía que puesto que en una sociedad socialista el gobierno detentaba la propiedad de las principales industrias —los «medios de producción»— y por lo tanto fijaba los precios de los productos, el objetivo primordial de los precios, la distribución de los recursos escasos, era totalmente redundante. Afirmaba que «cada paso que nos aleja de la propiedad privada de los medios de producción y del uso del dinero también nos aleja de la economía racional».[100] Los argumentos de Mises constituyeron la esencia del debate que se iba a producir entre Keynes y Hayek, y presagiaban una de las posteriores opiniones de Hayek, que el socialismo, al ignorar los precios del mercado, privaba a los individuos de su contribución única a la sociedad —expresar, a través de su predisposición a pagar un precio, su juicio sobre el valor de un objeto o servicio—. La planificación central, diría Hayek, priva a los individuos de una libertad fundamental.

Mientras Mises trataba de encontrar un puesto de investigación financiado por el gobierno para Hayek, éste empezó a escribir un informe de lo que había aprendido en Estados Unidos, en el que decía que el bajo precio del crédito de Estados Unidos iba a hacer que se produjera un período de crecimiento económico en las industrias de bienes de capital que, en su opinión, acabarían siendo insostenibles. Sacó conclusiones en relación con la naturaleza del ciclo empresarial, lo que él llamaba «fluctuaciones industriales» que acabarían siendo esenciales para su contribución a la teoría económica y al campo de batalla en el cual se batiría con Keynes. Para convertirse en profesor universitario asalariado, Hayek tenía que publicar una obra original. Para ello empezó a reunir hechos y argumentos para desarrollar lo que esperaba que fuese una importante contribución a la teoría del dinero. Esto, también, haría que estuviera en conflicto con Keynes.

Durante su estancia en Estados Unidos, Hayek concluyó que el ciclo empresarial —en el que una economía solía pasar de un período de prosperidad y actividad elevada a un período de quiebras empresariales y desempleo— era un tema digno de estudio. Al haberse familiarizado con las herramientas de investigación empírica, cuyo uso estaba muy difundido en el país norteamericano, a pesar de que todavía no habían sido adoptadas por los economistas europeos, como los estudios de tiempos y movimientos del comportamiento de los trabajadores y el registro del rendimiento de las fábricas y las máquinas, esperaba crear un instituto en el que pudiera estudiar el ciclo económico con detalle. Hayek propuso la idea a Mises, que se mostró tan escéptico que incluso la desdeñó. Mises no creía que la economía pudiera ser tratada como una ciencia natural, y pensaba que los intentos por registrar los elementos de un ciclo económico serían inútiles y conducirían a error.

Al mismo tiempo, en Gran Bretaña, la mente de Keynes se movía muy deprisa. Estaba reuniendo los suplementos de *The Guardian* para publicarlos en un libro, y durante los meses previos a la publicación en diciembre de 1923, empezó a trabajar en un nuevo libro sobre el papel del dinero en la sociedad: *Tratado sobre el dinero.* Sus sinceras y directas contribuciones al debate económico eran muy demandadas, desde *The Guardian*, órgano de las clases dirigentes, hasta el populista *Daily Mail.* Tras asumir la presidencia de *The Nation and Athenaeum* en marzo de 1923, también escribió sobre acontecimientos de actualidad en sus columnas.

La alta tasa de desempleo que afectaba a Gran Bretaña a principios de los años veinte empezó a preocupar a Keynes. Su motivación era la compasión por los que no tenían trabajo y la indignación porque la economía estuviera dispuesta de tal modo que una gran cantidad de desempleados —1,1 millones, o más del 11,4 por ciento de la fuerza laboral, en julio de 1923— fueran condenadamente necesarios. Esto le hizo cuestionarse la teoría que Alfred Marshall le había

enseñado: que a la larga la economía llegaría a un estado de equilibrio y pleno empleo. Mientras las cifras del desempleo seguían subiendo, Keynes promovía cada vez más su visión de que el gobierno tenía que reducir los tipos de interés emitiendo bonos del Estado. Además, estaba convencido de que el gobierno tenía la obligación de emplear directamente a los trabajadores en proyectos de trabajo públicos, como por ejemplo construir carreteras.

El tipo de interés de la libra esterlina estaba en el centro del debate económico. A finales de 1920, Keynes había propuesto que la mejor forma de restaurar la salud económica de Gran Bretaña tras la primera guerra mundial era fijar el tipo de cambio de la libra a 3,60 dólares, el nivel de mercado al que había caído desde su cambio a 4,86 dólares previo a la confrontación, debido a la gran cantidad de dinero que había tenido que pedir prestado a los bancos estadounidenses para financiar la guerra. Creía que al fijar la libra a 3,60 dólares los precios se mantendrían estables y la tasa de desempleo se mantendría entre un 6 y un 7 por ciento. Su propuesta fue ignorada por los oficiales del Tesoro y por el Banco de Inglaterra, que preferían que la libra recuperara la paridad anterior a la guerra.

Entre 1921 y 1922, la economía británica sufrió en simultáneo los horrores de tasas de interés elevadas, salarios altos, precios en descenso, una libra en alza (que hacía las exportaciones demasiado caras, provocando un desequilibrio comercial), y un desempleo elevado. En julio de 1923, a pesar de que Gran Bretaña estaba en una situación económica nefasta, el Banco de Inglaterra, en su deseo de revalorizar la libra, subió el tipo de interés de un 3 a un 4 por ciento.[101] Keynes arremetió contra la dirección del banco por haber introducido «uno de los movimientos más desacertados de ese indicador que se habían producido nunca. […]. El Banco de Inglaterra, actuando bajo la influencia de una doctrina estrecha y obsoleta, ha cometido un gran error».[102]

Al mes siguiente, en la reunión del Liberal Summer School en Cambridge, advirtió de que el propio capitalismo corría el riesgo de recibir «ataques y críticas de los innovadores socialistas y comunistas» a menos que el gobierno, o el Banco de Inglaterra, empezaran a manejar la economía. En diciembre, en una conferencia que dio en el National Liberal Club de Westminster, siguió con esta crítica al atacar en toda regla la confianza del gobierno en las ideas del libre mercado para resolver sus problemas económicos.

«Es obvio que una sociedad individualista dejada a su antojo no funciona bien o ni siquiera tolerablemente», declaró. «Cuanto más difíciles son las cosas, peor funciona el sistema del *laissezfaire*.» Como en *Tratado,* publicado ese mismo mes, que con la típica audacia keynesiana estaba «humildemente dedicado a los directivos y al tribunal del Banco de Inglaterra», Keynes sostenía que la solución

para la lamentable situación económica de Gran Bretaña estaba en manos de su banco central, que podía, sin necesidad de recurrir a una nueva legislación, controlar la economía británica y el ciclo económico recortando los tipos de interés y emitiendo bonos. Una vez más, Keynes advirtió seriamente acerca de los peligros de la inacción. «Les aseguro que a menos que [la dirección del banco] recupere la sensatez a tiempo, nuestro sistema funcionará tan mal que se verán superados por consecuencias inevitables que odiarán mucho más que las soluciones atemperadas y limitadas que les estamos ofreciendo ahora.»[103]

El año que Hayek estuvo en Estados Unidos, 1924, resultó ser un período clave para el rápido desarrollo de los argumentos de Keynes en contra del libre mercado. En enero, Ramsay MacDonald se convirtió en el primer ministro de trabajo británico, aunque de un gobierno minoritario, privando a los conservadores de la mayoría en la Cámara de los Comunes. En abril de 1924, una carta publicada en *The Nation* defendió un programa de obras públicas financiado con impuestos para volver a poner el país en movimiento. La propuesta fue una maniobra del exprimer ministro liberal Lloyd George para demostrar que su partido protegía más a los trabajadores que el partido laborista, compuesto por los sindicatos y que amenazaba con desplazar de forma permanente a los liberales como alternativa natural a los conservadores en Gran Bretaña. Keynes se unió al debate al mes siguiente con un artículo titulado «¿Necesita el desempleo una solución drástica?». La respuesta, sugería Keynes, era un rotundo sí.

«Tenemos que recordar que la prosperidad es acumulativa.[104] Estamos estancados. Necesitamos un impulso, una sacudida, una aceleración», argumentó Keynes. Como «último recurso para el desempleo», sugirió que se invirtieran cien millones de libras en viviendas públicas, en la mejora de las carreteras y en la red eléctrica. Sugirió que si se estimulaba la economía se recuperaría la confianza empresarial. «Vamos a ver qué pasa si seguimos estas líneas con audacia», escribió, «aunque es muy probable que algunas cosas salgan mal.»[105]

La actitud despreocupada de Keynes con el dinero de los contribuyentes era chocante, al menos para el canciller de trabajo Philip Snowden, que superaba a muchos conservadores en sus visiones conservadoras en relación a cómo tenía que ser administrada una economía. «No forma parte de mi trabajo como canciller del Tesoro Público presentar propuestas de gasto de dinero público a la Cámara de los Comunes», dijo a sus compañeros del Parlamento. «La función del canciller del Tesoro Público, a mi modo de ver, es resistir las demandas de gasto de sus colegas y, cuando no pueda resistirse, limitarse a concederles el mínimo nivel de aceptación.»[106] Pero Keynes estaba convencido de que el gasto era esencial y que el derroche era el menor de los males. «Si invertimos en nuestro país, aunque lo hagamos mal o de una forma desmesurada —escribió—, al menos el país podrá mejorar algo; incluso el esquema de viviendas peor diseñado y más extravagante

nos dejará algunas casas.»[107]

Keynes volvió a su tema radical en un segundo artículo para *The Nation.* «Al considerar cómo [estimular la inversión local]», escribió, «todo conduce a mi herejía, si se puede considerar una herejía. Adelante el Estado. Abandono el *laissez-faire*. […] Confiaba más en la empresa pública que en la privada, libre y a su aire. La empresa privada ya no es libre —está controlada y amenazada en muchos sentidos […]—. Y si la empresa privada no es libre, no podemos dejar que vaya a su aire.»[108]

Animado con su tema, Keynes estaba preparado para dar el siguiente paso en su moderada revolución de pensamiento: sugirió que el *laissez-faire* era engañoso, ilógico y que se había visto superado por los acontecimientos. Presentó este argumento en una conferencia que dio en el seminario Sidney Ball Memorial de la Universidad de Oxford titulada «El fin del *laissez faire*», antes de hacerlo en la Universidad de Berlín, dos años después, donde la repitió palabra por palabra en beneficio de los alemanes —y de los austríacos que hablaban alemán, como Hayek, por ejemplo—. Keynes estaba en pleno modo Bloomsbury: se mostraba inteligente, elocuente, sarcástico, radical y quería acabar con el viejo orden. Al liderar el asalto intelectual al *laissez-faire*, Keynes fue mucho más allá de los límites de la teoría económica, que era mucho menos conocida que en la actualidad, y desarrolló ideas sobre cómo garantizar que los individuos pudieran gozar de la felicidad máxima.

Keynes empezó haciendo un recorrido por el horizonte de los pensadores, que iban desde la Ilustración hasta el presente, pasando por todos los que habían defendido el *laissez-faire* como algo respetable, natural, justo e inevitable. Reconoció el mérito de aquellos a los que calificaba de «economistas» por haber templado las discusiones de los «individualistas conservadores», como John Locke,[109] David Hume,[110] y Edmund Burke,[111] y los «igualitaristas democráticos», Jean-Jacques Rousseau,[112] William Paley,[113] y Jeremy Bentham,[114] sosteniendo que «a través de la actuación de las leyes naturales los que persiguen su propio interés con lucidez en condiciones de libertad siempre tienden a promover el interés general».[115] O, dicho brevemente, que el bien público era la suma de los intereses particulares de todos los individuos combinados. Era la opinión que expresó el sociópata Bitzer en *Tiempos difíciles,* de Charles Dickens: «Estoy convencido de que ya sabe que la totalidad del sistema social es una cuestión de interés personal».[116] Para Keynes, el resultado de confiar en el interés personal era el fin de la política, porque «el filósofo político podría retirarse en favor del empresario —y porque éste podría conseguir el *summun bonum* del filósofo simplemente persiguiendo su propio beneficio».

Para estos pensadores Keynes se sumaba a Charles Darwin,[117] cuya teoría de la evolución de los más fuertes había sido ampliada por algunos para explicar el

comportamiento económico. Si bien los economistas sostenían que la libre competencia había dado lugar a Londres, escribió Keynes, «los darwinistas lo hubieran superado —la competencia había dado lugar al hombre—». Para los que sostenían que el libre mercado ofrecía una solución justa a las distintas reivindicaciones, Keynes aclaró: «*No* es verdad que el individuo tenga una "libertad natural" prescriptiva en sus actividades económicas. *No* hay nada que otorgue derechos perpetuos a los que tienen o a los que adquieren. El mundo *no* está tan gobernado desde arriba como para que el interés privado y el social siempre coincidan. *No* está tan gobernado desde abajo como para que en la práctica coincidan. *No* es una deducción correcta de los principios de economía que dicen que el interés propio siempre opera en el interés público. Tampoco es cierto que el interés propio esté bien informado; por lo general los que actúan por su cuenta para promover sus propios intereses son demasiado ignorantes o demasiado débiles para conseguirlos. La experiencia *no* ha demostrado que los individuos, al formar una unidad social, sean menos lúcidos que cuando actúan por separado».[118]

Por si alguien le acusaba de ser un socialista declarado, Keynes se dedicó a criticar el proteccionismo y el socialismo marxista, las dos grandes tradiciones políticas que se oponían a las soluciones del libre mercado, y las acusó de impulsar el sistema que ellas mismas despreciaban. Si bien el proteccionismo era plausible, aunque erróneo, Keynes reservó el grueso de sus ataques para los marxistas. Se preguntaba «cómo es posible que una doctrina tan ilógica y tan estúpida pueda haber ejercido una influencia tan grande y duradera en la mente de los hombres».[119] Más adelante rechazó el socialismo por ser «un poco mejor que la polvorienta capacidad de un plan para resolver los problemas de hace cincuenta años, basado en una mala interpretación de lo que alguien dijo hace cien años».[120] Keynes hizo todo lo posible por dejar claro que, a diferencia de los marxistas y algunos socialistas, no estaba defendiendo que el estado reemplazara a la empresa privada. «Lo importante para el gobierno», escribió, «no es hacer cosas que los individuos ya están haciendo, y hacerlas un poco mejor o un poco peor, sino hacer aquellas cosas que no se están haciendo.»[121]

Vale la pena insistir en que, para aquellos que todavía hoy se empeñan en describir a Keynes y a los keynesianos como socialistas declarados, mientras que durante un tiempo, Hayek fue socialdemócrata, Keynes nunca fue socialista, ni flirteó con el socialismo, ni siquiera con su versión anémica británica, el fabianismo. Keynes siempre fue miembro del partido liberal, que luchaba por sobrevivir en su batalla contra los socialdemócratas del partido laborista. Creía en un «término medio» entre el capitalismo y el socialismo, entre el conservadurismo y la socialdemocracia, y entre las que creía que eran las doctrinas originales de ambos lados. Inevitablemente, quizá, ha sido definido por unos como un apologista del capitalismo que revivió las fortunas de un sistema defectuoso y por otros como un socialista progresista que tras su discurso persuasivo iba abriendo la

puerta al marxismo.

Es uno de los aspectos menos edificantes de la lucha de ideas entre conservadores y liberales, evocada por la controversia entre Keynes y Hayek, sobre que muchas veces se hace un mal uso deliberado de las condiciones políticas para complicar el argumento. Para algunos, la línea divisoria entre capitalismo y socialismo empieza con algún tipo de gobierno; para otros, empieza con algún acto social, como la amable parábola del buen samaritano o incluso la democracia representativa. En la conferencia que dio en el Sidney Ball, Keynes se desvió de su camino para decir que «por lo que a mí respecta, creo que el capitalismo, bien manejado, puede ser más eficiente para conseguir los objetivos económicos que cualquier otro sistema alternativo que se pueda considerar», aunque reconoció que «en muchos sentidos, el capitalismo, en sí mismo, es extremadamente censurable». O como le dijo a sir Charles Addis, director del Banco de Inglaterra, «trato de mejorar la maquinaria de la sociedad, no de derribarla».[122]

En la conferencia que dio Keynes, asesinó al dragón del *laissez-faire*, aunque todavía no había encontrado una estructura teórica para sustituirlo. Tras su largo y pintoresco discurso, muchas de sus conclusiones fueron poco más que pensamientos en voz alta. Sus ideas alternativas no eran ni revolucionarias ni alarmantes. Trató de sugerir que las instituciones no estatales, como las universidades y el Banco de Inglaterra, tenían que hacer más para ofrecer resultados más eficientes y equitativos. Para los miembros de la escuela austríaca que asistieron a la conferencia del Sidney Ball, Keynes había ido en contra de sus principios, de que el libre mercado era muy ventajoso y que todos los intentos por aplacarlo serían desastrosos o fútiles o ambos.

Aunque para algunos miembros del gobierno Keynes no era nada más que una molestia irritante, los ministros seguían acudiendo a él para pedirle consejo. Cuando solicitaron su opinión sobre si había que fijar el precio de la libra esterlina con respecto al oro —«el patrón oro»— a la paridad previa a la guerra de 4,86 dólares, Keynes siguió siendo uno de los pocos que dijo que no había que fijar su precio en relación con el oro. Luego, cuando quedó claro que no tenía nada que hacer al respecto, sugirió que se fijara al precio de fluctuación de ese momento de 4,44 dólares. Resumiendo, en medio de un debate en el que Keynes tenía muy poca fuerza y era incapaz de llegar a un compromiso que pudiera minimizar el daño que la fijación del precio de la libra causaría a la economía, predijo que la restauración del precio de la libra a la paridad que tenía antes de la guerra provocaría una deflación masiva (caída de los precios) y un recorte brusco del nivel de sueldo y de vida de los trabajadores muy importante, como en el caso de los que trabajaban en las minas de carbón, por ejemplo, para los que el nuevo nivel de precio del producto dejaría de ser internacionalmente competitivo.

En las elecciones generales de octubre de 1924, los conservadores pusieron fin al breve gobierno laborista de MacDonald. En febrero de 1925, el nuevo canciller conservador, el ex liberal Winston Churchill, escribió un provocativo memorándum al director financiero del Tesoro, Otto Niemeyer. El inconformista Churchill se enorgullecía de desafiar las teorías convencionales, y tras haber leído en *The Nation* el argumento de Keynes en contra de una vuelta a la paridad previa a la guerra, estaba convencido de que fijar el tipo de cambio de la libra a 4,86 dólares aumentaría todavía más el desempleo, que ya superaba el millón y seguía aumentando. El corolario, la reducción de salarios entre un 10 y un 12 por ciento para compensar la revaluación de la libra, era muy improbable que se diera, argumentó Keynes, porque la fortaleza de algunos sindicatos, como el de la Federación de Mineros, por ejemplo, garantizaba que los niveles salariales se mantuvieran o respondieran muy lentamente a otros factores económicos.

«Tengo la impresión de que el Tesoro nunca ha tenido en cuenta la profunda importancia de lo que el señor Keynes denomina "la paradoja del desempleo en medio de la miseria"», escribió Churchill a Niemeyer. «El gobernador del Banco de Inglaterra se toma la libertad de estar plenamente satisfecho de que Gran Bretaña tenga el mejor crédito del mundo simultáneamente con 1.250.000 personas desempleadas.»[123] Al mes siguiente, Churchill invitó a Keynes y a otras primeras espadas del mundo financiero a cenar a su residencia oficial del número 11 de Downing Street. Keynes y Reginald McKenna, que durante la guerra había sido un canciller liberal, sostenían que había que imponer una reducción salarial del 10 por ciento a los trabajadores de las minas del carbón y que ello daría lugar a huelgas prolongadas y a una contracción (ralentización de la actividad) de las industrias más importantes. Tres días después, tras soportar una presión persistente de sus colegas más ortodoxos, Churchill abandonó su oposición instintiva a la visión del Tesoro y aceptó fijar el tipo de cambio de la libra esterlina en relación al precio del oro —el patrón oro— al nivel que tenía antes de la guerra.

La decisión de Churchill empujó a Keynes a escribir una serie de artículos para *The Nation* que posteriormente fueron recogidos en un libro que se convirtió en un *best seller*, *The Economic Consequences of Mr. Churchill,* que se dio a conocer con el título *Consecuencias económicas de la paz.* Keynes sostenía que fijar el valor de la libra a un 10 por ciento por encima del valor de fluctuación (o mercado) llevaría a «una política de reducción de los salarios en dos chelines (10 por ciento) de libra».[124] Puesto que no había ningún mecanismo que garantizara que esta política se impusiera a todos los empleados, los que tuvieran poca capacidad de negociación o los sindicatos más tímidos sufrirían desproporcionadamente. Los empresarios y el gobierno se encontrarían «en una lucha con cada uno de los grupos, sin perspectivas de que el resultado fuera justo y sin garantías de que los grupos más fuertes no acabaran ganando a expensas de los más débiles».[125]

Keynes sugirió que aumentar el tipo de cambio era una medida para imponer la deflación (una caída de los precios) demasiado brutal. «La deflación no reduce los salarios automáticamente», escribió. «Los reduce causando desempleo. El próximo objetivo de nuestro querido dinero es controlar un período de crecimiento económico incipiente. Pobres de aquellos cuya fe les lleve a utilizarlo para agravar una depresión.»[126] Keynes estaba totalmente del lado de los mineros, que, según escribió: «Tienen que elegir entre morirse de hambre y someterse, y que los frutos de su sumisión vayan en beneficio de otras clases. […] Por lo que a la justicia social se refiere, no hay forma de defender la reducción del sueldo de los mineros. Son víctimas del monstruo económico».[127] Advirtió de que la decisión de Churchill desencadenaría sentimientos revolucionarios entre los trabajadores.

Keynes predijo que para evitar las catastróficas consecuencias sociales de su decisión de mantener la libra al precio previo a la guerra, el gobierno iba a tener que encontrar una salida a sus problemas. Cuando, en junio, los propietarios de las minas dieron un ultimátum al sindicato de mineros para que aceptara la reducción salarial o se atuviera a las consecuencias, y el sindicato amenazó con una huelga nacional, el primer ministro, Stanley Baldwin, ofreció a los propietarios un préstamo de diez millones de libras para seguir pagando a sus mineros el viejo y poco competitivo sueldo del mercado mundial en lugar de tener que hacer frente al tumulto de la industria.

Al poco tiempo quedó claro que el regreso al patrón oro estaba siendo dramático para la economía británica. Hoy día, pocos historiadores económicos actuales consideran que la decisión fue todo menos desastrosa. Fue el primero de una sucesión de eventos que acabarían llevando el capitalismo al límite; los conservadores perdieron las elecciones generales de junio de 1929 y los laboristas volvieron al poder como principal partido de la Cámara de los Comunes; el crac del mercado bursátil americano de octubre de 1929 provocó un trauma financiero mundial; la crisis financiera impulsó la creación, en agosto de 1931, de un Gobierno Nacional de emergencia en Gran Bretaña; y al mes siguiente, justo después de seis años agotadores, la libra esterlina fue desvinculada del patrón oro.

En 1926, con motivo de la concesión del premio Rockefeller, Mises aceptó la invitación a visitar Estados Unidos. En los márgenes de un ocupado programa de conferencias, exploró los métodos utilizados en los estudios empíricos americanos de economía que tanto habían intrigado a Hayek. Volvió a Viena convencido de que mientras la metodología fuera minuciosamente analizada y selectivamente aplicada, el estudio cuantitativo del ciclo económico, del fenómeno a través del cual los *booms* económicos (períodos de rápido crecimiento económico) iban seguidos de depresiones económicas (períodos de contracción de la actividad económica), podría resultar provechoso. Mises empezó a buscar financiación para el nuevo centro de investigación Österreichische Konjunkturforschungsinstitut

(Instituto austríaco para la investigación del ciclo económico) y no tuvo que alejarse mucho del aula en la que impartía su seminario para encontrar un director. Obviamente, ese director era Hayek, y el 1 de enero de 1927, el nuevo equipo empezó a trabajar, con Hayek a la cabeza.

Una de las primeras actuaciones de Hayek en su nuevo papel fue escribir a Keynes para pedirle una copia de *Psicología matemática* de Edgeworth. Que Hayek le pidiera un ejemplar a Keynes no parece tanto una petición inocente como un intento deliberado por atraer la atención de Keynes, un acto valiente de reconocimiento como un desafío. La breve respuesta de Keynes en una tarjeta postal, aunque escrita a mano, debió de resultarle más bien decepcionante. El tono de ironía implícito en la respuesta de Keynes —«siento decir que mi reserva de *Psicología matemática* se ha agotado»— no resultó disuasoria para Hayek, a pesar de que por su respuesta estaba claro que Keynes no tenía ni idea de quién era Hayek. Hayek conocía bien a Keynes por el libro *Consecuencias económicas de la paz* e indudablemente había leído *Breve tratado sobre la reforma monetaria* y había estado prácticamente de acuerdo con toda su exposición. No está claro que Mises y Hayek leyeran sobre los ataques de Keynes al libre mercado, o sobre la conferencia de Sidney Ball que iba directamente en contra de sus creencias fundamentales. Las repetidas súplicas de Keynes al gobierno británico para que redujera los tipos de interés e invirtiera en obras públicas, que iban totalmente en contra de la economía de la escuela austríaca, aparecían en publicaciones británicas, que raramente llegaban a Viena.

Hayek empezó a ampliar el trabajo de Mises y a desentramar la relación que existía entre el dinero, los precios y el desempleo. En su análisis del trabajo de la Reserva Federal estadounidense,[128] Hayek observó que algunos de sus miembros esperaban resolver el problema de los períodos de crecimiento económico y las depresiones de los ciclos económicos. Concluyó que si bien podía haber formas de reducir las fluctuaciones del ciclo al mínimo, el objetivo de liberar a Estados Unidos del ciclo económico era totalmente inviable.

En su esfuerzo por mantener el precio de los bienes de consumo estable, los gobernadores de la Reserva Federal habían aumentado los tipos de interés y habían vendido bonos del gobierno, una solución que Keynes había defendido en el *Tratado.* Pero, según Hayek, el índice de precios al consumo que inspiraba sus acciones era un instrumento poco efectivo que decía muy poco de las fluctuaciones de los precios en los bienes individuales. Por lo tanto, era un indicador engañoso a partir del cual ajustar los tipos de interés generales. Demostró que vincular el tipo de interés y la política de interés a este índice tan amplio e impreciso no haría más que exacerbar el problema que la Reserva Federal estaba intentando resolver. Concluyó: «Un índice del nivel general de precios no puede proporcionar información tan relevante sobre el curso del ciclo, ni puede hacerlo en el momento

adecuado».[129]

Keynes no estaba de acuerdo con que en el origen del ciclo económico, una escasez crónica de demanda hubiera causado una ralentización de la actividad económica, que había resultado en un desempleo innecesario. Sostenía que en caso de que la empresa privada no pudiera garantizar una demanda adecuada, los gobiernos tenían que generar demanda a través de las obras públicas. (Aún tenía que desarrollar una justificación intelectual de por qué eso era así.) Mises, por su parte, basándose en las teorías postuladas por el economista sueco Knut Wicksell,[130] veía la intervención en el ciclo económico desde una perspectiva diferente. Sostenía que si el banco central reducía los tipos de interés, interfería en el equilibrio natural entre el ahorro de los individuos y la inversión en bienes de capital (maquinaria utilizada para hacer productos). Se podían comprar más bienes de capital con el dinero más barato que podía sostenerse gracias al nivel de ahorro, lo cual acababa produciendo un desequilibrio. Con el tiempo, el banco central se encontraba ante un dilema: seguir reduciendo los tipos de interés para generar todavía más inversión, lo cual, de nuevo inyectaría demasiado dinero en un sistema que perseguiría demasiado pocos bienes, provocando inflación, o aumentar los tipos de interés, lo cual haría que la inversión se ralentizara hasta detenerse totalmente, provocando una caída mucho peor que la que el banco central estaba tratando de evitar en primera instancia.

Hayek llevó el análisis de Mises un paso más allá examinando lo que ocurría exactamente cuando el dinero barato se utilizaba para invertir en bienes de capital. Creía que rebajando deliberadamente los tipos de interés y proporcionando dinero para invertir en aquello que no estaba al alcance de los ahorros, el «período de producción» (la cantidad de tiempo necesaria para producir bienes) se extendía de forma anormal. De hecho, el período de producción era tan largo que buena parte del desarrollo de los bienes de capital, en concreto de los «bienes de orden superior» (maquinaria para hacer productos que están muy lejos de los bienes que compran los consumidores) tendría que abandonarse ya que una vez que hubieran sido completados, no habría demanda de ellos (deseo de los consumidores de comprarlos). Por ejemplo, una fábrica que hiciera cubiteras de hielo para refrigeradores comerciales se arruinaría cuando cayera la demanda de helados.

En opinión de Hayek, la esencia del problema era que al reducir el tipo de interés, el banco central interfería en la relación entre el ahorro y la inversión. Tanto él como la escuela austríaca creían que, con el tiempo, todos los mercados, incluido el de dinero, llegarían a un estado de equilibrio en el que la oferta de productos de los fabricantes sería igual a la demanda de estos. Hayek sugirió que el mecanismo de precios reflejaba una tendencia al equilibrio y que cualquier intento por alterar artificialmente los precios tendría consecuencias nefastas. En su

opinión, alterar los precios no servía para nada más que para manipular los síntomas del cambio hacia el equilibrio. Reducir artificialmente el tipo de interés, o el precio de los créditos, no servía para nada más que para provocar la inflación de precios, mientras que aumentar artificialmente el tipo de interés provocaba una contracción en la actividad empresarial (una caída).

Tras esos pensamientos se escondían los postulados de Wicksell en referencia a la diferencia entre el «tipo de interés natural», en el que el ahorro personal es igual a la inversión, y el «tipo de interés del mercado», o el precio del crédito fijado por los bancos. Para los miembros de la escuela austríaca, el ciclo económico se ponía en marcha por la diferencia entre el tipo de interés natural y el de mercado. El problema de los bancos centrales era que era imposible determinar exactamente cuál iba a ser el tipo de interés natural, por lo que inevitablemente fijaban el tipo de interés del mercado a un nivel inapropiado, provocando así los altibajos del ciclo económico. Hayek creía que si se mantenía fiel al tipo de interés natural, el dinero de una economía podía llegar a ser «neutral» y las fluctuaciones del ciclo económico, en esas circunstancias, estarían causadas por otros factores, como el desarrollo de nuevos productos y de nuevos descubrimientos.

De este modo habían quedado trazadas las líneas de batalla entre Keynes y Hayek. Keynes creía que el gobierno tenía que hacer todo lo posible por hacer la vida más fácil a los demás, particularmente a los desempleados. Hayek, por su parte, creía que era inútil que los gobiernos interfirieran con las fuerzas que, por su propia naturaleza, eran tan inmutables como las fuerzas naturales. Keynes rechazaba la adherencia al libre mercado como una aplicación inapropiada del darwinismo a las actividades económicas y sostenía que un mejor conocimiento del funcionamiento de la economía daría a los gobiernos responsables la oportunidad de tomar decisiones que podían paliar los peores efectos de lo más bajo del ciclo empresarial. Finalmente, Hayek llegó a la conclusión de que era muy difícil, incluso imposible, saber cómo funcionaba exactamente la economía y que los intentos por elaborar una política económica basándose en esa evidencia, seguramente, acabarían haciendo mucho más mal que bien, como un barbero que practicara cirugía primaria.

Keynes creía que el hombre era responsable de su propio destino, mientras que Hayek, con cierta reticencia, creía que el hombre estaba destinado a vivir según las leyes naturales de la economía del mismo modo que estaba obligado a vivir según el resto de las leyes naturales. En este sentido, los dos hombres llegaron a representar dos visiones alternativas de la vida y el gobierno, Keynes adoptando una visión optimista de que la vida no sería tan dura si los que ocupan las posiciones de poder tomaran las decisiones adecuadas, y Hayek suscribiendo la noción pesimista de que los humanos tenían unos límites muy estrictos y que los intentos por alterar las leyes de la naturaleza, por bienintencionados que fueran,

estaban condenados a tener como mínimo consecuencias no deseadas.

A medida que el mundo iba avanzando hacia el épico año 1929, los dos hombres habían avanzado bastante en el camino hacia el perfeccionamiento de sus visiones competitivas. En este sentido, los saltos de imaginación de Keynes habían sido recibidos con bastante incomprensión, pero con poca oposición. Los que rechazaban sus recomendaciones no cuestionaban sus ideas de forma organizada, sino ateniéndose a certezas ortodoxas y amparándose en la inercia institucional. Hayek trabajó mucho con las nociones existentes, y su contribución al perfeccionamiento de la teoría del capital de la escuela austríaca pasó casi inadvertida fuera de un pequeño círculo de Viena. Como en la fábula de Esopo de la liebre y la tortuga, el enérgico Keynes había empezado con un *sprint*, mientras que Hayek se había quedado en la línea de salida.

El crac del mercado bursátil estadounidense de 1929 iba a cambiarlo todo. Mientras el mundo estaba sumido en el caos financiero, gobernantes y gobernados exigían una explicación de lo que estaba ocurriendo y una vía de escape rápida del caos. Los hedonistas y brillantes años veinte se habían venido abajo y se había caído en lo que iba a acabar convirtiéndose en una larga década de depresión. El mundo estaba al borde de la quiebra, sin un final a la vista de las dos grandes aflicciones, el desempleo masivo y la miseria absoluta. En el nuevo terrible clima de desaliento y desesperanza, Keynes, el optimista, estaba a punto de presentar una novela y una salida clara del fango, mientras que Hayek, el pesimista, iba a ofrecer una explicación de por qué todos los intentos de arreglar el sistema eran inútiles.

Las ideas de Keynes fueron muy bien recibidas ya que ofrecía un poco de esperanza en medio de la oscuridad. Hayek descubriría muy pronto que su valoración pesimista, desalentadora, aunque precisa, iba a tener muy pocos entusiastas, ya que transmitía un mensaje aleccionador que excusaba la inacción. La revolución keynesiana estaba a punto de despegar en medio de la incertidumbre y el horror de la era de los dictadores, y ningún pesimismo, por lógico que fuera, podía mitigar el clamor de los políticos por encontrar una salida al caos económico. Al poco tiempo, se pondrían de manifiesto las profundas diferencias intelectuales que existían entre Keynes y Hayek, que se cuestionaron mutuamente.

4

Stanley y Livingstone

Keynes y Hayek coinciden por primera vez (1928-1930)

La breve andadura de Hayek para estudiar economía en Estados Unidos confirmó que la cuna del capitalismo descontrolado no se hallaba allí donde estaba siendo debatido el futuro de la economía. En ese sentido, Hayek concluyó que iba a tener que viajar a Gran Bretaña. Con esa intención, en 1927 escribió a Keynes, y le confesó su deseo de conocerle personalmente. La oportunidad surgió en 1928[131] cuando Hayek fue invitado a una reunión del London and Cambridge Economic Service,[132] fundado cinco años antes por Keynes como una empresa conjunta entre la London School of Economics (LSE) y la Universidad de Cambridge. Al término de una de las sesiones, los dos hombres coincidieron por primera vez.

La escena debió de resultar bastante cómica. Ambos medían más de metro noventa; Keynes era ligeramente más alto, aunque iba un poco encorvado, lo cual le resultaba muy ventajoso para intimidar a sus oponentes. Ambos llevaban bigote, y además Hayek llevaba unas de esas gafas montadas al aire que los británicos asociaban con los intelectuales del centro de Europa. Keynes solía vestir trajes de tres piezas a rayas que tenían cierto aire descuidado y siempre llevaba las manos metidas en los bolsillos del abrigo, mientras que la camisa almidonada y la chaqueta de *tweed* de Hayek abrochada de arriba abajo, reflejaban su mente ordenada, meticulosa.

Pero había otras pistas de sus personalidades contrapuestas. Keynes disimulaba la mordacidad de su lengua con una voz meliflua que primero encandilaba a sus rivales y luego les hipnotizaba, mientras que el inglés de Hayek era bastante malo y tenía un fuerte acento austríaco, que ni siquiera Keynes, que de niño había sido criado por una gobernanta alemana, debió haber encontrado fácil de descifrar. La ultraformalidad de Hayek resultaba inmediatamente evidente. «Aún veo la puerta de mi habitación abriéndose y apareciendo una figura alta, fornida y reservada que se anunció pausada y firmemente como "Hayek"», recordaba el joven profesor de economía de la London School of Economics, Lionel Robbins,[133] al hablar de la primera vez que vio a Hayek.

Keynes y Hayek no se conocían de nada, aunque en unos segundos habían

olvidado las formalidades y estaban enzarzados en un caluroso debate. Para Hayek, la reunión fue de gran trascendencia, ya que por fin satisfacía una ambición largamente ansiada. Para Keynes era una conversación rutinaria, una reunión más con un torpe discípulo del libre mercado. En términos de la historia de las ideas económicas, sin embargo, era una reunión tan importante como la que hubo entre Henry Stanley y David Livingstone. Se trataba del primer asalto, aunque en la sombra, de una pugna entre titanes que se prolongaría a lo largo de todo el siglo.

Hayek recordó vívidamente el encuentro como una primera impresión de la actitud implacable de Keynes y como una adecuada introducción de la intensidad de la batalla que les esperaba. «Por fin tuvimos nuestro primer enfrentamiento teórico —en relación con la efectividad de los cambios en el tipo de interés—», recordó. «Aunque al principio de estos debates Keynes trataba de oponerse de una forma tan arrolladora que resultaba intimidante para un hombre bastante más joven que él, si conseguías mantenerte firme, adoptaba una actitud mucho más amable y tolerante con tu postura, aunque estuviera en desacuerdo con ella.»[134] Desde el inicio de su espinosa amistad, que se prolongó hasta que Keynes murió veinte años después, Hayek siempre tuvo la impresión de que aunque Keynes no compartía la visión de la escuela austríaca, se interesaba por la suya. «En cuanto defendí mi postura con un argumento sólido, me tomó en serio y me respetó», recuerda Hayek. «Ya sé cómo suele hablar de mí: "Evidentemente está loco, pero sus ideas son bastante interesantes."»[135]

Hayek hizo un amigo en Londres: Robbins, que, caso raro entre los economistas de la época, leía alemán y había estudiado los trabajos de los economistas europeos, incluido Mises, el sueco Knut Wicksell y el austríaco Eugen von Böhm-Bawerk.[136] Enérgico y ambicioso, en 1929 y con solo treinta y un años, Robbins había sido nombrado catedrático de economía política por el director de la LSE, William Beveridge,[137] convirtiéndose en el «profesor más joven del país».[138] En su nuevo puesto, Robbins decidió que la LSE tenía que competir con Cambridge, la cuna de Marshall y Keynes, como fuente de sabiduría de la teoría económica británica presentando todo el repertorio del pensamiento europeo. Hayek, por su parte, también tenía grandes expectativas. Intentó trabajar en Londres unos años como parte de un plan más ambicioso que le llevaría a lo más alto.

Hayek habló «medio en broma»[139] a su mujer de su ambición de ascender a lo más alto de la sociedad austríaca. Empezaría dando clase de económicas en Londres y luego volvería a dar clases en Viena. Luego, una vez que su reputación hubiera aumentado, confiaba en que le eligieran presidente del Nationalbank, el banco central de Austria. En su vejez, volvería a Londres como embajador de Austria. Según explicaba, con la falta de modestia y conocimiento de sí mismo tan propios de su personalidad, no era «en absoluto una aspiración irracional y me hubiera permitido llevar ese tipo de vida al límite de lo puramente académico y el

trabajo público que probablemente, al final de mi vida, me hubiera resultado más satisfactorio».[140] Al darse a conocer en Londres, Hayek dio el primer paso de su elaborado programa de vida.

Robbins, un exorganizador del partido laboral socialista, se sintió atraído por el ensayo de Hayek *La paradoja del ahorro*,[141] que pretendía rebatir la relación directa entre ahorro y demanda, la cantidad ahorrada por los individuos y su deseo de gastar en bienes, postulada por los economistas americanos Waddill Catchings y William Trufant Foster.[142] La pareja, al igual que Keynes, había propuesto las obras públicas para estimular la demanda de una economía en recesión, algo que Hayek llamaba «la función del empleo», la correlación directa entre el empleo y la demanda agregada (la cantidad total de bienes que los consumidores quieren comprar en una economía). En su publicación de 1926 *El dilema del ahorro*,[143] Foster y Catchings dijeron que las recesiones estaban causadas por una falta de demanda de bienes y servicios resultante de un exceso de ahorro. Afirmaban que las depresiones se producían cuando los individuos decidían ahorrar en lugar de gastar, dejando sin comprar los bienes adicionales producidos como resultado de los ahorros invertidos en bienes de capital. De ahí, argumentaban, que demasiado ahorro en lo más alto del ciclo económico provocara un exceso de bienes no vendidos en lo más bajo.

Defendían una «Junta federal presupuestaria» que invirtiera en obras públicas, con dinero prestado si era necesario, para estimular la demanda, proporcionando así a los consumidores dinero para comprar el excedente de bienes producidos en una depresión. Hayek lamentaba que hubieran persuadido a Herbert Hoover,[144] al presidente Warren G. Harding, secretario de comercio conservador, de que animaran a las instituciones federales a gastarse el dinero de los contribuyentes para crear puestos de trabajo.[145]

La paradoja del ahorro de Hayek fue un intento por poner a Foster y Catchings en su lugar. Sostenía que el argumento de la pareja estaba basado en una idea equivocada: habían malinterpretado la importancia del papel tan importante que el capital desempeñaba en el proceso productivo. En una economía real, los ahorros no están disponibles para invertir en producción nueva, a menos que haya buenas razones para creer que los nuevos productos derivados de la nueva inversión se venderán sin problemas. Por lo tanto, la circunstancia en la que los ahorros de los consumidores se invertían en hacer productos no deseados, en lugar de utilizarlos para comprar bienes, no era aplicable.

Hayek sostenía que la producción no era un proceso individual con un solo producto y precio final. Lo más probable es que hubiera economías de escala estimuladas por la nueva inversión que reducirían el precio de los bienes, haciendo que fueran asequibles, y que no hubiera excedentes. Hayek recordó que

BöhmBawerk había demostrado que las fases de la producción de capital eran muchas y que tenían una duración muy variada, lo que Böhm-Bawerk había definido como *roundabout production* (sistema de producción en el que los bienes de capital se utilizan para producir más bienes de capital). Aparte de las fábricas que hacían productos, había fábricas que elaboraban componentes que se ensamblaban para producir bienes, y fábricas de herramientas que hacían máquinas que elaboraban bienes, o componentes. En cada fase del proceso de producción indirecta los inversores recibían algún tipo de compensación de forma que, contrariamente al argumento de Foster y Catchings, tenían dinero suficiente para pagar los bienes resultantes de la fase final de la producción.

Hayek reconocía que «si se gestionaba con un cuidado extraordinario y una habilidad sobrehumana», el plan para que el gobierno inyectara dinero en el sistema para estimular la demanda «podría […] quizá, aplicarse para prevenir la crisis».[146] Pero probablemente, «a la larga» esta manipulación de la economía «provocaría graves perturbaciones y la desorganización del sistema económico».[147] Concluyó que «a la luz de este análisis, la conveniencia de estos intentos de aliviar el desempleo mediante trabajos de ayuda o soporte a los más necesitados es altamente cuestionable».[148]

En el momento en que Hayek y Keynes coincidieron y hablaron por primera vez, *La paradoja del ahorro* sólo estaba disponible en alemán, en una edición de reducida tirada de un periódico económico vienés, y Keynes podía tener excusa para no haberla leído. Aun en el caso de que Keynes hubiera tenido acceso a una versión traducida al inglés, no es seguro que hubiera recogido algo del contraargumento de Hayek. Minuciosamente argumentado en una prosa densa, con largas frases en alemán que contienen una frase compuesta tras otra, *La paradoja* no resulta fácil de leer. Contiene numerosas ecuaciones y gráficos para demostrar que las etapas de la producción de un bien de consumo se suman incrementalmente al coste final. Hayek da por supuestas las lecciones de Böhm-Bawerk y reprende a los que no están familiarizados con las obras maestras de la escuela austríaca, a pesar de reconocer que sólo una, la primera edición de *Teoría positiva del capital,* estaba disponible en inglés, publicada en Londres cuarenta años antes.

Robbins no sólo había leído a Böhm-Bawerk en alemán, sino que, además, había disfrutado enormemente de la habilidad con la que Hayek había hecho sus comentarios en *La paradoja*. Según la que consideraba una abrumadoramente convincente postura de Hayek en relación con la «función empleo», el concepto subyacente al pensamiento de Keynes, Robbins invitó a Hayek a dar cuatro conferencias en la LSE en febrero de 1931. Hayek era consciente del motivo por el que le habían invitado. «Me tenía totalmente calado: es lo que necesitamos en este momento, para enfrentarnos a Keynes»,[149] recordó que dijo Robbins. *La paradoja* fue

traducida al inglés y publicada en la edición de *Economica* de mayo de 1931,[150] la revista de la LSE que había editado Robbins. Al introducir a Hayek en Gran Bretaña, Robbins instigó el gran debate entre Hayek y Keynes.

Se plantea la pregunta de por qué Robbins no invitó a Mises para que hiciera frente a Keynes. Mises tenía más categoría que Hayek y ya había desarrollado un trabajo formidable que cuestionaba muchos de los argumentos de Keynes. Dos factores parecen haber influido en esta decisión. Para que el enfrentamiento con Keynes fuera efectivo, Robbins necesitaba a alguien a quien pudiera entender fácilmente. El inglés de Mises era bastante malo y su acento austríaco era tan fuerte que le resultaba difícil hacerse entender. «Estaba claro que no se sentía cómodo ni en inglés ni en francés», explicó su biógrafo Jörg Guido Hülsmann. «Cuando daba conferencias en otros idiomas, perdía toda su agudeza.»[151] Por el contrario, la breve estancia de Hayek en Nueva York le había dotado con un nivel de inglés bastante básico, aunque no demasiado bueno.

La juventud de Hayek también era un factor que tener en cuenta. Robbins era joven y tal vez se sentía más cómodo trabajando con alguien de su edad. Mises no sólo era más mayor, sino que además era muy suyo. Se había ganado una merecida reputación de taciturno y malhumorado. Hasta su mujer, Margit, no podía disimular los repetidos ataques de mal humor de su marido. «Lo único de Mises que era tan asombroso como alarmante era su carácter», explicó. «De vez en cuando le daban unas rabietas terribles… en realidad estos ataques terribles eran una señal de depresión.»[152] Además Mises era muy poco práctico. Según Margit: «Ni siquiera sabía hervir un huevo».[153] De modo que, en opinión de Robbins, Hayek, una persona ecuánime y racional, parecía la opción ideal. En *La paradoja*, Hayek exponía una serie de argumentos que combatían de forma inmediata la epidemia keynesiana que Robbins veía que se estaba expandiendo desde Cambridge.

Entre el primer encuentro de Hayek y Keynes en Londres en 1928 y su llegada para dar sus cuatro conferencias en febrero de 1931, se produjo un evento catastrófico que iba a cambiar el curso de su inminente debate. El crac del mercado bursátil de Wall Street de octubre de 1929 fue un desastre económico sin precedentes. La escalada de horror que se desencadenó a raíz del subsiguiente colapso de la economía americana iba a plantear toda una serie de preguntas prácticas a los economistas. ¿Qué había causado el crac? ¿Qué lecciones se podían sacar para evitar que ocurriera de nuevo? Y ¿qué se podía hacer para aliviar la miseria del desempleo generado por la catástrofe?

En ese momento no estaba tan claro hasta qué punto iban a hacerse sentir los efectos del crac en el resto de la economía mundial o cuáles iban a ser las consecuencias políticas del desastre. Sin embargo, en los meses y años que

siguieron, Keynes iba a verse en disposición de promover sus ideas radicales, ya que no sólo quería promover las políticas de fomento del empleo a través de sus actividades políticas y periodísticas, sino que además sus teorías parecían ofrecer una justificación intelectual por tratar de crear puestos de trabajo mediante obras públicas. El rechazo de Hayek a las teorías de Keynes, y por asociación su rechazo a las prescripciones más comunes para la creación de trabajo, iban a estar cada vez más alejadas del sentimiento público ya que el crac acabó convirtiéndose en una depresión y el desempleo en ambos lados del Atlántico empezó a crecer.

Puede que Keynes supiera mejor que Hayek cuál iba a ser el impacto personal del crac, ya que especulaba a diario en el mercado de materias primas y de divisas. Muchas mañanas se quedaba en la cama hasta el mediodía, dando instrucciones a su bróker por teléfono. Su talento financiero daba a sus amigos de Bloomsbury la oportunidad de ganar lo suficiente para dedicarse a perseguir sus ambiciones artísticas sin tener que preocuparse por ganarse la vida. Aunque Keynes no tenía acciones americanas, se vio atrapado por la velocidad del colapso del mercado. La fortuna que había amasado especulando en el mercado desapareció con el crac. (Invirtiendo en el mercado, muy pronto consiguió una segunda fortuna, tan grande como la primera.) Pero si Keynes no había sido capaz de anticipar el desastre inminente, sus teorías parecían adaptarse perfectamente bien a las nuevas circunstancias.

Al poco tiempo de publicar su *Breve tratado sobre la reforma monetaria* en 1924, empezó a escribir *Tratado sobre el dinero.* Iba a ser un proyecto épico. Había tardado semanas en escribir *Las consecuencias económicas de la paz;* y tardó seis años y dos meses en escribir el *Tratado,* en parte porque estaba distraído con las controversias políticas británicas, como con los esfuerzos que hizo por los liberales en las elecciones generales de 1929, en parte por sus implicaciones en los asuntos del King's College y en parte por muchas otras actividades que atraían su atención. A partir de 1925, su vida se empezó a complicar cuando, tras haber vivido mucho tiempo como homosexual, contrajo matrimonio con Lydia Lopokova, una bailarina del ballet ruso de Sergei Diaghilev, con aspecto aniñado, que era nueve años más joven que él.

El matrimonio de Keynes con Lydia no fue del agrado de sus amigos de Bloomsbury, particularmente de los Woolf, que pensaban que su carácter caprichoso y sus lapsus lingüísticos la convertían en una compañera indeseable para su cerebral y homosexual amigo. Pero Lydia estaba tranquila; Keynes estaba profunda y absolutamente enamorado. Continuó dividiendo su tiempo entre Cambridge, Londres y su granja de Tilton,[154] en el condado de Sussex, donde básicamente vivía Lydia. Casi todos los días le escribía cartas muy largas, dejando un amplio alijo de correspondencia íntima, atrevida y sexualmente explícita[155] que estuvo en consonancia con la apasionada, aventurera y desinhibida vida amorosa

de la pareja. La pareja anhelaba desesperadamente tener hijos, aunque al cabo de un tiempo quedó claro que Lydia no era fértil. Para ahorrarle el sentimiento de culpa a su mujer, Keynes asumió la responsabilidad y disimuló su decepción tras un sentido del humor negro. Finalmente ennoblecido como «Lord Keynes de Tilton», solía referirse a sí mismo como «Barren Keynes».

A pesar de sus muchas distracciones, Keynes estaba decidido a consolidar sus pensamientos más recientes. Pero prolongar la escritura del *Tratado* durante casi siete años afectó negativamente a la coherencia del trabajo final. Revisaba repetidamente el manuscrito para ir adaptándolo al cambio de sus pensamientos, y en más de una ocasión abandonó capítulos enteros a la luz de una nueva inspiración. A finales de agosto de 1929, con la publicación prevista para otoño de 1930, Keynes escribió a su editor, Daniel Macmillan, «siento reconocer que después de haber revisado más de 440 páginas he llegado a la conclusión de que tengo que volver a escribir algunos capítulos y tengo que reorganizar todo el resto».[156]

En consecuencia, el libro es una compleja interconexión de ideas dispares que forman un todo no demasiado convincente. «Puede que el libro no dé una idea general de sus pensamientos, sino sólo una parte de ellos»,[157] observó Roy Harrod, amigo y biógrafo de Keynes. La víspera de la publicación, Keynes escribió a sus padres: «Artísticamente es un fracaso —he cambiado demasiado de opinión mientras lo escribía como para poder conformar una unidad adecuada—.»[158] En el prefacio, Keynes reconocía «es más una colección de material que un trabajo terminado».[159] A pesar de todas sus reservas, el *Tratado* se publicó, en dos extensos volúmenes, en diciembre de 1930.

Uno de los temas centrales del libro, un tema que creía que añadía una nueva dimensión a la forma en la que había que entender la economía, era que había que hacer una diferencia clara entre ahorro e inversión (o desembolso de capital). Hasta ese momento, los economistas habían asumido que, a largo plazo, ahorro e inversión tenían el mismo valor. Pero Keynes sugirió que como un grupo de gente ahorraba y otro invertía, solía producirse un desequilibrio. Cuando la cantidad invertida era superior a la cantidad ahorrada, el resultado era un período de crecimiento económico acompañado de una inflación de precios. Por el contrario, cuando el ahorro superaba a la inversión, el resultado era una depresión, acompañada de deflación y desempleo. Decía que la renta total de una economía procedía tanto de la venta de bienes de consumo como de capital. Si no había ahorro y la renta total se gastaba en bienes de consumo, el precio de esos bienes aumentaba bruscamente y se producía un *boom*. Por el contrario, si se ahorraba toda la renta, el precio de los bienes de consumo caía y las industrias quebraban.

El corolario del argumento de Keynes tenía importantes implicaciones para la gestión del ciclo económico, ya que él sostenía que si sus teorías eran ciertas, la

inflación de precios se podría reducir aumentando el ahorro y la depresión se podría remediar aumentando la inversión. Keynes sugería que la causa de la alternancia de altos y bajos en el ciclo económico era la acción de los bancos, que también podían ponerle remedio. «Es la maquinaria bancaria la que hace posible este (desequilibrio)»,[160] escribió Keynes, porque de los bancos depende tanto el deseo como la capacidad de ahorrar de una comunidad. Los bancos no basaban las decisiones crediticias en el nivel de ahorro que tenían en sus cofres; «su principal criterio a la hora de decidir cuánto prestar es totalmente distinto —la relación entre sus reservas de efectivo y sus obligaciones monetarias—».[161] El nivel de ahorro y de inversión se mantendría estable si el banco central controlara minuciosamente la cantidad de crédito ofrecido. El resultado sería la estabilidad de precios. Como Wicksell, Keynes distinguía entre un «tipo de interés natural», en el que ahorro e inversión fueran iguales y los precios permanecieran estables y un «tipo de interés de mercado», que los bancos cobrarían para sus propios fines.[162]

A través del *Tratado,* Keynes asumió que el estado de equilibrio se alcanzaría cuando ahorro e inversión fueran iguales y los precios fueran estables, independientemente del tipo de interés fijado por el banco central, y en ese momento habría pleno empleo. Su visión era que «la teoría monetaria, una vez se ha dicho y hecho todo, no es nada más que la extensa elaboración de la verdad de que "las aguas siempre acaban volviendo a su cauce"».[163]

Keynes también volvió sobre el espinoso problema del tipo de cambio fijo y el papel que desempeñaba en el desencadenamiento de los altibajos del ciclo económico. Sugería que mientras persistiera el patrón oro, los bancos centrales no podrían gestionar el crédito, de forma que la inversión y el ahorro se mantendrían igual, ya que utilizarían el tipo de interés para mantener la moneda al tipo de cambio fijo. Había luchado mucho por disuadir al gobierno británico de fijar la libra esterlina al tipo de cambio previo a la guerra de 4,86 dólares. Una vez perdida la batalla, sin embargo, Keynes reajustó sus ideas para acomodar las nuevas condiciones y concluyó que alguna ventaja tendría que tener relacionar todas las monedas con una única medida común, como el oro, una vez que hubieran pasado las turbulencias económicas causadas por la primera guerra mundial.

En el *Tratado,* dio un paso más y propuso la formación de un nuevo mecanismo para vincular todas las monedas, «un Banco Central supranacional», concepto que acabaría haciéndose realidad con la determinación de un tipo de cambio fijo en el acuerdo de Bretton Woods de 1944. En lugar de fijar el precio de las monedas con respecto al oro, que Keynes sostenía que en realidad era poco más que fijarlas con respecto al dólar, en el *Tratado* propuso que sería más justo que las monedas estuvieran alineadas con una cesta de sesenta productos comercializados a nivel internacional, que pudieran tener hasta un 2 por ciento de fluctuación, al alza o a la baja, de su valor fijo. También dijo, sin embargo, que algunos países

tendrían problemas para atenerse a la nueva paridad si sus poblaciones sufrían de «desempleo severo».[164] En este «caso especial», explicó, «no basta con que la Autoridad Central se muestre dispuesta a prestar. […] El propio gobierno tiene que promover un programa de inversión local [obra pública]».[165]

Keynes canalizó las ideas presentadas en el *Tratado* hacia la política liberal de cara a las elecciones generales de 1929. Y fue precisamente en las aseveraciones políticas que hizo en ese momento donde se pudo ver una imagen muy clara de lo que iba a acabar convirtiéndose en la «revolución keynesiana». Los liberales habían puesto todas sus esperanzas en el taimado Welshman Lloyd George, cuyo comportamiento en la Conferencia de Paz de París había dejado consternado a Keynes. A pesar de todo, Keynes concluyó que Lloyd George era la mejor opción de los liberales e hizo todo lo posible por formular políticas económicas atractivas para el electorado, prometiéndoles sobre todo que haría que el país volviera a trabajar. El año de la elección, 1929, el número de desempleados en Gran Bretaña había alcanzado la cifra de 1,34 millones. Al menos uno de cada diez británicos llevaba más de ocho años sin trabajar, excepto durante un breve período de recuperación en 1924.

En marzo de 1928, Keynes presentó sus nuevas ideas a la National Liberal Federation. «Tenemos que seguir adelante, utilizando nuestros escasos recursos para incrementar nuestra riqueza. Con nuestros hombres desempleados y equipo sin utilizar, es ridículo decir que no podemos permitirnos nuevos desarrollos. Es precisamente gracias a estos equipos y a estos hombres que podemos permitírnoslos»,[166] dijo. En julio, Keynes escribió un importante alegato con las políticas de creación de empleo que había diseñado para Lloyd George. «Si tenemos hombres desempleados y equipo sin utilizar y más ahorros de los que estamos utilizando, es una estupidez decir que no podemos permitirnos estas cosas. Porque es precisamente gracias a los hombres desempleados y al equipo sin utilizar, y a nada más, que podremos hacer estas cosas»,[167] escribió.

El marzo siguiente, Keynes ridiculizó al Tesoro por sugerir que no se podía hacer nada para remediar el desempleo. «Creían que, si podían convencer a la gente de que ahorrara todo lo posible, y si tomaban medidas para evitar que se hiciera nada con esos ahorros, el tipo de interés caería», escribió. «En realidad, si todas las variaciones de empresas de capital fueran declaradas ilegales, el tipo de interés caería hacia el cero —mientras que el ratio de desempleo se pondría por las nubes—.»[168] Como diría en el *Tratado,* como desde 1925 Gran Bretaña ha funcionado según un tipo de cambio dólar/libra esterlina inapropiado, se ha convertido en un «caso especial» en el que el equilibrio del pleno empleo es muy difícil. Sólo las obras públicas, decía Keynes, podrían promover la recuperación de la economía. En el folleto «¿Puede hacerlo Lloyd George?», Keynes expresó muy llanamente su opinión: «Hay mucho que hacer; hay hombres para hacerlo. ¿Por

qué no juntarlos?».[169]

Keynes defendió su programa de empleo frente a las críticas de los conservadores que decían que iba a ser una pérdida de dinero. Sostenía que era todo lo contrario, que si no se hacía nada se acabarían perdiendo los recursos del país. Los beneficios del desempleo ya estaban costando a los contribuyentes cincuenta millones de libras al año, sin contar la ayuda a los más pobres. En los ocho años previos, el desempleo había costado un total de quinientos millones de libras por no hacer nada. Había supuesto una gran pérdida de recursos. Con esta suma tan elevada se hubieran podido construir un millón de casas nuevas, o renovar una tercera parte de las carreteras británicas, o se hubiera podido dar un coche a una de cada tres familias, o crear un fondo fiduciario lo suficientemente grande como para permitir la entrada gratuita a los cines de todos los británicos hasta el final de los tiempos.[170] «Pero esto no es todo lo que se malgasta», escribió. «Los desempleados todavía pierden mucho más, pierden la diferencia entre el salario normal y el subsidio de desempleo y pierden fuerza y moral. Además, está la pérdida de beneficios de los empresarios y de impuestos recibidos por el Ministerio de Hacienda. Y además está la pérdida incalculable que supone retardar el progreso económico de todo el país una década.»[171]

El programa que proponía costaba cien millones de libras al año. Los conservadores decían que sólo produciría dos mil nuevos puestos de trabajo al año, mientras que Keynes sostenía que no estaban considerando no sólo el ahorro en subsidios de desempleo y en préstamos internacionales, sino también lo que acabaría llamando «efecto multiplicador»: cada puesto de trabajo creado por el gobierno añadiría un puesto de trabajo adicional para abastecer a ese nuevo trabajador de bienes. «El aumento de la actividad comercial aumentaría la actividad comercial; porque las fuerzas de la prosperidad, como las de una depresión comercial, tienen un efecto acumulativo»,[172] declaró.

A medida que se acercaba el día de las elecciones, Keynes estaba cada vez más convencido de que iban a ganar los liberales. Pero no fue así. Aunque los conservadores tuvieron más votos, un 38 por ciento, y obtuvieron 260 escaños, los caprichos del sistema electoral hicieron que los laboristas consiguieran más escaños en la nueva Cámara de los Comunes, 287, con un porcentaje ligeramente inferior de votos, un 37 por ciento. Los liberales, que habían conseguido el 23 por ciento de los votos, solo consiguieron 59 escaños. Aunque no tenía la mayoría absoluta, Ramsay MacDonald formó un gobierno en minoría, cuya supervivencia dependía del voto de confianza y del apoyo del gobierno liberal. Keynes estuvo muy solicitado por el nuevo gobierno y al mes siguiente al crac de Wall Street, fue elegido para formar parte del Comité Macmillan de Finanzas e Industria para examinar la relación entre el sector bancario y la economía.

Esto marcó el fin de la larga relación de Keynes con los liberales. Él, que siempre había sido muy pragmático, concentraba ahora todas sus energías en tratar de persuadir al nuevo gobierno de que aceptara sus consejos. Entre noviembre y diciembre de 1929, MacDonald le invitó a almorzar tres veces para pedirle consejo, y le hizo miembro de su Consejo económico. Pero muy pronto, Keynes se dio cuenta de que el timorato MacDonald, pese a su fama de radical, no tenía nada de progresista y en muchos sentidos era menos «socialista» que él.

Keynes hizo una intervención magistral en el Comité Macmillan en la que expuso sus complejas teorías en toda su extensión y con una elocuencia extraordinaria, en un lenguaje que cualquier profano pudiera entender. El presidente, lord Macmillan, un juez desapasionado, quedó tan entusiasmado con las hipnóticas conferencias diarias de Keynes que le dijo, «cuando le escucho, casi pierdo la noción del tiempo».[173] Para los que encuentran las ideas del *Tratado* difíciles de asimilar, la sencillez del lenguaje utilizado por Keynes en su exposición hace que se convierta en una lectura muy agradable, concretamente cuando explica los efectos de una disparidad entre ahorro e inversión invocando los trabajos de una república bananera imaginaria.[174] Junto con los principios establecidos en el *Tratado,* Keynes también describió sus opiniones sobre una serie de elementos de la economía que iban a ser muy importantes para promover la revolución keynesiana y que definirían la diferencia entre sus ideas y las de la escuela austríaca en el inminente duelo con Hayek.

Su contribución más importante en estas sesiones fue explicar el papel que desempeñaba en la economía el tipo bancario, el tipo de interés fijado por el Banco de Inglaterra. El primer día explicó por qué la imposición de tipos de interés elevados provocaba una contracción (reducción) de la inversión y una caída de los precios, mientras que la reducción de los tipos propiciaba las circunstancias para que se produjera un *boom*. Si bien esta fórmula funcionaba a largo plazo cuando la balanza comercial era favorable y los precios y los costes podían ir subiendo, cuando había que hacer un ajuste de los costes a la baja era catastrófica. Como Harrod explicó, Keynes insistía en que «para el comité era importante saber que el mecanismo en el que teníamos que poner toda nuestra confianza sólo podía producir un ajuste a la baja a través de un desempleo severo que propiciara recortes importantes en los salarios».[175]

Keynes declaró que el ahorro y la inversión estaban desequilibrados, y reconoció que las presiones monetarias, en forma de elevados tipos de interés que provocaran un aumento en el coste del crédito a las empresas, no harían más que presionar más a la baja los costes y los beneficios, y también los salarios. El resultado sería el desempleo. Uno de los problemas que tenía Gran Bretaña en los años veinte, sin embargo, era que a causa de la negociación colectiva de los sindicatos, los salarios eran «rígidos» y no se podían recortar fácilmente. De hecho,

a raíz de la reducción de la semana laboral y al mantenimiento de los sueldos debido a las demandas de los sindicatos, los sueldos habían aumentado. Keynes advirtió al comité de que «no ha habido una comunidad en la historia, ni moderna ni antigua, que haya estado dispuesta a aceptar sin luchar con todas sus fuerzas una reducción en el nivel general de ingresos».[176]

Aunque ante el comité negó que el subsidio de desempleo hubiera contribuido a la «rigidez» de los salarios, comparando la sugerencia con la de los que culpaban a la provisión de hospitales de fomentar la enfermedad, en un programa de radio reconoció que, en realidad, el subsidio de desempleo se había sumado a la resistencia de los trabajadores por frenar una reducción de los salarios. «No hay duda de que la existencia del subsidio disminuye la presión sobre el individuo a aceptar un nivel de sueldo o un tipo de trabajo que no es el que quiere o al que está acostumbrado»,[177] dijo. En cualquier caso, lo que propuso para reducir los salarios a un nivel que el país se pudiera permitir era una política salarial gestionada por el gobierno, lo que describía como «una reducción aceptada del nivel de sueldos». Hizo hincapié en que la reducción se iba a tener que aplicar a todos los sectores de la economía por igual, no únicamente a los empleados del sector industrial, y en que el resultado del «contrato social» sería una reducción de los precios. Aunque en «ciertos aspectos era la solución ideal»,[178] confesó que seguramente esta política era imposible de implementar. Para aumentar el empleo proponía el gasto público en carreteras y en la red telefónica. La objeción del Tesoro a aumentar los gastos del gobierno demostraba que era muy corto de miras, dijo. «Entramos en un círculo vicioso. No hacemos nada porque no tenemos dinero. Pero es precisamente porque no hacemos nada por lo que no tenemos dinero.»[179]

El portavoz del Tesoro que testificó ante el comité, sir Richard Hopkins, a quien Robbins describía como «diminuto de estatura, con una apariencia general como la de un mono extremadamente inteligente»,[180] hizo bien en resistirse a la postura de Keynes de hacer obras públicas para crear puestos de trabajo. Creía que las inversiones que no eran rentables mermarían la inversión extranjera en compañías británicas, provocando a la vez un desvío de capital británico al extranjero; que dirigir fondos a determinadas industrias trastocaría el mercado laboral, trasladando trabajadores de empresas más productivas y rentables a proyectos públicos comparativamente menos rentables; y que la cantidad de capital era limitada —si el gobierno utilizaba capital para sus programas, privaría a la industria privada del capital que necesitaba—. Keynes le respondió diciendo que la reducción del pago de subsidios de desempleo y de las empresas perdidas por el regreso al pleno empleo compensaría con creces estas eventualidades.

No fueron sólo las demandas persistentes de Keynes en favor de la intervención del gobierno las que ofendieron al Tesoro, al Banco de Inglaterra y a

los que suscribían las ideas de la escuela austríaca. Su ataque al libre comercio también resultó muy ofensivo y tras un angustioso debate interno, su defensa de los aranceles a la importación. En su intervención en el Comité Macmillan, Keynes dijo que los derechos de importación eran tan malos como las drogas —que una vez impuestos ya no podías vivir sin ellos—, aunque, en el informe que hizo para el Consejo económico del primer ministro, defendió los impuestos a la importación —y los créditos a la exportación— como la única política aceptable por la población general. Keynes insistía, sin embargo, en que Gran Bretaña y el mundo estaban en una situación tan dramática que sólo se podían tomar medidas drásticas, como imponer aranceles al comercio. «Los librecambistas pueden, de acuerdo con sus ideas, considerar este tipo de gravamen como una medida de último recurso, que sólo se puede aplicar una vez en caso de emergencia», escribió en marzo de 1931. «La emergencia ha llegado.»[181]

El cambio de opinión de Keynes sobre este tipo de impuestos fue la razón principal de su profundo desacuerdo con el librecambista Robbins, al que había elegido personalmente para formar parte del comité sobre perspectivas económicas del consejo económico. Es difícil imaginar la razón que llevó a Keynes a ofrecerle el puesto a Robbins, ya que era inevitable que pronto empezaran a discutir. El biógrafo de Keynes, Robert Skidelsky, sugiere que Robbins «tenía la convicción intelectual necesaria para resistirse a la postura de Keynes. Puede que Keynes no fuera consciente de la fuerza de las convicciones de Robbins sobre el librecambismo cuando se lo sugirió; o puede que simplemente sobrevalorara sus propios poderes de persuasión».[182]

En cualquier caso, los dos hombres chocaron en el Comité Macmillan de la forma más explosiva posible. Los dos tenían mucho carácter, y para consternación de los demás miembros, ambos estaban dispuestos a perder los estribos. Hasta su encuentro con Robbins, Keynes se había limitado a soportar el estricto conservadurismo y la falta de imaginación del Tesoro y de los directivos del Banco de Inglaterra. Con Robbins, se vio obligado a hacer frente a una especie de némesis, a un joven combatiente con una mente brillante que había ignorado las ideas radicales procedentes de Cambridge en favor de las ideas de la escuela austríaca. La respuesta de Robbins a las soluciones putativas de Keynes fue dejar que el mercado siguiera su curso, por penoso que resultara para la industria británica, los empleados británicos, la empresa británica y los trabajadores británicos. Si, como Keynes afirmaba constantemente, la economía británica estaba en desequilibrio, habría que dejar que poco a poco se fuera equilibrando. Las prescripciones de Keynes no harían más que aplazar lo inevitable, empeorando todavía más las cosas y perpetuando la miseria. Tal como Harrod lo describió, Robbins «veía en las propuestas arancelarias de Keynes un alejamiento de las antiguas tradiciones que habían hecho de Gran Bretaña un gran país y un devastador golpe contra el incipiente plan de expansión internacional. […] Sentía

que tenía que dedicar todas sus fuerzas a resistirse».[183]

Por su parte Keynes, trató de ridiculizar las soluciones librecambistas de Robbins: «Puede que llegue un punto […] si seguimos aferrados al *laissez-faire* (el libre mercado) durante el tiempo suficiente, en el que tengamos que cultivar nuestras propias vides. Teniendo en cuenta que hay un residuo de exportaciones británicas (obras de arte, por ejemplo) que Estados Unidos está encantado de tener, y que podemos reducir nuestras importaciones necesarias y nuestro excedente de ahorro para igualar este residuo, el equilibrio quedará restaurado». Continuó diciendo: «Si no pueden sobrellevarlo con buena cara y aguantarse, y no están dispuestos a hacer ciertas renuncias al *laissez-faire* que impliquen la introducción arancelaria, la prohibición de importaciones, subsidios, la inversión del gobierno y el freno a los créditos extranjeros, más vale que hagan un esfuerzo. […] Además, puede que así acaben evitando una catástrofe social».[184] Desde el punto de vista de Robbins, era horrible que Keynes hubiera llegado a la conclusión de que la mejor forma de reducir los salarios era dejar que los precios aumentaran, disminuyendo así su valor real.

Robbins quería llamar a su amigo Hayek para que asistiera como testigo experto al comité, confiando en que Hayek no se dejara doblegar por el bombardeo de Keynes. Pero Keynes rechazó la idea. Robbins aceptó el rechazo a la presencia de su estrella con una actitud sorprendente, pero muy pronto su impaciencia con la altanera actitud de Keynes hizo mella. Incapaz de aceptar el informe elaborado por Keynes y el resto, Robbins pidió que le permitieran dar su discrepante opinión minoritaria. Según explicaba Robbins: «Keynes, que, como siempre, era capaz de ponerse de un humor insoportable, estaba furioso. […] En su ataque de ira, me trató muy mal».[185] Citando la opinión del secretario del gabinete, Keynes negó a Robbins el derecho a distanciarse del resto del comité. Reunió una serie de precedentes que decían que era totalmente inconstitucional que un solo individuo publicara un informe minoritario. Los otros miembros fueron tomando la palabra para decir que era de mal gusto, intolerable y de mala educación armar ese escándalo. No sólo porque Robbins estuviera creando un precedente innecesario; «con tal que no se redujeran las posibilidades de que se adoptaran políticas económicas útiles, estaban dispuestos a minimizar sus desacuerdos».[186]

Pero Robbins se mantuvo firme. Y Keynes no tuvo más remedio que bajarse del burro, y aceptó a regañadientes que se adjuntara una opinión contradictoria, titulada «Informe del Profesor L. Robbins», al resto de conclusiones. Pero todo el acaloramiento y el rencor que produjo el enfrentamiento de Keynes y Robbins, como anticipo de la batalla que iba a tener que librar Hayek, fue una pérdida de tiempo. En octubre de 1930, MacDonald recibió el informe, y lo ocultó por miedo.

Muy pronto, Keynes se olvidó de su profunda desavenencia con Robbins.

«Al cabo de pocas semanas, Keynes y yo volvimos a encontrarnos […] y fue como si sólo hubiera diferencias intelectuales entre nosotros», recordó Robbins. «Siempre pensé que era un gran hombre, de una estatura tal que las idiosincrasias de su carácter personal, como aquella de la que yo mismo había sido víctima, dejaban de tener importancia teniendo en cuenta la perspectiva general de su calidad y carácter.»[187]

Robbins, sin embargo, estaba decidido a seguir con el debate. Su intención de traer a Hayek de Viena, como si fuera un pistolero, para enfrentarse a Keynes se convirtió en una prioridad urgente. Lo que Robbins no sabía es que la llegada de Hayek iba a ser muy bien acogida por William Beveridge, que tenía una opinión muy pobre de Keynes. Beatrice Webb, que había fundado la LSE con su marido, Sidney, había almorzado con Beveridge y descubrió que «odiaba profundamente a Keynes y le consideraba un economista de pacotilla».[188] Como Robbins, Beveridge veía los inminentes discursos de Hayek como un medio para poner a Keynes en su lugar.

Todo estaba dispuesto para que Hayek desafiara a Keynes desde la seguridad de un puesto en la LSE, siempre y cuando se desenvolviera adecuadamente a la hora de explicar la teoría del ciclo económico de la escuela austríaca en el cuarteto de conferencias que Robbins le había invitado a dar.

5

El hombre que mató a Liberty Valance

Hayek llega a Viena (1931)

Lionel Robbins y William Beveridge quedaron en segundo lugar en el duelo más revelador de la historia de la economía. Friedrich Hayek llegó a Londres en enero de 1931 tras aceptar la invitación de Robbins para dar cuatro conferencias basadas en su estudio del ciclo económico y demostrar, con *La paradoja del ahorro*,[189] que las recesiones no estaban causadas por una falta de deseo de comprar de los consumidores.

La primera parada de Hayek, sin embargo, no fue la London School of Economics, en Houghton Street, debajo del Strand de Londres, sino Cambridge, setenta y cinco kilómetros al norte, donde le habían invitado para dar una conferencia en la Marshall Society, un intenso grupo de economistas compuesto básicamente por colegas de John Maynard Keynes. La sociedad, dedicada a la memoria del padre de la economía anglosajona, Alfred Marshall, era el hogar espiritual de la economía de Cambridge. Para Hayek, era un recordatorio viviente de que había aterrizado en terreno ajeno, que no era del dominio de la escuela austríaca. Como los economistas de Cambridge solían decir, «en Marshall te puedes encontrar de todo».[190] Hayek quería demostrar que no tenían razón. Con el nervio que le caracterizaba, se metió en la boca del lobo.

Junto al encanto de Keynes y el atractivo de sus maquiavélicas ideas, se iba a encontrar con un grupo de fieles discípulos leales. Keynes siempre se había rodeado de pequeños grupos de íntimos, desde sus primeros días como miembro de los «Apóstoles» de Cambridge, una sociedad secreta compuesta por jóvenes que simpatizaban con las ideas del filósofo británico G. E. Moore y las compartían, más tarde como miembro del grupo de Bloomsbury. Como carismático profesor de economía del King's College, ofrecía a un reducido grupo de jóvenes —en esa época Cambridge estaba íntegramente compuesto por chicos— consejos generosos y paternales. Eligió como pupilos a aquellos con las mentes más originales, capaces de entretenerle y divertirle con conversaciones largas y prolongadas. La Marshall Society incluía un exclusivo grupo de seguidores que irónicamente se definían a sí

mismos como «el Circo de Cambridge».

Uno de ellos era Richard F. Kahn,[191] que recordaba lo que pensó al ver a Keynes por primera vez, tumbado en un sillón con sus largas piernas estiradas, en sus suntuosas salas del [King's] College decoradas con murales de Vanessa Bell y Duncan Grant. «De hecho, antes de entrar en las estancias que Keynes tenía en el King's College para mi primera supervisión [clase informal], me puse a temblar», recordaba Kahn. «Pero en cuanto los otros tres alumnos y yo nos acomodamos alrededor del fuego, nos sorprendimos hablando con un hombre amable y genial, que estaba deseando ganarse nuestra confianza.» Era precisamente la capacidad de Keynes para imponer y al mismo tiempo mostrarse accesible la que hacía que sus admiradores más próximos le tuvieran una devoción que rozaba lo espiritual. Para ellos era mucho más que un profesor extraordinario; le consideraban un gurú y un sabio. Kahn recordaba que «la publicación del *Tratado* el 31 de octubre de 1930 llevó casi inmediatamente a la creación de un grupo de jóvenes economistas de Cambridge que se reunían para discutir las cuestiones básicas, estimulados por el conocimiento de que muy pronto Keynes se embarcaría en un nuevo libro [*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*]».[192]

Puede que otro miembro importante del círculo, Austin Robinson, fuera el primero en bautizar el seminario informal semanal como el «Circo de Cambridge». «Estábamos muy ocupados leyendo [*Tratado del dinero*] y digiriéndolo», escribió. «Inevitablemente algunos —Richard Kahn, Joan Robinson[193] [la mujer de Austin], Piero Sraffa,[194] James Meade,[195] y yo— discutíamos sobre él. Lo que acabó llamándose "Circus" surgió más por accidente que por un deseo expreso.»[196] Aparte de estos cinco, también estaban C. H. P. Gifford, A. E. W. Plumptre, L. Tarshis y un reducido número de universitarios. Cada nuevo miembro era sometido a una prolongada entrevista por parte de Kahn, Austin Robinson y Sraffa. El grupo se reunió con regularidad entre enero y mayo de 1931 y tuvieron debates muy acalorados, aunque, al estilo de Cambridge, sin ofender a nadie ni utilizar palabras punzantes. Como recordaba Austin Robinson, «la economía sólo puede avanzar si hay discusión, conflicto».[197]

El Circo, que se reunió por primera vez en las habitaciones de Kahn en el Gibbs Building del King's College y más tarde en la Old Combination Room del Trinity College, proporcionó a Keynes una base sólida, un grupo de jóvenes economistas de confianza con los que pudo revisar los borradores de la *Teoría general*, y, muy importante para su duelo con Hayek, que constituyeron una falange de discípulos leales dispuestos a defender a su patriarca en cualquier ocasión. Keynes no asistía a las reuniones del Circo. Uno de los habituales, James Meade, miembro del Hertford College de Oxford, que estaba pasando un año en Cambridge, contó que «desde el punto de vista de un humilde mortal como yo, parecía que Keynes hacía el papel de Dios en una moralina; era el protagonista de

la obra, pero raramente aparecía en escena. Kahn era el ángel mensajero que llevaba problemas y mensajes de Keynes al "Circo" y regresaba al cielo con el resultado de nuestras deliberaciones».[198]

Kahn era un físico indiferente que se había convertido en un economista inspirado gracias a su dominio de las matemáticas, por el que recibió los máximos honores antes de ser elegido profesor de King's en 1930. El cambio de área de especialización de Kahn llevó al economista de la escuela austríaca Joseph Schumpeter,[199] con la falta de sensibilidad que le caracterizaba, a decirle que «un mal caballo de carreras se puede convertir en un buen jamelgo».[200] Keynes creía que Kahn tenía «tanta facilidad para la economía como cualquiera de los alumnos a los que había dado clase antes de la guerra».[201] Kahn era muy inteligente y meticuloso en su lógica, pero carecía de la confianza necesaria para convencer de sus ideas a los demás. De voz suave, con unos modales impecables, y conocido por sus amigos como «Ferdinand», su nombre de pila, fue quizá el más importante de una serie de jóvenes y Keynes le concedió el título de «pupilo favorito». Keynes, judío ortodoxo, le apodaba cariñosamente «pequeño rabino».

A pesar de que se pasó la vida estudiando economía, y de que entre 1951 y 1972 fue profesor de economía en Cambridge, Kahn publicó poco y sigue siendo más conocido como el maestro del taller de Keynes. Schumpeter quiso disculparse por su anterior falta de tacto, atribuyendo a Kahn una parte importante de *La teoría general,* escribiendo que «la participación de Kahn en este logro histórico puede considerarse casi como de coautoría».[202] Schumpeter citó la devoción que Kahn tenía por Keynes como ejemplo de la generosidad que caracterizaba a los alumnos de Cambridge. «Ponen todas las ideas en común. Con críticas y sugerencias positivas contribuyen a que las ideas de los demás acaben siendo una realidad. Y ejercen una influencia anónima —influencia como líderes— que va mucho más allá de todo lo que se les pueda atribuir a partir de sus publicaciones.»[203]

Austin Robinson, miembro del consejo del Sidney Sussex College de Cambridge, que durante la primera guerra mundial había sido piloto de hidroaviones, llegó de la India en abril de 1919 motivado, como muchos de los estudiantes de Cambridge que habían sobrevivido a la guerra, por el deseo de hacer del mundo un lugar mejor. «Estábamos decididos a conseguir que los problemas del mundo no tuvieran que resolverse nunca más con una guerra», escribió. «Puede que fuéramos un poco naif, pero de lo que no había duda era de que éramos sinceros.»[204] Escuchó a Keynes, que acababa de llegar de las conferencias de paz de París, en una serie de conferencias que acabarían conformando *Las consecuencias económicas de la paz.* Robinson se quedó totalmente prendado. Tras pasar un tiempo haciendo voluntariado en Liverpool, volvió a Cambridge para estudiar economía. «La economía que me interesaba era la que podía mejorar la situación del mundo —convirtiéndolo en un lugar mejor tanto

para los pobres como para los ricos—», explicó.[205] Su recuerdo del Circo era que él, Kahn y otros empezaron a reunirse y que «Keynes sabía que nos reuníamos y le preguntó a Kahn de qué hablábamos, y Kahn le transmitió nuestros problemas y dificultades».[206]

Joan, la mujer de Austin Robinson, nacida Joan Violet Maurice, licenciada en económicas por la universidad femenina de Girton, se convirtió, de acuerdo con el biógrafo de Keynes, Skidelsky, en «la única mujer (hasta el momento) entre los grandes economistas».[207] Al igual que su audaz padre, el teniente coronel, sir Frederick Barton Maurice, que durante la guerra había acusado al primer ministro David Lloyd George de engañar al Parlamento en relación con el número de tropas británicas que había en el frente occidental, la señora Robinson generó mucha controversia y fue una ferviente defensora de las causas que apoyaba. Tenía una actitud muy agresiva. Como explicó un contemporáneo, «Hayek le reprochaba que asumiera que, si la gente no estaba de acuerdo con ella, decía que era poco inteligente o que era poco ético, por lo que discutir con ella solía ser bastante difícil, por decir lo menos».[208] Acabaría haciendo una contribución significativa a la economía no sólo colaborando estrechamente con Kahn en la *Teoría general* de Keynes, sino también con su trabajo sobre la «competencia imperfecta» y su trabajo pionero para salvar la reputación de Karl Marx como economista. Ella y Austin Robinson estaban felizmente casados y tenían dos hijas, pero la estrecha colaboración intelectual con Kahn hizo que acabaran convirtiéndose en amantes. Una vez fueron sorprendidos por Keynes in fraganti, y Keynes le dijo a Lydia que la pareja estaba «enrollándose en el suelo del estudio de Kahn, aunque espero que la conversación fuera únicamente sobre la "teoría pura del monopolio"».[209]

La primera vez que Hayek tuvo contacto con el Circo fue en la conferencia que dio en la Marshall Society, como preludio a su debut en la LSE. Hubo varios factores que hicieron que no acabara dándole una patada en el trasero a Keynes. Tenía mucha fiebre y, aturdido, tuvo que preparar apresuradamente la conferencia, en la que tenía que condensar las cuatro que había preparado para la LSE. Esto le impidió anticipar la fría acogida que iba a tener de un grupo que era bastante escéptico con todo lo que procedía de la escuela austríaca.

Hayek sufrió de otra inhibición significativa. A pesar de los catorce meses que había pasado en Nueva York, su inglés seguía siendo bastante rudimentario. Su acento austríaco era tan espeso como la niebla de Londres y continuaría siéndolo durante el resto de su vida. En su conferencia en la Marshall Society, tampoco ayudó que muchas veces se viera obligado a dar la espalda a su audiencia para dibujar en la pizarra una serie de diagramas intrincados, apenas legibles y, por lo general, incomprensibles por su audiencia. El propio Keynes no asistió, ya que estaba en Londres, con lo cual sus jóvenes seguidores no fueron tan duros con él como si hubiera estado presente. En esas circunstancias, Hayek hizo todo lo

posible por cumplir su objetivo.

Sería tentador sugerir que los keynesianos estaban tan imbuidos por las lecciones del *Tratado* que acababa de publicar su gurú que rechazaron a Hayek por proponer una teoría económica opuesta. En cualquier caso, no acababan de entender los conceptos que Hayek estaba tratando de explicar. Aunque les hubieran entregado un texto introductorio, podían haber seguido sin entender nada, ya que el inglés escrito de Hayek necesitaba de un buen traductor y editor, y además todavía era menos comprensible que su inglés hablado. Como más tarde Hayek admitiría, las nociones a las que se refirió eran muy bien conocidas por los economistas de la escuela austríaca, pero para los economistas británicos, que trataban la economía continental con mucho recelo, eran totalmente desconocidas. De hecho, muchos de los argumentos que Hayek asumió que su audiencia británica entendería, no estaban traducidos al inglés.[210]

Tras pasarse más de una hora presentando su tesis y dibujando sus enrevesados diagramas, detallando su explicación de por qué los ciclos económicos estaban llenos de altibajos, Hayek abrió el turno de preguntas. Los jóvenes keynesianos dedujeron que lo más importante de la exposición de Hayek, contrariamente a la afirmación de Keynes, era que creía que no había una conexión directa entre la demanda agregada (el total de bienes que los consumidores querían comprar en una economía) y el empleo. Siempre dispuestos a participar en un debate acalorado, sobre todo si un desconocido equivocado se atrevía a adentrarse en su maravilloso mundo, por una vez, los jóvenes keynesianos se encontraron sin palabras. La invitación de Hayek a que la audiencia hiciera preguntas fue acogida con un silencio escalofriante.

El siempre bien educado Kahn ofreció una explicación más o menos objetiva de su notable asalto a la ortodoxia marshalliana y a la filosofía del *Tratado.* Su relato fue bastante duro, a pesar de que, al haberlo escrito más de cincuenta años después del evento, se había visto suavizado por el paso del tiempo. Por mucho que lo intentó, Kahn no pudo disimular el hecho de que la recepción debió haber sido devastadora incluso para un carácter tan sólido e intelectualmente seguro como el de Hayek, cuyo calmado aire de confianza combinado con una arrogancia casi aristocrática encajaban perfectamente con su famoso papel de maestro de la contradicción.

«Los miembros de la audiencia estaban totalmente aturdidos», escribió Kahn. «Por lo general, las conferencias de la Marshall Society van seguidas de un animado y acalorado aluvión de ruegos y preguntas. En esta ocasión se produjo un silencio total. Sentía que tenía que romper el hielo. Así que me levanté y pregunté: "¿Cree entonces que si mañana me comprara un abrigo nuevo, aumentaría el desempleo?". "Sí —dijo Hayek—. Pero —señalando los triángulos que había

dibujado en la pizarra—, necesitaría un argumento matemático muy largo para demostrar por qué.”»[211]

Joan Robinson, que tenía fama de ser muy despiadada con sus oponentes, no fue tan indulgente. «Recuerdo perfectamente la visita que Hayek hizo a Cambridge de camino a la London School», explicaría casi cuarenta años después. «Expuso su teoría y llenó la pizarra con sus triángulos. El grueso del argumento, como comprobaríamos más tarde, consistía en confundir el tipo de inversión corriente con el stock total de bienes de capital, pero entonces no nos dimos cuenta. Parecía que había una tendencia general a demostrar que la depresión estaba provocada por la inflación.» Con mucha crueldad resumió el desafortunado debut de Hayek en el escenario británico como un «lamentable estado de confusión».[212]

Hayek regresó a Londres, un poco escarmentado por su experiencia en Cambridge, pero convencido de que en la LSE sería mucho mejor recibido. Aunque Robbins reconocía que las conferencias que iba a dar Hayek iban a ser «difíciles y excitantes al mismo tiempo»,[213] confiaba en que transformaran el panorama intelectual británico. Para asegurarse de que Hayek no volviera a tener la fría acogida que había tenido en Cambridge, se reservó la sala de conferencias más grande y se convocó a una audiencia elegida por el propio Robbins para asistir a la conferencia de Hayek. Los que no estaban familiarizados con las nociones de la escuela austríaca tuvieron que informarse previamente para poder responder positivamente. A diferencia de lo ocurrido en Cambridge, Hayek ocupó un lugar de honor en el pequeño escenario elevado, con una docena de filas de sillas de madera dispuestas frente a él y ocupadas por unos doscientos profesores y empleados entusiasmados y cien personas más que llenaban la sala.

Ninguno de los presentes dudaba de la importancia del evento para el futuro de la teoría económica y la reputación de la LSE. Los argumentos que Hayek estaba a punto de exponer, y el papel tan importante que la oferta de dinero desempeñaba en el funcionamiento de una economía, eran los primeros disparos importantes en la guerra contra Keynes y Cambridge, e iban a proporcionar indirectamente la base de la contrarrevolución monetarista que eventualmente acabaría cuestionando el keynesianismo. La primera conferencia de Hayek, «Teorías de la influencia del dinero en los precios», fue un repaso general a la relación entre el dinero, los precios y la producción.

Empezó reconociendo que la decisión del Tesoro británico de devolver la libra esterlina al patrón oro a la paridad que tenía antes de la primera guerra mundial había dado muchas pruebas de que «la contracción de la circulación»[214] del dinero (la reducción del dinero que cambiaba de manos) provocaba una reducción de la producción industrial. Se lamentó del hecho de que turbulentos eventos económicos recientes, tanto en Gran Bretaña como en Europa, habían

hecho muy poco por ayudar a comprender el papel tan importante que las fuerzas monetarias desempeñaban en la economía. Echó la culpa de ello «a cierto cambio de actitud por parte de muchos economistas en relación con la metodología económica apropiada, un cambio que en muchos sentidos se considera un gran progreso: quiero decir el intento de sustituir los métodos de la investigación cualitativa por la cuantitativa».[215] Insistió en que los elementos de medición de la economía no podían sustituir el conocimiento del funcionamiento de una economía. Ridiculizó los intentos de «establecer conexiones causales directas entre la cantidad total de dinero, el nivel general de los precios y, tal vez, incluso la cantidad de producción total»[216] en las ecuaciones matemáticas como si la economía fuera una ciencia como la física o la química. Lo realmente importante para entender la actividad económica, argumentó, eran las decisiones que tomaba la gente, que eran tantas y tan diversas que no eran fáciles de medir. Por la misma razón, descartaba las hipótesis basadas en el nivel general de precios. Y luego estaba, además, la gran cantidad de precios distintos que se acuerdan en las innumerables transacciones individuales que en su conjunto conforman la economía.

En una extensa y amplia revisión histórica de la teoría monetaria, Hayek citó, con admiración, a Richard Cantillon,[217] el economista irlandés-francés, de principios del siglo XVIII que dio una primera explicación de las fuerzas monetarias. Cantillon había demostrado la influencia que la nueva inyección de dinero, en forma de depósitos de oro y plata descubiertos en Sudamérica por exploradores en el siglo XVII, había tenido en el aumento del poder de compra de los que habían llevado los metales preciosos a Europa. Su nueva riqueza había hecho que los exploradores gastaran más, lo cual provocó un aumento de los precios, que a su vez llenó las arcas de los vendedores de bienes, que a su vez gastaron más y así sucesivamente. Cantillon, y más tarde el filósofo escocés David Hume, observaron que con el tiempo el efecto general de la nueva oferta de dinero sólo ayudaba a los que la descubrían y la producían, mientras que el resto de la sociedad acababa sufriendo puesto que las nuevas ofertas de plata y oro provocaban un aumento de los precios. Aunque la consideraba útil, Hayek dijo que tenía sus reservas en relación con la teoría de Cantillon ya que «los efectos pueden ser bastante opuestos dependiendo de las manos a las que va a parar el dinero en primer lugar, a las de los comerciantes o a las de los productores».

A continuación Hayek abordó un elemento que no habían contemplado ni Cantillon ni Hume, «la influencia de la cantidad de dinero sobre el tipo de interés, y a través de él, en la demanda relativa de bienes de consumo por un lado y de bienes de capital de los productores por otro».[218] Un exceso de dinero tendía a rebajar el precio del préstamo, lo que provocaba un aumento en el precio de los bienes de consumo y reducía el atractivo del ahorro. Explicó cómo habían explorado la relación entre el dinero y los tipos de interés pensadores como Henry

Thornton,[219] David Ricardo[220] y Thomas Tooke,[221] y cómo había sido abordada la conexión entre dinero y capital, en forma de «ahorros forzosos», por Jeremy Bentham, Thomas Malthus,[222] John Stuart Mill,[223] Léon Walras,[224] Knut Wicksell y Eugen von Böhm-Bawerk. Al atraer la atención sobre lo que él percibía como un fallo en la lógica de Wicksell, Hayek dio un buen golpe a la hipótesis fundamental del *Tratado del dinero* de Keynes,[225] de que si el tipo de «interés natural» y el tipo de interés «del mercado» eran idénticos, los precios permanecían estables.[226] Hayek prometió que en una conferencia posterior, explicaría con más detalle los motivos de su desacuerdo con Wicksell y Keynes.

Pero en la primera conferencia expuso una noción que llegaba al fondo de su diferencia con Keynes. «En cuanto uno empieza a pensar en ello, parece obvio que prácticamente cualquier cambio en la cantidad de dinero, tanto si influye en el nivel de precios como si no, tiene que influir en los precios relativos. Y, como no puede haber ninguna duda de que son los precios relativos los que determinan la cantidad y la dirección de la producción, prácticamente cualquier cambio en la cantidad de dinero tiene que influir en la producción.»[227] Creía que estaba a punto de hacer un gran avance en la teoría del dinero que ya «no sería una teoría del valor del dinero en general, sino una teoría de la influencia del dinero en los diferentes tipos de intercambio entre los bienes de todo tipo».[228]

A continuación Hayek hizo una declaración sorprendente: el dinero no tiene valor intrínseco. «En este sentido […] no hay necesidad de dinero —la cantidad de dinero que existe no tiene ningún tipo de influencia sobre el bienestar de la humanidad— y por lo tanto, el dinero no tiene un valor objetivo, en el sentido en el que hablamos del valor objetivo de los bienes. Lo que nos interesa únicamente es saber cómo se ve afectado el valor relativo de los bienes como fuentes de ingresos o como medios de satisfacción de nuestras necesidades por el dinero.»[229]

Para los miembros de la audiencia, y para los que habían leído y digerido con cierto escepticismo el *Tratado* de Keynes, publicado tres meses antes, la conferencia de Hayek ofrecía una nueva dirección en la que empezar a valorar la teoría económica. En marcado contraste con la acogida que había tenido en Cambridge, la primera conferencia que Hayek dio en Londres fue acogida con un cálido aplauso. Muy importante, el siempre competitivo Robbins estuvo encantado y convencido de haber encontrado al hombre adecuado para desafiar las potentes nuevas teorías que Keynes estaba propagando.

En la segunda conferencia, que dio al día siguiente y que llevaba por título «Las condiciones de equilibrio entre la producción de los bienes de consumo y la producción de los bienes de los productores», Hayek abordó un tema muy importante y, a la luz de la depresión mundial, de rabiosa actualidad: ¿en qué circunstancias dejan de utilizarse los recursos? Declaró que para explicar un

fenómeno económico había que asumir que, a la larga, la economía acabaría llegando a un estado de equilibrio en el que todos los recursos estarían plenamente empleados. Pero en el ínterin, habría veces en las que no se utilizarían todos los recursos disponibles.

De todas las opciones que había para aumentar la producción, sugirió Hayek, la más efectiva era emplear el capital para satisfacer la demanda posterior en lo que —remitiéndose a la teoría del economista austríaco Eugen von Böhm-Bawerk— denominaba métodos de producción *roundabout* o indirectos. Hayek hizo un diagrama en la pizarra en forma de triángulo, como los que tanto habían desconcertado a la audiencia de Cambridge. Explicó que para satisfacer la demanda futura, a largo plazo, los emprendedores invertían en una sucesión de bienes de capital intermedios, como herramientas y maquinaria, que por lo general se vendían a otros productores de bienes de capital. A su debido tiempo, el empleo de estos métodos indirectos de producción generaba la provisión de más bienes de consumo en el futuro. Los emprendedores estaban dispuestos a retrasar la generación de beneficios invirtiendo en estos métodos de producción intermedios porque más adelante les permitían producir más bienes de consumo, satisfaciendo así los deseos de los consumidores, que ahorran hoy para tener más mañana.

Esto llevó a Hayek a la cuestión fundamental de su segunda conferencia: ¿cómo es posible que los métodos de producción que necesitaban menos capital se hubieran transformado en métodos que necesitaban más capital? La respuesta era simple: si la gente gastaba menos en bienes de consumo y ahorraba más, sus ahorros se invertían en bienes de capital. Pero había otra opción: si los bancos ofrecían más créditos a los productores, se podían producir más bienes de capital. Este segundo método, dijo, no suponía un ahorro real, sino un «ahorro forzoso» ya que la nueva inversión se producía no por un aumento del ahorro, sino simplemente porque a los bancos les convenía prestar. Si el dinero prestado a los productores se reducía al nivel anterior, se perdía el capital invertido en equipamiento. «Como veremos en la próxima conferencia», dijo con inquietud, «esta transición a métodos de producción menos capitalistas no tiene más remedio que tomar la forma de crisis económica.»[230]

Una vez más, dejó a la audiencia al filo de su asiento. En su tercera conferencia, al día siguiente, Hayek invocó el trabajo de su mentor Ludwig von Mises. Inició su discurso, titulado: «El funcionamiento del mecanismo de precios en el curso del ciclo crediticio», con una cita de Mises: «El primer efecto del aumento de la actividad productiva, iniciado por la política de los bancos de prestar por debajo del tipo de interés natural es […] un aumento del precio de los bienes de los productores, mientras que el precio de los bienes de los consumidores sólo aumenta moderadamente. […] Pero muy pronto se produce un movimiento inverso: sube el precio de los bienes de los consumidores y baja el precio de los

bienes de los productores, es decir, el tipo de interés crediticio aumenta y se vuelve a acercar al tipo de interés natural».[231]

Con el habitual tono impecablemente meticuloso y seco que le caracterizaba, Hayek describió de qué forma, a largo plazo, un aumento no deseado en los créditos provocaba un trastorno en el proceso de producción de los bienes de capital, que a su vez causaba un colapso en la base del ciclo económico. Para que los que no tenían una mente demasiado analítica lo entendieran, Hayek puso un ejemplo. «La situación sería similar a la de los habitantes de una isla desierta, si, tras haber construido parcialmente una máquina enorme que iba a abastecerles de todo lo que necesitaran, descubrieran que habían agotado todos sus ahorros y el capital del que podían disponer antes de que la máquina pudiera empezar a producir sus productos», dijo. «Entonces no les quedaría más remedio que dejar de trabajar en los nuevos procesos y dedicar todo su trabajo a producir su comida diaria sin ningún capital.»[232]

En el mundo real, sugirió Hayek, el resultado era el desempleo persistente. Ofreció una verdad simple, aunque difícil de digerir por los que, como Keynes, defendían un aumento de la demanda de bienes de consumo para aumentar el empleo: «La maquinaria de la producción capitalista sólo funcionará si nos conformamos con no consumir más que esa parte de nuestra riqueza total que, según la organización de la producción existente, está destinada al consumo. Cada aumento del consumo, para que no perturbe la producción, requiere un nuevo ahorro previo».

Hayek también hizo frente a otro remedio keynesiano, que la reactivación de una fábrica que estaba parada provocaría la reactivación de una economía deprimida y el aumento del empleo. «Lo que [los economistas como Keynes] no tienen en cuenta es que […] para que una fábrica pudiera funcionar al máximo de su capacidad, habría que invertir una gran cantidad de otros medios de producción en procesos largos y pesados que sólo darían beneficios en un futuro comparativamente lejano.»[233] Continuó: «Tendría que estar bastante claro que la concesión de crédito a los consumidores, que últimamente se ha defendido mucho como remedio para curar la depresión, en realidad, acabaría teniendo el efecto contrario». Esta «demanda artificial», sugirió, no haría nada más que postergar el día del juicio final. «La única forma de "movilizar" los recursos disponibles de forma permanente es, por lo tanto, no utilizar estimulantes artificiales —ni durante la crisis ni después de ella—, sino dejar que el tiempo efectúe una cura permanente.»[234] Resumiendo, no era nada fácil salir de una crisis. A la larga, el libre mercado haría que la economía volviera a un equilibrio en el que todo el mundo estaría empleado.

Una vez más, Hayek llegó al corazón de su audiencia. Por fin había una

repulsa contundente, convincente a las nociones intervencionistas keynesianas. Hayek demostró que las soluciones propuestas por Cambridge, que parecían tan plausibles, tenían muchos fallos. No bastaba con tener la mejor de las intenciones. Hacer frente a los síntomas de una economía deprimida invirtiendo con dinero prestado no servía para nada más que para empeorar las cosas. En su lugar, Hayek ofrecía un remedio propio: hay que olvidarse de las soluciones rápidas, la incómoda verdad es que sólo el tiempo curará una economía desequilibrada. Cuidado con los médicos zalameros, como Keynes, que ofrecen una cura rápida, porque son unos curanderos, unos charlatanes y unos estafadores. Los atajos no hacen nada más que llevarnos al principio. No hay soluciones fáciles. Sólo con el paso del tiempo se conseguirá la recuperación total. El mercado tiene su propia lógica y contiene su propio remedio natural. Hayek no quería hacer ningún mal, ya que, a diferencia de Keynes, no era un agitador político.

En la cuarta conferencia, al día siguiente, Hayek se adentró en el largamente inexplorado territorio de la teoría monetaria, que finalmente acabaría provocando el ataque más importante a las ideas keynesianas. Hayek sugería que la cantidad de dinero que había en una economía, y la velocidad con la que pasaba de unas manos a otras, era la clave para entender el funcionamiento del sistema. «En las condiciones actuales, el dinero siempre ejercerá una influencia determinante en el curso de los eventos económicos y […] por lo tanto, ningún análisis del fenómeno económico actual estará completo si no se tiene en cuenta el papel desempeñado por el dinero», declaró.[235] Pero insistió en que la teoría monetaria, aunque era una herramienta esencial para tener un mejor conocimiento del sistema económico, tenía sus limitaciones. En circunstancias normales funcionaba bien, pero quizá no tanto en la situación en la que el mundo se encontraba en ese momento.

Hayek creía que para que una economía funcionara lo más efectivamente posible, era fundamental que el dinero operase como un factor neutral. «El aumento o la disminución de la cantidad de dinero que circula en un área geográfica determinada ejerce una función tan importante como el aumento o la disminución de los ingresos monetarios de los individuos particulares, concretamente la función de dar a sus habitantes la posibilidad de obtener una porción más grande o más pequeña del producto total del mundo», dijo.[236] Aumentar la oferta de dinero provocaba daños innecesarios a determinados sectores de la sociedad. «El aumento de la cantidad de dinero no significa nada más que alguien tiene que renunciar a parte de su producto adicional en favor de los productores del nuevo dinero.»[237] Insistió mucho en que la creación de dinero adicional requería dinero procedente no sólo del dinero de los bancos, sino también de los préstamos de los bancos y tipos de crédito no conectados con los bancos. «La característica peculiaridad de estos tipos de crédito es que no están sujetos a ningún tipo de control central, pero que una vez concedidos y en caso de que haya que evitar un colapso del crédito, tienen que poderse convertir en otras

formas de dinero», dijo.[238]

Para evitar las oscilaciones más extravagantes del ciclo económico, sostuvo, los bancos tendrían que tener los préstamos muy controlados. «Los banqueros no tienen que tener miedo de perjudicar la producción por un exceso de cautela», dijo. Es imprescindible contar con la actuación sensata y prudente de los bancos para tener el control de la política monetaria. «Bajo las condiciones existentes, no hay más remedio que hacerlo. En cualquier caso, sólo se podría intentar a través de una autoridad monetaria central que actuara para todo el mundo: la acción de parte de un único país estaría condenada al desastre.»[239]

Aunque la retirada de dinero como fuente de desequilibrio era importante, advirtió que una política monetaria estricta no servía para nada. «Seguramente es una ilusión suponer que siempre seremos capaces de eliminar totalmente las fluctuaciones industriales mediante la política económica», dijo. Pero aquellos que, como Keynes, creían que la economía funcionaba mejor cuando había cierta inflación estaban equivocados. «Lo máximo que podemos esperar es que la creciente información del público haga que para los bancos sea más fácil aplicar una política prudente durante la fase ascendente del ciclo, para mitigar así la depresión que seguirá a continuación, y resistir las, bien intencionadas pero peligrosas, propuestas de combatir la depresión mediante "una pequeña inflación."»[240]

De este modo, Hayek llegó al final de su cuarteto de conferencias. «Sus conferencias causaron sensación», recordó Robbins, «en parte porque revelaban un aspecto de la teoría monetaria clásica que durante muchos años había estado olvidado.»[241] Daba la sensación, en opinión de Joseph Schumpeter, de que Hayek estaba diciendo algo nuevo y sorprendente.

Aunque las conferencias de Hayek suscitaron tantas preguntas como respuestas, Robbins se sintió particularmente satisfecho, porque habían cumplido exactamente su objetivo, presentar a los economistas británicos «esta gran tradición (la escuela austríaca), e intentar persuadir a los lectores británicos de que había una escuela de pensamiento que sólo podía ser despreciada a expensas de perder de vista lo que podría acabar siendo uno de los desarrollos científicos más fructíferos de nuestra era».[242]

Las conferencias fueron como una entrevista de trabajo extendida para Hayek, que anhelaba desesperadamente unirse al profesorado de la LSE. Y fue precisamente gracias a estas conferencias que Beveridge le ofreció a Hayek el puesto de profesor visitante, y que al año siguiente le concedió la cátedra Tooke de Ciencias económicas y estadísticas.[243] En opinión de Robbins, «hubo un voto unánime a favor».[244] Hayek aceptó el puesto sin reservas.

6

El duelo

Hayek revisa el *Tratado* de Keynes con gran dureza, 1931

El mes que Hayek llegó a Londres, Keynes animaba por la radio a todas las amas de casa de Londres a que gastaran, gastaran y gastaran. El bajo precio de los productos se lo ponía muy fácil a los británicos. Pero si bien los que tenían trabajo no se podían quejar, lo cierto es que había millones de parados. «Los trabajadores y el equipo que estaban parados hubieran podido producir bienes valorados en millones de libras», dijo Keynes.[245]

La respuesta, según Keynes, era simple, aunque aparentemente contradictoria. «Hoy en día, hay muchos […] que creen que lo mejor que pueden hacer para enmendar la situación es ahorrar más de lo normal. Creen que si dejan de gastar […] ayudarán al empleo. […] En las circunstancias actuales […] están bastante equivocados.» En la reducción al absurdo de los recursos, Keynes advirtió de lo que podría ocurrir si se ahorraba demasiado. «Supongamos que todos dejáramos de gastar nuestros ingresos, para ahorrar. La gente se quedaría sin trabajo. Y al poco tiempo no tendríamos ingresos para gastar. Nadie sería un centavo más rico, y al final todos acabaríamos muriéndonos de hambre.»

«Cada vez que ahorras cinco chelines, dejas a un hombre sin trabajo», dijo a su audiencia. «Por el contrario, cuando compras aumentas el empleo. […] Pero si no compras, las tiendas no podrán agotar existencias, no repondrán e inevitablemente, alguien acabará quedándose sin trabajo», dijo. «Por lo tanto, oh patrióticas amas de casa, salid a la calle mañana por la mañana temprano y comprad. […] Y disfrutad pensando que estáis contribuyendo a aumentar el empleo, contribuyendo a la riqueza del país.»[246] Por lo menos una mujer hizo caso a Keynes, su mujer Lydia, que aportó su grano de arena en la lucha contra el desempleo comprando sábanas en una tienda de Londres.

Keynes animó a los gobiernos locales a invertir en programas de obras públicas para crear puestos de trabajo. «Por ejemplo, por qué no trasladar todo el sur de Londres de Westminster a Greenwich. […] ¿Generaría empleo? ¡Por supuesto que sí! ¿Es mejor que la gente siga parada y desanimada, que se regodee en su desgracia? Por supuesto que no.»[247]

El programa de radio causó un gran revuelo e hizo que periodistas de por lo menos cuarenta diarios escribieran sobre el argumento de Keynes. «Nunca había tenido tanta publicidad en mi vida»,[248] escribió Keynes a Lydia. Pero el problemático gobierno de Ramsay MacDonald no se dio cuenta. El canciller, Philip Snowden, pensó que la idea de Keynes era totalmente irresponsable. Desesperado, dijo al gabinete que las finanzas del gobierno eran «nefastas. […] A medida que pasan los meses sin ningún signo de recuperación de la crisis económica mundial, las perspectivas económicas se van deteriorando cada vez más».[249]

Un memorándum del Tesoro se hizo eco del nerviosismo de Snowden con relación a poner remedio al desempleo mediante obras públicas, prediciendo que «si el estado sigue endeudándose al ritmo actual sin pensar en el pago […] rápidamente se pondrá en duda la estabilidad del sistema financiero británico».[250] Keynes era consciente de que sus ideas podían provocar en los mercados mundiales el miedo a que el gobierno renegara de sus deudas, provocando una caída de la libra esterlina, y sugirió crear aranceles de importación temporales. Este giro de 180 grados desencadenó una oleada de comentarios jocosos y chistes con relación a la costumbre de Keynes de cambiar de opinión. El más común fue, «si pones dos economistas en una habitación, tendrás dos opiniones, a menos que uno de ellos sea lord Keynes, en cuyo caso tendrás tres»,[251] comentario generalmente atribuido a Winston Churchill. La apócrifa respuesta de Keynes fue, «cuando cambian los hechos, cambio de opinión. Y, usted, ¿qué hace señor?».[252]

La propuesta de Keynes de imponer aranceles a la importación se encontró con la oposición tanto de sus amigos como de sus enemigos políticos. Tanto Snowden como Lloyd George eran defensores acérrimos del libre comercio, mientras que los conservadores, que hubieran podido acoger bien una política que durante mucho tiempo habían defendido, no tenían necesidad de darle la bienvenida a su causa. Estaban esperando la caída del segundo gobierno laborista de MacDonald, que iba a suponer su regreso al poder.

La carga de trabajo asumida por Keynes estaba empezando a pasarle factura. A principios de 1931, se hizo evidente por primera vez la delicada salud que iba a padecer durante el resto de su vida. Un intenso dolor de muelas degeneró en una gripe acompañada de amigdalitis. Seis años después le diagnosticaron una endocarditis bacteriana, infección que debilita las válvulas del corazón y que hasta el descubrimiento de la penicilina era incurable. Pero Keynes siguió adelante con su plan. A finales de mayo se había recuperado lo suficiente para iniciar una gira de conferencias por América. Fue su primer viaje a Estados Unidos en más de una década. No se puede decir que fueran unas vacaciones.

Keynes estaba muy solicitado en ambos lados del Atlántico. El colapso del Credit-Ansalt Bank en Viena, el 11 de mayo de 1931, tras revelarse que había

perdido cinco sextas partes de su capital en créditos incobrables utilizados para ayudar a empresas austríacas que estaban al borde de la quiebra, presagió una emergencia económica europea general. En Gran Bretaña, el gobierno laborista de MacDonald estaba al borde de la quiebra y Estados Unidos también tenía muchos problemas económicos. Keynes estaba deseando ver por sí mismo los desastrosos efectos que el crac del mercado bursátil de 1929 había provocado en la economía estadounidense. La Universidad de Chicago le invitó a hablar del desempleo de Estados Unidos, cuyo ratio había aumentado hasta alcanzar el 16,3 por ciento, pero al poco tiempo otros americanos le solicitaron su opinión sobre cómo poner remedio a la catástrofe económica mundial.

Aunque no tenía ningún cargo en el gobierno británico, ni había sido enviado a Estados Unidos como embajador informal, el renombre de Keynes le concedió el estatus de celebridad y le abrió las puertas a la sociedad estadounidense más influyente. En cuanto el SS *Adriatic* llegó a Nueva York, tanto Lydia como él salieron pitando hacia la casa que el presidente de la Reserva Federal, Eugene Meyer, que inmediatamente le cogió mucha confianza a Keynes, tenía en la campiña de Long Island. «[Meyer] estaba constantemente hablando por teléfono con el presidente [Hoover], con Morgan, etc. Cuando estaba a solas con él me hablaba con una libertad increíble», escribió Keynes al que fuera su pupilo y editor de *The Nation*, Hubert Henderson.[253]

Meyer no sabía qué hacer con el colapso de la economía alemana provocado por las atroces indemnizaciones generadas por la primera guerra mundial, tema por el que Keynes tenía debilidad. No hay constancia de lo que Keynes le recomendó exactamente a Meyer, aunque lo que pensaba de la locura de exigir que Alemania pagara indemnizaciones que no se podía permitir era tan sabido por todos que no hizo falta que dijera nada. En cualquier caso, parece que lo que le dijo fue definitivo. Meyer sugirió inmediatamente a Hoover que recortara las indemnizaciones a la mitad; tres días más tarde Hoover dio un paso más, declarando una moratoria de un año para todos los pagos de la deuda. Keynes calificó la decisión de «un primer paso hacia el máximo valor posible».[254]

Keynes informó a su amigo O. T. Falk[255] de Londres, de la lamentable situación de Estados Unidos, situación que presagiaba claramente los síntomas de la crisis bancaria que iba a afectar a Estados Unidos medio siglo después, en septiembre de 2008. «Los bancos han comprado grandes cantidades de bonos de segundo grado que se han depreciado en valor y sus anticipos a los granjeros y en contra de las inmobiliarias no están correctamente garantizados»,[256] explicó Falk.

En una conferencia que dio en la New School de Nueva York, Keynes rechazó las prescripciones del libre mercado «de los presuntos "economistas" responsables de liderar los bancos de Nueva York»,[257] y defendió el aumento de los

precios y la flexibilidad del crédito para propiciar la recuperación de la economía. Al dirigirse a los economistas y a los expertos en política internacional de Chicago, dijo a su audiencia que se encontraban ante «la mayor catástrofe debida casi enteramente a causas económicas —del mundo moderno—»,[258] y sugirió que la Gran Depresión había sido provocada por la «extraordinaria imbecilidad» de la política de elevar el tipo de interés de la Reserva Federal. En la justificación intelectual más coherente que se había hecho nunca de la necesidad de hacer que el gobierno invirtiera cuando las condiciones económicas no eran muy buenas, continuó: «Obviamente nada puede restaurar el empleo si primero no se restauran los beneficios empresariales. Y nada, en mi opinión, puede restaurar los beneficios empresariales si primero no se restaura el volumen de inversión».[259] Propuso aumentar la inversión mediante «programas controlados directamente por el gobierno u otras autoridades públicas» y «una reducción del tipo de interés a largo plazo». A Keynes le sorprendió descubrir que, en una ciudad que albergaba estadounidenses emprendedores y que era un punto crucial de la economía del país, los economistas de Chicago, liderados por Quincy Wright,[260] parecieran tan entusiasmados con el aumento del gasto público como él.[261]

Al llegar a casa, Keynes se encontró con una Gran Bretaña que sufría una profunda crisis de confianza en la capacidad del gobierno para pagar sus deudas, combinada con una caída de la libra esterlina, que seguía vinculada al patrón oro. Las elecciones alemanas de 1930, que dieron la victoria al partido extremista nazi de Adolf Hitler, propiciaron indicios de una guerra civil en Alemania, provocando una salida de capital del país y fuertes retiradas de oro y moneda extranjera. A principios de 1931, el Reischsbank de Alemania fue incapaz de cumplir sus compromisos, lo cual provocó una crisis bancaria que a su vez produjo una intensa oleada de especulaciones contra la libra esterlina, obligando al Tesoro británico a pedir un crédito estadounidense. Para cumplir las condiciones del préstamo, Snowden, el canciller laborista, propuso un paquete de severos recortes del gasto público diseñado por un exoficial de Prudential Assurance, sir George May. Éstos incluían el recorte del 20 por ciento del subsidio de desempleo. Keynes condenó las medidas de May por ser contraproducentes y estimó que la cifra de parados aumentaría entre 250.000 y 400.000 personas más, costándole al erario público mucho más de lo que esperaba ahorrarse reduciendo el subsidio de desempleo.

Cuando MacDonald le preguntó lo que pensaba del plan de May, Keynes respondió que estaba tan enfadado que sus pensamientos eran impublicables. Keynes trató de convencer al primer ministro de que ignorara el consejo de May. Predijo, acertadamente, que mantener el valor de la libra a su nivel actual era insostenible. Keynes condenó el informe de May en el *Daily Herald* como el «documento más estúpido que he tenido la mala suerte de leer», y las propuestas presupuestarias de Snowden para implementar los recortes de May como “repletas de locura e injusticias”».[262]

En este momento de recesión, argumentó Keynes, era mejor que Gran Bretaña viviera con las consecuencias de un gran déficit que intentara saldarlo rápidamente recortando gastos. Como explicó, «en este momento todos los gobiernos tienen grandes déficits. Que el gobierno pida un préstamo es algo natural, tanto para impedir que las pérdidas empresariales experimenten una caída tan severa como la actual, como para no paralizar la producción».[263] El gabinete de MacDonald estaba totalmente a favor de los aranceles que proponía Keynes para ayudar a corregir la balanza de pagos, pero Snowden vetó la idea. Cuando MacDonald descubrió que no podía conseguir la mayoría necesaria de la Cámara de los Comunes para implementar los recortes de May, dimitió, y el monarca, el rey George V, le propuso que intentara formar una coalición con los conservadores, cosa que consiguió. En unas apresuradamente convocadas elecciones en octubre de 1931, el gobierno nacional arrasó con 552 escaños en los nuevos Comunes, derrotando al propio partido laborista de MacDonald, que se había negado a unirse a su líder en la coalición y se quedó con sólo 46 miembros. Los liberales quedaron reducidos a un pequeño grupo dividido en tres facciones rivales. La derrota tanto de laboristas como de liberales marcó el punto más bajo de la influencia de Keynes en la política económica británica.

MacDonald cogió el timón de una sorprendentemente nueva administración conservadora dedicada a aplicar una política de profundos recortes del gasto público. El 15 de septiembre de 1931, MacDonald abandonó el patrón oro. Como diría el biógrafo de Keynes, R. F. Harrod: «Todos estos años de trabajo no han sido en vano. ¡Si hubieran hecho caso del consejo que dio Keynes en 1925!».[264] Keynes hubiera podido sentirse valorado por la decisión, pero no era momento de celebraciones. El daño que había sufrido la economía en el intervalo de seis años había devastado la industria británica. Cientos de miles de trabajadores británicos se habían quedado sin trabajo a causa del valor insostenible que partidarios del pensamiento ortodoxo habían atribuido a la libra esterlina. Mientras la década avanzaba sin ningún indicio de que fuera a frenarse la expansión de la miseria económica, Keynes empezó a inquietarse por la conversión al comunismo de los jóvenes estudiantes de Cambridge. A principios de los años treinta, los Apóstoles, la sociedad de Cambridge básicamente homosexual a la que Keynes pertenecía, reclutó a Guy Burgess y a Anthony Blunt, que se convirtieron en agentes soviéticos. Precisamente para combatir este extremismo, Keynes redobló sus esfuerzos por encontrar la forma de mejorar los excesos suicidas del capitalismo.

En mayo de 1931, mientras Keynes cruzaba el Atlántico, Hayek daba los últimos toques a un injurioso asalto al *Tratado* de Keynes, que iba a publicarse en el número de agosto del diario *Economica* de la LSE. En cuanto Hayek se incorporó al profesorado de la LSE, Robbins, en su papel de editor de *Economica,* le puso a trabajar en un análisis minucioso del trabajo de Keynes. Robbins tenía prisa por publicar el resultado del meticuloso escrutinio y estaba seguro de que Hayek no

tendría pelos en la lengua. Hayek asumió su tarea con avidez. Tenía la oportunidad de frenar el creciente atractivo de las ideas de Keynes en pleno debate sobre la recesión mundial y de evaluar y responder al trabajo teórico más reciente del economista más influyente del mundo.

Hayek quería que sus críticas provocaran un gran revuelo. Si bien ya había causado cierto impacto entre los keynesianos del Circo, todavía no había conseguido llamar la atención del propio Keynes. El cuarteto de conferencias en la LSE que habían propiciado su nombramiento no provocó mucho entusiasmo fuera de Houghton Street. No había ninguna prueba de que Keynes hubiera advertido el triunfo privado de Hayek, pero no podría ignorar la extensamente argumentada evaluación de sus ideas que había hecho en *Economica.* Hayek quería hacerse famoso rápidamente en esta nueva área y estaba convencido, al igual que Robbins, de que una evaluación delicadamente expresada, educada y totalmente razonable de Keynes no contribuiría a ello. Lo que tenía que hacer era escribir algo muy punzante que produjera el máximo efecto. A menudo Hayek solía comentar a sus colegas que le gustaban los pensadores como Schumpeter y Keynes que lo cuestionaban todo e impresionaban a todos. Ahora estaba a punto de ofrecerle a Keynes una dosis de su propia medicina.

En la primera frase de su reseña, Hayek fue impecablemente educado con Keynes y con todos sus logros, como correspondería a un caballero austríaco que era mucho más joven que Keynes y que acababa de llegar a la escena académica británica. «La aparición de un trabajo del señor J. M. Keynes siempre es muy importante, y los economistas llevan mucho tiempo esperando la publicación del *Tratado sobre el dinero* con mucho interés», escribió. Luego deslizó un estilete entre las costillas de Keynes. «No obstante, en cualquier caso, el *Tratado* resulta ser tan claramente —y creo que con razón— la expresión de una fase transitoria en un proceso de desarrollo intelectual rápido que no se puede decir que su aparición tenga la importancia definitiva que se esperaba que tuviera.»[265]

Hayek adoptó el aire de superioridad que iba a acompañar al resto de su evaluación, sugiriendo que Keynes era un ignorante, una figura insular atrapada en el pensamiento anglosajón de su maestro y mentor Alfred Marshall, y que su intento tardío de estar a la altura del pensamiento austríaco era una tarea demasiado ardua para él. «Está tan claro que [el *Tratado*] recoge el resultado del reciente descubrimiento de ciertas líneas de pensamiento hasta ahora desconocidas por la escuela a la que el señor Keynes pertenece que sería totalmente injusto considerarlo todo menos experimental —un primer intento por amalgamar esas nuevas ideas con la doctrina monetaria tradicional de Cambridge—»,[266] escribió.

Hayek siguió lanzando falsos elogios contra él. «Si para un economista continental esta teoría no parece tan novedosa como para el autor, hay que

reconocer que ha hecho un intento mucho más ambicioso por analizar los detalles y las complicaciones del problema que todo lo que se había hecho hasta ahora.»[267] Pero al haber reconocido y apreciado el intento de Keynes por llegar a la economía continental, Hayek estaba siendo condescendiente. «Si lo ha conseguido o no, si se ha visto perjudicado por no haber dedicado la misma cantidad de esfuerzo a estudiar estos teoremas económicos fundamentales "reales" a partir de los cuales sólo se puede construir una explicación monetaria, como a otras elaboraciones secundarias, es algo que tendremos que examinar más adelante.»[268]

Lo que más irritaba a Hayek no era tanto la naturaleza del trabajo en sí, sino las conclusiones que Keynes había sacado de su interpretación adaptada y normalmente mal aplicada de algunas ideas de la escuela austríaca, extendiendo sus propuestas de política intervencionista al mundo real: urgiendo a los gobiernos a aplicar programas de obras públicas para crear empleo. «No hace falta decir que este libro es teóricamente estimulante», escribió Hayek. «Al mismo tiempo, es difícil no pensar en el efecto inmediato que su publicación, en su forma actual, puede tener en el desarrollo de la teoría monetaria. No hay duda de que fue la urgencia que atribuye a las propuestas prácticas que sostiene que están justificadas por su razonamiento teórico, la que llevó al señor Keynes a publicar el trabajo en un estado que puede considerarse totalmente inacabado.»[269]

A continuación Hayek adoptó el estilo de oratoria que el sanguinario Marco Antonio utilizó al elogiar las virtudes del recién asesinado Julio César. «No hay duda de que las propuestas son revolucionarias y que recibirán mucha atención: proceden de un autor que se ha ganado una bien merecida y casi única reputación por su coraje y visión práctica; se ve claramente en párrafos en los que el autor demuestra sus asombrosas cualidades de aprendizaje, erudición y conocimiento realista.»[270] Luego viene la condena: las teorías de Keynes podían parecer plausibles, e incluso convincentes para el ignorante, pero para el que sabía un poco de economía eran mera palabrería. La obra era tan «técnica y complicada que siempre será totalmente ininteligible para los que no son expertos».[271] Hayek hizo muy poco por disimular su desprecio por los términos y ecuaciones más importantes a partir de las cuales Keynes había desarrollado su teoría. La exposición de Keynes era tan «difícil, poco sistemática y oscura» y tan «extremadamente difícil», y tenía «un grado de oscuridad que […] es casi increíble», que «uno no puede estar seguro de si ha entendido bien al señor Keynes o no».[272]

Tras vilipendiar a Keynes en su introducción por sus incompetencias y su falta de conocimiento de las teorías económicas austríacas básicas, Hayek continúa con una larga, compleja y a menudo difícilmente comprensible explicación de por qué la ignorancia de Keynes de la teoría austríaca, incluida la propia contribución de Hayek, que todavía no había sido publicada en inglés y que por lo tanto Keynes

no podía haber leído, garantizaba que el *Tratado* tenía poca utilidad para explicar las fluctuaciones del ciclo económico.

En el proceso, Hayek adoptó un malhumorado tono de indignación, como si Keynes, deliberadamente, se hubiera propuesto ofenderle personalmente. «No tengo nada que objetar con respecto a esta distinción irritante [entre los beneficios de los emprendedores y los ingresos monetarios]»,[273] escribe, antes de enumerar lo que parece imaginar que son una serie de desaires personales. «No puedo estar de acuerdo con su explicación de por qué se generan beneficios»,[274] escribe. «Tengo que confesar que soy totalmente incapaz de atribuir ningún significado útil a este concepto.»[275] Y «seguro que tendré ocasión de apuntar repetidamente»[276] algunos de los errores cometidos por Keynes. Si bien Keynes, que tenía un ego enorme, estaba tan seguro de sí mismo que a menudo cambiaba de opinión y reconocía sus fallos, la postura de Hayek estaba basada en la absoluta certeza de que tenía razón en todo. A Keynes le gustaba la controversia y el debate y daba la bienvenida a todos los que no estaban de acuerdo con él, mientras que a Hayek, en opinión de Robbins, «no le gustaba hacer proselitismo. Tenía unas convicciones muy fuertes. Y en las discusiones no siempre procuraba persuadir, sino más bien reivindicar las implicaciones».[277]

En lugar de limitarse a explicar sus diferencias con el razonamiento y las conclusiones de Keynes, las irritantes observaciones de Hayek están llenas de mala fe y de ironía, como «parece pensar […]» y «a pesar de algunas afirmaciones claramente contradictorias del señor Keynes», a quien acusa de «particularidades muy maliciosas». Condena la oscuridad del lenguaje de Keynes al mismo tiempo que exacerba sus errores, como en: «Muchas de las dificultades que surgen son consecuencia del peculiar método de aproximación adoptado por el señor Keynes, que, desde el principio, analiza procesos dinámicos complejos sin sentar las bases necesarias mediante un análisis estático adecuado del proceso fundamental.»[278]

En cuanto a la esencia, Hayek difiere de Keynes en lo que hace referencia a las definiciones, prefiriendo términos austríacos consolidados para conceptos tan básicos como el «ahorro» y la «inversión» a los que se utilizaban en Cambridge o a los recién acuñados por Keynes para describir lo que él creía que era un fenómeno recién observado. La principal objeción de Hayek al tratado de Keynes, sin embargo, es su ignorancia de las nociones austríacas de la teoría del capital, en particular de las implicaciones en los precios y en la demanda de los medios de producción de bienes de capital *roundabout* que no había sido capaz de explicar adecuadamente en la conferencia de la Marshall Society. Hayek llamó la atención sobre dos nociones que estaban en el núcleo de sus visiones conflictivas sobre el funcionamiento de una economía: no podía estar de acuerdo con el rechazo que Keynes hacía a la necesidad de un equilibrio entre ahorro e inversión; ni podía aceptar la afirmación de Keynes de que la importancia de la divergencia entre

inversión y ahorro era que afectaba negativamente la estabilidad de los precios.

En otros temas de desacuerdo, a Hayek le parecía imperdonable la decisión de Keynes de adoptar algunas de las nociones de Knut Wicksell y no integrar el trabajo sobre la teoría del capital desarrollado posteriormente por Eugen von Böhm-Bawerk. «En principio es improbable», escribió, «que un intento de utilizar las conclusiones extraídas de cierta teoría sin aceptar esa teoría sea un éxito. Pero en el caso de un autor del calibre intelectual del señor Keynes, el intento produce resultados que son realmente remarcables. El señor Keynes ignora totalmente la base teórica general de la teoría de Wicksell. Aunque, sin embargo, parece ser consciente de la necesidad de esta base teórica y por lo tanto se ha puesto a trabajar en el diseño de una propia.»[279] Al reprender a Keynes por no haber tenido en cuenta el trabajo de Frank Taussig,[280] el economista teórico conocido como «el Marshall estadounidense», Hayek preguntó sarcásticamente: «¿No hubiera sido más fácil que el señor Keynes no sólo hubiera aceptado a uno de los descendientes de la teoría de Böhm-Bawek, sino que además se hubiera informado de la esencia de esa misma teoría?».[281]

Al final de su diatriba, Hayek abandonó su actitud hostil y volvió a halagar a Keynes, sobre todo por haber criticado sus errores de omisión y de criterio. Es como si alguien le hubiera dicho, tal vez Robbins, que era importante que se despidiera con un comentario menos amargo. «Llegado este punto, creo que tendría que añadir una última palabra», escribió. «Es muy probable que en las páginas precedentes haya expresado mis comentarios en forma de crítica cuando en realidad podía haberme limitado a pedir más explicaciones y puede que me haya metido demasiado con pequeños errores de expresión. Espero que no lo consideren como un signo de apreciación indebida de lo que no se puede negar que es una obra magnífica.»

Y continuaba, con cierta falsedad: «Mi intención siempre ha sido contribuir al entendimiento de este libro inusitadamente difícil e importante, y confiar en que mis esfuerzos en esta dirección sean la mejor prueba de lo importante que lo considero».[282] Una extraordinaria arrogancia acompañó a su siguiente afirmación, que si Keynes hubiera sido capaz de expresarse mejor en el *Tratado* habría descubierto que estaba de acuerdo con el enfoque de Hayek. «Incluso es posible que al final acabe habiendo menos diferencias entre la visión del señor Keynes y la mía de lo que en este momento tengo tendencia a asumir», opinó. «Puede que el único problema sea que el señor Keynes ha hecho que sea tan extremadamente difícil seguir su razonamiento. Espero que excusen al crítico si, en un intento consciente por comprenderlo, algunas veces ha perdido la paciencia con los innumerables obstáculos que el autor ha puesto en el camino de un total entendimiento de sus ideas.»

Los últimos comentarios de Hayek acabaron siendo un falso colofón. Su reseña no fue más que el primer golpe de lo que acabaría siendo un doble asalto. Utilizó una nota a pie de página para llamar la atención de Cambridge con relación a Keynes, ya que iba a haber mucho más de eso cuando resumiera la segunda parte de su reseña en la *Economica* del mes siguiente, porque, confesó, «algunas veces es extremadamente difícil averiguar cuál es el significado exacto de los conceptos del señor Keynes» y «no estoy seguro de si he entendido correctamente al señor Keynes».

Hayek apeló directamente a Keynes para que respondiera a sus críticas y aclarara algunos de los puntos que le habían parecido confusos o poco claros. «Se han acumulado tantas preguntas de este tipo que sin duda el señor Keynes podría aclarar que probablemente lo más sensato sería dejarlo por el momento con la esperanza de que sus explicaciones proporcionen una base más sólida sobre la que pueda proceder la discusión.»[283] Y con eso Hayek dejó de emplear sus armas, de momento. No estaba seguro de que Keynes mordiera el anzuelo, pero por lo que sabía del hombre, tanto él como Robbins, tenían bastante claro que muy pronto estarían discutiendo con Keynes en las salas del King's.

Experimental, un primer intento, inacabado, totalmente ininteligible, debilidad del argumento, extremadamente difícil, poco sistemático, oscuro, complicado, inconsistente, confusión, increíble, precaución extrema, muchas reservas. Con estas palabras tan duras y estas frases tan desdeñosas abrió Hayek su discurso contra el poderoso Keynes. Su intención estaba clara: desafiarle constantemente, no darle tregua, llamar la atención proclamando que el rey iba desnudo. Posiblemente, Robbins, no hubiera revisado el *Tratado* en esos términos, porque se hubiera visto frenado por el convenio académico establecido y por las buenas maneras, y porque hubiera podido verse expuesto a las acusaciones de venganza a raíz de sus disputas con Keynes cuando ambos estaban en el Comité Macmillan.

Pero Robbins estuvo totalmente implicado en el ataque. Como editor de *Economica,* no sólo le encomendó la tarea a Hayek, sino que además aprobó y corrigió el texto. De hecho, es muy probable que Robbins ayudara a Hayek a redactar el asalto, porque el inglés empleado en «Reflexiones sobre la teoría pura del dinero del señor J. M. Keynes» es perfecto, a pesar de que en ese momento Hayek no se desenvolvía demasiado bien con el inglés escrito. Cuando las cuatro conferencias que Hayek había dado en la LSE se publicaron en un libro titulado *Precios y producción,* Hayek reconoció que Robbins le había ayudado a pulir su inglés o, como él dijo, «la considerable labor de poner el manuscrito de forma adecuada para su publicación».[284] Al final, Robbins no hizo nada por ayudar a Hayek a evitar el tono ofensivo y el lenguaje que utilizó en la reseña sobre Keynes.

Al llegar el otoño de 1931, lo que más le interesaba a Hayek, de hecho lo único que le interesaba, era que Keynes se dignara a responderle. Keynes tenía todo el derecho a ignorar la desagradable reseña de Hayek ya que tenía cosas mucho más importantes que hacer. Para Keynes, responder al asalto de Hayek no era más que una de las muchas tareas que tenía entre manos, tanto a nivel nacional como internacional, público y privado. De haber sido menos generoso, hubiera podido decir que no tenía mucho sentido enzarzarse con el oscuro Hayek, que todo el mundo sabía que tenía un enfoque conservador de la economía, cuando lo que Keynes quería era tratar de salvar el mundo de la inconsciencia económica.

El anuncio de que Gran Bretaña iba por fin a abandonar el patrón oro podría haberle proporcionado a Keynes un momento de *Schadenfreude*,[*] pero seguramente no estaba de humor para celebraciones. Porque a pesar de todas sus explicaciones, de todas sus zalamerías y campañas, y de urgir a los sucesivos gobiernos durante más de una década a que acabaran con el desempleo incrementando el gasto público, sus esfuerzos habían sido prácticamente en vano. Calificó su fracaso al no haber conseguido el apoyo de los que detentaban el poder de «palabras de una Casandra que nunca había podido influir en el curso de los acontecimientos».[285] Estaba desarrollando ideas más allá del *Tratado,* con la ayuda de su reducido círculo de discípulos. Trabajaba en lo que acabaría conociéndose con el nombre de «Teoría general». Así que en el momento que echó un vistazo a la espinosa reseña que Hayek había escrito para *Economica,* podría haberse encogido de hombros y haberla tirado a la papelera. Y, sin embargo, lo que hizo fue volver y enfrentarse a su enemigo.

7

Respuesta a los disparos

Keynes y Hayek se pelean (1931)

Keynes siempre abordaba las críticas de frente, por absurdas que parecieran. El lema de Cambridge era que había que sacar partido a las discusiones. Cuando participaba el propio Keynes, el debate tenía lugar en un lenguaje muy colorido. Polémico por naturaleza, no podía evitar dramatizar sus diferencias con sus oponentes. Hasta la poderosa mente del filósofo británico Bertrand Russell[286] podía sentirse intimidada por la deslumbrante inteligencia de Keynes. «Keynes tenía la mente más privilegiada y más clara que he visto en mi vida», escribió. «Cuando discutía con él, sentía que tenía mi vida en mis manos y siempre acababa pensando que estaba un poco loco. Algunas veces llegaba a pensar que tanta inteligencia tenía que ser incompatible con la profundidad, pero no creo que este sentimiento estuviera justificado.»[287] El experto en historia del arte Kenneth Clark[288] coincidía y dijo: «Nunca perdió su brillantez».[289] Roy Harrod también estaba de acuerdo: «En nuestra época no hubo nadie tan listo como Keynes ni hizo el menor intento por ocultarlo».[290]

Gracias a la extrema confianza que Hayek tenía en sí mismo, combinada tal vez con la audacia que suele acompañar a la ignorancia, no tuvo ningún problema en abordar a Keynes en su propio territorio. La respuesta de Keynes fue responder al fuego con fuego. El resultado fue un Keynes desatado, una respuesta casi visceral a un oponente que consideraba anclado en la rigidez de pensamiento de la escuela austríaca y que era incapaz de entender un punto de vista que exigía una gran dosis de imaginación. La dura reseña que hizo Hayek sobre el *Tratado sobre el dinero* de Keynes provocó aullidos de rabia de Keynes, que se sintió ofendido por la incapacidad de su oponente para tener en cuenta que estaba publicando ideas que llevaba más de siete años recogiendo y que consideraba que seguía recogiendo. De hecho, como el principal objetivo intelectual de Hayek era rebatir a Keynes, tenía que haber sido consciente de que Keynes ya se estaba moviendo mucho más allá de las ideas expresadas en el *Tratado*.

En el prefacio del *Tratado,* Keynes admitió que no estaba satisfecho con sus esfuerzos. «Hay una parte importante de este libro que me acompaña en el proceso

de deshacerme de las ideas que solía tener y de encontrar mi camino hacia las que tengo ahora», escribió. «A lo largo de estas páginas, he ido cambiando muchas veces de opinión […] me siento como alguien que se ha visto obligado a abrirse camino a través de la jungla.» [291]

Una confesión extraordinaria para una figura pública tan importante que daba una idea de la paradójica relación que tenía con sus seguidores y con el público en general. Keynes era lo suficientemente modesto para reconocer sus defectos y al mismo tiempo estaba muy seguro de que su andadura intelectual, aunque incompleta, tenía que hacerse pública. Además, con el *Tratado* se resistía a abandonar su trabajo. Hubiera podido seguir el consejo que sir Arthur Quiller-Couch profería a los autores,[292] que un autor tiene que ser despiadado y «cargarse a sus seres queridos».[293] Sin embargo, Keynes no mostró resistencia ante un rival tan meticuloso, obstinado e implacable que quería ganarse una reputación a su costa.

Que la reseña de Hayek no hiciera ninguna concesión al reconocimiento de inadecuación de Keynes garantizaba que el debate subsiguiente, entre Keynes, con el apoyo de sus seguidores de Cambridge, y Hayek, apoyado por su grupo de devotos de la escuela austríaca del LSE, rápidamente se convirtiera en una serie de ataques personales claros y a menudo brutales que durante mucho tiempo sobrevivirían a Keynes y Hayek. En otoño de 1931, Keynes se encontró en la incómoda situación de tener que defender ideas en las que ya no creía, aunque la respuesta que había dado en el número de *Economica* de noviembre revelaba que se sentía en cierta forma intrigado por la fuerza del argumento de Hayek. Por eso, tal vez, estaba dispuesto a destinar tanta energía a tratar de defenderse del ataque de Hayek.

Keynes leyó la reseña de veintiséis páginas de Hayek, las dos primeras partes, con bolígrafo en mano y fue poniéndose cada vez más furioso, llegando a hacer más de treinta y cuatro anotaciones en el margen. Al final estaba indignado con el enfoque que había dado Hayek, no solo con relación al *Tratado* sino al debate en general. «Hayek no ha leído mi libro con esa dosis de "buena voluntad" que un autor tiene derecho a esperar de un lector», escribió. «Hasta que no lo haga, no entenderá lo que quiero decir ni sabrá si tengo razón. Está claro que tiene una pasión que le ha hecho elegirme, pero no dejo de preguntarme cuál es esa pasión.»[294] Keynes reconoció en su «Respuesta al doctor Hayek» que las contribuciones de Hayek al debate económico actual habían despertado su curiosidad. Empezó evaluando brutalmente los argumentos que Hayek había presentado en *Precios y producción.* «Creo que el libro es una de las mezclas más espantosas que he leído y que prácticamente no contiene ni una sola propuesta sólida», escribió, «y aun así sigue siendo un libro que tiene cierto interés, que probablemente dejará huella en la mente del lector.» En la próxima frase reconoció que el libro tenía alguna virtud. «Es un ejemplo extraordinario de cómo,

empezando con un error, un logista sin remordimientos puede acabar en el manicomio», escribió. «Y aun así, el doctor Hayek ha tenido una visión y aunque cuando se ha despertado ha hecho una mala interpretación de su historia dando los nombres equivocados a los objetos que aparecen en ella, su *Khubla Khan*[*] es muy inspirador y tiene que proporcionar a la mente del lector los gérmenes de una idea.»[295]

De hecho las ideas que Keynes avanzó en el *Tratado* no eran muy distintas de las nociones que Hayek había expresado en *Precios y producción*. Una de las similitudes importantes, aunque no por mucho tiempo, era que ambos asumían que en una economía cerrada la producción total era fija y que cuando todo el mundo estuviera empleado se conseguiría el equilibrio. La principal diferencia era que al definir los motivos —y las consecuencias— de la igualdad del ahorro y la inversión, Hayek, a diferencia de Keynes, recurría a la teoría del capital de la escuela austríaca y concluía que en esos momentos el nivel de crédito de una economía no se correspondía en absoluto con la demanda.

Mentes más frías que la de Hayek y Keynes hubieran podido detectar las similitudes que había entre sus argumentos y hubieran podido concentrarse en sus interesantes diferencias. Sin embargo, en sus punzantes intercambios en *Economica* y en su correspondencia privada subsiguiente, Keynes y Hayek dedicaron todos sus esfuerzos a determinar el significado de los términos que utilizaban en un intento por descifrar lo que el otro estaba diciendo. Incluso para un economista con experiencia que puede ver las cosas con perspectiva, las diferencias entre los dos hombres pueden ser tan complejas como impenetrables.[296] En un momento dado, Keynes llega a pedirle a Robbins que medie. Hayek y Keynes, tan poco dispuestos como incapaces de considerar el punto de vista del otro, eran completos extraños.

La irritación que sentía Keynes hacia Hayek por la incapacidad de encontrar un territorio común incluso en el uso de los términos se pone de manifiesto desde el principio de su artículo en *Economica.* «El doctor Hayek me ha invitado a aclarar ciertas ambigüedades terminológicas que ha encontrado en mi *Tratado del dinero,* así como otras cuestiones. Como dice con franqueza, le resulta difícil explicar las diferencias que tiene conmigo. Está seguro de que mis conclusiones son incorrectas (aunque no dice claramente de qué conclusiones se trata), pero le resulta "extremadamente difícil demostrar el punto de desacuerdo exacto y definir sus objeciones". Cree que mi análisis pasa por alto cosas esenciales, pero declara que "no es nada fácil detectar dónde falla el argumento". Lo que ha hecho, por lo tanto, es elegir las palabras precisas que he utilizado con el objetivo de descubrir algunas contradicciones verbales o alguna ambigüedad insidiosa.»[297] Keynes no tenía ningún problema en aclarar el significado de los términos que utilizaba, pero

desestimaba la importancia que atribuía a las diferencias relegando su aclaración a un apéndice al final del artículo. Pese al intento de Hayek de volver a centrar la discusión en términos técnicos y explotar la diferencia entre la economía marshalliana anglosajona y la economía del capital austríaca, Keynes no estaba dispuesto a abandonar la visión más amplia de la que acusaba a Keynes de carecer.

No estaba dispuesto a aceptar que la reticencia de Hayek a afrontar la novedad de sus ideas no era más que una cuestión de torpeza. «El doctor Hayek ha malinterpretado seriamente el carácter de mis conclusiones», escribió. «Cree que mi argumento central es distinto a lo que realmente es.» Acusó a Hayek no sólo de tergiversar sus opiniones, sino también de poner palabras en boca suya. «No me extraña que encuentre muchas de mis conclusiones inconsistentes», escribió. Acusó a Hayek de simular una discusión sobre terminología cuando en realidad sólo estaba «buscando problemas» y, con ese objetivo, había «hecho una montaña de un grano de arena».

Keynes se culpaba de algunas de las confusiones que provocaban los argumentos del *Tratado,* ya que otros también habían dudado de su significado exacto. Reconoció que durante los años que había estado escribiendo el *Tratado,* había cambiado de opinión con respecto a una serie de elementos fundamentales y que tal vez no había acabado de depurar el trabajo final. «No es fácil eliminar los restos del pensamiento y puede que algunos de los párrafos que escribí hace tiempo resulten menos inconsistentes con mis ideas anteriores que si los escribiera ahora.»[298] Pero eso fue todo lo que Keynes estaba dispuesto a reconocer. En el caso de Hayek, sugirió, la devoción por la forma de pensar de la escuela austríaca fue suficiente para garantizar que los originales y sofisticados pensamientos expresados en el *Tratado* fueran demasiado avanzados para que estudiosos tan conservadores como Hayek pudieran entenderlos. «Los que están demasiado aferrados al viejo punto de vista no pueden creer que les esté pidiendo que se cambien de pantalones, e insisten en considerarlo como nada más que una versión adornada del mismo viejo par de siempre que han estado llevando durante años.»[299]

Keynes dudaba de que «un economista competente» pudiera malinterpretar y exponer mal su punto de vista, pero sugirió que Hayek era incapaz de ver más allá de las nociones que había aprendido en Viena. «Cualquier negación de su propia doctrina le parece tan impensable que, aunque he tratado de rebatirla con miles de malas palabras, le resbala totalmente, y aunque es consciente de que he sacado conclusiones inconsistentes con ella, parece seguir sin darse cuenta de que he estado en contra de ella desde el principio.»[300]

Keynes explicó detalladamente en qué creía que difería de Hayek. Hayek afirmaba que si el ahorro y la inversión no eran iguales, era porque los bancos

habían ofrecido unos niveles inapropiados o «antinaturales» de crédito, que con el tiempo, acababan produciendo un cambio en el precio de los bienes. A Keynes, sin embargo, le preocupaba que el tipo de interés «natural» y el de «mercado» no coincidieran. Por lo tanto, ocupaban terrenos diferentes. Keynes le hizo una propuesta a Hayek. La solución, sugirió, era trabajar más en las teorías del capital y el interés, basándose en el trabajo de Böhm-Bawerk y Wicksell, que según él los economistas británicos habían ignorado durante mucho tiempo. Se trataba de un trabajo, dijo, que estaba dispuesto a hacer por sí mismo, y cuyos resultados iban a aparecer en el libro que estaba en proceso de escribir. Y tras ofrecer su definición de varios términos, e insistir en que un «espeso […] banco de niebla sigue separando su mente de la mía», Keynes concluyó bruscamente su respuesta.

El punzante tono de la respuesta de Keynes sorprendió a toda la comunidad académica. Todos sabían que Keynes no se arredraba por nada y que le encantaba responder a las críticas con una energía remarcable: «Debe haber sido responsable de más complejos de inferioridad entre aquellos con los que se relacionó que nadie de su generación.»[301] Pero el tira y afloja entre Keynes y Hayek resultó inusitadamente personal y pernicioso incluso para la lengua viperina de Keynes. Abandonando los formalismos habituales, Keynes, el más veterano de los dos, fue acusado de haber criticado injustamente a un estudioso menos consumado que sólo había vivido en el campo durante un breve espacio de tiempo.

Si bien las quejas por el comportamiento de Keynes quedaban confinadas a las salas de profesores, el descontento provocado por el tono de la discusión entre muchos académicos salió a la luz cuando el sucesor de Marshall como profesor de política económica en Cambridge, Arthur Pigou,[302] lamentó el declive de los niveles de cortesía que suponía la respuesta de Keynes. «¿Estamos, en lo más profundo de nuestro ser, plenamente satisfechos con la forma o formas en las que se han gestionado algunas de nuestras controversias?», preguntó en una conferencia en la LSE en 1935. «Hace un par de años, tras la publicación de un libro importante, apareció una elaborada y minuciosa crítica de una serie de pasajes del libro. La respuesta del autor no fue rechazar las críticas, sino atacar con violencia un libro, ¡que el propio crítico había escrito hacía unos años! ¡Ataque directo![303] ¡El método del duelo! Ese tipo de cosas que acaban siendo un error.»[304] Desestimó el conflicto entre Keynes y Hayek considerándolo como una simple «pelea de gallos».[305]

Aunque el tono del duelo Keynes-Hayek ofendió a muchos, Robbins estaba encantado con la controversia y deseoso de mantenerla viva, ya que daba publicidad a *Economica* y a la LSE. Le pidió a Hayek que respondiera inmediatamente a la réplica de Keynes sobre la misma cuestión. Tanto Robbins como Hayek estaban encantados de que Keynes hubiera mordido el anzuelo y de que el gran hombre estuviera dispuesto a enrolarse en una discusión elaborada que

enfrentara las nuevas ideas keynesianas con las de la escuela austríaca. A estas alturas de la discusión, poco les distinguía. Ambos habían asimilado ideas de la «escuela clásica», que basaba su razonamiento sobre el coste de un producto, en su escasez, y en el coste del terreno y los salarios, y de la «escuela neoclásica», que consideraba que el valor de un bien dependía de su utilidad, y la idea de «utilidad marginal», que sugería que cuanto mayor era la oferta de un bien, menor era su valor a los ojos de un comprador. Keynes, por su parte, ya estaba explorando cómo se podían manipular la oferta, la demanda y los precios, mientras que la filosofía de la escuela austríaca había llevado a Hayek a creer que interferir en el libre mercado podría tener consecuencias imprevisibles.

Hayek hizo un alto en la redacción de la segunda parte de su reseña al *Tratado* para preparar apresuradamente una respuesta a la réplica de Keynes. «Lamentablemente», escribió Hayek en su codicilo a la réplica de Keynes, «creo que la respuesta del señor Keynes no aclara muchas de las dificultades que he señalado y no mejora las bases para una discusión posterior.»[306] Si Keynes se hubiera sentido ofendido por el asalto inicial de Hayek, Hayek también hubiera podido sentirse ofendido por la furia implícita en la respuesta de Keynes. Concretamente, por las críticas de Keynes a su *Precios y producción.* «Me veo obligado a decir», escribió Hayek, «que si bien estoy totalmente dispuesto y deseoso de considerar seriamente cualquier crítica que el señor Keynes pueda dignarse a hacer, no entiendo qué utilidad puede tener la condena a la totalidad de mis ideas. No puedo creer que el señor Keynes quiera dar la impresión de que está intentando distraer la atención del lector de las objeciones que se han hecho a su análisis y sólo espero que tras la publicación de la totalidad de mi artículo, no sólo intente refutar mi objeción de una forma más específica, sino también corroborar sus críticas.»[307]

De nuevo Hayek enumeró las diferencias en una terminología que creía que constituía la esencia de su desacuerdo. «No ha sido capaz de aclarar su concepto de inversión. Soy totalmente incapaz de entender lo que quiere decir exactamente. […] Lo mismo se puede decir del concepto de beneficios. De hecho, no entiendo cómo puede tener claro el uso que hace del término beneficio, si todavía no ha aclarado el de inversión.»[308] Hayek expresa el dolor de un pupilo ilusionado que se siente condenado por el mero hecho de pedir una aclaración. «Pensaba que un autor que ha demostrado que casi todos sus conceptos fundamentales son ambiguos, y que algunos incluso han sido definidos de formas contradictorias, estaría más deseoso de dejar claro el sentido que quería darles. ¿Acaso no es lo menos que le podemos pedir, que a estas alturas se comprometa a dar una definición inequívoca y categórica de sus conceptos?»[309]

Hayek dijo que, en ausencia de definiciones claras, se veía obligado a especular sobre lo que quería decir Keynes. De nuevo, volvió a caer en el tono de la

indignación que había teñido la primera parte de su reseña. «Me he visto obligado a [asumir que esto es lo que Keynes quiere decir] porque he sido incapaz, y de hecho sigo siéndolo, de detectar en su *Tratado* o en sus escritos subsiguientes alguna explicación válida a este fenómeno y porque me niego a creer, ya que tengo miedo a tener que creer, que el señor Keynes sea capaz de considerar su análisis de la relación entre beneficios e inversión como una explicación independiente y suficiente de cómo surge su discrepancia.»[310]

Tras ofrecer su explicación a los fallos del argumento de Keynes, Hayek volvió a la carga diciendo que al ignorar la teoría europea del capital, Keynes había demostrado que no tenía ni idea de economía. En relación con la sugerencia de Keynes de que la teoría del capital tenía que ser reconsiderada, escribió: «Aunque no tengamos una teoría totalmente satisfactoria, al menos tenemos una mucho mejor que la teoría en la que se basa Keynes, concretamente la de Böhm-Bawerk y Wicksell. Su rechazo a esta teoría, no porque piense que es incorrecta, sino simplemente porque nunca se ha molestado en familiarizarse con ella, queda ampliamente demostrado por el hecho de que considera incomprensible mi intento por desarrollar ciertos corolarios a esta teoría».[311]

Aunque a Keynes le hubiera gustado acabar rápidamente con esta disputa, al leer la réplica de Hayek a su respuesta en *Economica*, escribió una breve respuesta personal a su reseña que desencadenó una serie de intercambios apenas penetrables que Keynes compartió con algunos miembros selectos del Circo, en concreto con Piero Sraffa. Al puro estilo de debate de Cambridge, los comentarios de Keynes parecían simples e inocentes, meramente destinados a una mejor comprensión de las objeciones de su oponente, aunque, en realidad, lo que quería era ponerle la zancadilla a Hayek suscitando una respuesta errónea. Refiriéndose a Hayek, simplemente como «Hayek», como solía hacerlo la escuela pública británica, Keynes escribió: «Si pudiera aclararme un poco más la definición de ahorro […] lo tendría mucho más claro si pudiera darme una fórmula que demostrara cómo se mide el ahorro. Además, según su terminología, ¿qué diferencia hay entre "ahorro voluntario" y "ahorro forzoso"?».[312] Lo firmó formalmente, «J. M. Keynes».

Hayek respondió al cabo de una semana, con una carta que empezaba, «Querido Keynes», con una compleja definición algebraica de «ahorro» que creía que tenía en cuenta la afirmación de Keynes de que parte del «ahorro» dependía de la reposición del equipo agotado. Hayek creía que por fin había llevado a Keynes al límite, y estaba deseando que no se escabullera. Hayek le atacó con lo que, en su opinión, era la diferencia terminológica más notable entre ellos. «Estoy totalmente de acuerdo en que sería mejor no utilizar la palabra ahorro en relación con lo que he llamado "ahorro forzoso" y en hablar únicamente de inversión como un exceso de ahorro», escribió. «Si bien es esencial para el equilibrio que, según mi teoría,

ahorro e inversión se correspondan, creo que no hay motivo alguno por el cual, según su teoría, ahorro e inversión tengan que corresponderse.»[313]

El día que llegó la respuesta de Hayek, Keynes le respondió. «Muchas gracias por su carta, que me deja las cosas mucho más claras», escribió. «Hay, sin embargo, dos expresiones que me gustaría que me aclarara un poco más.»[314] No tenía claro el uso que Hayek hacía del término «velocidad», «ya que creo que actualmente, los economistas contemporáneos lo utilizan en nueve sentidos, que difieren ligera y sutilmente unos de otros», y añadió una nueva pregunta sobre el uso que Hayek hacía del término «capital existente».[315]

Tres días después, Hayek respondió, explicando que por «velocidad» quería decir «circulación total efectiva», aunque «normalmente no trabajo con este concepto». Dirigió a Keynes hacia *La economía del bienestar* de Pigou, «que en general está de acuerdo con mis ideas».[316] Cuatro días después, Keynes volvió a dejar la pelota en su campo. «Siento ser tan pesado», escribió Keynes, «pero a lo que realmente quería llegar era al significado exacto que atribuye a la "circulación efectiva".»[317]

Ni siquiera la llegada de la Navidad ralentizó este flujo de intercambios. El día de Navidad por la mañana, Hayek escribió a Keynes, «siento haber malinterpretado su pregunta». La «circulación total efectiva» no era «nada más que la totalidad de los pagos de dinero efectuados (en efectivo, depósitos bancarios o en cualquier forma) durante un período de tiempo arbitrario».[318] Esa misma tarde —en esa época, el Royal Mail repartía dos veces al día, incluso el día de Navidad— Keynes respondió: «es lo que creía que quería decir», aunque rápidamente añadió: «y ésta es justamente mi dificultad». Puede que Hayek pensara que a pesar de las reservas de Keynes en relación con los términos, estaba más cerca de la posibilidad de refutar las ideas de su rival; después de tres cartas firmadas por «J. M. Keynes», en esta ocasión, Keynes firmó su carta de Navidad con una firma menos formal «J. M. K.».

Tras un breve paréntesis, ya que Hayek pasó algunos días de Navidad fuera de Londres, la correspondencia continuó. De nuevo el tono de Hayek fue de ligera irritación. «Si hubiera creído que tenía algún problema [con el reemplazo del capital de los ahorros] hace tiempo que hubiera intentado aclararlo»,[319] protestó. Pero para Hayek no era fácil ser claro. Su respuesta a la aparentemente simple petición de Keynes era una sola frase que contenía una serie de cláusulas y aclaraciones subordinadas y que tenía un total de doscientas palabras difícilmente digeribles. Incluso Hayek, a esas alturas, era consciente de que no le resultaba fácil expresar sus pensamientos de una forma sencilla, añadiendo en paréntesis, «mis disculpas por esta frase en un alemán terrible». De nuevo, al intentar abordar la cuestión de reemplazar un equipo agotado, dirigió a Keynes hacia el concepto de la

escuela austríaca de las fases de producción *roundabout* o indirecta que tanto había desconcertado a la Marshall Society.

Keynes respondió al cabo de dos semanas. Si Hayek se había imaginado que estaba cerca de responder a Keynes, estaba equivocado. «Aquello a lo que se está refiriendo no es precisamente lo que me preocupaba», escribió. «Lo que me preocupa es la proporción de ingresos necesaria para hacer una buena depreciación [reemplazando el equipo agotado].» Pero siguió presionando a Hayek en su definición de ahorro y trató de que la presentara tal como era, no como una simple construcción conceptual. «Qué ocurriría en una sociedad progresista o en una sociedad en la que, los nuevos inventos, por ejemplo, pudieran provocar la obsolescencia del equipo (que no es lo mismo que la depreciación) y en la que no hubiera una relación estable entre la rotación de efectivo [la cantidad de dinero que cambia de manos] y la renta nacional [el total de riqueza generado] (p. ej., en 1931 la relación entre los dos, aquí o en Estados Unidos, era muy distinta de la que había en 1929).»[320]

El 23 de enero de 1932, tras un paréntesis de casi dos semanas, en el que Hayek sufrió un «ligero brote de gripe», por fin respondió. De nuevo hizo referencia a las etapas de la producción, tratando de responder a las objeciones de Keynes. Continuó en el ámbito conceptual de la escuela austríaca de economía y se resistió a especular sobre las condiciones de la vida real, reconociendo que «sin duda, una de las tareas más difíciles de la teoría económica es decidir qué cambios monetarios son necesarios para compensar los cambios en la organización de la empresa». Trató de responder al ataque de Keynes en relación con el aumento de capital para reemplazar el equipo que se había quedado anticuado y prometió volver a la pregunta. «Me ocupo de este aspecto del problema en la segunda parte de mis "reflexiones" de la que precisamente acabo de leer las pruebas.»[321]

Keynes estaba harto de la correspondencia. Compartiendo el último bombardeo de Hayek con Sraffa, escribió: «¿Cuál es el próximo movimiento? Creo que la cosa no da para más —y yo tampoco—. Y aun así, por algún motivo, no dejo de pensar que hay algo interesante en ella».[322]

Keynes tardó tres semanas en responder a la carta de Hayek del 23 de enero. Levantó la bandera blanca, no para rendirse, sino para pedir una tregua. Como había dicho a Sraffa, se estaba adentrando en un campo en el que no estaba trabajando en ese momento, que era la aplicación práctica de sus teorías, y su paciencia se estaba agotando. «Su carta me ha ayudado a hacerme una idea de lo que tiene en mente», escribió. «Creo que ha respondido a todo lo que tengo derecho a preguntar por correo. El tema no puede alargarse más salvo por una extensión de su argumento a un caso más actual que el simplificado que acabamos de discutir. Y este, obviamente, es un tema más propio de un libro que para

tratarlo por correspondencia.» Explicó a Hayek que, a raíz de su intercambio, esperaba definir una línea de pensamiento clara que pudiera serle de utilidad en su análisis de la mejor forma de abordar las condiciones económicas crónicas que les acompañaban, pero que no había avanzado lo suficiente como para estar seguro de concederle más tiempo y energía.

«Volviendo al punto en el que iniciamos nuestra correspondencia, me encuentro donde empecé», escribió Keynes, «es decir, sin tener claro lo que quiere decir con ahorro voluntario y forzoso según aplican al mundo en el que vivimos; aunque creo que ahora entiendo lo que quiere decir con ellos en determinados casos especiales y ello me da una idea general del tipo de cosas que tiene en mente. Muchas gracias por contestarme con tanto detalle.»[323]

Keynes estaba deseando poner fin a este desacuerdo con Hayek ya que tenía muchas más cosas que hacer, entre otras escribir la que se convertiría en la *Teoría general.* Concluyó que tenía muy pocas posibilidades de convencer a Hayek de los errores de sus teorías. Le dijo, «en economía, no puedes acusar a tu oponente de cometer un error; sólo puedes convencerle de que lo comete. Y aun en el caso de que tengas razón, no puedes convencerle, si hay un defecto en tus propios poderes de persuasión y exposición o si su cabeza ya está tan llena de ideas contrarias que no es capaz de interpretar las pistas que le estás dando».[324] Keynes estaba contento, sin embargo, de que el duelo continuara por otros medios. Puede que Hayek y Keynes guardaran sus espadas durante un tiempo, pero el debate por sus diferencias siguió vivo entre sus discípulos.

Ben Higgins, alumno de la LSE entre 1933 y 1935, recordaba la intensidad de la rivalidad. «En Londres creíamos que todas esas cosas tan raras que estaban pasando en Cambridge eran una tontería, pero una tontería muy peligrosa», explicó. «Además veíamos que probablemente un hombre con su gracia, su inteligencia y su encanto [refiriéndose a Keynes] que se sumaban a su brillantez iba a ser capaz de convencer a mucha gente de que tenía razón. Era una perspectiva aterradora. No es que hubiera un acalorado debate entre Londres y Cambridge, porque prácticamente no había contacto entre ellas. Estábamos bajo la influencia de Hayek. Era nuestro dios.»[325]

Robert Bryce, un economista de Cambridge nacido en Canadá, cuya devoción por las ideas keynesianas era casi como una experiencia religiosa, asistía a los seminarios de Hayek en el LSE y sentía lo mismo que Higgins, pero desde el otro lado de la barrera. «En la primavera de 1935 asistía un par de días por semana a la London School of Economics para hacer campaña», recordaba. «Allí asistía al seminario de Von Hayek. […] Allí se concentraban todos los paganos de Cambridge, y yo tenía que hablarles de las ideas de Keynes. […] Hayek, muy educadamente, hizo varias sesiones de su seminario para exponer estas cosas a sus

alumnos. Tengo que decir que fue una experiencia excitante y que encontré a mucha gente dispuesta a tomar muy en serio su exposición.»[326]

Abba Lerner, un estudiante hayekiano licenciado en la LSE que pasó un trimestre en Cambridge, se acercó a Richard Kahn y a otros miembros del Circo «para sugerir que la joven generación de cada lado tenía que reunirse y debatir entre ellos».[327] El contingente de Cambridge accedió, y ambos lados decidieron que el resumen de los debates tenía que publicarse en una nueva publicación, *Review of economic studies.* También se organizaron debates entre los dos lados en un edificio público de Newport (Essex). La localización era importante. Newport no era intelectualmente de nadie y estaba a medio camino entre Cambridge y Londres. En la primera reunión, en agosto de 1933, por el lado de Cambridge estaban Kahn, Joan y Austin Robinson, y James Meade; mientras que por el lado del LSE estaban Lerner, Sol Adler, Ralph Arakie y Aaron Emanuel.[328] Como muestra del tono de la discusión, destaca el comentario de Kahn: «Si Hayek cree que gastarse dinero recién acuñado en el empleo y el consumo empeorará la terrible depresión que vivimos en la actualidad, entonces Hayek está loco».[329]

Un domingo al mes, también se celebraban seminarios conjuntos en Cambridge, Oxford o Londres, con la participación de jóvenes economistas como Hugh Gaitskell[330] de la University College London. La actitud notablemente más agresiva del grupo de Cambridge le situó en una posición más ventajosa. Ludwig Lachmann, que había sido alumno de Hayek en la LSE, confesó haberse sentido como un novato en una guerra que rápidamente se perdió. Algunas veces, para excitación y consternación de los miembros más jóvenes, asistieron Hayek, Keynes, Robbins y Dennis Robertson. Paul Rosenstein-Rodan, que en 1931 dio conferencias de economía en el University College, relató una reunión en la que Robertson habló sobre el papel del dinero y acusó tanto a Hayek como a Keynes, que estaban presentes, de no haber tenido en cuenta el paso del tiempo. Enfrentado por fin a un enemigo común, Hayek respondió con una «larga y extensa diatriba», seguida por Keynes, «que llegó a decir que estaba totalmente de acuerdo [con Hayek]».[331]

Aparte de por las payasadas del Circo, Keynes tenía otra forma de atacar indirectamente a Hayek. Respondiendo a las reprimendas de sus oponentes y partidarios por atacar *Precios y producción* de Hayek y defender su *Tratado,* Keynes decidió hacer bien las cosas. Incapaz de volver a la escena del crimen, decidió elegir a alguien que hiciera una extensa reseña de *Precios y producción* en el próximo número del *Economic Journal.* Su elección fue Sraffa, que, exceptuando a Joan Robinson, era el más agresivo y elocuente de sus discípulos. Puede que acabara siendo el ataque más brutal a Hayek desde su llegada a Gran Bretaña.

8

The Italian Job

Keynes le pide a Piero Sraffa que continúe con el debate (1932)

Hayek y Robbins, deseosos de anticiparse a la respuesta de Keynes, publicaron la segunda parte de «Reflexiones sobre la teoría pura del dinero del señor J. M. Keynes» de Hayek en el número de febrero de 1932 de *Economica.* De nuevo, el argumento de Hayek se expuso en un tono de incomprensión indignante. Frases como «Lo que se está discutiendo hace referencia a una afirmación tan extraordinaria que, si en este libro no estuviera claramente escrita en blanco y negro, nadie creería que el señor Keynes es capaz de hacerla» eran típicas de esta situación de falsa incredulidad. El tono de la segunda parte de la reseña fue un poco distinto del lenguaje tan inflexible utilizado en la primera que había provocado una respuesta mucho más desmedida de Keynes.

De nuevo Hayek reprendía a Keynes por el uso impreciso de los términos económicos, pero la línea más importante de su argumento llegaba al núcleo de su desacuerdo con Keynes. Hayek rebatía el tema central de los repetidamente pronunciamientos públicos de Keynes: las condiciones en las que la intervención del gobierno en el mercado para compensar la elevada tasa de desempleo en lo más bajo del ciclo económico, estaría intelectualmente justificada.

«Como otros muchos que sostienen una teoría del ciclo comercial puramente monetaria», escribió Hayek, «[Keynes] parece creer que, si la organización monetaria existente no lo impidiera, el *boom* podría perpetuarse a causa de una inflación indefinida. […] Por lo tanto, fue bastante consistente cuando, desesperado porque se produjera una recuperación de la inversión provocada por el dinero barato, propuso y defendió en un programa de radio la estimulación directa del gasto de los consumidores […] ya que, según esta teoría, los efectos del dinero barato y el aumento del poder adquisitivo de los consumidores son equivalentes.»

El programa de radio al que se refería Hayek era aquel en el que Keynes había invitado a las «amas de casa patrióticas» a «salir a la calle y comprar».[332] El programa de radio se hizo eco de su conocida frase, que «calculo que en los países

industriales más importantes del mundo, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, hay unos doce millones de trabajadores que están en paro. […] Con los trabajadores y equipo que están parados, cada día se podrían producir bienes valorados en muchos millones de libras».[333] En la segunda parte de sus «Reflexiones», Hayek tomó la palabra a Keynes y trató de poner un precio a lo que Keynes no había cuantificado al proponer reparar el desempleo «a cualquier precio». Hayek concluyó que el precio era una inflación descomunal, y al haber sido testigo de cómo la hiperinflación había destruido el orden civil en Viena y había minado los ahorros de su familia, creía que era un precio demasiado elevado que pagar.

Hayek resumió la explicación de Keynes del ciclo económico. «Puesto que, según la teoría de Keynes, el exceso de la demanda de bienes de consumo sobre los costes de la oferta disponible es lo que produce el *boom*, éste sólo se prolongará en la medida en que la demanda supere a la oferta y acabará bien cuando la demanda deje de aumentar o cuando la oferta, estimulada por los beneficios anormales, se sitúe al nivel de la demanda. Entonces los precios de los bienes de consumo caerán y el *boom* se acabará, aunque no necesariamente irá seguido de una depresión; ya que, en la práctica, suele haber tendencias deflacionarias (caída de precios) que invierten el proceso.»[334] Hayek dijo que no había nada demasiado nuevo en esta explicación del *boom*. «Básicamente [la explicación de Keynes] no sólo es relativamente simple, sino que además difiere mucho menos de las teorías actuales de lo que su autor parece pensar.»[335]

Hayek explicó por qué creía que la idea de Keynes de incrementar la inversión reduciendo el tipo de interés, impulsando así la producción, era muy poco visionaria y que, con el tiempo, acabaría siendo ineficiente. «Cree que lo que yo llamo cambios en la estructura de producción (p. ej., extensión o reducción del período medio de producción) es un fenómeno a largo plazo que, por lo tanto, puede no ser tenido en cuenta en el análisis de un fenómeno que tiene lugar en un período de tiempo reducido, como el ciclo comercial», escribió Hayek. «Tengo miedo de que esta afirmación no demuestre nada más que el señor Keynes no se ha dado cuenta de que un cambio en la cantidad de capital per cápita en la población trabajadora es equivalente a un cambio en la duración media del proceso de producción indirecta y que, por lo tanto, todas sus demostraciones del cambio en la cantidad de capital durante el ciclo ratifican mi teoría.»

Además, «si el aumento de la inversión no es consecuencia de una decisión voluntaria de reducir el nivel de consumo, no hay ningún motivo por el que tenga que ser permanente y el simple incremento de la demanda de bienes de consumo que el señor Keynes ha descrito acabaría con ello en cuanto el sistema bancario dejara de proporcionar medios de inversión baratos adicionales».[336] Concluyó: «No es difícil entender, a la luz de todas estas consideraciones, que la política de dinero

fácil adoptada inmediatamente después del crac de 1929 no tuviera ningún efecto».[337]

Hayek abordó específicamente las implicaciones de la repetida aserción de Keynes de que en ausencia de inversión privada, cuando no hay una correspondencia entre el ahorro y la inversión, la demanda puede mantenerse a un tipo muy elevado y los puestos de trabajo pueden restaurarse mediante obras públicas financiadas por el gobierno. Hayek estaba tan seguro de que había refutado uno de los principales argumentos de Keynes que insistió en la importancia del párrafo escribiéndolo en cursiva. «Todo intento por provocar un aumento de la inversión que se corresponda con este "ahorro" necesario para mantener el antiguo capital tendrá exactamente el mismo efecto que cualquier intento de aumentar la inversión por encima del ahorro neto: inflación, ahorro forzoso, mala gestión de la producción y, finalmente, crisis.»[338]

Fue un rechazo enérgico a las ideas de Keynes. Pero fue demasiado tarde para Hayek: la caravana de Keynes ya se había movido. Tras el frenesí inicial de su respuesta a la primera parte de la reseña de Hayek, Keynes había decidido ignorar sus críticas. Estaba totalmente inmerso en el desarrollo de una explicación intelectualmente irrefutable y que durante mucho tiempo había eludido, de por qué, en ausencia de inversión privada, el aumento de la inversión pública en un momento de recesión ayudaría a que los parados se reincorporaran al mundo laboral sin provocar la crisis que Hayek consideraba inevitable. El resultado sería su monumental *Teoría general de la ocupación, interés y dinero*.

La decisión de Keynes de no responder fue un golpe significativo para Hayek. Al separar su reseña en dos partes, Robbins y Hayek no habían sido capaces de captar toda la atención de Keynes. Tras haber explotado por el tono de la primera parte y haber acusado a Hayek de malinterpretar deliberadamente su argumento, Keynes no tenía ninguna intención de volver al debate. De este modo se había perdido la primera y quizá la mejor oportunidad de cortar de raíz con el keynesianismo. Si Hayek hubiera publicado primero la segunda parte de sus «Reflexiones», que abordaban el núcleo de las ideas intervencionistas de Keynes o hubiera publicado la totalidad de su reseña de golpe, puede que hubiera sido capaz de atraer la atención de Keynes lo suficiente como para detenerle en sus avances. Sin embargo, puede que como ni Hayek ni Robbins esperaban que Keynes respondiera tan rápidamente a la primera parte, la línea más importante y persuasiva del argumento de Hayek no recibiera ningún tipo de respuesta por parte de Keynes.

En su lugar, Keynes atacó a Hayek por medio del joven miembro del Circo, Piero Sraffa. La decisión de asignarle a Sraffa la tarea fue un acto de hostilidad manifiesta. De todos los discípulos de Keynes, Sraffa, un tipo formidable de pelo

corto y oscuro, frente ancha y un pequeño bigote negro, que había hecho un análisis de la inflación en Italia durante la primera guerra mundial, era la persona perfecta para enfrentarse a Hayek. Era guerrero, meticuloso a la hora de desmontar un argumento y mordaz al articular críticas. Incluso la formidable Joan Robinson, entusiasta combatiente en las escaramuzas entre Cambridge y la LSE, consideraba que Sraffa, persona ostensiblemente tímida y bien educada, era la única persona a la que realmente le tenía miedo.

El íntimo amigo de Sraffa, el filósofo Ludwig Wittgenstein, estaba tan impresionado por las dotes argumentativas del italiano que tras un encuentro con Sraffa dijo que se sentía como el tronco desnudo de un árbol que había sido despojado de sus ramas.[339] «El árbol, liberado de su vieja madera, podría volver a brotar de nuevo»,[340] escribió. Otro estudioso del modus operandi de Sraffa dijo que «sería un ataque frontal estratégico a determinados puntos minuciosamente seleccionados de la estructura teórica. Había que hacer todas las críticas posibles sin perder tiempo».[341] Era una técnica ideal para hacer frente a la meticulosa y casi mecánica mente de Hayek. El resultado, de acuerdo con un partidario de la escuela austríaca, fue «un ataque realizado con una ferocidad inusual».[342]

Sraffa tenía una deuda especial con su mentor Keynes. Nacido en Turín e hijo de un profesor de derecho, había estudiado en la LSE de 1921 a 1922 y durante su estancia en Londres, Mary Berenson,[343] esposa de Bernard Berenson,[344] el crítico y marchante de arte americano de Florencia, le presentó a Keynes. A su regreso a Italia para dar clase de economía política en Perugia, Sraffa conoció a un hombre notable. Era amigo del líder comunista italiano Antonio Gramsci y de su contrapartida socialista Filippo Turati, lo cual fue suficiente para convertir a Sraffa en un enemigo del estado de acuerdo con el partido fascista de Mussolini, que llegó al poder en 1922. Los izquierdistas estaban siendo eliminados de los puestos estatales y reemplazados por los fascistas, y la violencia de los grupos fascistas estaba convirtiéndose en algo cada vez más común.

Gracias a la reputación de Sraffa de economista con una mentalidad muy original, Keynes le pidió que escribiera un artículo para la serie «Reconstrucción de Europa», artículo que fue muy crítico con los tres grandes bancos italianos. El artículo fue tan condenatorio con las prácticas bancarias italianas que llamó la atención del propio Mussolini, que, casualmente estaba intentando resolver una crisis bancaria utilizando fondos del estado para rescatar el agonizante Banco di Roma. El artículo de Sraffa llegó en el momento justo para hacer el mayor daño posible, y Keynes estuvo encantado. Mussolini, sin embargo, no lo estuvo tanto. Censuró el artículo de Sraffa por «difamar a Italia»,[345] calificándolo de acto antipatriótico de un agente radical pagado por extranjeros. En telegramas amenazantes al padre de Sraffa, Angelo, Mussolini exigió que se retractara y disculpara públicamente. Sraffa le dijo a su padre que su artículo estaba basado en

hechos verificables y que mantenía sus palabras.

Mientras Sraffa permanecía en Italia y los bancos se preparaban para demandarle por difamación, Keynes se movió muy deprisa. Le ofreció seguridad a Sraffa proponiéndole dar un seminario de economía en Cambridge. Sraffa, que había tenido que renunciar a un trabajo en el gobierno en Milán por el furor bancario, se fue a Inglaterra, donde fue detenido por los agentes de aduana de Dover después de que la British Home Office recibiera un soplo de las autoridades italianas de que era un revolucionario peligroso. Sraffa fue enviado de vuelta a Calais, al norte de Francia, y cuando la crisis remitió,[346] aceptó el puesto que Keynes había creado para él.

Aunque Sraffa se unió al Circo, su edad —tenía poco más de treinta años, es decir sólo era un poco más mayor que los demás— y su reputación de haber sido capaz de exponer errores en el trabajo de los teóricos clásicos le distinguieron de los demás. Una de las primeras tareas que le encomendó Keynes fue traducir su *Breve tratado sobre la reforma monetaria* al italiano. Luego Keynes pidió a Sraffa que escribiera una reseña de *Precios y producción* de Hayek para el *Economic Journal* de marzo de 1932. No podía haber elegido a nadie mejor.

Como las clases y seminarios de la LSE en los que estaba basado, *Precios y producción* no era un libro fácil de analizar. Más adelante, John Hicks, conferenciante de la LSE y simpatizante de la escuela austríaca que más tarde insistiría en la importancia de traducir las nociones de Keynes a un modelo matemático simplificado,[347] escribiría: «*Precios y producción* estaba en inglés, pero no en inglés económico. Para valorarlo correctamente, había que traducirlo un poco mejor».[348] Tampoco son fáciles de seguir los argumentos que Sraffa empleó contra Hayek. Incluso Frank Knight, economista de la Escuela de Chicago,[349] buen conocedor del pensamiento de la escuela austríaca, encontró el tema demasiado obtuso. Así escribió a Oskar Morgenstern: «Me gustaría que [Hayek] o alguien intentara decirme en una frase gramaticalmente sencilla de qué va la controversia entre Sraffa y Hayek. No he sido capaz de encontrar a nadie que tenga la más mínima idea».[350]

Lo que no podía pasarse por alto, sin embargo, era el tono personal, sarcástico e implacable del asalto de Sraffa. Éste empezó su reseña describiendo las conferencias de Hayek en la LSE como «una prueba de resistencia tanto por parte de la audiencia como del conferenciante. […] En cierto sentido las conferencias […] confirman la tradición que los teóricos del dinero modernos están estableciendo», escribe Sraffa, «la de la ininteligibilidad». Si bien Sraffa elogiaba a Hayek por concentrarse en la forma en la que la cantidad del dinero del sistema afectaba a los precios de los productos, en lugar de fijarse en los precios en general, «en todos los demás sentidos la conclusión inevitable es que [las teorías de Hayek] sólo pueden

añadir más confusión al asunto».[351]

En *Precios y producción,* Hayek había querido demostrar que si el dinero se presta a un tipo que no se corresponde con la totalidad del ahorro, se invierte en una producción que no puede sostenerse. Cuando no haya más financiación, los propietarios de las fábricas no atraerán clientes y tendrán que detener algunas líneas de producción. En otras palabras, cuando el precio de prestar dinero es desproporcionado, corrompe las etapas del proceso de producción hasta que, tras un período de crisis, la economía vuelve a encontrar un nuevo equilibrio. Hayek sugería que había un tipo ideal al que había que prestar el dinero, un tipo que sostenía la producción en todas sus fases sin generar desperdicios y que proporcionaba bienes a un precio que los consumidores podían satisfacer. Se trataba del «tipo de interés natural» que daba al dinero un papel «neutral», porque no tenía nada que ver con el funcionamiento «natural» del sistema productivo.

Sraffa tenía muy claro lo que tenía que hacer. Le habían pedido que hiciera una reseña de *Precios y producción* y que apuntara a los errores de Hayek. No tenía ningún interés en defender las teorías de Keynes. Lo primero que hizo Sraffa fue reprender a Hayek por considerar que el dinero podía ser neutral, «es como decir que es un dinero que no afecta a la producción ni al precio relativo de los productos, incluido el tipo de interés, como si no hubiera dinero». Sraffa acusa a Hayek de cometer un error rudimentario recordándole que su noción de dinero neutral contradecía «el principio de cualquier manual sobre dinero. Esto quiere decir que el dinero no sólo es un medio de intercambio, sino un depósito de valor». Sraffa describe las teorías de Hayek como «un cúmulo de contradicciones que confunden tanto al lector que en el momento de llegar a la discusión sobre el dinero, puede estar tan desesperado que sea incapaz de creerse nada». En cuanto a la elaborada teoría de las etapas de la producción que a Hayek le gustaba explicar con diagramas triangulares, Sraffa la califica de «martillazo muy fuerte para romper una nuez —y luego la nuez no se rompe—. Como en esta revisión lo que más nos interesa es la nuez que no se ha roto, no tenemos por qué perder mucho tiempo criticando al martillo».

En cuanto al argumento central de Hayek, de que «no puede haber ninguna duda» de que, si los productores emplean un crédito muy superior a sus ahorros, se producirá inflación y colapso, Sraffa le responde con sus propias palabras. «Como veremos tras un momento de reflexión, "no puede haber ninguna duda" de que no ocurrirá nada de este tipo. Durante un tiempo, una clase le roba parte de sus ingresos a otra clase; y se libra del saqueo. Cuando el robo llega a su fin, está claro que la víctima no puede consumir el capital que en este momento está totalmente fuera de su alcance.» Mientras Hayek afirmaba que cuando se recortaba el crédito los fabricantes se quedaban con exceso de maquinaria, Sraffa sugería que los dueños de la fábrica tenían que mantener su equipo, que podía volver a

utilizarse cuando el mercado se recuperase. Todo ello lo pagaban los clientes. Hayek predijo el desastre para los dueños de las fábricas si los bancos les prestaban a un tipo demasiado bajo. Sraffa rebatió este argumento diciendo que durante el período en el que había disponibilidad de capital adicional no respaldado por los ahorros, los fabricantes podían ganar lo suficiente como para reservarse un dinero para pagar el interés del capital adicional cuando su provisión se acabara. Mientras tanto, los productores habrían conseguido la forma de hacer un mayor número de productos a un precio inferior. Por lo tanto, lejos de ser inflacionaria, la reducción de los tipos de interés para estimular la producción, a la larga, tendía a reducir los precios.

Tras concluir afirmando que «la discusión del doctor Hayek es totalmente irrelevante para el dinero y para la inflación», Sraffa acusa a Hayek de «huir del problema del dinero neutral» y de aterrizar sin darse cuenta «justo en el medio de la teoría del señor Keynes». De acuerdo con Sraffa, Hayek no era un oponente de Keynes, sino un admirador y defensor involuntario del mismo. «Y aquí tiene que acabarse esta crítica», declara Sraffa, añadiendo una coletilla: «el espacio no me permite hacer una crítica adecuada a la nueva y más bien inesperada posición adoptada por el doctor Hayek.»[352]

Hayek no tardó en preparar una respuesta a la reseña de Sraffa para la siguiente edición del *Economic Journal.* En el estilo sarcástico que le caracterizaba, fingió compasión por la situación de Sraffa «por haber dedicado tanto tiempo a un trabajo que obviamente no iba a dar ningún beneficio y que aparentemente no hacía más que añadir más confusión al tema». Hizo frente a la crítica de Sraffa a lo que Hayek decía que era su mayor contribución a la economía, que «el capital acumulado por el "ahorro forzoso" se disiparía, al menos en parte, en cuanto desapareciera la causa del "ahorro forzoso"». Hayek coincidía con Sraffa en que «depende de la veracidad de ese punto que mi teoría se sostenga o no».

Al repetir su explicación de lo que ocurre cuando en la economía se inyecta capital nuevo no respaldado por los ahorros, Hayek hace hincapié en el hecho de que, finalmente, los que están empleados cobrarán más, ya que el dinero adicional inyectado en el sistema provocará una inflación salarial. El incremento del gasto en salarios en lugar de en capital, a la larga, acabaría ralentizando el crecimiento en la producción y se llegaría a un nuevo equilibrio en el que los tipos de interés serían «los mismos que había antes de producirse el ahorro forzoso, y el capital de los productores se devaluaría a un nivel cercano al que tenía anteriormente». El hecho de que los productores se quedaran con equipamiento que no utilizaban no significaba que el valor de su equipo no disminuyera, porque disminuía. La maquinaria no utilizada era menos valiosa que la planta productiva y entretanto los productores tenían que pagar los intereses de sus créditos.

Desafiando a Sraffa a justificar su «objeción sorprendentemente superficial a este análisis», Hayek cambió de táctica y preguntó: «¿Pertenece a la secta que cree en [emplear la planta ociosa] estimulando el consumo» como Keynes? Mientras que Sraffa provocaba a Hayek diciendo que parecía estar de acuerdo con Keynes en una serie de cosas, Hayek no quería saber nada. «Me atrevería a asegurar que el señor Keynes estaría totalmente de acuerdo conmigo en rechazar la sugerencia del señor Sraffa», escribió. «De hecho, que el señor Sraffa haya hecho esta sugerencia sólo me da muestras de que todavía ha entendido menos la teoría del señor Keynes que yo.» A lo que Keynes añadió una maliciosa nota a pie de página: «Con el permiso del señor Hayek me gustaría decir que, en mi opinión, el señor Sraffa ha entendido perfectamente mi teoría».[353]

Inmediatamente Sraffa escribió «una réplica» que apareció en el mismo número del *Economic Journal* que la respuesta de Hayek. Primero se produjo el revuelo habitual. «Esta forma de argumentar del doctor Hayek es una ilustración tan elocuente de mi reseña que me resisto a estropearla con ningún comentario», escribió. Lo que Hayek denominaba «ahorro forzoso», que podía acabar provocando una catástrofe, Sraffa prefería llamarlo «expoliación», en la que «los que han ganado con la inflación deciden guardarse el botín» y «aquellos que se han visto afectados por el ahorro forzoso no tendrán nada que decir al respecto». Sraffa sostenía que lejos de acabar en catástrofe, como Hayek sugería, «el ahorro forzoso» —que tal vez podría describirse mejor como «préstamo inapropiado»— acababa bien. Desde que la inflación acaba cuando «los nuevos procesos de producción empiezan a generar productos consumibles, […] los emprendedores podrán satisfacer sus demandas de productos y de mantenimiento del capital aumentado a partir de los ingresos de sus ventas, sin necesidad de dinero inflacionario adicional». Esto sólo podía ocurrir, coincidían Sraffa y Hayek, si los sueldos no aumentaban para cubrir los nuevos costes. «Estoy seguro de que esto no ocurrirá», declara Sraffa, por lo que explica Hayek en una nota a pie de página a su artículo anterior: «Excepto para aquellas cantidades que puedan ser absorbidas en efectivo en caja en cualquier etapa adicional de la producción». «Exactamente», exclama Sraffa. «Si el doctor Hayek hubiera puesto tanto empeño al escribir su libro como su crítico ha puesto al leerlo, se acordaría de que bajo estas hipótesis este efectivo en caja no sólo absorberá ciertas cantidades excepcionales, sino la totalidad del dinero adicional emitido durante la inflación; y de que por lo tanto, no se pueden producir ingresos y que no se puede producir ninguna disipación del capital.»

En su artículo Hayek desafió a Sraffa a que revelara lo que pensaba realmente, ya que todavía no había pronunciado la base intelectual de su teoría. Sraffa respondió haciendo el mayor de los ridículos. «Tras [la exposición de Sraffa de los defectos en la lógica de Hayek], el doctor Hayek me permitirá que no me tome en serio sus preguntas, como por ejemplo "qué pienso realmente". Nadie puede creer que algo que sea la consecuencia lógica de estas fantásticas hipótesis

pueda ser cierto. Pero tengo que admitir la abstracta posibilidad de que las conclusiones deducidas de ellas por un razonamiento inadecuado puedan acabar siendo, por pura casualidad, bastante plausibles.» Sraffa intentó que la frase fuera un golpe decisivo.

Pero Sraffa todavía tenía que ocuparse de una última pieza. En sus argumentos sobre el tipo de interés natural, que en una situación de equilibrio hacían que el dinero fuera neutral, lo que Hayek denominaba «tasa de dinero», Hayek había reconocido, instigado por Sraffa, que no había un único tipo natural, sino una sucesión de tipos naturales diferentes que eran apropiados para distintos bienes. Tras considerar el tema con más detenimiento, Sraffa estaba listo para el ataque. El economista de la escuela austríaca Knut Wicksell, que desarrolló la noción del tipo natural y del tipo de interés del dinero, reconoció que no había un solo tipo natural, sino una serie de tipos naturales distintos para cada bien. Había, por ejemplo, un tipo natural para las manzanas y un tipo natural distinto para la lana. La solución de Sraffa era ponderar cada uno de los tipos naturales para que emergiera un tipo natural compuesto que fuera igual al tipo de dinero agregado para el conjunto de la economía en un momento de equilibrio. «Esta vía de escape no estaba abierta al doctor Hayek», alardeó Sraffa, «porque ha repudiado enfáticamente el uso de las medias.»[354] Y con ese comentario tan amargo, el rifirrafe entre Hayek y Sraffa llegó a un brusco final.

Este duelo, secundario al gran debate Keynes-Hayek fue técnico, obtuso, difícil de seguir y airado. Básicamente, no acabó siendo nada más que un combate logístico entre dos pesos pesados del pensamiento. Hayek estaba convencido de que la economía era un tema tan elusivo que sólo podía entenderse, y aun así sólo parcialmente, considerando la interacción de los individuos en el mercado. Keynes, por su parte, estaba a punto de provocar una revolución en el pensamiento que sólo emergería tras la publicación de la *Teoría general.* Creía que una economía se podía entender mejor viendo la totalidad de la situación, analizando de arriba abajo la suma de algunos elementos de la economía como la oferta, la demanda y los tipos de interés. Hayek se quedó atascado en lo que acabó conociéndose como teoría «microeconómica», analizando los elementos que conformaban una economía, como los costes y el valor, mientras que Keynes dio un salto a una nueva forma de considerar el funcionamiento de la economía: la macroeconomía, que consideraba la economía como un todo. No es de extrañar que las discusiones entre Keynes y Hayek antes de la publicación de la *Teoría general* sirvieran de tan poco, ya que estaban intentando explorar por medios exclusivamente microeconómicos la profunda diferencia que estaba emergiendo entre el enfoque microeconómico de Hayek y las incipientes nociones macroeconómicas de Keynes.

No se ponían de acuerdo. Como dijo Frank Knight: «Me encantaría ver un progreso en el establecimiento de términos y conceptos de los que los economistas

pudieran hablar y que cuando discutieran, lo hicieran sobre problemas y no sobre el significado de las aserciones de los demás». En cuanto al espectáculo paralelo de Hayek-Sraffa, escribió: «No conozco a nadie que sepa de qué discuten Sraffa y Hayek».[355]

En ese momento no estaba nada claro que el debate entre Hayek y Sraffa fuera a tener importancia para la historia de la economía. Algunos sugerían que no servía para nada más que para descargar adrenalina «el menor de los dos jóvenes *sparrings*».[356] Sin embargo, Ludwig M. Lachmann, asistente de Hayek en el momento de los intercambios con Sraffa, explicó que «los más perceptivos creían que estaban presenciando el choque de dos visiones del mundo económico irreconciliables. Los menos perceptivos simplemente no sabían lo que pretendían los dos combatientes. Pero a nadie le gustaba lo que veía. […] Que eran los primeros tiros de una batalla entre dos escuelas de pensamiento económico rivales no era algo que se le pudiera ocurrir al economista anglosajón medio de los años treinta».[357]

9

Hacia la *Teoría general*

La solución gratuita al desempleo (1932-1933)

En los siguientes años, se produjo un cambio en la estrategia de Keynes. Era una persona brillante, popular y polémica, pero creía que con su oratoria y su elocuencia no estaba avanzando mucho en su intento de urgir a los gobiernos a iniciar obras públicas para acabar con el desempleo. Tras la publicación del *Tratado sobre el dinero,* Keynes sufría de una falta de influencia en las altas esferas. La administración «Nacional» de Ramsay MacDonald era un gobierno conservador con otro nombre. Los conservadores consideraban que Keynes estaba en contra de la empresa y fue declarado persona non grata en Whitehall. El partido laborista, que fue derrotado, se había vuelto más izquierdista, y sus miembros tenían poco tiempo para prestar atención a las propuestas de Keynes que, según ellos, eran propias de un sistema capitalista. Por su parte, los liberales, el partido que Keynes consideraba como su casa espiritual, habían sido golpeados fuertemente y se quedaron sin fuerzas.

Keynes era difícilmente tolerado entre las esferas de poder. Si bien en ocasiones se le podía ver almorzando con MacDonald en el local favorito del gobierno, el Athenaeum Club en Pall Mall, no era nada comparado con la influencia que había tenido y lo que había frecuentado a los que manejaban los hilos del poder. Conservaba su puesto en el Comité de Información Económica, una filial del Consejo económico del primer ministro, pero cuando en febrero de 1932 se formó un nuevo comité con los economistas más importantes para asesorar al gobierno, Keynes se quedó fuera, mientras que su ortodoxo rival Lionel Robbins consiguió una plaza.

Keynes decidió que el nuevo libro que estaba escribiendo no iría dirigido al público en general, ni a los políticos, ni a los civiles que trabajan para el Tesoro, ni a los expertos en finanzas de los bancos, sino a sus compañeros de profesión, los economistas. Tras haber sido incapaz de instigar un cambio mediante una ruta más directa, se embarcaba ahora en una larga marcha para perfeccionar sus teorías y conseguir que los economistas hicieran campaña por su parte. Para tal fin, decidió que tenía que presentar los argumentos de la *Teoría general,* como el nombre

modestamente sugería,[358] de una forma sobria, extensa y lógicamente coherente. Empezó cambiando sus ideas, compartiendo su responsabilidad y aceptando las críticas de los miembros del Circo, y consultando a los colegas cuyo intelecto consideraba que contribuiría a que la *Teoría general* fuera totalmente convincente para aquellos que estuvieran dispuestos a ser persuadidos. Tardaría más de cinco años en completar el trabajo.

Los combativos encuentros de Keynes y Hayek habían demostrado ser tan irritantes y tan poco fructíferos que creía que era inútil seguir debatiendo con los economistas clásicos. Estaba intentando superar las limitaciones de la economía de mercado ortodoxa y creía que Hayek estaba tan anclado en las viejas teorías que era incapaz de captar los nuevos y audaces conceptos que estaba configurando. Echó un vistazo rápido a un ejemplar del ensayo de Hayek «Capital Consumption» (Consumo de capital), publicado en inglés en 1932, «el mayor cúmulo de insensateces que se ha publicado».[359] Sus caminos se habían cruzado en alguna ocasión y habían hablado de sus diferencias, pero Keynes no tenía ninguna necesidad de convencer a Hayek de los errores de su teoría. «Este fin de semana Hayek ha estado aquí», escribió Keynes a Lydia del King's College a principios de 1933. «Anoche me senté a su lado en el salón y hoy hemos almorzado juntos en casa de Piero Sraffa. Nos llevamos muy bien en privado. Pero por lo que a la porquería de la teoría se refiere —creo que hoy incluso ha llegado a no creer en sí mismo—.»[360] Keynes era un progresista ferviente, que deseaba ayudar al mundo a avanzar hacia un futuro más humano; Hayek, que siempre había dicho que no era conservador, se mostraba profundamente escéptico con lo nuevo. Hayek era consciente de que su contribución al debate con Keynes era poco más que la repetición de la lógica pesimista propia de la filosofía de la escuela austríaca. Como confesaría más tarde, «creo que mucho de lo que he hecho ha servido más para apuntar barreras al avance en el camino elegido por los demás que para aportar nuevas ideas que hayan abierto el camino al desarrollo».[361]

Una persona con la que Keynes mantuvo un contacto regular durante este importante período de debate de ideas fue el economista de Oxford Roy Harrod, que había estudiado económicas en la época de Keynes, en el otoño de 1922 y cuya biografía oficial de Keynes, publicada seis años después de la muerte de éste, «tiene que ser reconocida como el elemento más importante para la rápida difusión de las ideas de Keynes en los años cincuenta».[362] Harrod recibía periódicamente galeradas de la *Teoría general* para hacer las observaciones y críticas que considerara oportunas. Explicó que sus comentarios a cada uno de estos borradores «estaban hechos con fervor, una gran admiración y reconocimiento a su logro, pero también con un deseo implacable y persistente de convertirle en determinados puntos».[363]

A medida que empezaron a salir a la luz las características de la *Teoría*

general, quedó claro que Keynes, en su controvertido estilo habitual, creía que para acabar con la adherencia ciega a la economía clásica que se respiraba en los pasillos del Tesoro, no tenía más remedio que refutar totalmente las teorías de Hayek. Mientras los miembros del Circo estaban en las trincheras luchando contra la ortodoxia, Harrod seguía siendo la extraña voz de la moderación. «Mi principal objetivo era mitigar su ataque a la "escuela clásica"», recordó Harrod. «Coincidía con él en que había una terrible laguna en la teoría tradicional del desempleo y en que la raíz del problema era una teoría del interés incorrecta; no estaba de acuerdo, sin embargo, con su alegación de que la teoría tradicional del interés no tenía sentido. Yo creía que estaba llevando sus críticas demasiado lejos y que podría levantar demasiado polvo y provocar controversias irrelevantes.»[364] A Keynes no le preocupaba levantar polvo y se negó a retirar un, apenas disimulado, ataque a Hayek del último borrador de la *Teoría general.* Si las antiguas formas de pensar estaban dificultando una mayor apreciación de su nuevo enfoque radical de la economía y, por lo tanto, aumentaban innecesariamente la miseria del mundo, Keynes creía que había que abordar, diseccionar y comunicar las ideas de Hayek.

Sin embargo, la mayor influencia en la filosofía de Keynes, a principios de los años treinta, seguía siendo la del Circo. Y nadie desempeñó un papel tan importante como Richard Kahn al permitir que Keynes cerrara el círculo y demostrara que un aumento de la inversión incrementaría la demanda sin causar una multiplicación catastrófica de los precios. El Circo empezó a reunirse en serio durante el curso académico 1930-1931, eliminando sus reuniones formales antes de los exámenes de Cambridge de mayo de 1931, muchos meses antes de que Keynes empezara a ordenar sus ideas para escribir la *Teoría general.* Richard Kahn, Joan y Austin Robinson, Piero Sraffa, James Meade y otros, sin embargo, siguieron diseccionando la filosofía de Keynes y contribuyeron de forma sustancial a su debate interno. Keynes escribió en su prefacio a la *Teoría general,* «el autor de un libro como éste, que avanza por caminos desconocidos, tiene que hacer caso de las críticas y de las conversaciones si no quiere cometer una cantidad desproporcionada de errores. Es increíble la cantidad de tonterías que uno puede acabar creyéndose temporalmente si piensa durante demasiado tiempo a solas».[365]

No está tan clara la contribución que el Circo hizo a la *Teoría general*,[366] pero los propios miembros estaban convencidos de que sus, a menudo ácidas, críticas canalizadas a través de Kahn o de Keynes, marcaron una diferencia considerable en el pensamiento de Keynes y en su obra. «Para los que no conocieron a Keynes, resulta increíble que se prestara a discutir conmigo, semana tras semana, haciendo de portavoz del grupo, de los problemas que surgían y de sus implicaciones»,[367] recordó Kahn. Fue un sentimiento refrendado por Austin Robinson, que hizo una aportación importante con relación a los motivos que llevaron a Keynes a derrocar las ideas de economistas ortodoxos como Hayek. «Creo que nunca se ha podido apreciar tanto la grandeza del carácter de Keynes como en este momento»,

recordó. «Keynes daba la impresión de que nunca dudaba. Estaba con los demás en la búsqueda de la verdad con un espíritu tan entusiasta como si estuviera demoliendo el trabajo de su peor enemigo.»[368] Como hizo con el trabajo de Hayek y Robbins.

Indudablemente, el Circo dejó huella. Sus miembros fueron decisivos para convencer a Keynes de que había cometido un error en el *Tratado* al invocar «la paradoja de la frugalidad», una típica analogía keynesiana que sugería que cuando los emprendedores gastaban parte de su beneficio en comprar bienes, los precios aumentaban en una proporción similar, restaurando así sus beneficios hasta el nivel anterior y dejándoles con el mismo dinero que antes, de una forma muy parecida a lo que ocurría en la parábola de la viuda y la lámpara de aceite (1 Reyes 17:8-16) que seguía estando llena por mucho que la viuda la usara. Por la misma regla de tres, apelaron a la debilidad del concepto opuesto a éste, que denominaba «la jarra de las Danaides», a raíz del mito griego que hablaba de las hijas de Dánao que tras morir fueron condenadas a rellenar de por vida una jarra que no tenía fondo. La teoría de la jarra de las Danaides de Keynes sugería que si los emprendedores querían recortar sus pérdidas reduciendo el consumo y aumentando el ahorro, según la ley de los rendimientos decrecientes nunca podrían recuperar el nivel de riqueza anterior.[369] Tanto Kahn como Joan Robinson llamaron la atención de Keynes sobre su error al pensar que, al describir la economía cerrada necesaria para establecer sus conclusiones, estaba obligando a que la producción de bienes de consumo fuera fija y finita. Kahn expuso la falacia de este modo: «Si los emprendedores respondieran a los beneficios anormales aumentando la producción de bienes de consumo, el nivel de precios de los bienes de consumo iría bajando progresivamente, y los beneficios anormales caerían, hasta que o bien los emprendedores no ganaran más que la remuneración habitual o se toparan con alguna barrera —utilización de la capacidad total o pleno empleo de la mano de obra».[370]

En su defensa, en una angustiada carta a Joan Robinson, Keynes subrayó que en algunas partes del *Tratado,* «discuto ampliamente los efectos de los cambios en la producción; únicamente en un punto concreto del argumento teórico preliminar he asumido una producción constante».[371] Pero la objeción de los miembros del Circo a ambas falacias sugirió a Keynes lo que acabaría convirtiéndose en un elemento fundamental de la *Teoría general,* que la producción total no era fija y que podía aumentar incrementando la inversión hasta un punto en el que en una economía todo el mundo estuviera empleado.[372] Fue esta primera amenaza al pensamiento la que llevó a Keynes a contradecir la afirmación de economistas clásicos como Hayek de que una economía, abandonada a su suerte, a la larga acababa alcanzando un estado de equilibrio en el que había pleno empleo. En la *Teoría general,* Keynes argumentó que a corto y medio plazo una economía alcanzaba el equilibrio con un nivel de desempleo considerable y que el equilibrio

del pleno empleo pronosticado por los economistas clásicos había demostrado ser elusivo en muchas ocasiones. Keynes creía que el desempleo crónico que había afectado a Gran Bretaña y Estados Unidos en los años veinte y treinta era una prueba de que el equilibrio del pleno empleo era una falacia.

Mientras escribía la *Teoría general,* Kahn demostró que además de ser el favorito de Keynes, era su más ferviente pupilo; adquirió el estatus de hijo que no había tenido. Fue el único invitado a tomar parte en las intensas y largas horas de conversación que Keynes necesitaba para definir y perfilar sus pensamientos. Desde el principio, fue admitido en la solitaria torre de marfil de Keynes y pudo actuar como un paciente y clarividente colaborador creativo. Kahn explicó cómo le utilizaron en un importante consejo para controlar las extensas elucubraciones de Keynes. «Fue en el curso del año 1930 cuando empecé a pasar parte de mis vacaciones con Keynes y Lydia en [la granja que Keynes tenía en Sussex] Tilton»,[373] explicó Kahn. «Aliviaba la soledad y proporcionaba, al estar allí, un método de discusión más rápido que la correspondencia por correo.»[374] Kahn también corrigió el texto de Keynes. «Hacía mis contribuciones escritas —a diferencia de las orales — en los márgenes de las galeradas», escribió. «Estas notas podían tomar la forma de una nueva redacción; o bien de una indicación de que Keynes y yo teníamos que discutir el párrafo indicado, o de la corrección de una errata.»[375]

Fue también Kahn quien probablemente dio lugar al nuevo elemento más importante de la filosofía de Keynes, al ofrecer una explicación convincente de por qué la inversión pública, incluso de dinero prestado, podía amortizar rápidamente su coste y al mismo tiempo reducir drásticamente el desempleo: lo que Kahn empezaría definiendo como «ratio» y Keynes acabaría rebautizando como «multiplicador». Keynes había concluido intuitivamente que la inversión pública se rentabilizaría rápidamente y que daría trabajo a los parados en el folleto que hizo para el partido liberal para las elecciones de 1929, «¿Puede hacerlo Lloyd George?» junto con Hubert Henderson. Los liberales prometieron invertir cien millones de libras al año en obras públicas durante tres años para crear puestos de trabajo, una política que el Tesoro descartó por ser una pérdida de dinero.

Keynes sostenía, sin embargo, que los nuevos puestos costarían poco, que estimularían la confianza empresarial porque los emprendedores invertirían para aprovecharse de la nueva demanda de los recién empleados y que los trabajos creados directamente por el gobierno irían acompañados de nuevos puestos de trabajo del sector privado para aquellos que proporcionaban bienes y servicios a los nuevos empleados.

«El hecho de que muchos trabajadores que ahora están desempleados reciban un sueldo en lugar de un subsidio de desempleo supondrá un estímulo general para el comercio», argumentaron Keynes y Henderson. «Además, la

actividad comercial irá retroalimentándose; ya que las fuerzas de la prosperidad, igual que las de la depresión comercial, tienen un efecto acumulativo.»[376] Es bastante lógico, admitió Keynes, al mismo tiempo que reconocía que «no es posible medir los efectos de esta afirmación con ningún tipo de precisión».[377] En su artículo «The relation of home investment to unemployment», publicado en el *Economic Journal* de junio de 1931, Richard Kahn se comprometió a demostrar estadísticamente que lo que Keynes decía del multiplicador era cierto.

Kahn explicó cómo se desarrolló su trabajo de análisis del enigma del multiplicador. «Empecé a trabajar en mi artículo titulado "Multiplicador" en el Tirol austríaco en agosto de 1930», escribió. «Me sentí inspirado por la frase "¿Puede hacerlo Lloyd George?" en parte porque suponía un hito en el desarrollo de la teoría, pero también por algunos de los problemas aritméticos y lógicos que planteaba.»[378] Cuanto más exploraba Kahn el problema de cómo calcular cuántos serían indirectamente empleados como consecuencia del empleo de trabajadores por parte del gobierno, más le asombraba lo precisas que habían sido las conjeturas de Keynes y Henderson. Kahn dejó a un lado el problema de intentar cuantificar los puestos de trabajo adicionales derivados de la inversión añadida derivada del aumento de la confianza empresarial que una inyección de una suma considerable de fondos públicos en el mercado provocaría porque «el nivel de confianza con relación al futuro próximo […] es un tema difícil de evaluar y ya no digamos de cuantificar».[379] Estaba convencido de que el aumento de la confianza empresarial provocaría un incremento del empleo, pero dejó para más adelante el cálculo de la cantidad exacta de puestos de trabajo que crearía.

En su lugar, Kahn se concentró en el argumento central de la hipótesis de Keynes y Henderson, que por cada millón de libras gastadas en la construcción de nuevas carreteras, se crearían cinco mil nuevos puestos de trabajo, la mitad aproximadamente directos y la otra mitad indirectos. Keynes y Henderson habían estimado que «casi la mitad del coste de capital acabará recuperándose», con un ahorro de una cuarta parte debido a que no habrá que pagar subsidio de desempleo. Kahn también concluyó que lo que el gobierno se ahorraba al no tener que pagar seguro de desempleo, más lo que se ahorraba al no tener que pagar para ayudar a los más pobres, sumaban la mitad del coste. También estaba de acuerdo con la estimación de la pareja de que el nuevo empleo generaría un aumento en la recaudación impositiva de una octava parte del coste. Kahn estaba sorprendido de que las estimaciones de Keynes y Henderson fueran tan similares a las conclusiones de su análisis matemático. Escribió: «Es remarcable que las inspiradoras conjeturas de Keynes y Henderson hayan acabado siendo tan precisas, a pesar de que, por lo que sabemos, no hicieron ninguna estimación del "multiplicador" —el ratio empleo total adicional (primario y secundario)— empleo primario».[380] Kahn concluyó que el multiplicador podía variar de un país a otro, dependiendo del beneficio generado por las inversiones públicas de cada país.

Estimó, por ejemplo, que en Gran Bretaña la cifra estaría comprendida entre 0,56 y 0,94 «y sugerí que la adopción del ¾ "se quedaría más bien corta"».[381]

«Lo que más me preocupaba, desde el principio», recordó Kahn, «era demostrar las distintas compensaciones que se producirían —aumento de la recaudación impositiva, ahorros de diversa consideración por parte del erario público, […] aumento del exceso de las importaciones sobre las exportaciones»— ya que probablemente los nuevos empleados gastarían en productos importados pero no contribuirían a las exportaciones —«el incremento del ahorro privado (básicamente de los beneficios), y el cambio en la tasa de ahorro debida al aumento de los precios— se sumarían al coste de la inversión.»[382] Kahn anticipó dos objeciones a las obras públicas financiadas por el gobierno que al poco tiempo fueron presentadas por la escuela clásica; que estas medidas aumentarían la inflación y, como decía Dennis Robertson,[383] que servirían para poco más que para aumentar la cantidad de dinero en circulación. Kahn calificó el estimado aumento del coste de la vida de «fatuidad extraordinaria» porque «el aumento de los precios, si llega a producirse, es una consecuencia natural del incremento de la producción, al nivel indicado por la pendiente de la curva de oferta».[384] Es decir, que cada vez que aumentaba la demanda, por cualquier medio, los precios se incrementaban. No había nada de especial en la inflación causada por un aumento artificial de la demanda. Concluyó que la objeción en contra de aumentar la producción, o la oferta, porque se conseguía utilizando fondos públicos, o préstamos, en lugar de mediante la financiación privada del empleo, era una maniobra de distracción. En cuanto a la objeción a que el gobierno emitiera más dinero en lugar de obtenerlo de los prestamistas, Kahn argumentó que «no había ningún motivo por el que el gasto adicional en obras públicas tuviera que financiarse con la emisión de dinero adicional en lugar de pedírselo a los prestamistas (aunque si de repente se iniciaba un programa muy fuerte, sería útil obtener una ayuda temporal del sistema bancario para sacarlo adelante)».[385]

Si bien la filosofía que estaba detrás de la *Teoría general* no era conocida fuera de su pequeño grupo de íntimos, los que se oponían a sus progresistas ideas, como Hayek y Robbins de la LSE, no podían evitar oír hablar de los avances de Keynes. Más tarde, en el verano de 1932, todo empezó a estar más claro. Keynes empezó a exponer sus pensamientos posteriores al *Tratado* en una serie de conferencias o clases a sus alumnos de Cambridge los lunes por la mañana, tituladas «La teoría pura sobre dinero», a las que asistían miembros de la facultad, alumnos de otras disciplinas e incluso invitados interesados en el tema. El trimestre de otoño, tras un largo verano de intensa reflexión en Tilton, Keynes reanudó sus conferencias, anunciando a sus pupilos que el nuevo título de las conferencias o clases posteriores sería «La teoría monetaria de la producción». «Con estas palabras pronunciadas en octubre de 1932», explicó Lorie Tarshis, estudiante de posgrado de la Universidad de Toronto que asistió a las cuatro

conferencias de la serie, «Keynes […] anunció el inicio de la revolución keynesiana.»[386]

Conferencia tras conferencia, basándose en una serie de galeradas corregidas por él mismo, Keynes presentó las últimas aportaciones de su teoría. Para los asistentes estaba claro que estaban presenciando algo fuera de lo normal. Como recordó Tarshis, «a medida que pasaban las semanas, solo una piedra hubiera sido incapaz de responder a la creciente excitación generada por las conferencias».[387] El estudiante americano Michael Straight recordó, «fue como si estuviéramos oyendo a Charles Darwin o a Isaac Newton. Entre la audiencia se producía un silencio sepulcral cuando Keynes hablaba».[388] Al final de la serie, Keynes había procesado y perfeccionado sus ideas y estaba preparado para entregar a su editor, Macmillan, el texto final de una serie de galeradas corregidas de un trabajo que muchos considerarían como la teoría económica más influyente del siglo XX.

Aunque durante la gestación de la *Teoría general,* Keynes se encerró bastante en el ámbito académico, se concedió una incursión en el ámbito público. Cuando se anunció que la cumbre internacional, la World Economic Conference, iba a celebrarse en Londres, en junio de 1933, Keynes no pudo resistir la oportunidad de contribuir. Quería asegurarse de que su teoría más reciente estuviera al alcance de los políticos. Propuso al editor del *The Times,* Geoffrey Dawson, una serie de artículos que sugerían posibles soluciones a la depresión económica mundial mediante la cooperación internacional. Los artículos ofrecían un anticipo de una teoría revolucionaria que muy pronto cambiaría el mundo.

Tras publicarlos en *The Times,* los artículos se incluyeron en un folleto, *Los medios para la prosperidad,* que demostró ser el campamento base de la *Teoría general.* Por fin, Keynes, que ya tenía cincuenta años, había abandonado la palabrería fácil y el sarcasmo que le caracterizaban y presentaba un argumento claro que creía que podía atraer la atención de los economistas y de los ministros de finanzas de Londres. Les invitó a compartir y aceptar su prescripción de crear millones de nuevos puestos de trabajo a un coste mínimo para el contribuyente o a que le apuntaran sus errores. Se trataba de la exposición más convincente, disciplinada y persuasiva de las imaginativas ideas que ya había expresado, y contenía todos los elementos que acabarían conociéndose con el nombre de «keynesianismo». A diferencia de la *Teoría general,* con la que quería influir en los economistas académicos, *Los medios para la prosperidad* estaba pensado para llegar a todos aquellos que, como muchos ministros de finanzas del mundo, tenían pocos conocimientos de economía. Para los hayekianos, *Los medios para la prosperidad* era la señal más clara del gran desafío que la filosofía keynesiana suponía para su filosofía. Una señal muy clara de lo que les esperaba con la *Teoría general* y de que había llegado el momento de empezar a preparar sus contraargumentos.

En *Los medios para la prosperidad,* Keynes fue contundente con los que sugerían que la economía mundial se recuperaría si se empleaban soluciones tradicionales. «Todavía hay gente que cree que la solución sólo se puede encontrar con el trabajo duro, la frugalidad, la resistencia, la mejora de los métodos empresariales, un sistema bancario más cauto y, sobre todo, evitando determinadas estrategias»,[389] escribió. Equipado con el documento de Kahn, Keynes integró por primera vez el multiplicador en su propuesta de que los gobiernos tenían que gastar para aumentar la demanda global de la economía. Y se enfrentó directamente a la afirmación de los hayekianos de que el gasto del gobierno no haría nada más que estimular la inflación.

«Si el nuevo gasto es adicional y no meramente una sustitución de otro gasto, el aumento del empleo no se detendrá aquí», escribió. «Los salarios adicionales y otras rentas pagadas se gastarán en compras adicionales, que a su vez provocarán un aumento del empleo. Si los recursos del país ya estuvieran totalmente empleados, estas compras adicionales se reflejarían principalmente en un aumento de los precios y de las importaciones. Pero en las circunstancias actuales esto sólo ocurriría para una pequeña porción del consumo adicional, ya que la mayor parte de él se conseguiría sin demasiados cambios en los precios mediante recursos que en este momento estuvieran desempleados.»[390]

Para los que oían hablar del multiplicador por primera vez, Keynes lo explicó detenidamente. «Los nuevos empleados que generen el aumento de las compras de los empleados en los nuevos trabajos de capitalización, también gastarán más, favoreciendo así el empleo de otras personas, y así sucesivamente.» Sugirió que la cifra del multiplicador en Gran Bretaña era igual a dos, pero no quería prometer demasiado ni que sus argumentos parecieran fantásticos, así que sugirió que cada libra que el gobierno se gastaba en crear nuevos puestos de trabajo valía una libra y media para la economía total. «Un crédito adicional de doscientas libras para gastarlo en materiales, transporte y empleo directo, no dará trabajo a un hombre durante un año, sino —teniendo en cuenta todas las repercusiones— a un hombre y medio»,[391] escribió. Insistió en que el empleo no era el único beneficio del multiplicador. «La mitad de lo que remita [el erario público] volverá a él gracias al ahorro por el subsidio de desempleo y la mayor rentabilidad a un determinado nivel impositivo.»[392] Éste iba a convertirse en el elemento más importante de la *Teoría general* que los economistas y los ministros de finanzas tenían que analizar, no si había un equilibrio entre la entrada y la salida de gastos nacionales, sino el nivel de entradas totales del país, lo que Keynes denominaría «demanda agregada» de un país.

En un argumento parecido al que emergería tras la crisis bancaria de 2008, cuando los planes para estimular los préstamos del gobierno se vieron inmediatamente frenados por la ansiedad provocada por el déficit presupuestario,

Keynes afirmó que «es un completo error creer que hay que elegir entre los esquemas para aumentar el empleo y los esquemas para equilibrar el presupuesto —que hay que ir muy despacio y con mucho cuidado con el primero por miedo a perjudicar al último—. Todo lo contrario. El presupuesto sólo se podrá equilibrar si aumenta la renta nacional, que viene a ser lo mismo que aumentar el empleo».[393] De nuevo, se ponía de manifiesto un elemento fundamental de la *Teoría general*: que la renta nacional era igual a la suma de las rentas de los empleados.

Keynes estimó que costaría cien millones de libras al año dar trabajo a un millón de personas, de los cuales cincuenta millones podían proceder de una reducción impositiva. Fue la primera vez que Keynes sugirió que los recortes impositivos podían ser utilizados para estimular la economía, una política que acabaría convirtiéndose en el sello, primero de los keynesianos y de los ministros de finanzas keynesianos y luego en talismán de sus oponentes conservadores. Advirtió que para que esta reducción impositiva tuviera el efecto deseado en el mercado laboral, «la reducción impositiva no tenía que ir acompañada de una reducción proporcional en el gasto del gobierno (reduciendo los sueldos de los profesores, por ejemplo), ya que representaba una redistribución, no un incremento neto, de la capacidad de gasto del país».[394] Como observó Harrod, «empezamos a ver los primeros indicios de una idea, más radical que todas las recomendaciones que se habían hecho hasta ahora, de que el ministro de Hacienda debería impulsar la capacidad de compra, no sólo financiando las obras públicas mediante préstamos, sino también reduciendo los impuestos sin reducir el gasto. Se trata de una "financiación con déficit" en el más puro sentido».[395]

Aparte de esto, Keynes hizo una llamada extensa a la acción concertada para aumentar la demanda en todo el mundo, y teniendo en cuenta la extensa deflación (caída de los precios) que desincentivaba la actividad empresarial, a aumentar deliberadamente los precios como incentivo para los emprendedores y la industria privada. «No hay una forma efectiva de aumentar los precios en todo el mundo salvo incrementando el gasto en préstamos en todo el mundo», afirmó. «Porque ha sido el colapso de los gastos financiados con préstamos avanzados por Estados Unidos, tanto para uso nacional como internacional, la causa principal de la depresión.»[396]

Keynes se adentró más adelante en un terreno que iba a guiar el pensamiento de los aliados victoriosos que intentaban restaurar la economía mundial tras la devastación provocada por la segunda guerra mundial. A menudo había expresado su desacuerdo con el oro como medida arbitraria de riqueza. Ahora proponía que los ministros de finanzas del mundo imprimieran dinero en concierto, como si estuviera respaldado por el oro. Para Keynes, el «oro conceptual» era tan útil como los lingotes de oro. Los países individuales habían abandonado hacía tiempo la vinculación de su oferta de billetes a la cantidad de

oro almacenada en sus arcas; por qué no aplicar la misma lógica financiera a un sistema de crédito mundial, en el que cada país recibiera «billetes de oro» que tuvieran todos los beneficios de un alijo de oro, sin que el alijo existiera realmente. Se trataba, en opinión de Keynes, de una forma de restaurar la confianza en un mercado mundial que se había congelado como consecuencia de la quiebra económica. Pero si era un instrumento para restituir la confianza, era más que una mera artimaña. Como explicaría Roy Harrod, «nadie lo consideraría una artimaña si todos estos países descubrieran una cantidad de oro equivalente en minas locales y fueran animados a seguir adelante con las reservas así adquiridas. ¿Por qué no tendrían que desempeñar un papel similar los billetes?».[397]

Luego Keynes se aventuró con una idea que acabaría haciendo suya cuando los aliados contemplaron cómo garantizar que el mundo posterior a la guerra evitara repetir los errores del Tratado de Versalles: la creación de una entidad bancaria, una idea que acabaría haciéndose realidad con el Banco Mundial. Propuso cinco mil millones de dólares en «billetes de oro» distribuidos a cada país de acuerdo con «una fórmula como la cantidad de oro que tenía en reserva en cierta fecha normal reciente, por ejemplo, a finales de 1928».[398] Para garantizar la estabilidad de la moneda, Keynes, que durante mucho tiempo había desestimado el oro como patrón de referencia para el intercambio de monedas, estaba, tal vez con cierta reticencia, convencido de que el patrón oro-conceptual tenía que seguir rigiendo el régimen financiero de su nuevo mundo. «Los billetes serían oro-billetes», escribió, «y los participantes los aceptarían como equivalentes al oro. Esto implica que la moneda nacional de cada participante tendría una relación concreta y definida con el oro.»[399]

Una de las observaciones de partida de Keynes tenía un carácter profundamente amenazador. En *Las consecuencias económicas de la paz* había anticipado que las indemnizaciones impuestas a las naciones derrotadas propiciarían las condiciones ideales para el florecimiento de movimientos políticos extremos, tanto de derechas como de izquierdas. Si bien en *Los medios para la prosperidad* no hizo referencia a los sucesos ocurridos en Alemania, sólo dos meses antes de la publicación de sus artículos —concretamente, el alzamiento de los nazis encabezados por Adolf Hitler, elegido canciller en enero de 1933— sí apuntó a otra serie de circunstancias que pondrían de manifiesto su clarividente anticipación de cómo iba a evolucionar el mundo.

«Algunos cínicos, que han seguido la discusión, concluyen que salvo una guerra, nada puede acabar con una depresión», escribió. «Hasta el momento la guerra ha sido el único gastoendeudamiento del gobierno a gran escala que los gobiernos han considerado respetable. En las cuestiones de paz son tímidos, extremadamente prudentes, tibios, poco perseverantes o decididos, viendo el préstamo como una deuda y no como un eslabón en la transformación del exceso

de recursos de la comunidad, que de otro modo se desperdiciaría, en activos de capital útiles. Espero que nuestro gobierno demuestre que este país puede ser enérgico incluso en las cuestiones de paz.».

10

Hayek pestañea

La *Teoría general* invita a una respuesta (1932-1936)

A principios de los años treinta, Friedrich Hayek también observó los acontecimientos que se desarrollaban en Alemania con una sensación creciente de aprensión. Al poco tiempo del alzamiento nazi se produjo la absorción de Austria por el Tercer Reich formando la Anschluss Österreichs de 1938. El programa para hacer carreteras públicas de Hitler y para fabricar material de guerra, respaldado por el terror del gobierno nazi, era una cruel parodia de lo que Keynes proponía. Pero la dirección de Hitler de la economía alemana iba a llevar a Hayek a ir más allá de la economía y considerar la importancia del libre mercado para garantizar una sociedad libre. Del mismo modo que la experiencia que había vivido con la inflación desenfrenada había minado su fe en la teoría del capital de la escuela austríaca, su simpatía por los que estaban sufriendo la tiranía nazi, incluida su familia, le llevó a una comprensión más filosófica de cómo el rechazo al libre mercado podía llevar al totalitarismo. Pero mientras los años treinta transcurrían lentamente, Hayek seguía intentando convencer a los británicos de los méritos de las ideas económicas continentales.

Su intercambio epistolar con Keynes había llegado a un punto muerto, y Keynes había empezado a ocultar, muy educadamente, que estaba harto. «Dudo que vuelva a la carga en *Economica*», le escribió Keynes en marzo de 1932. «Estoy intentando redefinir y mejorar mi argumento, y creo que es una mejor forma de invertir mi tiempo que en una controversia.»[401] La nueva dirección en la que se movía Keynes estaba muy clara, tanto en sus clases y conferencias abiertas al público de Cambridge como en sus artículos de *The Times.* Sin embargo, la mayor preocupación de Hayek era poner al día a los economistas británicos de sus propios escritos, ya que, como su enfrentamiento con Keynes había revelado, muy pocos, excepto Robbins, habían leído nada aparte de la teoría publicada en inglés.

En *Tratado sobre el dinero,* Keynes admitió que «en alemán, sólo puedo entender con claridad lo que ya sé, por lo que es posible que no llegue a captar plenamente las nuevas ideas por las dificultades del lenguaje».[402] Por lo tanto, Hayek contrató a Nicholas Kaldor y a H. M. Croome para que tradujeran la obra

que escribió en 1929 *La teoría monetaria y el ciclo económico,* que fue publicada por Harcourt, Brace & Co. en 1933. Las conferencias de la LSE que le habían garantizado el puesto de profesor fueron recopiladas y publicadas por Routledge con el título *Precios y producción* en 1931, y en 1935 apareció una nueva edición revisada. Empezó a recoger una serie de ensayos, publicados con el título *Beneficios, interés e inversión* en 1939. Y en respuesta a la intención de Keynes de abordar la falta de adecuación de las teorías del capital, Hayek empezó a escribir para Routledge sus propias ideas sobre el tema, en *La teoría pura del capital,* que confiaba que se convirtiera en la contrapartida de la *Teoría general* de Keynes.

Mientras tanto, Hayek se instaló con su mujer Helen, su hija Christine Maria Felicitas, nacida en 1929, tres años después de su matrimonio, y con su hijo Laurence Joseph Heinrich, nacido en 1934, en una confortable casa de ladrillo rojo de Hampstead Garden, una ideal «ciudad ajardinada» planificada de casas eduardianas e instalaciones comunitarias, que se había convertido en el último reducto de los intelectuales izquierdistas del norte de Londres. Entre sus vecinos académicos se encontraba Robbins, que se había convertido en un buen amigo. Hayek, siguiendo el ejemplo de Karl Marx, frecuentaba la sala de lectura circular de la Biblioteca Británica. Se unió al Reform Club de Pall Mall, fundado para celebrar el Acta de la Reforma de 1832 que había extendido el derecho a voto a las poblaciones de las recién expandidas ciudades de la revolución industrial. Era el club de hombres más importante de Londres no frecuentado por los conservadores. Inspirado en el palacio de Farnesio de Roma y diseñado por el arquitecto del palacio de Westminster, Charles Barry, el impresionante club de la Reforma estaba adornado con retratos de los personajes más radicales de la historia británica. Hayek se sentía en su propia casa entre los recuerdos, no sólo de figuras como lord Grey, que había aprobado el Acta de Reforma pese a la oposición conservadora, sino también del regicida Oliver Cromwell.

Una de las obligaciones de Hayek en la LSE era dar clase a los estudiantes de posgrado. P. M. Toms, que asistió a los seminarios de Hayek entre 1934 y 1935, dejó un retrato vívido de la incongruente imagen que Hayek daba a los británicos. «Le puse unos cincuenta años y mucho más tarde descubrí que tenía treinta y pocos. Puede que se debiera a que vestía de forma muy anticuada, con traje de *tweed* grueso, chaleco y americana corta. Le llamaba "señor fluctuuaciones" y muchas veces utilizaba esa palabra y la pronunciaba así.»[403] El economista de Oxford John Hicks, que también daba conferencias en la LSE, igualmente asistió. «Al principio, parecía que compartíamos un punto de vista común, e incluso una fe común. La fe en cuestión era la creencia en el libre mercado, o en el "mecanismo de precios" —en el que un sistema competitivo, libre de "toda interferencia", del gobierno o de combinaciones monopolísticas, o de capital o de mano de obra, podía encontrar fácilmente un equilibrio—. Luego, cuando Hayek se unió a nosotros, introdujo en su doctrina una observación importante —que en cierta

forma había que mantener el dinero neutral, para que el mecanismo funcionara suavemente.»[404]

Hayek disfrutaba mucho con la enseñanza, aunque su dificultad con el inglés mermaba su capacidad de transmitir el mensaje. «Nos emocionamos mucho cuando nos enteramos de que Hayek había llegado», explicó Theodore Draimin, alumno de la LSE en 1932. «En la primera clase, empezó hablando en inglés. Al cabo de unos minutos, estaba claro que nadie entendía ni una palabra de lo que decía. Algunos sugirieron que hablara en alemán. Y así lo hizo, y los que no sabían alemán, tuvieron que dejar el curso.»[405] Fue una experiencia común. «Ayer estuve leyendo un libro nuevo», escribió el estudiante Ralph Arakie a un amigo. «Es del viejo Hayek o Von Hayek como aquí le llaman. Este año va a dar veinte clases en mal inglés (que Dios nos ayude) y nos ha recomendado que leamos un libro ¡en holandés!; además de otros treinta volúmenes muy gordos. Pero es muy inteligente.»[406] Aubrey Jones,[407] estudiante de la LSE, explicó que Hayek «siempre tenía una sonrisa benevolente, una peculiaridad que no iba en contra de su naturaleza. Pero su acento inglés era malo y sus ideas parecían muy complejas. Tenías que sentarte muy delante para seguirle».[408] Resulta tentador considerar que el debate con Keynes hubiera podido desvelar que Hayek se desenvolvía tan bien en inglés como su elocuente rival.

Pero si bien para Hayek era difícil hablar inglés, se encontraba mucho más cómodo cuando tenía que escribir sus pensamientos en inglés, tranquilo y sin prisas, especialmente cuando recibía la ayuda de Robbins, Kaldor y Croome, entre otros. La reedición en inglés de la disertación en la Universidad de Viena sobre la teoría monetaria y el ciclo económico en 1932 le dio la oportunidad de ofrecer su explicación sobre el crac del mercado bursátil de 1929 y la Depresión.[409] Consideraba el libro «no sólo una justificación de la teoría monetaria, sino también una refutación de algunas explicaciones monetarias excesivamente simplificadas que están ampliamente aceptadas». Mientras que a Keynes le movía un deseo de resolver los dilemas de la vida real, el trabajo de Hayek solía ser pura teoría. Pero en su prefacio a la edición inglesa de *La teoría monetaria y el ciclo económico,* Hayek abordó sucesos catastróficos recientes.

Las causas que Hayek atribuía a la crisis, expresadas claramente en inglés por primera vez, constituían una fuerte reprimenda para Keynes, que creía que los problemas financieros se habían visto exacerbados por la deflación de los precios provocada por el aumento de los tipos de interés por la Reserva Federal. Hayek reconoció que las críticas de Keynes tenían cierto mérito, pero creía que la solución que proponía, hinchar la economía estadounidense, era inadecuada. «Está bastante claro que en este momento estamos viviendo un proceso deflacionario [caída de los precios] y que la prolongación indefinida de esta deflación hará un daño incalculable», escribió Hayek. «Pero esto no quiere decir, en absoluto, que la

deflación sea la causa de nuestras dificultades o que podamos superarlas compensando las tendencias deflacionarias […] obligando a poner más dinero en circulación.» Sin embargo, la solución que proponía estaba basada en una premisa falsa. «No hay ningún motivo para asumir que la crisis empezó por una acción deflacionaria deliberada por parte de las autoridades monetarias,[410] o que la propia deflación no es más que un fenómeno secundario, inducido por los malos ajustes de la industria con posterioridad al *boom*», escribió. «Si, por lo tanto, la deflación no es la causa, sino el efecto de la falta de rentabilidad de una industria, entonces lo más probable es que sea inútil pensar que si somos capaces de invertir el proceso deflacionario, podremos recuperar la prosperidad duradera.»[411]

Concluyó que el ciclo económico se había desbaratado por manipularlo y que sería preciso restaurar las «etapas de la producción» para que la economía volviera a la situación anterior. Sugirió que la solución de Keynes ya se estaba aplicando en Estados Unidos y que no había hecho más que empeorar las cosas. «Lejos de seguir una política deflacionaria, los bancos centrales, particularmente en Estados Unidos, han hecho esfuerzos más tempranos e intensos que nunca para combatir la depresión mediante una política de expansión del crédito, con el resultado de que la depresión ha durado más y se ha vuelto más grave que la precedente», escribió Hayek.

Siguió haciendo hincapié en este punto, en que la intervención del gobierno no hacía más que agravar el problema. «Combatir la depresión mediante una expansión forzada del crédito es como intentar resolver el problema con los propios medios que la provocaron.» En conclusión, tenía miedo de que no fuera fácil que la economía se recuperara, pero estaba convencido de que la intervención del gobierno no haría más que prolongar la crisis. «En los últimos seis u ocho años, la política monetaria en todo el mundo ha seguido el consejo de los estabilizadores. Ya es hora de que su influencia, que ya ha hecho bastante daño, sea derrocada», escribió. «Los que se oponen al programa de estabilización [como él] siguen trabajando […] con la desventaja de que no tienen una regla igual de simple y clara que proponer. Puede que no haya ninguna regla que satisfaga la impaciencia de los que esperan resolver todos los problemas mediante la acción autoritaria. Pero […] de lo único que tenemos que ser plenamente conscientes […] es de lo poco que realmente sabemos de las fuerzas en las que estamos tratando de influir mediante la gestión deliberada; de hecho sabemos tan poco que no tenemos claro si de saber más lo intentaríamos.»[412]

A finales de 1932, Keynes y otros, incluido Arthur Pigou, generaron una correspondencia en *The Times* en relación con la necesidad de gastar, no de ahorrar. Sus cartas al editor, que parecían redactadas por Keynes, decían que cuando había una falta de confianza económica y una marcada reducción del gasto, el ahorro individual no se traducía automáticamente en inversión productiva. «En lugar de

hacer que se dé un uso distinto y más importante a la mano de obra», argumentaban Keynes y sus colegas, «el ahorro les lleva a la inactividad.» Concluyeron que «en las condiciones actuales, el interés público no apunta hacia la economía privada; gastar menos dinero del que nos gustaría no es patriótico». Y en palabras que indudablemente sugieren la pluma de Keynes, los economistas sugirieron que «si los habitantes de un pueblo quieren hacer una piscina, o una biblioteca, o un museo, y se lo impiden, no estarán promoviendo el interés nacional. Serán "mártires de su error" y en su martirio, injuriarán a otros y a sí mismos. A raíz de su mala gestión, la oleada de desempleo aumentará todavía más».[413]

Dos días más tarde, *The Times* publicó una respuesta de Hayek, Robbins y otros colegas de la LSE. Si bien estaban de acuerdo con que «acumular dinero, en efectivo o en depósitos a plazo fijo, es deflacionario» y que «nadie cree que la deflación, en sí misma, sea deseable», no podían estar de acuerdo con que daba igual que el dinero se gastara o invirtiera. «Creemos que en este momento sería un desastre que el público infiriera de lo que se ha dicho que la compra de títulos y la realización de depósitos en sociedades de crédito hipotecario va en contra del interés público o que la venta de títulos o la retirada de estos depósitos contribuiría a una próxima recuperación», escribieron. «Somos de la opinión de que muchos de los problemas que tiene el mundo en la actualidad son el resultado de créditos y gastos imprudentes por parte de las autoridades públicas», escribieron. «[Estas prácticas] hipotecan los presupuestos del futuro, y tienden a hacer subir el tipo de interés. […] La depresión ha demostrado con creces que la existencia de deuda pública a gran escala impone fricciones y obstáculos al reajuste mucho más importantes que las fricciones y obstáculos impuestos por la existencia de deuda privada.» Su recomendación al gobierno fue «no volver a sus viejos hábitos de gasto desaforado, sino abolir estas restricciones al comercio y a la libre circulación de capital (incluidas restricciones nuevas) que en este momento incluso están dificultando el inicio de la recuperación».[414]

En 1933, Hayek se alejó de la teoría económica al descubrir que «la gente creía seriamente que el nacionalsocialismo era una reacción capitalista al socialismo. […] El máximo exponente que me encontré fue lord Beveridge. De hecho estaba convencido de que estos nacionalsocialistas y capitalistas estaban reaccionando contra el socialismo. Así que le escribí una nota[415] a Beveridge sobre este tema».[416] Socialismo y nazismo no eran diametralmente opuestos, argumentó, eran prácticamente idénticos por lo que hacía referencia a la eliminación del libre mercado, reduciendo así las libertades esenciales para una sociedad libre.

Para promover su línea de pensamiento, Hayek hizo lo necesario para que algunos de sus trabajos más importantes, que hablaban de la importancia de los precios para crear una sociedad libre, publicados en alemán y en otros idiomas,

estuvieran disponibles en inglés. Creía que los precios reflejaban las innumerables opiniones económicas de los individuos. Como explicaría más tarde, «estoy seguro de que si el mecanismo de precios fuera el resultado del diseño humano deliberado, y de que si la gente guiada por los cambios en el precio supiera que sus decisiones tienen una importancia que va más allá de su intención inmediata, este mecanismo hubiera sido aclamado como uno de los mayores triunfos de la mente humana».[417] En 1935 reunió varios textos muy importantes en *Planificación económica colectivista: estudios críticos sobre las posibilidades del socialismo,* que presentó como obra maestra que respondía a la destructiva crítica de Mises a los defectos de la planificación estratégica, «Cálculo económico en el socialismo», publicada originalmente en Austria en 1920. El concluyente ensayo de Hayek llamó la atención de los «socialistas mercantilistas» que creían que podían combinar los precios libremente determinados por los individuos con los precios fijados en función de la demanda establecida por planificadores socialistas.

A medida que iban avanzando los años treinta, para Hayek resultaban cada vez más alarmantes las noticias que llegaban de Austria y Alemania. Sus viajes a Viena y las gráficas informaciones de la brutalidad nazi facilitadas por lo que quedaba de la prensa libre alemana confirmaron su idea de que el nazismo tenía que ser derrocado. El pacto informal de Hitler con líderes económicos anticomunistas, que querían evitar la repetición del golpe de Estado espartaquista en Berlín en 1919, contribuyó a la creación de un estado corporativista en el que todas las decisiones económicas dependían de los nazis.

A medida que las noticias procedentes de Austria y Alemania empeoraban, Hayek empezó a renegar de sus raíces austríacas. Los primeros años que pasaron en Londres, los Hayek hablaban inglés en público y alemán en casa. A medida que la década fue progresando y que la segunda guerra mundial empezó a parecer probable, decidieron hablar siempre en inglés y poco a poco fueron abandonando su idea de volver a Austria. «En cierto sentido, me volví británico, porque era una actitud natural para mí», recordó. «Era como entrar en un baño caliente que estaba a la misma temperatura que tu cuerpo.»[418]

Por su parte, Keynes estaba cada vez más convencido de que la *Teoría general* iba a alterar profundamente la tradicional división política entre capitalismo y socialismo. Los teóricos socialistas, como los marxistas, habían asumido que la crisis capitalista era inevitable. Los socialistas fabianos como George Bernard Shaw creían que el socialismo de economía mixta que proponían podía salvar el atribulado sistema del socialismo o comunismo manifiesto. Keynes creía que si ofrecía una justificación intelectual a la intervención de la economía para acabar con el desempleo masivo, la situación mejoraría tanto que el avanzado colapso del capitalismo se pospondría indefinidamente. Entonces, con la típica sensación de que estaba haciendo algo malo, el día de año nuevo de 1935 Keynes

escribió a Bernard Shaw, anunciándole que gracias a su próximo libro ya no habría futuro para los fabianos.

«Creo que estoy escribiendo un libro sobre teoría económica que revolucionará ampliamente —supongo que no de golpe, pero a lo largo de los próximos años— la perspectiva que tiene el mundo de los problemas económicos», escribió a Bernard Shaw. «No puedo pretender que usted, ni nadie, lo crea en este momento. Pero yo no sólo espero que así sea, sino que en mi interior estoy bastante seguro de ello.»[419] Keynes pasó el resto del año 1935 revisando y puliendo su *Teoría general* y rectificando las galeradas que le corregía su editor.

La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero, se publicó el 4 de febrero de 1936. Keynes había conseguido suscitar tanto interés y expectación por el libro que fue un éxito, particularmente entre los jóvenes economistas impacientes por familiarizarse con las nuevas ideas contenidas en sus cuatrocientas páginas. Para maximizar las ventas y el impacto del libro, Keynes le puso un precio bajo, solo cinco chelines. La *Teoría general* no era, en absoluto, un libro de lectura fácil. Para evitar las críticas que Hayek había hecho al *Tratado,* Keynes intentó fusionar sus, por lo general, idiosincráticos términos económicos con los utilizados por los economistas tradicionales. Incluyó contraargumentos planteados por amigos y colaboradores, y trató de anticipar las objeciones de los economistas clásicos. A pesar de lo simple que intentó ser, gran parte de su razonamiento siguió estando fuera del alcance del lector profano. Según explicó: «No podré cumplir mi objetivo de convencer a los economistas de que vuelvan a examinar algunas de sus hipótesis básicas desde un punto de vista crítico, a menos que utilice un argumento altamente abstracto».[420]

Paul Samuelson,[421] del Massachusetts Institute of Technology, que se convertiría en el mayor evangelizador de Keynes, resumió el éxito de la *Teoría general:* «Es un libro mal escrito, mal organizado», escribió. «Es arrogante, irritante, polémico y no demasiado generoso en sus reconocimientos. Es confuso y enredado. […] Flashes de información e intuición intercalados con tediosa álgebra.» «De pronto, una definición complicada da paso a una cadencia inolvidable. Una vez se domina, su análisis resulta obvio y al mismo tiempo nuevo. Resumiendo, es la obra de un genio.»[422] John Kenneth Galbraith,[423] que iba a proclamarse a sí mismo como máximo sacerdote de Keynes, estaba de acuerdo. «A diferencia de casi todos los trabajos de Keynes, este volumen es profundamente complejo», escribió. «Tal vez si hubiera sido distinto y si los economistas no se hubieran visto obligados a debatir su significado y sus intenciones, no habría sido tan influyente. Los economistas responden bien a la oscuridad y a la confusión que le acompaña.»[424]

Keynes adoptó una actitud combativa desde el primer párrafo, declarando

que el objetivo de su teoría general era la economía tradicional. Quería llegar a mucha gente, no sólo a su colega de Cambridge, Arthur Pigou, sino también a su generoso mentor, el fundador de la economía de Cambridge, Alfred Marshall. Pero por encima de todo, el implacable ataque de Keynes iba dirigido a sus archirrivales de la escuela austríaca, Mises, Robbins y Hayek. De hecho, cuando Roy Harrod, que instó repetidamente a Keynes a que el ataque fuera menos personal, leyó la última galerada, se quedó sorprendido por la intensidad de la arremetida contra Hayek.

«Quería resaltar a toda costa las diferencias con la teoría económica tradicional y poner de manifiesto sus debilidades», explicó Harrod. «¿No hubiera sido mejor destacar su propia contribución y dejar que los demás decidieran qué había que descartar de la doctrina establecida? Para algunos parecía que le producía cierto placer —y tal vez fuera cierto— criticar algunos nombres reverenciados y relevantes. De hecho, lo hacía sin darse cuenta. Era su reacción deliberada a las frustraciones que experimentó y seguía experimentando debido a la tendencia persistente a ignorar lo que había de novedoso en su contribución. Sentía que si no levantaba una nube de polvo, no llegaría a ningún sitio.»[425]

Keynes parecía disfrutar apuntando los errores de la escuela austríaca y magnificando su abuso, no sólo señalando a los que como Hayek y Robbins no habían sido capaces de entender su miopía y su falta de visión en su adherencia a la «escuela clásica», sino también minimizando su obstinación no en el texto principal, sino en una nota a pie de página, no como si estuviera luchando contra dragones, sino espantando moscas. Sostenía que los economistas ortodoxos como Hayek estaban sencillamente desconectados de la realidad. «Puede que la teoría clásica represente la forma en la que nos gustaría que funcionara nuestra economía», escribió. «Pero asumir que es así como funciona es ignorar nuestras dificultades.»[426]

«Las características del caso especial asumido por la teoría clásica no se corresponden con las del mundo económico en el que vivimos», escribió, «por lo tanto puede ser engañoso y desastroso aplicar su doctrina a la realidad.»[427] Keynes afirmó que los economistas clásicos habían culpado tácitamente a los desempleados de sus dificultades. «Puede que un economista clásico simpatice con un trabajador que se niegue a aceptar un recorte de su sueldo, y que admita la falta de conveniencia de ese recorte para responder a unas condiciones que son temporales; sin embargo, la integridad científica le obliga a declarar que su rechazo constituye el origen del problema.»[428] Keynes demostró por qué creía que aunque las demandas de aumentos salariales podían influir en el paro, no eran la causa más importante del desempleo, tal como habían insistido los economistas clásicos durante mucho tiempo.

Keynes negó una de las leyes que rigen la economía más aceptadas, la ley de Say, que dice que la oferta crea su propia demanda.[429] La noción «sigue siendo la base de la teoría clásica, y sin ella colapsaría. […] El pensamiento contemporáneo sigue estando profundamente arraigado en la idea de que si la gente no se gasta su dinero de una forma se lo gastará de otra»,[430] lo cual lleva, sugirió, a otra idea errónea de la escuela clásica, que «un acto de ahorro individual conduce inevitablemente a un acto de inversión paralela».[431]

La negación de la ley de Say fue fundamental para la frescura de la filosofía de la *Teoría general,* y llevó a la noción de «preferencia por la liquidez», la explicación de Keynes de por qué los ahorros no se traducían inmediatamente en inversión. Keynes había concluido que el método que los economistas de la escuela clásica habían utilizado para evaluar lo que contribuía al coste del dinero, o al tipo de interés, era inadecuado. Aunque en una ocasión había suscrito opiniones similares, en su opinión, era una «teoría estúpida».[432] Para los economistas clásicos, el tipo de interés dependía de la relación entre el ahorro y la inversión: si ahorraba demasiada gente, el tipo de interés caía, y le animaba a invertir en empresas para maximizar su rentabilidad; si ahorraban muy pocos, el tipo de interés subía para atraer a más ahorradores.

Keynes exploró la motivación de los ahorradores y llegó a una conclusión bastante distinta. Creía que, por lo general, los ahorradores, en lugar de depositar dinero en un banco o invertir en títulos y acciones, preferían mantener sus ahorros en forma «líquida» (p. ej., en efectivo), para poder aprovecharse de las rápidamente cambiantes circunstancias. La noción de preferencia por la liquidez alteraba la noción tradicional de la relación entre ahorro e inversión, ya que si un ahorrador creía que podía ser más rentable esperar, mantendría sus ahorros en efectivo, o en joyas o en oro. La implicación estaba clara para Keynes. Porque debido a la preferencia por la liquidez, el tipo de interés se mantenía más alto de lo necesario porque los bancos tenían que ofrecer a los ahorradores una prima por depositar su dinero.

Keynes creía que la preferencia por la liquidez iba en contra de la «lógica» por lo que hacía referencia a las ventajas del ahorro sobre el gasto en las que se basaba la economía clásica. «La idea absurda, aunque casi universal, de que un acto de ahorro individual es tan bueno para la demanda efectiva como un acto de consumo individual» es una falacia, escribió. «Es de esta falacia de la que es más difícil desengañar a los hombres. Conduce a creer que el propietario de la riqueza desea un activo de capital como este, cuando lo que en realidad desea es su rentabilidad.»[433]

Keynes introdujo otros conceptos nuevos, entre ellos el de multiplicador. Cada libra gastada valía mucho más que una libra, ya que el dinero se iba gastando

una y otra vez mientras hacía su recorrido por el sistema. Para persuadir a los no economistas que creían que las obras públicas financiadas con préstamos eran un derroche, irresponsables y poco económicas, se alejó de la teoría más formal y evocó un proyecto ridículamente absurdo para demostrar que incluso los esquemas aparentemente «poco económicos» podían acabar con el desempleo crónico y autofinanciarse.

«Si el Tesoro llenara botellas vacías de billetes, las enterrara en minas de carbón abandonadas, a una profundidad considerable y luego fueran cubiertas con basura de la ciudad y se encargara a una empresa pública que funcionara según los principios del *laissez-faire* que desenterrara los billetes», escribió, «no habría más desempleo y, con la ayuda de las repercusiones, la renta real de la comunidad, y su riqueza capital, podrían llegar a ser mucho mejores de lo que son. De hecho, estarían en disposición de construir casas y otras cosas; pero si por el camino se encontraran con dificultades políticas y prácticas, todo lo anterior quedaría en nada.»[434] Para resaltar la diferencia entre la teoría económica y el funcionamiento real de la economía, repitió su ominosa conclusión de que «del mismo modo que las guerras han sido la única forma de endeudamiento a gran escala que los gobiernos han encontrado justificable, la extracción de oro es el único pretexto para hacer agujeros en la tierra que se ha recomendado a los banqueros como inversión sólida».[435]

Keynes planteó una cuestión fundamental, importante para los escritos posteriores de Hayek sobre la amenaza que suponía para la libertad la intervención del Estado en la economía, en relación con el problema que suponía para la libertad individual que los gobiernos asumieran un papel más amplio para conseguir el pleno empleo. «Los controles centrales necesarios para garantizar el pleno empleo implicarán, evidentemente, una gran extensión de las funciones tradicionales del gobierno», escribió. «Además, la teoría clásica tradicional ha llamado la atención sobre varias condiciones en las que puede ser preciso modificar o guiar la libre intervención de las fuerzas económicas.»[436] Más tarde reconoció que «la teoría de la producción, que es la que [la *Teoría general*] quiere ofrecer, se puede adaptar más fácilmente a las condiciones de un estado totalitarista que la teoría de la producción y la distribución de un producto determinado producido en condiciones de libre competencia y una amplia dosis de *laissez-faire*».[437] Pero Keynes veía con optimismo la naturaleza humana y no creía que el autoritarismo fuera un corolario necesario de su teoría, ni que sus reformas propiciaran una tiranía acusada, que Hayek llamaría «servidumbre».

Keynes creía que una sociedad próspera en la que todo el mundo estuviera empleado era la forma más segura de mantener la independencia de pensamiento y acción que consideraba que garantizaban una democracia auténtica. «Seguirá habiendo un campo muy extenso para el ejercicio de la iniciativa y la

responsabilidad privada», escribió. «En este campo, seguirán siendo aplicables las ventajas tradiciones del individualismo.»[438] Además, creía que «si el individualismo puede ser purgado de sus defectos y abusos, es la mejor garantía de la libertad personal en el sentido que, comparado con cualquier otro sistema, amplía considerablemente el campo para el ejercicio de la elección personal».[439] Keynes no tenía ninguna intención de anticipar un futuro negro en el que las libertades individuales se perdieran bajo un maremágnum de regulaciones estatales. Su prescripción era una mano ligera sobre el timón y una tripulación próspera y satisfecha. Como dijo su biógrafo Robert Skidelsky: «Dio a la gente esperanza en que el desempleo se podía resolver sin campos de concentración».[440]

Keynes también anticipó la pesimista evaluación de Hayek de los efectos de alejarse del libre mercado cuando tendió una mano a la escuela clásica sugiriendo que la teoría clásica seguía teniendo un papel importante que desempeñar. «Nuestra crítica a la teoría clásica de la economía ha consistido no tanto en buscar fallos lógicos a su análisis como en apuntar que sus hipótesis tácitas raramente o nunca se cumplen, concluyendo que no puede resolver los problemas económicos del mundo real», escribió. Los medios para conseguir el pleno empleo no implican una sociedad socialista, o semisocialista o socialdemócrata. «Si las inversiones en obras públicas inspiradas por el gobierno lograran establecer un volumen de producción agregada que se correspondiera lo máximo posible con el pleno empleo, volvería a valorarse la teoría clásica», escribió. «Aparte de la necesidad de controles centrales para promover un ajuste entre la propensión al consumo y la inducción de la inversión, no hay más motivos para socializar la vida económica que antes.»[441] Keynes sostenía que cuando se alcanzaba el pleno empleo, se hacían valer muchas de las hipótesis de la escuela clásica.

La *Teoría general* fue una invitación implícita a Hayek y a otros a responder. De hecho, Keynes se dirigió personalmente a Hayek en varias ocasiones. «Cuando el profesor Hayek sugiere que los conceptos de ahorro e inversión sufren de cierta vaguedad», escribió, «sólo tiene razón si se refiere al *ahorro neto* y a la *inversión neta*.»[442] Calificó la versión de la doctrina del «ahorro forzoso» de Hayek de «interesante»[443] —un término muy crítico cuando era utilizado por un británico—. Pero básicamente, para evitar la repetición del quisquilloso debate sobre las palabras que había utilizado Hayek para criticar el *Tratado*, Keynes dedicó capítulos enteros de la *Teoría general* a definir conceptos económicos, como «ahorro», «ahorro forzoso», e «inversión», para que los que no estuvieran de acuerdo con su argumento central —que aumentar la demanda agregada era la clave para el pleno empleo— no se vieran afectados por la semántica.

De forma parecida, Keynes respondió a cuestiones que Hayek había planteado en relación con la sustitución de equipo obsoleto, que había formado parte importante de la correspondencia que siguió a la reseña de Hayek sobre el

Tratado. Además, cuestionó concretamente la utilidad de los elementos de las celebradas conferencias de Hayek en la LSE sobre las «etapas de la producción» y los métodos de producción indirectos. Sin duda con Hayek en mente, Keynes escribió: «Es verdad que algunos procesos largos o indirectos son físicamente eficientes. Pero algunos procesos cortos también lo son. Los procesos largos no son físicamente eficientes porque son largos. Algunos procesos largos, probablemente la mayoría, pueden ser físicamente muy ineficientes, porque se puede perder mucho tiempo. Con una mano de obra determinada hay un límite definido a la cantidad de mano de obra involucrada en procesos indirectos que se puede utilizar ventajosamente».[444]

El principal objetivo de Keynes a la hora de escribir la *Teoría general* fue alterar la idea que los economistas tenían del funcionamiento de la economía y a través de ellos convencer a los agentes con poder de decisión de que adoptaran medidas para aumentar la demanda agregada. Un importante objetivo secundario, sin embargo, fue desafiar a Hayek y a otros a responder a las ideas de su obra maestra. Las ideas de Keynes sólo podían tener una base sólida si se demostraba que la economía clásica era errónea, de modo que Keynes, convencido de que había anticipado todas las objeciones, estaba deseando escuchar la respuesta de los economistas clásicos. Hayek, que se había asignado a sí mismo la formidable tarea de contradecir el flujo continuado de argumentos procedente de la prodigiosa pluma de Keynes, parecía sentirse moralmente obligado a responder.

¿Por qué era inapropiado aumentar la demanda para incrementar el empleo? ¿En qué sentido el multiplicador no funcionaba como Keynes y Kahn habían sugerido? ¿Por qué la preferencia por la liquidez no minaba la explicación clásica sobre la determinación de los tipos de interés? Si la *Teoría general* estaba plagada de malentendidos, hipótesis erróneas, falsa lógica y brotes de imaginación inapropiados e ilusorios, probablemente era el momento idóneo para que Hayek desmantelara los argumentos de Keynes antes de que hicieran mella.

Pero no hubo respuesta. Hayek se quedó mudo. Ante la posibilidad de tener que enfrentarse directamente a Keynes, dudó. Pasaban las semanas y su esperada respuesta no llegaba. El objetivo más importante de Hayek, el motivo por el que Robbins le había llamado a Viena para que fuera a la LSE, uno de los motivos que aprovechó Beveridge para elegirle miembro del equipo de la LSE, parecía no haber servido de nada. El magnífico trabajo de Keynes no había sido objeto de la más mínima reacción ni comentario. La respuesta de Hayek, que tanto esperaban los economistas británicos y del continente, era un silencio sepulcral.

11

Keynes conquista Estados Unidos

Roosevelt y los jóvenes economistas del New Deal (1936)

Con la publicación de la *Teoría general* en febrero de 1936, Keynes dio el pistoletazo de salida a lo que acabaría conociéndose como revolución keynesiana. En la primera frase declaró «dedico este libro a mis compañeros economistas», reconociendo que haberse pasado una década tratando de convencer a los políticos y a los funcionarios de que hicieran caso a su llamada a reducir el desempleo mediante obras financiadas públicamente había servido de muy poco. En Estados Unidos, sin embargo, el gobierno de Herbert Hoover, primero, y el de Franklin Roosevelt, después, habían ido instaurando poco a poco programas de obras públicas a pequeña escala para aliviar el masivo desempleo que estaba provocando la Gran Depresión.

Los dos presidentes llegaron a una conclusión similar: que había que hacer algo, que los electores esperaban que se hiciera algo, y que era mejor que vieran que se intentaba hacer algo que te acusaran de no hacer nada. «Roosevelt quería ofrecer trabajos a gran escala porque los hombres estaban parados y trató de cubrir la mayor parte del coste posible mediante los impuestos», explicó Harrod. «Si había déficit, mala suerte; ya se solucionaría más tarde.»[445] Keynes dirigió los argumentos de la *Teoría general* a proporcionar una justificación intelectual a esta acción. Su audiencia objetivo, por lo tanto, era la generación de jóvenes economistas idealistas de las universidades británicas y estadounidenses que estaban deseando ayudar a las víctimas de la Depresión.

A partir de los años veinte, Keynes empezó a ser conocido en Estados Unidos como un economista que, en lugar de enterrarse en teorías recónditas, las canalizaba hacia soluciones prácticas. Al igual que en Gran Bretaña, irrumpió en la escena estadounidense al final de la primera guerra mundial con *Las consecuencias económicas de la paz,* cuya publicación coincidió con la desesperada campaña del presidente Woodrow Wilson para persuadir al Senado de que aprobara el Tratado de Versalles. El Tratado era conflictivo porque vinculaba, por primera vez, Estados Unidos con un gobierno mundial, la Liga de las Naciones, una creación de Wilson. Si bien Keynes simpatizaba con las intenciones pacíficas de Wilson en París, no

podía evitar fustigar al presidente por su actitud regia y su apoyo a las severas indemnizaciones impuestas a los países derrotados. La colorida descripción del piadoso Wilson en *Las consecuencias económicas* fue rápidamente recogida por la prensa estadounidense, que tuvo una excusa para degradar a su asediado presidente con las marcadamente cinceladas palabras de un curtido maestro de la inventiva.

Keynes puso a Wilson en un elevado pedestal del que podían derrocarle. «Cuando el presidente Wilson abandonó Washington tenía un prestigio y una influencia moral en todo el mundo», informó. «¡Las multitudes de todas las capitales europeas se agolpaban alrededor del coche del presidente! Con qué curiosidad, ansiedad y esperanza buscábamos un indicio de los rasgos y el comportamiento de un hombre que, procedente del Oeste, iba a curar las heridas del viejo padre de su civilización.»[446] No obstante, el pacifista Wilson, con una rectitud moral rígida, clerical y helada, sucumbió al clamor aliado de venganza. «El desengaño fue tal», escribió Keynes, «que algunos de los que más habían confiado en él, apenas se atrevían a hablar de ello. […] ¿Qué le había ocurrido al presidente? ¿Qué debilidades o qué mala fortuna le había conducido a una traición tan extraordinaria, tan imprevista?»[447] Keynes explicó lo que muchos estadounidenses habían descubierto por sí solos, que el presidente era «solitario y distante» y que «tenía mucho carácter y era obstinado». Pero sobre todo, «no era un héroe ni un profeta; ni siquiera un filósofo; sino un hombre generosamente bienintencionado, que tenía muchas de las debilidades de otros seres humanos».[448]

Keynes magnificó el efecto de la meticulosa demolición de Wilson describiendo la impresión que se había formado del presidente. «Su cabeza y sus rasgos eran muy elegantes, tanto como se podía apreciar en sus fotografías, y los músculos del cuello y la postura de su cabeza eran muy distinguidos», escribió Keynes. Pero enseguida era evidente que «no sólo era insensible a lo que le rodeaba en el sentido externo, sino que además no era sensible a su entorno». Ver a Wilson rodeado de políticos taimados como el primer ministro británico Lloyd George y el primer ministro de Francia Clemenceau era como ver al presidente «jugando a la gallinita ciega». «Nunca hubieran podido dar con una víctima más perfecta y predestinada», escribió Keynes, cuya percepción de lo que había ocurrido en París apelaba a los sentimientos estadounidenses acerca de la peligrosa naturaleza de la «Vieja Europa», confirmando que Estados Unidos había hecho muy bien en mantenerse al margen de la guerra durante tanto tiempo y que haría bien en mantener una distancia prudencial de la incipiente Liga. Wilson, «este don Quijote ciego y sordo», escribió Keynes, «estaba entrando en una cueva en la que la rápida y afilada cuchilla estaba en manos del adversario».[449]

Lejos de ser un caballero negro, Keynes pensó que Wilson, al no haber sido capaz de poner fin a las enormes indemnizaciones impuestas a los países

derrotados, ponía en peligro el intento noble de dar un justo final a «la guerra que iba a acabar con todas las guerras» y aumentaba la probabilidad de que se acabara produciendo otra guerra catastrófica. La profecía se cumplió muy pronto. Cuando se publicó la *Teoría general,* Hitler estaba cómodamente instalado en la cancillería de Berlín y su homólogo fascista Benito Mussolini estaba pavoneándose en Roma, ambos extremistas beneficiarios de las miserables condiciones económicas a las que se había llegado como consecuencia del punitivo Tratado de Versalles. Para muchos estadounidenses, Keynes era una persona muy lúcida cuya afilada pluma había esbozado una visión aterradora de cómo iba a evolucionar el mundo.

Si bien en un principio sus opiniones sobre Wilson llamaron la atención de los estadounidenses, muy pronto encontraron sus teorías económicas muy poco ortodoxas e inflexibles. La buena acogida que recibió Keynes de los líderes políticos y académicos durante su breve visita a Estados Unidos en 1931, puso de manifiesto que las noticias sobre sus soluciones económicas radicales se habían extendido más allá de Gran Bretaña. Al publicar en el país norteamericano artículos escritos para periódicos de Londres se había convertido en un economista famoso, apareciendo en revistas tan peculiares como *Vanity Fair*,[450] con una entretenida línea argumental que desencadenó un caluroso debate.

El crac bursátil de 1929 y la depresión subsiguiente propiciaron un terreno fértil para las ideas keynesianas. Desde que Roosevelt llegó a la Casa Blanca, animó a su equipo a probar diferentes vías para aliviar las miserias de la depresión, con un programa que bautizó con el nombre de «New Deal».[451] El colapso de la inversión, que desde el crac había caído un 90 por ciento, había dejado a trece millones de estadounidenses sin empleo, o lo que es lo mismo, a uno de cada cuatro de la población adulta. La situación era mucho peor de lo que sugerían las cifras, ya que los deficientes métodos de medición subestimaban considerablemente la dimensión de la catástrofe. Excluyendo a los granjeros, se calculaba que el desempleo era superior al 37 por ciento. En Toledo (Ohio), cuatro de cada cinco estaban sin trabajo.[452] La nueva administración estaba desbordada por la tarea a la que se enfrentaba. Como dijo Arthur M. Schlesinger Jr.:[453] «La maquinaria para proteger y alimentar a los desempleados se estaba rompiendo por todas partes. […] Había que evitar la violencia, incluso la revolución».[454]

En medio de este torbellino, Keynes ofreció su consejo al nuevo presidente, enviándole a Roosevelt, a principios de 1933, una copia de *Los medios para la prosperidad,* que contenía ideas que más tarde se expondrían más detalladamente en la *Teoría general,* y escribiéndole luego una carta abierta, publicada en *The New York Times* el 31 de diciembre de 1933. Keynes la escribió a sugerencia de Felix Frankfurter,[455] profesor de derecho administrativo de la Universidad de Harvard y uno de los políticos más amigos de Roosevelt. Keynes conoció a Frankfurter en las conferencias de paz de París, donde el americano promovía el movimiento

sionista. Frankfurter, profesor visitante del All Souls College de Oxford, en el otoño y el invierno de 1933-1934, le sugirió a Keynes que si quería convencer a Roosevelt de que gastara más dinero público para aliviar el desempleo, lo tenía fácil. «Te gustará saber que […] me han llegado noticias de Estados Unidos que indican que en el Senado habrá una reacción considerable a los importantes aumentos de las obras públicas», escribió Frankfurter. «Creo que el presidente es receptivo. Te escribo porque creo que una carta tuya en la que expongas tus argumentos e indicaciones independientes acelerará considerablemente el impulso de las fuerzas que están actuando.»[456] Para asegurarse de que la contribución periodística de Keynes no pareciera impertinente e inesperada, Frankfurter envió una copia avanzada al presidente.[457]

Keynes empezó elogiando a Roosevelt. «Se ha convertido en el fideicomisario de aquellos que, en todos los países, quieren acabar con los males de nuestra condición mediante la experimentación razonada», escribió. «Si no lo consigue, el cambio racional se verá gravemente perjudicado en todo el mundo, haciendo que la ortodoxia y la revolución tengan que combatirlo. Pero si lo consigue, se pondrán en práctica métodos nuevos y mucho más audaces.» Tras las alabanzas iniciales, Keynes dijo que el proyecto de ley propuesto por el presidente, la National Industrial Recovery Act (NIRA, ley para la recuperación industrial nacional), convertido en ley en junio de 1933, que autorizaba entre otras cosas los monopolios privados, la fijación de los precios y la creación de la Public Works Administration para implementar un programa de obras públicas, tenía su lado bueno y su lado malo. La NIRA, «que esencialmente promueve la reforma y probablemente impide la recuperación», escribió Keynes, «ha sido comunicada demasiado precipitadamente, haciendo ver que forma parte de la técnica de recuperación».

Si bien elogiaba la política del presidente de aumentar deliberadamente los precios para llenar los bolsillos de los granjeros y otros productores, advertía que «hay mucho menos que decir en favor del aumento de precios, si se producen a expensas de un incremento de la producción». Keynes escribió que «la estimulación de la producción mediante el aumento de la capacidad de compra agregada es lo que hay que hacer para conseguir que suban los precios, y no al revés». Reiteró su idea de que endeudarse para pagar las obras públicas era una buena política. «Hago mucho hincapié en el aumento de la capacidad de compra nacional resultante de los gastos gubernamentales financiados con créditos y no con impuestos sobre las rentas actuales», escribió. «Puede que en un *boom*, la inflación se produzca por permitir que el crédito ilimitado respalde el excitado entusiasmo de los especuladores empresariales. Pero en una depresión, el endeudamiento del Estado para financiar los gastos es la única forma segura de garantizar un aumento de la producción y un incremento de los precios.» En una observación que acabó siendo tremendamente profética, escribió: «Por eso

precisamente las guerras siempre han causado una actividad industrial intensa. Antiguamente, las finanzas ortodoxas consideraban las guerras como la única excusa legítima para crear empleo mediante el gasto público».

Al fomentar más gasto en obras públicas, Keynes simpatizaba con la postura del presidente. Como habían demostrado los británicos, no siempre era fácil encontrar proyectos en los que invertir el dinero público de una forma rentable. El gasto en presas hidroeléctricas, nuevas autopistas, y parques nacionales que Roosevelt favorecía daría resultados a largo plazo, canalizando dinero en la economía muchos meses, incluso años después. «No me sorprende que hasta ahora se haya invertido tan poco», escribió Keynes. «Nuestra propia experiencia ha demostrado lo difícil que es improvisar créditos destinados al gasto público con tan poco tiempo. Hay muchos obstáculos que superar, si se quiere evitar el despilfarro, la ineficiencia y la corrupción.» Pero instó al presidente a creer que el gasto público a gran escala podía ser una forma segura de aumentar la demanda y hacer que el país recuperara la prosperidad. Criticaba a los que defendían un aumento de la oferta de dinero en lugar del gasto para aumentar la demanda diciendo que era «como intentar engordar comprándose un cinturón más grande. Actualmente, en Estados Unidos, el cinturón ya es lo suficientemente grande para tu barriga».

Tras haber simpatizado con Roosevelt por haber hecho que el dólar abandonara el patrón oro, propiciando una devaluación gradual de la moneda, Keynes volvió a los elogios por no parecer demasiado duro. «Para mí sigue siendo el soberano con el aspecto y la actitud ante las tareas del gobierno más agradable del mundo», escribió. Keynes concluyó con un consejo directo y práctico. Defendió «el crédito barato y abundante y en particular la reducción de los tipos de interés a largo plazo». Y de nuevo urgió más gasto público, más rápidamente. «Hay que dar prioridad a los [proyectos de obras públicas] que puedan madurar rápidamente a gran escala. […] Si en los próximos seis meses se le puede dar un buen empujón, Estados Unidos estará preparado para iniciar el camino a la prosperidad.»[458]

Roosevelt no respondió directamente a la contribución de Keynes al debate económico, sino que escribió a Frankfurter, «puedes decirle al profesor[459] [Keynes] que en relación con las obras públicas, el próximo año fiscal gastaremos casi el doble de lo que nos hemos gastado este año, pero que hay un límite práctico al endeudamiento del gobierno —especialmente teniendo en cuenta que los bancos están ofreciendo una resistencia pasiva en la mayoría de los grandes centros—».[460] Al año siguiente, a sugerencia de Frankfurter, el presidente accedió a recibir a Keynes. «Está realmente encantado con sus esfuerzos y puede que sea el mayor y más importante defensor del New Deal en Inglaterra», escribió Frankfurter al presidente. «No sólo domina una pluma económica mordaz, sino que, como director de una importante compañía de seguros,[461] tiene una influencia

considerable en la City [el distrito financiero de Londres]. […] Por lo tanto, creo que es doblemente importante que se entere de los esfuerzos y de los objetivos del gobierno directamente, porque durante su estancia en Nueva York se hará todo lo posible por envenenarle.»[462] Roosevelt accedió a recibir a Keynes y escribió a su secretario privado: «Quiero verle y charlar un rato con él mientras tomamos el té». Pero la economía no era lo único que Roosevelt tenía en mente. Añadió, «cuando hables con Keynes, dile que venga con su mujer».[463]

En mayo de 1934, Keynes viajó a Nueva York, sin Lydia, para recibir un título honorario de la Universidad de Columbia y utilizó las cartas de presentación de Frankfurter para conocer a una gran variedad de *New Dealers*, líderes empresariales y miembros del círculo de confianza del presidente. Keynes deseaba conocer los entresijos de la economía estadounidense pero, como era tan polémico, no podía evitar criticar las actitudes primitivas e ignorantes de los banqueros y empresarios que iba conociendo. No dejaba de ser una carga para él. Le dijo a Lydia que «le resultaba extremadamente difícil estar siempre en plena forma, estar siempre en su sitio».[464]

El lunes 28 de mayo, Keynes salió del hotel Mayflower de Washington en dirección a la Casa Blanca, y a las 15.15 horas entró en el Despacho Oval y le estrechó la mano al presidente, que permaneció sentado. Hablaron durante una hora. Como había hecho al valorar la personalidad de Woodrow Wilson, Keynes creía que podía decir mucho del presidente a partir de sus manos. «Evidentemente, concentré toda mi atención en sus manos», explicó. «Firmes y fuertes, pero no inteligentes o finas, uñas cortas y redondeadas como las de los empresarios. No puedo describirlas exactamente ya que aunque no destacan por nada concreto, no son como las de todo el mundo. Y al mismo tiempo me resultaban extrañamente familiares. ¿Dónde las había visto antes? Me pasé diez minutos por lo menos buscando en mi memoria un nombre olvidado, casi sin saber lo que decía de la plata, del equilibrio presupuestario y de las obras públicas. Por fin me acordé. El exsecretario de exteriores sir Edward Grey.»[465]

Keynes atribuyó a Roosevelt un conocimiento más sofisticado de la economía que el que había adquirido estudiando historia en Harvard. En el momento de su elección, Roosevelt había anunciado que estaba a favor de la «moneda sólida», pero cuando le presionaron para que explicara lo que quería decir, respondió, «no tengo intención de escribir un libro sobre el tema».[466] En su encuentro, Keynes dio una explicación técnica de por qué el multiplicador de Kahn garantizaba que el endeudamiento del Estado para pagar las obras públicas tenía que considerarse una inversión, no un gasto, y que las obras públicas se rentabilizarían rápidamente mediante la recaudación de los impuestos pagados por los reempleados. Pero la mayor parte de lo que Keynes le dijo a Roosevelt pasó bastante desapercibido.

Al salir de la Casa Blanca, Keynes se encontró con Frances Perkins, secretaria de trabajo de Roosevelt. «Keynes repitió su admiración por las acciones que Roosevelt había llevado a cabo», explicó, «pero también dijo que "se pensaba que el presidente era más culto, económicamente hablando".»[467] Según Perkins, Keynes le había «hablado de teoría económica a un nivel muy técnico», mientras que cuando le explicó el multiplicador a ella, abandonó los tecnicismos en favor de un ejemplo más práctico, explicándole que «un dólar de ayuda del gobierno era un dólar entregado al tendero, por el tendero al vendedor al por mayor, y por el vendedor al por mayor al granjero, para el pago de provisiones. Con un dólar de ayuda o de obras públicas o de cualquier otra cosa, creas una renta nacional valorada en cuatro dólares».[468] Para Perkins, que siempre estaba presionando al presidente para que fuera más audaz, la reunión resultó de poca utilidad. «Me hubiera gustado que hubiera sido más concreto al hablar con Roosevelt, en lugar de tratarle como si perteneciera a esferas más altas del conocimiento económico»,[469] escribió. Al poco tiempo, Roosevelt le confirmó a Perkins que seguía sin entender muchas de las cosas que Keynes le había dicho. «Vi a tu amigo Keynes», le dijo. «Me dio muchos datos. Creo que es más matemático que economista político.»[470] De todos modos, Keynes confesó que su encuentro con el presidente le había resultado «fascinante y revelador»,[471] mientras que Roosevelt le dijo a Frankfurter, «tuve una magnífica charla con Keynes y me cayó tremendamente bien».[472]

Puede que Roosevelt no captara la totalidad de la esencia de las observaciones de Keynes, pero el simple hecho de que hubiera recibido al máximo oponente vocal del *laissez-faire*, de las ideas del libre mercado en el corazón del New Deal no pasó por alto a las legiones de jóvenes economistas que se dirigían en tropel a Washington para tratar de arreglar el mundo. Ni tampoco pasaron por alto la importancia de la visita de Keynes el regimiento de oponentes conservadores de Roosevelt, que sugirieron que el presidente había estado en manos de un peligroso extranjero cuya percepción del libre mercado era, por definición, antiestadounidense.

No es cierto que el breve encuentro de Keynes y Roosevelt diera frutos inmediatamente. No obstante, muy pronto se pudo comprobar que las recomendaciones de Keynes a Roosevelt se habían traducido en una mayor intervención del gobierno en la economía. «No sé si es consciente del efecto que tuvo la carta [en *The New York Times*]», escribió el columnista Walter Lippmann a Keynes, «pero me han dicho que ha sido plenamente responsable de la política que está aplicando el Tesoro de comprar bonos del Estado a largo plazo con el objetivo de crear un mercado de bonos fuerte y de reducir el tipo de interés a largo plazo.»[473] Lippmann, reciente converso a la teoría keynesiana, dijo a una audiencia de académicos de Harvard en 1934 que «el *laissezfaire* está muerto y el estado moderno ha pasado a ser responsable de la economía moderna».[474]

Si bien el keynesianismo no era la política oficial de Roosevelt en primera instancia, lo cierto es que el gobierno se gastó grandes cantidades de los contribuyentes en estrategias destinadas a dar trabajo a los parados. Típico del ambiguo estilo de gestión del presidente, asignó la misma tarea a dos de sus colaboradores más próximos. Harold Ickes, secretario de Interior, presidió una serie de programas de obras públicas, incluido el Public Works Administration y el Civilian Conservation Corps, que destinaron más de un cuarto de millón de dólares a «trabajo socialmente productivo». Por su parte, Harry Hopkins, un íntimo amigo de la Reserva Federal, fundamental para el avance de los programas de Ickes, se hizo cargo de la Civil Works Administration, un programa de ayudas de emergencia que contemplaba la creación de cuatro millones de puestos de trabajo nuevos. «Déjame que piense», le dijo Roosevelt a Hopkins. «Cuatro millones de personas —eso significa cuatro millones de dólares aproximadamente.»[475] En parte como consecuencia de estas medidas, el déficit del presupuesto del sector público aumentó, alcanzando los seis mil millones de dólares un año después del nombramiento de Roosevelt. La cifra alarmó tanto al director del presupuesto del gobierno, Lewis Douglas, que decidió que prefería dimitir que presentar esas cuentas, aparentemente tan desastrosas. Incluso Roosevelt se asustó con el alcance del déficit, y en abril de 1934 dio órdenes a Hopkins de que interrumpiera bruscamente los proyectos más ambiciosos de la Civilian Works Administration, la construcción de puentes y edificios públicos.

Keynes veía con escepticismo lo que se hacía con el New Deal y trató de poner a sus más fervientes admiradores de su lado. Para los que estaban dispuestos a escuchar, mientras estuvo en Estados Unidos reiteró su idea de que la ayuda financiada por el gobierno para aliviar el desempleo sólo era apropiada en lo más bajo de un ciclo, o durante una recesión, y que no era apropiado seguir inyectando dinero en un sistema cuando una economía se había recuperado. «Sólo en el caso de una transición al socialismo se podría esperar que el gasto del gobierno desempeñara un papel predominante un año sí y otro también»,[476] le dijo a Victor von Szeliski, experto estadista de la National Recovery Administration, la vanguardia del activismo del New Deal. A su regreso a Nueva York, a Keynes le resultó muy difícil apuntar lo que ocurriría si el Estado seguía financiando la demanda una vez que la economía hubiera alcanzado el estado de pleno empleo. «Cuando se llega a un punto en el que está empleada la totalidad de la mano de obra y del capital de la comunidad, aumentos posteriores de la demanda efectiva no tendrán ningún efecto, excepto aumentar los precios sin límite.»[477]

Tras su breve visita a Estados Unidos, Keynes tenía muy claro que la vieja guardia económica de la capital del país estaba siendo rápidamente reemplazada por jóvenes y ambiciosos economistas comprometidos con el cambio radical. Como Keynes le dijo a Frankfurter: «Aquí, no en Moscú, está el centro de estudios económicos del mundo. Los jóvenes que lo dirigen son espléndidos. Estoy

asombrado por su competencia, inteligencia y sabiduría. De vez en cuando te encuentras con un economista clásico que habría que tirar por la ventana».[478] La inspiración que Keynes ofreció a los jóvenes economistas americanos fue resumida por tal vez el joven keynesiano más famoso, John Kenneth Galbraith. «Aunque jóvenes y poco importantes, siguiendo al maestro podíamos sentirnos superiores a los grandes hombres del Morgan's Chase, el National City y el New York Federal Reserve Bank»,[479] declaró. Galbraith estaba tan enamorado de Keynes que en su luna de miel en 1937 llevó a su joven esposa Kitty de Cambridge, Massachusetts, a Cambridge, Inglaterra, para tener una audiencia con el gran hombre.[480] Era un aspecto casi religioso del viaje de Galbraith que reflejaba la deificación de Keynes entre los jóvenes. «Había decidido ir al templo»,[481] recordó Galbraith.

No todos los arquitectos del New Deal de Roosevelt eran jóvenes. Y muchos habían llegado a una conclusión similar a la de Keynes a partir de su propia experiencia empresarial. Nadie se hubiera atrevido a sugerir que Marriner Eccles,[482] un banquero mormón multimillonario de Utah, fuera un idealista naif. Era un ex republicano estricto propietario de la First Security Corporation, que agrupaba veintiséis bancos así como una de las productoras de remolacha azucarera más importantes de Estados Unidos, una enorme cadena de compañías de lácteos y de varias aserradoras, entre otras. Había llegado a la conclusión, a partir de sus propios conocimientos de economía, de que lo que el país necesitaba era un impulso de la demanda. «No hay ninguna causa ni motivo para el desempleo con la resultante destitución y sufrimiento de una tercera parte de la población», dijo ante un comité del Senado en 1933. El regreso al pleno empleo sólo se podrá conseguir, dijo: «Proporcionando un poder de compra lo suficientemente adecuado para ofrecer a la gente la oportunidad de obtener los bienes de consumo que nosotros, como país, somos capaces de producir».[483]

Continuó: «La economía del siglo XIX ha dejado de ser de utilidad —una economía de 150 años de antigüedad ha llegado a su fin—. El ortodoxo sistema capitalista del individualismo incontrolado, con su libre competencia, ha dejado de ser de utilidad».[484] Eccles defendía las obras públicas financiadas por créditos del gobierno federal. «Hay momentos para el endeudamiento y momentos para el pago», declaró. «Si no hacemos nada con el desempleo, tendremos una revolución en este país.»[485] Aunque algunos de los senadores se mostraron escépticos con la postura radical de Eccles, la importancia de sus observaciones no pasó por alto para la Casa Blanca. En 1935, Roosevelt nombró a Eccles primer presidente del consejo de la Reserva Federal, un puesto que conservaría durante los siguientes catorce años.

El hombre que Eccles eligió como ayudante en la Reserva Federal fue el economista Lauchlin Currie, que se había formado en Harvard y en la LSE y que también creía que la única forma de salir de la Gran Depresión era estimular la

demanda, si era preciso mediante obras públicas financiadas con créditos. Eccles y Currie fueron decisivos para incorporar a una serie de jóvenes economistas de ideas afines a las suyas a la Reserva Federal y a otras agencias del gobierno, particularmente después de lo que costó que se aprobara el Acta Bancaria de 1935, que regulaba más estrechamente los bancos. (Tal era la fama de Keynes en ese momento que los que se oponían al acta la describían como «Curried Keynes».) De acuerdo con el biógrafo de Galbraith, Richard Parker, «Currie se dio cuenta de lo terriblemente mal dotado que estaba el equipo keynesiano comparado con los equipos de planificación nacional. No había más remedio que llevar a cabo un proceso serio de reclutamiento y ubicación de simpatizantes en las oficinas de Washington».[486] Inspirados por un credo común, los jóvenes keynesianos empezaron a buscarse en los pasillos del poder y a reunirse en la National Planning Association, fundada en 1934.

Las ideas keynesianas también echaron raíces en Estados Unidos gracias al trabajo de expertos en econometría y estadística como Simon Kuznets, profesor de economía y estadística en la Universidad de Pennsylvania, y a sus seguidores del National Bureau of Economic Research y el Departmento de Comercio de Estados Unidos, cuyos trabajos sobre economía garantizaron a Kuznets una mención especial en la *Teoría general.* Aunque Kuznets nunca fue keynesiano, su trabajo pionero de recogida de estadísticas sobre la renta nacional y el producto nacional bruto fue utilizado para alimentar el argumento de Keynes de que el empuje de la demanda agregada impulsaría el crecimiento económico.

Kuznets y sus seguidores proporcionaron los medios necesarios para medir la actividad económica que demostraron, con creces, que los remedios keynesianos realmente funcionaban tal y como Keynes había predicho. Como Galbraith explicó, equipado con las teorías de Keynes y los instrumentos de medición de Kuznets, el pequeño ejército de jóvenes economistas del gobierno federal «no sólo sabía lo que había que hacer, sino cuánto. Y muchos que nunca se hubieran dejado convencer por las abstracciones keynesianas se vieron en la obligación de creer en ellas a raíz de los datos concretos facilitados por Kuznets y sus creativos colegas».[487]

Pero aparte de los jóvenes economistas de Harvard, había otros que también estaban dispuestos a defender la causa keynesiana. La vieja guardia de Cambridge, Massachusetts, no estaba en absoluto convencida de las revolucionarias ideas que procedían del Cambridge del otro lado del océano. Como explicó el laureado con el Nobel de Economía James Tobin, un ardiente y joven keynesiano: «Los profesores más antiguos se mostraron bastante hostiles. Algunos de ellos habían publicado un libro bastante crítico con el programa de recuperación de Roosevelt».[488] Pero para los jóvenes era diferente. Como Tobin, eran devotos del idealismo expresado por Roosevelt en el New Deal. «La sublevación de Keynes contra el error era una cruzada muy atractiva para los jóvenes», recordó Tobin. «La verdad nos hará libres

y plenamente empleados también.»[489] Tal era la excitación en el invierno de 1935, cuando estaba a punto de publicarse la *Teoría general* en Gran Bretaña, que los estudiantes de Harvard pidieron que se la enviaran a través del Atlántico en el instante en el que estuviera disponible. En cuanto llegaron las cajas de libros, se abalanzaron sobre ellas para ser los primeros en leer las revolucionarias ideas reveladas en el texto. Como Tobin explicó: «Harvard se estaba convirtiendo en el primer punto de contacto de la invasión keynesiana del Nuevo Mundo».[490]

Paul Samuelson, a quien Galbraith describió diciendo «casi desde el principio […] el líder reconocido más joven de la comunidad keynesiana»,[491] recordó el tono de excitación que rodeó la llegada de la obra maestra de Keynes a Harvard en febrero de 1936. «La *Teoría general* pilló a la mayoría de los economistas de menos de treinta y cinco años, con la inusitada virulencia de una enfermedad que ataca por primera vez y diezma a una aislada tribu de isleños del mar del Sur», explicó. «Los economistas de más de cincuenta años se volvieron bastante inmunes a la enfermedad.»[492] Galbraith también habló de la división generacional que puso de manifiesto la obra de Keynes. «Se seguía enseñando la vieja economía», escribió. «Pero por la noche, y casi todas las noches desde 1936, casi todo el mundo hablaba de Keynes.»[493] Según Samuelson, la *Teoría general* adquirió una importancia casi mística, y la comparó con el impacto provocado por el nuevo poeta romántico John Keats expresado en su soneto «Sobre la primera vez que vi el Homero de Chapman». Galbraith observó, bromeando, «algunos se preguntarán si los economistas son capaces de tener una emoción tan refinada».[494]

Un estudiante canadiense de economía de Harvard, Robert Bryce,[495] disfrutaba de la ventaja añadida de acabar de llegar de Cambridge, Inglaterra, donde tuvo como profesor al propio Keynes y asistió a un seminario impartido por Hayek en la LSE con la actitud de un sacerdote que presenciaba una ceremonia caníbal. Bryce supo aprovechar muy bien sus conexiones con el maestro, tanto que Joseph Schumpeter llegó a comentar: «Keynes es Alá y Bryce es su profeta».[496]

Así como no todos los que en Washington se encontraban bajo el embrujo de Keynes eran jóvenes, algunos profesores de economía de Harvard, más mayores, experimentaron una epifanía similar. Alvin H. Hansen, poco después conocido como el «Keynes estadounidense», era un economista clásico de cincuenta años cuando en 1937 fue reclutado por Harvard de la Universidad de Minnesota. Hansen había criticado duramente el *Tratado* de Keynes en el momento de su publicación, y al principio se había mostrado escéptico con las ideas expresadas en la *Teoría general.* Luego cambió de opinión. En poco tiempo se convirtió en el defensor más escandaloso, articulado, prodigioso y persuasivo de las ideas de Keynes. Lideró el ataque contra los economistas que creían que la financiación con déficit provocaría la ruina nacional. Como explicó Galbraith: «Sin ni siquiera quererlo o ser consciente de ello, Hansen se convirtió en el líder de una

cruzada».[497] Samuelson y Tobien, que estaban entre los primeros jóvenes atacados por Hansen, tuvieron que pelearse con políticos de Washington por una plaza en la concurrida serie de conferencias impartidas por Hansen en la nueva Graduate School of Public Administration. «Muchas veces los alumnos tenían que ocupar el vestíbulo», recordaba Galbraith. «Daba la sensación de que era lo más importante que estaba sucediendo en el país. […] Los funcionarios se llevaron las ideas de Hansen, y tal vez incluso más, su sentido de convicción, de vuelta a Washington.»[498]

Hansen se unió a John Hicks, que en 1930 fue uno de los primeros que se vio influido por Hayek en la LSE, y describió de forma gráfica la compleja interrelación que Keynes sugería entre el tipo de interés, la oferta de liquidez-dinero, inversión-ahorro, y la renta nacional que se hizo famosa entre los economistas como el modelo IS-LM (equilibrio inversión-ahorro, equilibrio entre la preferencia por la liquidez y la oferta de dinero). Al poner el núcleo de las ideas de Keynes en una forma algebraica simplificada, difundieron el nuevo credo. El libro que publicó Hansen en 1941, *Política fiscal y ciclos económicos,* donde la política fiscal era la cantidad que los gobiernos gravaban y recaudaban, fue el primer libro estadounidense que apoyaba el análisis de las causas de la Gran Depresión de Keynes. El libro que Hansen publicó en 1953, *Guía de Keynes,* se convirtió en el primer manual de la revolución keynesiana e inspiró a generaciones de jóvenes economistas.

Uno de los colegas de Hansen, Seymour E. Harris, también acabó convirtiéndose al keynesianismo y rivalizó con Hansen en su prodigiosa producción de libros, difundiendo como autor y editor el credo keynesiano. Solía empezar sus conferencias diciendo: «Soy Seymour Harris, profesor de economía de la Universidad de Harvard y autor de 33 libros», todos ellos sobre Keynes. Pero a pesar de todo lo que los libros de Hansen y Harris hicieron en favor de la causa de Keynes, no consiguieron superar el éxito de Paul Samuelson, *Economía: un análisis introductorio*, publicado en 1948, que instantáneamente se convirtió en el libro de economía más influyente desde *Principios de economía,* la exposición definitiva de la economía clásica de Alfred Marshall.

En el curso de sólo unos años, Keynes cautivó el corazón y la mente de muchos jóvenes economistas estadounidenses. El espectacular auge de su influencia en el pensamiento de aquéllos se puede ver claramente en el gran número de menciones que recibió en la prensa especializada. En 1934, sus teorías inspiraron veinte artículos; entre 1936 y 1940 el número aumentó hasta 269.[499]

La velocidad a la que la revolución keynesiana hizo mella en muchos departamentos de economía de Estados Unidos y a la que luego escaló hasta el gobierno federal en Washington, D.C. fue asombrosa. En cuanto aparecía una idea

nueva, se difundía rápidamente por todo el país. Algunos disidentes manifestaron sus dudas en relación con las motivaciones de los que respondían a las ideas de Keynes como si estuvieran grabadas sobre piedra, y se alegraron mucho cuando se descubrió que, entre los miles de keynesianos, algunos, incluido Currie, eran agentes soviéticos. Pero la revolución no fue tanto una conspiración política como un movimiento espontáneo de individuos que llegaron a Keynes por sus propios medios. «Los que alimentan ideas de conspiración y de complots clandestinos lamentarán mucho saber que se trata de una revolución sin organización», recordó Galbraith, que escribió más de mil artículos para periódicos y revistas y se convirtió en el mayor promotor de las ideas keynesianas. «Todos los que participaron tenían un profundo sentimiento de responsabilidad personal de las ideas; había una variada pero profunda urgencia de persuadir. Pero nadie respondió nunca a los planes, órdenes, instrucciones o fuerzas que no estuvieran de acuerdo con sus propias convicciones. Puede que fuera la característica más interesante de la revolución keynesiana.»[500]

Puede que Roosevelt no entendiera el keynesianismo o que no aplicara bien sus remedios, pero la mayoría de los jóvenes miembros de su gobierno sí que lo hicieron. Creían que aunque la cantidad de dinero de la que disponían era muy inferior a la necesaria, la implementación del keynesianismo, incluso en un porcentaje reducido, valía la pena. El desempleo no se solucionó rápidamente, pero año tras año empezó a caer. En 1933, había llegado al máximo, el 25 por ciento; al año siguiente se redujo al 17 por ciento, y en 1935 había llegado a la, todavía intolerable, pero alentadora cifra del 14,3 por ciento. En 1936 la producción nacional había recuperado los niveles de 1929.

Pero ver que las cifras avanzaban en la dirección adecuada no hizo más que envalentonar al grupo de economistas clásicos que seguían aferrados a muchos de los brazos del poder de Washington. Lo que resultó a continuación demostró que, por mucho éxito que hubiera tenido la revolución keynesiana en introducir las ideas intervencionistas en el gobierno de Roosevelt, era muy fácil sabotear la frágil recuperación de la economía estadounidense.

12

Desesperadamente atascado en el capítulo 6

Hayek escribe su propia «Teoría general» (1936-1941)

¿Por qué Friedrich Hayek no señaló y rebatió inmediatamente lo que consideraba erróneo de la *Teoría general* de Keynes? Si en el momento de la publicación hubiera presentado sus contraargumentos, hubiera podido cortar de raíz la revolución keynesiana. Durante el resto de su vida, Hayek se arrepintió de haber perdido esa oportunidad. Tal como confesó cuarenta años después: «Todavía no he superado la sensación de que eludí lo que hubiera tenido que ser una obligación».[501]

Keynes se complicó la vida buscando la crítica de Hayek. Le envió copias avanzadas para que su némesis pudiera compilar su crítica a tiempo para el día de la publicación. Entre otros talentos, Keynes era un maestro de la publicidad y conocía el valor de buscar la controversia o exponerse a ella. Un debate acalorado con Hayek habría estimulado las ventas.

Pero Keynes no sólo actuó movido por un fin comercial. Durante mucho tiempo había tenido como objetivo al propio Hayek y sus colegas de la escuela clásica y realmente quería debatir con ellos. Su ambición no se limitaba a contraargumentar con sus oponentes sino a desbancarles. Y eso sólo lo podía conseguir si estaban dispuestos a participar en la discusión. Estaba ansioso, listo para la batalla. De hecho, se hubiera sentido muy decepcionado si Hayek se hubiera negado a subir al ring. No bastaba con ahogar a los economistas clásicos en la oleada de entusiasmo que acompañó el debut de la *Teoría general*. El libro desafiaba repetidamente a Hayek y a sus colegas a defender su postura. Hayek, sin embargo, estaba desaparecido. Pensaba que Keynes estaba llevando la economía en una dirección peligrosa, pero se mostraba reacio al combate.

Lionel Robbins podría haber sido parcialmente responsable del atípico silencio de Hayek. Siempre consciente del potencial de controversia, Robbins estaba deseando utilizar la llegada de la *Teoría general* para reforzar la reputación de la LSE y el lugar que ocupaba en el debate económico nacional. Al leer el libro por primera vez, Robbins consideró que el descarado ataque de Keynes a su colega

de Cambridge, Arthur Pigou, tenía interés periodístico. Una respuesta de Pigou en *Economica* llamaría más la atención que una contribución de Hayek. Al mismo tiempo evitaría la repetición de la delicada y difícil situación de estancamiento con Keynes que emergió después de que Hayek hiciera una crítica al *Tratado sobre el dinero*.

Robbins era consciente de la fricción personal que existía entre Keynes y Pigou. En una ocasión, cuando él y Keynes estaban hablando en Cambridge, en palabras de Robbins, apareció «un no muy animado Pigou que volvía, a grandes y firmes zancadas de un paseo diario conscientemente autoimpuesto». El siempre sarcástico Keynes le susurró a Robbins: «Aquí viene un hombre que ha arruinado su salud practicando un deporte de hombres».[502] Pigou había reprendido severamente a Keynes por utilizar un lenguaje personal inapropiado en su respuesta a la reseña que Hayek había hecho del *Tratado,* describiéndolo como «¡el método del duelo!».[503] Por lo tanto, había sido Pigou, no Hayek, el primero que había tenido la oportunidad de lanzarse contra Keynes en el *Economica* de mayo de 1936.

Pigou aprovechó plenamente la invitación de defenderse, formulando una minuciosamente redactada y a menudo personalmente afligida queja por el tono de rechazo de Keynes a sus ideas ortodoxas. Afiló sus dardos para responder a la destreza verbal del asalto de Keynes. Pigou ridiculizó la arrogante presunción de Keynes de que «lo que Einstein había hecho por la física […] el señor Keynes cree que lo ha hecho por la economía», y dijo que Einstein «al anunciar su descubrimiento, no había insinuado, utilizando frases terriblemente mordaces, que Newton y los que siguieron su liderazgo fueran una banda de chapuceros incompetentes». La magnífica reprimenda de Pigou continuó: «Hay que lamentar particularmente la superioridad y el apoyo extendido a su viejo maestro Marshall».

La vanidad de Pigou se vio afectada al ver que su trabajo iba acompañado por el de otros economistas clásicos, ya que las críticas eran más bien generalizadas y era difícil responder a ellas. «Cuando un hombre decide irse de expedición a un pueblo grande, nadie tiene la paciencia necesaria para hacer el seguimiento de todos sus pasos», se quejó Pigou. Cuando llegó el momento de evaluar el contenido de la *Teoría general,* Pigou fingió desespero. «En algunas ocasiones su argumento es tan obscuro que el lector no está seguro de lo que realmente está intentando transmitir», escribió. «¿Cómo es posible que un autor, cuya capacidad de exposición […] y cuyo dominio del lenguaje le han convertido en un colaborador muy valioso del *Daily Mail* […] sea apenas inteligible para […] sus propios colegas de profesión?» Al igual que Hayek, Pigou atribuyó la incoherencia de Keynes al «uso inconsistente de los términos».[504] A continuación Pigou siguió desmantelando meticulosamente los distintos conceptos originales, como el de la preferencia por la liquidez, que Keynes había forjado. El artículo era un *tour de*

force. Pigou había disfrutado minimizando a Keynes.

Pero la dura crítica de Pigou no fue suficiente para detener la estampida que provocó la *Teoría general* hacia la teoría keynesiana. Muy pronto quedó muy claro para Robbins que el alcance del éxito de Keynes, al desencadenar una oleada de entusiasmo entre los economistas más jóvenes, podría merecer un debate prolongado en las páginas de *Economica.* Pero tras la réplica de Pigou, que apenas levantó un ligero murmullo entre los economistas, Robbins, inexplicablemente, puso fin al debate sin tan siquiera encargar una respuesta suplementaria de la pluma de Hayek.

Sin embargo, la *Economica* de Robbins no era el único foro académico en el que Hayek hubiera podido ofrecerse a refutar la última iteración de las ideas de Keynes. ¿Por qué no lo hizo en otro sitio? Cuando recibió una copia anticipada de la *Teoría general,* Hayek escribió a Keynes diciéndole que había leído el libro con interés y que había identificado una serie de argumentos con los que no estaba de acuerdo. Le dijo que estaba «confuso», concretamente en relación con dos temas, en la explicación que Keynes daba a la relación entre ahorro e inversión y en la noción de preferencia por la liquidez. Hayek informó a Keynes de que en cuanto le hubiera prestado la atención adecuada al texto pediría un espacio en el *Economic Journal* de Keynes para responder. «Si persisten mis dudas, probablemente le pediré que me conceda un espacio en el *E. J.* para incluir unas notas sobre determinados puntos»,[505] escribió. Esas «notas» no llegaron nunca.

Más adelante, Hayek se vio presionado en repetidas ocasiones para explicar por qué no se enfrentó directamente a Keynes tras la publicación de la *Teoría general.* Nunca llegó a dar una respuesta convincente. Es difícil dar crédito a la sugerencia de Hayek de que «uno de los motivos por los que no volví al ataque» fue que «tenía miedo de que antes de que hubiera completado mi análisis, hubiera vuelto a cambiar de opinión»,[506] como Keynes había hecho después de publicar el *Tratado.* ¿Por qué no enumerar los muchos defectos de la que *estaba* siendo ampliamente aclamada como la obra maestra de Keynes? La crítica que hizo Hayek a la *Teoría general,* treinta años más tarde, con el comentario, «obviamente se trataba de otro panfleto de la época, condicionado por lo que consideraba necesidades momentáneas de política»,[507] no es suficiente.

La reticencia de Hayek tampoco se explica muy bien con su excusa de que era la propia naturaleza del razonamiento de Keynes la que le hacía evitar el reto. Reconoció tener el sentimiento, «entonces muy poco perceptible»[508] de que el nuevo trabajo de Keynes era difícil de refutar porque era una explicación más macroeconómica que microeconómica del funcionamiento de la economía. Hayek creía que el funcionamiento de la economía sólo podía explicarse mediante el conocimiento de las innumerables decisiones individuales que, juntas, contribuían

a la totalidad de la economía. Sugirió que era demasiado difícil expresar correctamente objeciones al enfoque descendente de Keynes a la economía, teniendo en cuenta que sus contraargumentos asumían que la clave para entender la economía era darle un enfoque ascendente. Si bien puede que hubiera una profunda inhibición por contradecir las hipótesis de la *Teoría general* teniendo en cuenta que Keynes hablaba de manzanas y Hayek de naranjas, lo que está claro es que no estaba fuera de sus capacidades. Esta también parece una excusa demasiado pobre para justificar su falta de iniciativa.

Años más tarde, Hayek intentó responder a aquellos que consideraron su incapacidad para enfrentarse a Keynes no tanto como una señal de omisión, sino como un acto de culpa, porque con su intervención hubiera ralentizado, tal vez incluso detenido, una teoría que los economistas clásicos creían que desencadenaba una gran cantidad de políticas económicas destructivas. «Tendría que explicar por qué no volví a la carga después de haber dedicado tanto tiempo a un análisis minucioso de sus escritos —un fallo que desde entonces no he dejado de reprocharme nunca—»,[509] escribió en 1983 en un artículo que marcaba el centenario del nacimiento de Keynes. «No fue únicamente […] el inevitable desengaño de un joven, al que el famoso autor le había dicho que sus objeciones no importaban ya que Keynes había dejado de creer en sus propios argumentos. Ni tampoco que fuera consciente de que un rechazo efectivo a las conclusiones de Keynes supusiera un replanteamiento de todo el enfoque macroeconómico. Fue más bien que su desdén por lo que para mí eran problemas fundamentales, me hizo darme cuenta de que una crítica adecuada iba a tener que centrarse más en lo que Keynes no había abordado que en lo que había discutido, y que, en consecuencia, una elaboración de la todavía inadecuadamente desarrollada teoría del capital era condición necesaria para desechar totalmente el argumento de Keynes.»[510]

Hasta casi después de cincuenta años de ofuscación, Hayek no decidió dar una explicación plausible a su silencio. Lo que no dijo en su tardío *mea culpa* es que en el momento del lanzamiento de la *Teoría general*, creyó que estaba a punto de publicar su propia gran obra que iba a dar un nuevo giro a la teoría del capital austríaca y que esperaba que ofreciera una contradicción exhaustiva al keynesianismo. En 1936, estaba muy adelantado en la redacción de esta tesis. Tres años después, solicitó dinero al Rockefeller Research Fund Committee de la LSE para contratar a un ayudante.[511] «En los próximos dieciocho meses (o dos años a lo sumo) espero terminar lo que, me temo, va a ser un volumen bastante considerable de la teoría del capital», escribió. «En el curso de la preparación de este volumen, una cuarta parte del cual ya está terminada, necesitaré contar con la ayuda de un buen matemático, que no sólo sea capaz de manipular con total exactitud el elaborado aparato diagramático que he desarrollado, sino que además pueda ayudarme en su exposición analítica, que, aunque espero confinarla a los

apéndices, lamentablemente es indispensable.»[512] Encontraron un matemático adecuado que hablaba inglés, alemán y francés y se lo asignaron a Hayek para que le ayudara entre 1934 y 1935.

Pero el proyecto se estancó. Hayek ya había dejado el libro a un lado en 1935, pero en 1936, sólo dos semanas después de que Keynes le enviara una copia anticipada de la *Teoría general,* le dijo a su amigo Gottfried Haberler,[513] compatriota austríaco, seguidor de la escuela austríaca, que su dedicación a su obra maestra estaba apartándole de todo lo demás, incluida su capacidad para aprovechar la última oferta de Keynes. «Intento concentrarme exclusivamente en mi libro y tengo que dejar todo lo demás», escribió. «Mi intención sigue siendo completar el primer borrador para las vacaciones de Pascua.» En cuanto a la *Teoría general*, escribió: «De momento me gustaría no decir nada al respecto, ya que estoy desesperadamente atascado en el capítulo 6».[514]

En marzo, Hayek informó a Haberler de que prácticamente había terminado su libro, exceptuando un par de capítulos basados en conferencias que había dado. En ese momento, Haberler ya había leído la *Teoría general* y le había mandado a Hayek un artículo que había escrito para *Economica* que hablaba de los defectos que había percibido en la teoría del multiplicador de Richard Kahn. Hayek devolvió el artículo, alegando «dificultades» inexplicables al periódico. En la nota adjunta Hayek escribió: «En el número de mayo aparece un artículo de Pigou sobre Keynes, que parece ser tremendamente mordaz (todavía no lo he visto). Comprenderán que en estas circunstancias queremos evitar cualquier cosa que pueda sugerir que estamos haciendo campaña en contra de Keynes. Por este motivo, he decidido mandar una nota […] al *Economic Journal,* que Keynes no rechazaría. […] Creo que tendrían que hacer lo mismo. En caso de que la rechazara, podríamos hablar de otras posibilidades».[515]

Mientras que Robbins y Hayek no tenían ningunas ganas de dar la impresión de que estaban haciendo campaña contra la *Teoría general,* a partir de la carta de Hayek, se observa claramente que había una conspiración en marcha que implicaba a Hayek, Robbins, Pigou, John Hicks y otros, para desinflar al exultante Keynes. «Tenemos la oportunidad de aislar a Keynes y de hacer frente común con otros economistas de Londres y Cambridge», confesó Hayek a Haberler. «No queremos poner en peligro esta oportunidad poniendo *Economica* al frente del ataque. El artículo de Pigou causará demasiada sensación.»[516]

En mayo, Hayek le dio a Haberler su veredicto sobre la *Teoría general.* Le dijo que naturalmente se sentía «tremendamente molesto», por el trabajo, «porque a través de su formulación, Keynes desacreditaba muchas ideas importantes, que ahora quedaban en el aire, para mucha gente, y que sería muy difícil convencerles sin abordar todas las demás estupideces».[517] Ese breve comentario demostró ser el

resumen de la crítica de Hayek a la *Teoría general.* En lugar de extenderse en su «molestia» y abordar las «estupideces» de Keynes, Hayek concentró sus esfuerzos en completar la primera parte de *La teoría pura del capital,* una obra de dos volúmenes que esperaba que compitiera directamente con la *Teoría general*.

Si bien Hayek estaba seguro de que pronto acabaría su *tour de force* y sugirió que estar «desesperadamente atascado en el capítulo 6», no era más que un contratiempo temporal, al poco tiempo se encontró estancado en *La teoría pura* e incapaz de avanzar. Lo que quería conseguir con su trabajo era ampliar sus nociones de las «fases de la producción». Pero durante los cuatro años siguientes trató de explicar, para su propia satisfacción, el papel fundamental que el capital y el dinero desempeñaban en la economía. Cuanto más trabajaba en ello, más parecía complicarse su trabajo. Su mente avanzaba mucho más deprisa que su capacidad para captar sus pensamientos e ideas y expresarlas sobre el papel.[518]

Al poco tiempo, *La teoría pura* se convirtió en una tarea agotadora. En 1937, dejó el trabajo a un lado por segunda vez. En 1938 el desbarajuste era tal que descubrió que había perdido parte del manuscrito y que tenía que pedirle a su amigo y economista vienés Fritz Machlup[519] que había ido leyendo los borradores y sugiriendo cambios, la copia de las páginas que le faltaban. Hayek se distrajo con otros aspectos más amplios de la economía que iban a alejarle del denso territorio de la teoría del capital para llevarle a interesarse por los impulsos que estaban detrás del comportamiento económico de los individuos. Mientras que los economistas británicos, particularmente los de la LSE y Cambridge, esperaban ansiosos que Hayek cuestionara la *Teoría general,* su mente estaba en otro sitio.

El primer resultado de la nueva dirección del pensamiento de Hayek se puso de manifiesto en «Economics and knowledge» (Economía y conocimiento), la conferencia que dio en el London Economic Club el 10 de noviembre de 1936. Fue una sorprendente reafirmación de la noción del equilibrio económico que había demostrado ser un magnífico muro de contención a sus debates con Keynes. Más importante aún, Hayek, por primera vez, al hablar de la importancia de los precios, formuló una nueva teoría que no sólo le alejaba todavía más de Keynes, sino que además le definía más como un pensador original que como un mero seguidor de la escuela austríaca.

La noción de una economía que llega a un estado de equilibrio es muy común en la teoría económica, el ejemplo más conocido en el debate entre Hayek y Keynes, siendo la hipótesis, sostenida por los economistas clásicos que, con el tiempo, cuando ahorros e inversión están perfectamente alineados, la economía se estabiliza a un nivel de pleno empleo. Keynes cuestionaba la existencia de ese equilibrio y la realidad de las economías británica y estadounidense en los años veinte y treinta demostraba con creces que tenía razón. Si bien es cierto que las

economías de Estados Unidos y Gran Bretaña se habían estabilizado, también se había producido una situación de desempleo masivo, es decir, sin pleno empleo. Los gritos que daban los economistas clásicos diciendo que todavía no se había conseguido el equilibrio sonaban poco convincentes cuando la economía estaba estancada en una depresión prolongada.

Hayek volvió a considerar la noción de equilibrio y, contrariamente a su opinión anterior, se convenció de que era muy raro, e incluso imposible, que una economía se estabilizara. Para que sus argumentos fueran más fáciles de seguir, en «Economics and knowledge» Hayek puso el ejemplo de un grupo que trabajaba en un proyecto de construcción. «Peones, fontaneros y otros estarán produciendo materiales que en cada caso se corresponderán con una cierta cantidad de casas para las que será necesaria esa cantidad concreta de material», dijo a su audiencia. «De forma parecida, podemos concebir a los compradores potenciales acumulando ahorros que en un momento dado les permitirán comprarse una serie de casas […]. Podemos decir que hay un equilibrio entre ellos.»[520]

Pero Hayek fue rápido en apuntar que tenía que ser así, «porque otras circunstancias que no forman parte de su plan de acción pueden acabar siendo distintas de las que esperaban. Parte de los materiales pueden ser destruidos por accidente, las condiciones meteorológicas pueden hacer la construcción imposible, o un invento puede alterar las proporciones en las que pueden ser requeridos los distintos factores. Esto es lo que llamamos un cambio en los datos o condiciones (externas), que altera el equilibrio que ha existido. Pero si los distintos planes fueran incompatibles desde un principio, es inevitable, pase lo que pase, que los planes de alguien se vayan a pique y tengan que ser alterados y que, en consecuencia, todo el complejo de acciones desarrolladas a lo largo del período no muestren las características que mostrarían si las acciones de cada individuo pudieran ser consideradas como parte de un solo plan individual».[521]

Si en el mundo real el equilibrio fuera invariablemente elusivo, decía Hayek, las hipótesis que formulan los economistas teóricos, en relación con que el funcionamiento de una economía, o de un mercado, tienden al equilibrio no se cumplirían nunca. El equilibrio sólo se puede predecir si se conocen las intenciones de cada uno de los participantes, y eso es imposible, tanto a nivel teórico como práctico. Tal vez parezca una cuestión poco importante, como tranquilamente admitió, pero al negar la existencia de un equilibrio predecible y la validez de unas hipótesis definidas en relación con las muchas elecciones humanas acertadas y desacertadas que componen hasta las decisiones más simples del mercado, Hayek abrió caminos totalmente nuevos. En el proceso, se distanció de Mises y de sus colegas vieneses, así como de otros dioses del universo de la escuela austríaca para los que el equilibrio era una hipótesis fundamental.

Aunque en ese momento Hayek no acabó de dar el paso en la teoría por la que acabaría siendo famoso, en «Economics and knowledge» rozó el límite de un avance muy importante. Las hipótesis formuladas a priori sobre el comportamiento económico de la masa dependen de una serie de condiciones ideales en las que cada individuo tiene un conocimiento perfecto de las condiciones tanto actuales como futuras necesarias para tomar una decisión en un mercado perfecto. Pero Hayek recordó a su audiencia que el mercado perfecto no existe. En la vida real, las decisiones las toman los individuos basándose en el conocimiento parcial de las condiciones existentes y haciendo la mejor estimación de lo que puede ocurrir. Cada individuo llega a una conclusión diferente (y a menudo contraria) con relación a cuáles pueden ser esas condiciones. Algunos toman la decisión correcta, otros no. Pero, juntos, sus decisiones se combinan para formar una imagen en movimiento del mercado en funcionamiento.

A partir de esta línea argumental, llegó a dos conclusiones importantes, que no hizo explícitas en la conferencia, a pesar de que acabaron pavimentando el camino para una nueva dirección de su pensamiento: que los precios reflejan lo que está ocurriendo en el mercado, y que la intervención de fuerzas externas, como los gobiernos, en la fijación de los precios, es equivalente a tratar de regular la velocidad de un coche sujetando la aguja del indicador de velocidad; y que nadie, ni siquiera un «dictador omnisciente», como dijo él, conoce la mente, los deseos y las expectativas de todos los que integran una economía. Si un líder totalitarista, o incluso un «planificador» aparentemente benigno, tratara de interferir en la economía basándose en la premisa de que conoce mejor o cree que conoce mejor las mentes de los demás, acabaría frustrando, inevitablemente, los deseos y reduciendo la felicidad y las libertades de los individuos en cuyo interés decía actuar. Fue como el grito de eureka de Hayek. Le llevó a describir esta noción tan importante como «la esclarecedora idea que me había hecho ver la teoría económica desde lo que para mí era una luz totalmente nueva».[522]

Hayek había introducido una nueva noción, la división de conocimiento, que creía que era tan importante como el concepto económico de la división del trabajo, la etapa del desarrollo industrial en la que en lugar de que los individuos hagan la totalidad de un producto, los trabajadores se especializan en tareas individuales que juntas dan lugar a la totalidad del producto. Mantenía que era imposible conocer o medir el peso total de las innumerables decisiones económicas individuales tomadas por el inmenso número de individuos que integraban la economía, pero que sus intenciones se reflejaban en la fluctuación continuada de los precios. El precio de un objeto era el punto en el que al menos dos individuos estaban de acuerdo. Puesto que los precios son esencialmente orgánicos, ya que los deseos combinados de los individuos contribuyen a su determinación, cualquier intento de alterar o interferir en los precios acababa siendo inútil, ya que el comportamiento humano siempre eludirá las presunciones según las cuales se ha

fijado un precio. Por la misma regla de tres, la inflación de precios, tanto si había sido deliberada o inintencionadamente provocada por la acción del gobierno, era un medio por el cual los que controlaban la economía podían desoír los deseos de los que estaban obligados a pagar el precio, desdeñando así la voluntad de sus ciudadanos.

Fue tal el revuelo provocado por la *Teoría general* de Keynes que la conferencia de Hayek llamó muy poco la atención. Como testificó el biógrafo de Hayek, Alan Ebenstein, «en cuanto Keynes publicó la *Teoría general* […] Hayek cayó prácticamente en el olvido. […] Al final de la década, suscitaba muy poco interés».[523] Que le ignoraran fue algo terrible para Hayek, pero no fue lo peor que le pasó en esa época. También se produjo un cambio en la actitud de los que asistían a sus conferencias en la LSE. Si bien en un momento dado se habían sentido impresionados por la reputación y los pronunciamientos magistrales de Hayek, con el tiempo la familiaridad se había convertido en una especie de desdén que se vio exacerbado por el marcado predominio de su glamuroso rival Keynes. Los economistas keynesianos hacían cola en las conferencias que daba Hayek en la LSE para burlarse de un hombre que consideraban un fósil y un anticuado. En 1937, uno de los participantes en la burla, John Kenneth Galbraith, fue testigo de la rápida desautorización de Hayek en primera persona. «El ansia de participar (y de corregir a Hayek) era despiadadamente competitiva»,[524] recordó. «Tan fuerte era el deseo de hacerse oír que el profesor Hayek, un hombre tranquilo de ideas comprensiblemente arcaicas […] raramente tenía ocasión de hablar. […] Una tarde memorable llegó, se sentó, saludó y en su pulido acento dijo: "Ahora señores, tal como les anuncié en nuestra última sesión, hablaremos del tipo de interés". Nicholas Kaldor vio la oportunidad y dijo: "Profesor Hayek, lamento no estar de acuerdo con usted".»[525]

Kaldor, nacido en Hungría, su amanuense en *Precios y producción* y su asesor de inglés en gran parte de su correspondencia con Keynes, fue uno de los acólitos más prominentes de Hayek que le trató con irreverencia. Kaldor recordó que a medida que pasaba el tiempo Hayek «le resultaba cada vez más incómodo. Al principio me parecía increíble, pero luego descubrí que era tan estúpido que empecé a burlarme de él, a dejarle en ridículo y a contradecirle en las conferencias. Recuerdo una de las ocasiones que discutí con Hayek. Le dije: "Profesor Hayek, es economía intermedia". Y Hayek fue poniéndose cada vez más rojo, y luego, en el salón de té, entró Hayek y dijo: "¿Sabéis lo que ha dicho Kaldor? ¿Lo que ha dicho Nicky? Ha dicho: 'Profesor Hayek, esto es economía intermedia y tendría que saberlo' ". Le contesté: "Protesto. No he dicho que tendría que saberlo". Todo el mundo se puso a reír».[526]

Kaldor, que en 1944 escribió con William Beveridge la llamada a la acción keynesiana, *Full employment in a free society*, marcó tendencia entre los discípulos

de Hayek que poco a poco empezaron a dejarle por Keynes. De hecho, más tarde Kaldor dejó la LSE por un puesto en Cambridge para predicar el keynesianismo auténtico, en estado puro. Dos de los discípulos más brillantes de Hayek, John Hicks y Abba Lerner, que habían liderado el equipo de la LSE que rebatió al Circo en sus animados seminarios conjuntos, siguieron su ejemplo, retractándose públicamente de su lealtad a Hayek y proclamando su lealtad a Keynes. Después de pasarse un año académico en Cambridge, de 1934 a 1935, consumiendo keynesianismo desde su fuente, Lerner volvió a la LSE para enseñar el evangelio keynesiano. Al poco tiempo, incluso Pigou, al releer la *Teoría general,* se retractó de sus objeciones y se puso a la larga cola de los importantes economistas que aplaudían su trabajo.

El efecto acumulativo de la rápida deserción hacia Keynes de tantos colegas y amigos íntimos de Hayek apenas le dejó la dosis de confianza necesaria para concentrarse en completar *La teoría pura del capital.* Y cuando por fin el libro fue completado en junio de 1940 y publicado al año siguiente, lo hizo con muy mal pie, sus frases germánicas y su pesada prosa añadían impenetrabilidad a su aparente irrelevancia. Samuelson recordó que «*La teoría pura del capital* de Hayek no había sido un fracaso. Pero era una piedra lanzada en la piscina de la ciencia económica que aparentemente apenas había tenido repercusión».[527] A su lado las ecuaciones de *Precios y producción* parecían una lectura de playa. Como dijo Milton Friedman,[528] discípulo de la filosofía hayekiana: «Soy un gran admirador de Hayek, pero no por su economía. Creo que *Precios y producción* era un libro que tenía muchos fallos. Creo que su libro sobre la teoría del capital es ilegible».[529]

Al principio de *La teoría pura del capital* Hayek reconoce que lo abordó con gran pesar. Habla de su «reticencia» a embarcarse en la tarea y muestra simpatía por aquellos que, como Keynes, se han cansado de las abstracciones y han vuelto a ocuparse del funcionamiento de la economía en el mundo real. La propia dimensión del tema le intimidaba y le deprimía. «Mi reticencia a emprender este trabajo hubiera sido todavía mayor si desde el principio hubiera sido consciente de la magnitud de la tarea»,[530] escribió. El tono del libro es de excusa y desespero. «Este libro, con todos sus defectos, es el resultado de un trabajo realizado durante un período de tiempo tan prolongado que dudo que un esfuerzo adicional por mi parte hubiera sido recompensado por los resultados.»[531] Más tarde confesaría que «poco a poco fui dándome cuenta»[532] de que «las cosas se habían vuelto tan condenadamente complicadas que era prácticamente imposible continuar».[533]

A pesar de la opacidad del texto, los hayekianos que quedaban y que confiaban en que por fin su héroe hiciera frente al creciente culto por el keynesianismo, se llevaron una decepción. En cualquier caso, era lo más cerca que Hayek iba estar de enumerar sus puntos de desacuerdo con la *Teoría general,* aunque con el mínimo entusiasmo. «Por lo general, siempre he considerado poco

aconsejable interrumpir el argumento principal con referencias explícitas a ideas particulares»,[534] escribió. No obstante, abordó algunos aspectos del análisis de Keynes, aunque por lo general, únicamente para continuar con el arcano argumento sobre las condiciones económicas que le habían impedido desaprobar las llamadas de Keynes a incrementar el empleo mediante obras públicas. Escribe que su mayor objeción a la sugerencia de Keynes, que durante una recesión hay recursos inutilizados que podrían aprovecharse de una forma productiva para crear puestos de trabajo, es que «sin duda, no se trata de una posición normal en la que una teoría que se precie de una aplicabilidad general pueda basarse».[535]

Hayek desdeña la idea central de la *Teoría general,* y la califica de mera falacia que niega la pertinaz preocupación de los economistas, hacer frente a los problemas de escasez. «Lo que [Keynes] nos ha dado es esa economía de la abundancia que llevan tanto tiempo aclamando», escribió. Al negar el funcionamiento del libre mercado, Keynes había redefinido la escasez como una situación «artificial» «creada por la decisión de la gente de no vender sus servicios y productos por debajo de ciertos precios fijados arbitrariamente». Keynes había ignorado los precios del mercado y había sugerido que sólo entraban en juego «en raros intervalos cuando el "pleno empleo" estaba cerca y los distintos bienes y servicios empezaban a escasear y a subir de precio».[536]

Hayek califica la opinión que tiene Keynes de lo que los precios representan de profundo malentendido en relación a cómo se determinan los precios realmente. La idea de Hayek de que los precios son claves para entender el proceso de producción —que de hecho, son la base para entender el funcionamiento de una economía— y de que los precios se basan en la escasez de productos y no en la relación que Keynes describía como el desequilibrio entre ahorros e inversión y el «coste real» de la producción, le lleva a descartar, sin dar ningún tipo de explicación, la totalidad del complejo contraargumento de Keynes.

En una nota a pie de página muy reveladora, Hayek condena la *Teoría general* no por su inapropiada novedad, sino, quizá curiosamente, por ser el resultado de un pensamiento anticuado. Hayek describe irónicamente la falta de consideración por parte de Keynes de la noción de escasez de recursos como «uno de los mayores avances de la economía moderna», y se maravilla de que Keynes reconozca la existencia de «cuellos de botella» para explicar por qué hay escasez de algunos productos cuando se aproxima el final de un *boom*. Hayek creía que «cuello de botella» era un término poco apropiado; el término sugería que el mercado caía para que la oferta se ajustara a la demanda. «Por lo tanto, tengo la impresión de que el concepto "cuello de botella" es propio de una etapa muy temprana y naif del pensamiento económico y que la introducción de dicho concepto en la teoría económica no puede ser considerada como una mejora.»[537]

Subrayando que «lamentablemente había tenido que hacer esta observación [alejada del hilo principal de su libro] por la confusión que había reinado sobre este tema desde la aparición de la *Teoría general* del señor Keynes»,[538] Hayek concluyó su arduo análisis del capital y los tipos de interés. Hay una breve referencia a la «liquidez», noción que se encuentra en el núcleo de la *Teoría general* de Keynes, pero sólo para dar a Hayek la oportunidad de remarcar que su trabajo no era el sitio para profundizar tanto como le hubiera gustado sobre el tema y que «poco se podía sacar rascando la superficie de este problema».[539] Una vez más, a pesar de tener a Keynes a tiro, Hayek no fue capaz de apretar el gatillo.

En la última parte de *La teoría pura,* Hayek llama la atención de Keynes por concentrarse en los efectos a corto plazo de los problemas y soluciones económicas, «no sólo como un error intelectual grave y peligroso, sino como una traición a la obligación más importante de un economista y una grave amenaza a nuestra civilización». «Solía […] considerarse como la obligación y el privilegio del economista estudiar y resaltar los efectos que pueden acabar ocultándose al ojo inexperto, y dejar los efectos más inmediatos para el hombre práctico», escribió. «Es tremendo que tras haber pasado por el proceso de desarrollo de una explicación sistemática de las fuerzas que, a largo plazo, acaban determinando los precios y la producción, tengamos que descartarla, para reemplazarla por la miope filosofía del empresario elevada a la categoría de una ciencia.»[540]

Acababa con un apunte amenazante utilizando una de las más famosas citas de Keynes. «¿No nos han dicho que, "como al final todos estaremos muertos", la política tiene que guiarse por consideraciones a corto plazo?», pregunta. «Tengo miedo de que los que creen en el principio de "después de nosotros, el diluvio", puedan acabar consiguiendo lo que siempre habían querido antes de lo que les gustaría.»[541]

Como Hayek ya debía suponer, estas flechas, lanzadas sutilmente contra Keynes, no fueron suficientes para ralentizar, y ya no digamos detener, la masiva conversión de jóvenes economistas que cayeron en la esclavitud keynesiana. No obstante, en algunos párrafos de *La teoría pura* había argumentos que, a pesar de ser una señal de advertencia para los keynesianos, llegaron un poco más allá —y también dieron una señal de alarma— a otras personas que, como Milton Friedman, iban a seguir a Hayek en su campaña antikeynesiana.

«Hay pocas razones para creer que un sistema con la compleja estructura crediticia moderna pueda llegar a funcionar sin problemas sin cierto control deliberado del mecanismo monetario», escribió Hayek, «ya que el dinero, por su propia naturaleza, es como esa pieza suelta del aparato autoequilibrante del mecanismo de precios que está obligada a impedir su funcionamiento. El objetivo de cualquier política monetaria que pretenda tener éxito tiene que ser reducir todo

lo posible esta laxitud de las fuerzas autocorrectoras del mecanismo de precios, y favorecer la rapidez de la adaptación, para reducir la necesidad de una reacción posterior, más violenta.»[542] Pero, advirtiendo a aquellos que, como Friedman, eran capaces de recurrir a la teoría monetaria cuantitativa para resolverlo todo, Hayek sugirió que había límites estrictos a esta forma de gestionar la economía. «Sin duda, tenemos derecho a concluir […] que lo que podemos modificar los acontecimientos a nuestro antojo, controlando el dinero, es mucho más limitado, que el alcance de la política monetaria es mucho más restringido de lo que se cree en la actualidad», escribió. «No podemos, como parecen pensar algunos autores, hacer más o menos lo que queremos con el sistema económico jugando con el instrumento monetario.»[543]

Hayek tenía intención de que a *La teoría pura del capital* le siguiera un trabajo complementario, *La teoría pura del dinero*, pero nunca completó la segunda mitad de su esquema. Irónicamente, tal vez, se podría hacer un paralelismo entre la incapacidad para completar ambas partes de su gran obra y las consecuencias de una interrupción en las fases de la producción de los bienes de capital durante una depresión provocada por el crédito que fue su inspiración original. Le había salido el tiro por la culata.

En la *Teoría general* Keynes concluyó que la demanda de bienes era equivalente a la demanda de mano de obra y por eso proponía aumentar la demanda agregada para conseguir el pleno empleo. Hayek estaba en profundo desacuerdo con el análisis de Keynes y creía que no estaba respaldado por la evidencia empírica. Puede que hubiera otras formas de leer los datos. Como más tarde diría Hayek, «la correlación entre demanda agregada y empleo total […] sólo puede ser aproximada, pero como es la única sobre la que tenemos datos cuantitativos, es aceptada como la única conexión causal que cuenta».[544] La última frase de *La teoría pura* sugería que Keynes se había encaprichado de una hipótesis falsa. «Estoy más seguro que nunca de que la comprensión de la doctrina de que "la demanda de bienes no es equivalente a la demanda de mano de obra" —y de sus limitaciones— es "la mejor prueba para un economista".»[545]

Y con esa empática nota Hayek ofreció sus últimas palabras sobre teoría económica y lanzó un bombardeo puramente económico contra Keynes. Hayek volvió luego a los temas filosóficos que había abordado en «Economics and knowledge» y al hacerlo abrió un segundo frente y discutiblemente más persuasivo contra Keynes y el keynesianismo.

13

El camino a ningún sitio

Hayek relaciona las soluciones de Keynes con la tiranía (1937-1946)

Tras la publicación de la *Teoría general,* el éxito de la revolución keynesiana en Estados Unidos parecía asegurado, a pesar de la desigual aplicación de las ideas keynesianas por la administración Roosevelt. Si bien Franklin D. Roosevelt había recibido a Keynes en la Casa Blanca, lo cierto es que no tenía muy claro el tema de la financiación de las obras públicas al nivel que la nueva doctrina exigía. Y cuando en la primavera de 1937, la producción, los beneficios y los salarios volvieron a los niveles de 1929, lo que sugería que la recuperación estaba en marcha, el presidente señaló un cambio de dirección. La tasa de desempleo era del 14,3 por ciento, inferior a la del año anterior del 16,9 por ciento, y esto persuadió a algunos de los asesores de Roosevelt, incluido el presidente de la Reserva Federal, Marriner Eccles,[546] de que los esquemas laborales del New Deal habían funcionado bien.

En junio de 1937, Roosevelt volvió a abrazar la ortodoxia con recortes del gasto, reducción del crédito y aumento de los impuestos.[547] El trabajo de las agencias federales de creación de empleo se había ralentizado. Al poco tiempo, América volvía a la recesión. La «Recesión Roosevelt» se prolongó durante todo el año 1938 e hizo que la producción industrial se redujera una tercera parte, que los precios cayeran un 3,5 por ciento aproximadamente y que el desempleo creciera hasta el 19 por ciento.[548] Roosevelt trató de eludir la culpa atacando a las grandes empresas. En enero de 1938, ante la llegada inminente de las elecciones, el presidente cambió de rumbo, y presentó al Congreso un presupuesto de gastos de 3.750 millones de dólares y 1.250 millones más en abril, para financiar nuevas iniciativas de creación de empleo.

En «una alocución por radio» que tuvo lugar el 14 de abril, Franklin Delano Roosevelt adoptó la filosofía keynesiana. «Sufrimos principalmente de una falta de demanda del consumidor», dijo. «En nuestras manos está provocar un repunte económico.» Anunció trescientos millones de dólares para la demolición de viviendas insalubres, cien millones de dólares para autopistas y muchos más millones para «mejoras públicas». Roosevelt justificó su cambio de rumbo argumentando que dar trabajo a los parados protegería a Estados Unidos del

extremismo galopante de Alemania e Italia. «La propia solidez de nuestras instituciones democráticas depende de la decisión de nuestro gobierno de dar empleo a los parados», declaró.[549]

En febrero, Keynes escribió a Roosevelt. Calificaba la recesión Roosevelt de «un error de optimismo», y urgía al presidente a concentrarse en la construcción de viviendas como «la mejor ayuda posible para la recuperación». Y apremió a Roosevelt a dominar su retórica contra los empresarios, que estaban «perplejos, aturdidos y aterrorizados», escribió. «Si les habla con un tono hosco, obstinado y terrible […] los países no abrirán sus fronteras al mercado.»[550]

La rapidez con la que se desarrollaron los acontecimientos en Alemania obligó a Roosevelt a invertir al nivel que Keynes prescribía. Hitler asumió el poder en enero de 1933 y puso en marcha un programa de rearme masivo, desafiando directamente el Tratado de Versalles. Al cabo de un año, Alemania, que tras la primera guerra mundial había estado acosada por el desempleo masivo, gozaba de pleno empleo.[551] El rearme por parte de las ansiosas democracias europeas dio un gran empuje a la industria armamentística estadounidense. En Gran Bretaña, el gobierno de Neville Chamberlain se rearmaba en secreto. El desempleo empezó a caer en Gran Bretaña, aunque siguió siendo muy alto hasta que fue declarada la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939,[552] el día que los precios de las acciones de Wall Street volvieron a sus niveles previos al crac de 1929.[553] Europa no era la única que temía a las potencias del Eje. A pesar de lo que Roosevelt había prometido en la campaña presidencial de 1940 —«Ya lo he dicho antes, pero lo repetiré una y otra vez: no voy a enviar a vuestros chicos a combatir en guerras extranjeras»—,[554] ordenó un programa de rearme masivo: en 1940 el presupuesto de defensa anual era de 2.200 millones; al año siguiente alcanzó la espectacular cifra de 13.700 millones de dólares.

«Si realmente el gasto en armamento acaba con el desempleo, se habrá iniciado un magnífico experimento», declaró Keynes en 1939. «Puede que hayamos aprendido un par de trucos que pueden sernos de gran utilidad el día que llegue la paz.»[555] El efecto multiplicador de la inyección de tanto dinero público en la economía estadounidense hizo que el producto interior bruto aumentara en unos 25.000 millones de dólares, representando el gasto en armamento y defensa el 46 por ciento del incremento.[556] De todos modos, el desempleo no se situó a los niveles de la recesión preRoosevelt hasta 1941, cuando Estados Unidos fue atacado por los japoneses en Pearl Harbor. «Veíamos la guerra como una justificación de la teoría keynesiana, de la doctrina keynesiana, y de la recomendación keynesiana»,[557] recordó John Kenneth Galbraith.[558]

La ocupación alemana de Austria, en marzo de 1938, coincidió con la adopción por parte de Hayek de la nacionalidad británica y con el último viaje a su

país antes de que estallara la guerra. Inhabilitado para servir en las fuerzas armadas británicas por su nacionalidad anterior, en septiembre de 1939 escribió al Ministerio de Información sugiriendo que su «experiencia excepcional y mi, en cierta forma, posición especial, podrían permitirme ser de considerable ayuda para ocuparme de la organización de la propaganda en Alemania».[559] La oferta de Hayek fue ignorada.

Hayek podría haber sido tratado mucho peor. Piero Sraffa fue confinado a la isla de Man por el mero hecho de ser italiano, un cruel destino teniendo en cuenta la amenaza que le había supuesto escapar de Italia y de Mussolini. Fue liberado cuando Keynes intercedió ante el ministro del Interior. Hayek fue consciente de su buena suerte. «Seguía siendo el exalienígena, el alienígena enemigo. Tenía una posición muy privilegiada», recordó. «No me utilizaban para ninguna cuestión bélica pero tampoco me molestaban. No hubiera podido estar en una posición más ideal.»[560]

Keynes, que ya tenía cincuenta y seis años, era demasiado mayor para el servicio activo, no gozaba de buena salud ni de la suficiente popularidad en el gobierno de Chamberlain como para ser bien recibido en el Tesoro. Como explicó su biógrafo Skidelsky: «Era demasiado importante para convertirse en un funcionario ordinario, y demasiado estimulante para dejar que se moviera a sus anchas por Whitehall».[561] Pero estar sin hacer nada no era su estilo. Sin que nadie se lo pidiera, dirigió sus pensamientos a averiguar cómo se podría financiar la guerra. Rechazó el enfoque inflacionista de la primera guerra mundial y tampoco estaba a favor del racionamiento. «La abolición de la decisión del consumidor en favor del racionamiento universal es el típico producto de ese ataque, algunas veces llamado bolchevismo»,[562] escribió en abril de 1940.

El canciller de Chamberlain, sir John Simon,[563] había estado comportándose, sin darse cuenta, como un keynesiano modélico, financiando el rearme con deuda pública en lugar de con un aumento de los impuestos. Aumentó el presupuesto de defensa en 600 millones de libras, imponiendo al mismo tiempo impuestos de sólo 107 millones de libras. El Tesoro concluyó que mientras el desempleo se mantuviera al 9 por ciento, el riesgo de inflación sería muy bajo.[564] Keynes, sin embargo, creía que el gasto masivo en armamento combinado con el reclutamiento de las fuerzas armadas daría trabajo a toda la fuerza laboral y provocaría un aumento masivo de la demanda. De este modo, el gobierno no sólo se quedaría sin los recursos esenciales para tomar parte en la guerra, sino que además se generaría inflación ya que con mucho dinero se podrían comprar muy pocas cosas. La decisión estaba entre impuestos elevados, o inflación, o racionamiento, o una combinación de los tres.

En la conferencia que Keynes dio el 20 de octubre de 1940 en la Marshall

Society, titulada «War potential and war finance» (Potencial bélico y economía de guerra), desveló su plan. En lugar de un impuesto directo sobre la renta, los beneficios estarían sujetos a un impuesto que combinaba imposición progresiva con ahorros forzosos, «pago aplazado» financiado con cuentas que devengaban intereses que podían hacerse efectivos una vez que la guerra se hubiera ganado. Keynes creía que el dinero acumulado que se gastara después de la guerra podía contrarrestar la caída que se produciría cuando el presupuesto bélico se acabara. Hayek calificó el enfoque de Keynes de «ingenioso». También acogió bien la oposición de Keynes al racionamiento, creyendo que la eliminación de precios resultaría en injusticias. Puesto que no le gustaba la idea de contrarrestar una caída posbélica con un aumento forzado del gasto, Hayek propuso que, en su lugar, el pago aplazado fuera invertido en acciones. Además, sugirió la idea de liquidar la deuda de la guerra con un «impuesto sobre el patrimonio existente»[565] que se depositaría en una «especie de sociedad de cartera gigante, que a su vez, emitiría acciones para los tenedores de los balances bloqueados».[566]

Al revisar el plan de Keynes, Hayek dijo que Keynes «tenía la mente más fértil de todos los economistas vivos»[567] y concluyó que «la propuesta del señor Keynes […] parece ser la única solución real».[568] Si bien remarcó que «no estaba claro que ese incremento de los gastos fuera una cura realmente segura para la depresión», se alegró de que Keynes volviera al redil. «La diferencia que durante tanto tiempo le había separado de los economistas más "ortodoxos" ha desaparecido.»[569] «Durante la guerra combatí del lado de Keynes en contra de sus críticos, porque Keynes estaba totalmente en contra de la inflación», diría Hayek más tarde, contando sólo parte de la historia cuando sugirió que había sido «para reforzar su influencia contra los inflacionistas» por lo que no había completado el segundo volumen de *La teoría pura del dinero*.[570]

Tras el fuerte bombardeo que sufrió Londres en 1940, la LSE fue trasladada al Peterhouse College, en Cambridge, donde los más severos críticos de Keynes, Hayek y Pigou, compartieron sus obligaciones académicas. El traslado completó la adaptación de Hayek a la vida británica. «La vida en Cambridge durante estos años de la guerra me ha resultado particularmente agradable», explicó. «En cierto modo, por fin, el tono y la atmósfera intelectual del país me resultaron extraordinariamente atractivos y las condiciones de una guerra en la que todas mis simpatías estaban con los ingleses aceleraron considerablemente el proceso de sentirme como en mi propia casa.»[571]

Hayek pudo trasladarse a Peterhouse cuando Keynes, en un gesto muy humano, insistió en que su viejo rival tuviera una habitación cerca de la suya en el King's College. Ambos se encontraban de vez en cuando en el King's y participaban en tareas de la facultad. Y la escena más surrealista se produjo cuando Keynes y Hayek, provistos de escobas y palas, se encontraron patrullando el

terrado gótico de la King's Chapel, rastreando en el cielo nocturno bombardeos alemanes. Fue una tregua de conveniencia. Ninguno había renunciado a su terreno, pero frente a un enemigo común habían accedido a convertirse en conocidos afables. «Compartíamos tantos intereses, históricos», recordó Hayek. «En realidad, cuando coincidíamos dejábamos de hablar de economía. [...] Así que nos hicimos muy buenos amigos, incluida Lydia Lopokova.»[572]

En agosto de 1940, a Keynes le concedieron un puesto de trabajo, no remunerado, en el Tesoro, que le permitió hacer un recorrido por todas las áreas de la política económica. En particular, tuvo que ocuparse de negociar préstamos de guerra de Estados Unidos. Desarrolló planes para un orden económico posterior a la guerra que reemplazara la desenfrenada competencia entre naciones que había fomentado la guerra e inventó un tipo de intercambio monetario fijo con respecto al oro, más ordenado y que acabaría concretándose en el acuerdo Bretton Woods. Además contribuyó decisivamente a la creación de otras dos organizaciones muy importantes, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Hayek, por su parte, se dedicó a su pesimista obra maestra, *Camino de servidumbre*.[573] Como dijo su biógrafo, Alan Ebenstein: «*Camino de servidumbre* revolucionó la vida de Hayek. Antes de su publicación, era un profesor de economía desconocido. Un año después de su publicación, era famoso en todo el mundo».[574] No está mal para un libro que Hayek, con extraña modestia, pensó que sólo unos cuantos iban a leer.[575]

En 1937 Hayek había escrito a Walter Lippmann: «Ojalá pudiera convencer a mis amigos "progresistas" de que la democracia sólo es posible con el capitalismo y de que los experimentos colectivistas conducen, inevitablemente, al fascismo».[576] Originalmente titulado «The nemesis of the planned society», el libro estaba inspirado en ideas que Hayek había explorado en dos ensayos en 1938 y 1939, que los que defendían una economía planificada en lugar del libre mercado estaban preparando, aunque con buena intención, un terreno que podía conducir a la tiranía. «Una vez que el libre funcionamiento del mercado se vea impedido a partir de cierto nivel», declaró, «el planificador se verá obligado a extender sus controles hasta abarcarlo absolutamente todo.»[577]

Camino de servidumbre fue publicado en Gran Bretaña el 10 de marzo de 1944, con una tirada de dos mil ejemplares. Al cabo de unos días, sin embargo, Routledge pidió 2.500 copias más y acabó teniendo problemas para responder a la demanda. En Estados Unidos, la University of Chicago Press publicó el libro el 18 de septiembre de 1944, después de que una serie de editoriales de primera línea lo rechazaran.

Los principales objetivos de *Camino de servidumbre* eran los que Hayek

consideraba los demonios del socialismo y el fascismo, a pesar de que en el momento de escribirlo la Unión Soviética de Stalin estaba aliada con Gran Bretaña y Estados Unidos, y se había visto obligado a suavizar sus críticas al comunismo y a aludir a los peligros del nazismo y el fascismo. Aseguró que la percepción común de que los extremos de derechas e izquierdas eran polos opuestos era un error, ya que ambos, al reemplazar las fuerzas del mercado por una extensa planificación estatal, asaltaban las libertades individuales. Y reiteró su idea de que como los planificadores económicos no podían saber lo que querían los demás, acababan comportándose como déspotas.

Hayek tenía miedo de que cuando la segunda guerra mundial acabara, los victoriosos aliados pudieran concluir que la gestión económica realizada durante la guerra pudiera acelerar una sociedad posbélica más próspera y más justa. Estas políticas, advirtió, fomentarían las condiciones previas al totalitarismo y podrían hacer que la historia se repitiera. «Poco a poco hemos ido abandonando esa libertad en los asuntos económicos sin la cual la libertad personal y política no hubieran existido en el pasado»,[578] escribió. «Es el destino de Alemania el que corremos el riesgo de repetir.»[579]

Poco del argumento de Hayek en *Camino de servidumbre* tiene relación con Keynes, cuyo nombre apenas menciona en dos ocasiones,[580] aunque parece que era Keynes y otros colegas de Cambridge a quienes Hayek tenía en mente cuando escribió que estaba seguro de que el libro «podía ofender a muchos con los que me gustaría tener una relación amistosa».[581] Entremezclada entre las líneas de su tesis central se puede encontrar una respuesta tardía, casi remota, a la *Teoría general.* Y su habitual tono estridente brilla por su ausencia. El tiempo que pasó en Cambridge y lo cerca que estuvo de Keynes parecen haber calmado su afán por demostrar los errores de su viejo adversario.

No se puede decir que *Camino de servidumbre* sea un rechazo total a la *Teoría general.* Hayek reconoce el motivo que está detrás del programa de Keynes: los peligros del extenso desempleo prolongado y que «combatir las fluctuaciones generales de la actividad económica y las recurrentes oleadas de desempleo a gran escala que las acompañaban» suponía «un problema sumamente importante» y «uno de los más graves y más acuciantes de nuestra época».[582] Su solución, sin embargo, rechaza la intervención del gobierno. «Aunque la solución al desempleo crónico requerirá mucha planificación en el buen sentido», escribió, «no requiere o necesita ese tipo de planificación que de acuerdo con sus defensores tiene que reemplazar al mercado.»[583]

Hayek evoca un mundo keynesiano en el que la actividad económica está dirigida por el Estado. «Esto podría llevar a restricciones mucho más serias de la esfera competitiva», escribió, «y, al avanzar en esta dirección, tenemos que tener

mucho cuidado con donde pisamos si queremos evitar que la actividad económica acabe dependiendo más de la dirección y el volumen de gasto del gobierno.» Difícilmente la frase «tenemos que tener mucho cuidado con donde pisamos» constituye la robusta demolición de la *Teoría general* de Keynes que Hayek llevaba tanto tiempo prometiendo.

Las siguientes dos frases de Hayek son ambiguas. «[La solución de acabar con el desempleo mediante la realización de obras públicas a gran escala] no es ni la única ni, en mi opinión, la más prometedora opción para responder a la mayor amenaza contra la seguridad económica», escribe. «En cualquier caso, los esfuerzos necesarios para garantizar la protección contra estas fluctuaciones no conducen al tipo de planificación que constituye una amenaza para nuestra libertad.» ¿Quería sugerir que sus advertencias en relación con los peligros para la libertad de la intervención del Estado no incluían los programas de obras públicas «a gran escala» propuestos por Keynes? Es muy poco probable que los excluyera, aunque no está claro que lo hiciera. Una vez más, teniendo claramente a tiro a Keynes, Hayek fue incapaz de descargar la artillería.

Si bien Hayek estaba aceptando que la planificación keynesiana no tenía por qué producir una disminución de la libertad, sabía perfectamente que el programa de Keynes tenía un coste muy alto: una inflación rampante. «Si estamos decididos a no permitir el desempleo a cualquier precio, y no estamos dispuestos a utilizar la fuerza [obligar a la gente a trabajar], tendremos que hacer todo tipo de experimentos desesperados, ninguno de los cuales puede proporcionar un alivio duradero y ninguno de los cuales interferirá seriamente en el uso más productivo de nuestros recursos»,[584] escribió.

Por lo que hace referencia a su tardía respuesta a Keynes, en *Camino de servidumbre* hay una segunda omisión significativa. En *La teoría general,* Keynes no sólo había dado una justificación intelectual a la intervención del gobierno, sino que, además, inconscientemente, había inventado una rama de la economía totalmente nueva: la macroeconomía, que ofrecía una perspectiva global de la actividad económica, para que los planificadores pudieran estudiar y gestionar mejor la economía nacional. Hasta entonces, la economía sólo había sido estudiada en términos «microeconómicos», es decir, analizando cada elemento de la actividad económica por separado. Keynes estaba tan adelantado a su tiempo que los términos «macroeconómico» y «microeconómico» no fueron acuñados hasta después de su muerte. La «econometría» también fue un invento no deliberado y muy desdeñado por Keynes, la medición de la actividad económica que fue reconocida en cuanto los planificadores empezaron a evaluar las dimensiones de una economía y a definir objetivos. Hayek y los austríacos consideraban estos métodos inapropiados. Hayek omite cualquier referencia a las nuevas disciplinas, así como al cambio de enfoque filosófico a social que la obra maestra de Keynes

anunciaba.

Más tarde, Hayek reconoció que los keynesianos no habían querido hacer ningún daño. «Muchas veces se ha dicho que estoy de acuerdo con que cualquier movimiento en la dirección del socialismo puede acabar conduciendo al totalitarismo», escribió en 1976. «Si bien este peligro existe, no es lo que digo en *Camino de servidumbre.* Lo que sí que hago es advertir de que a menos que reparemos los principios de nuestra política, habrá unas consecuencias muy desagradables que muchos de los que defienden estas políticas no desean.»[585] Hayek sugirió que los pensadores moderados, «de centro» como Keynes, que defendían medidas de mejora, aunque no eran socialistas, habían adoptado algunas ideas socialistas, imaginándolas como un paso hacia el progreso. «Todavía no son conscientes de la gran tragedia, de que en Alemania fue precisamente la gente de buena voluntad […] la que preparó el camino, y tal vez, incluso, creó las fuerzas que ahora representan todo aquello que detestan», escribió Hayek. «Si observamos a aquellos cuyas ideas influyen en los desarrollos, vemos que actualmente están en democracias que en cierta medida son socialistas.»[586]

Aunque no es una crítica a la democracia representativa per se, que Hayek respaldaba, *Camino de servidumbre* critica a todos los que aspiran a hacer el bien a través de las oficinas del Estado así como a los políticos de todo tipo y condición que intentan —y en su opinión, inevitablemente no consiguen— descubrir lo que la gente quiere realmente. Reconoció que la existencia de un gobierno elegido democráticamente garantizaba que el Estado siguiera creciendo. «El fallo no es ni de los representantes individuales ni de las instituciones parlamentarias, sino de las contradicciones inherentes a las tareas de las que son responsables»,[587] escribió.

Los economistas clásicos y conservadores no salen mucho mejor parados que los socialistas y los comunistas del descarnado análisis de Hayek. Condena a los defensores acérrimos de las soluciones del libre mercado, y al mismo tiempo rechaza el conservadurismo, la devoción por las instituciones existentes. «El conservadurismo, aunque es un elemento necesario en una sociedad estable, no es un programa social», escribió. «En sus tendencias paternalistas, nacionalistas y de adoración al poder, suele estar más cerca del socialismo que del liberalismo auténtico, y con sus tendencias tradicionalistas, antiintelectuales y a menudo místicas nunca […] atraerá a los jóvenes y a todos los que creen que ciertos cambios son deseables para que este mundo se convierta en un lugar mejor.»[588]

Como colofón, Hayek hace referencia a las nociones idealistas del nuevo orden mundial que preocupaba a Keynes en el último año de la guerra. Aunque reconoce que «necesitamos una autoridad política internacional que, aunque no pueda decirle a cada uno lo que tiene que hacer, pueda impedir que hagan cosas que perjudiquen a los demás», tiene dudas sobre la posibilidad de establecer un

sistema de gestión económica internacional que no conlleve un giro hacia el autoritarismo. «Los problemas suscitados por una dirección consciente de la política económica a escala nacional suponen inevitablemente dimensiones mucho mayores cuando lo mismo ocurre a nivel internacional», escribió.

Casualmente, Keynes leyó *Camino de servidumbre* en junio de 1944 cuando navegaba por el Atlántico de camino al hotel Bretton Woods en New Hampshire para presidir las negociaciones sobre el tipo de cambio de moneda internacional que llevaba el nombre del hotel, el tipo de entidad supranacional que tan nervioso ponía a Hayek. En abril, Hayek había enviado *Camino de servidumbre* a Keynes, que respondió que el libro «parece fascinante. Creo que es el tipo de medicina con la que tendría que estar en desacuerdo, pero que podría hacerme bien. […] Algo que tendría que guardar en la recámara».[589] Totalmente relajado tras su travesía, Keynes envió unas líneas a su viejo rival desde el hotel Claridge en Atlantic City, Nueva Jersey. «El viaje me ha dado la oportunidad de leer su libro como es debido», escribió. «Creo que es un libro magnífico. Tenemos que estarle muy agradecidos por decir tan bien lo que tanto necesita ser dicho. Obviamente, no puedo aceptar todo el dictado económico que contiene. Pero me siento moral y filosóficamente de acuerdo con prácticamente toda su totalidad; y no sólo estoy de acuerdo, sino que además me siento profundamente conmovido.»

Si bien los ánimos de Hayek mejoraron mucho con estos elogios, muy pronto iba a tener un shock. Al poco tiempo, Keynes pasó al contraataque. «Tengo que decir que lo que queremos no es que no haya planificación, o que haya menos planificación, de hecho tengo que decir que en realidad queremos que haya más», continuó Keynes. «Pero la planificación tiene que tener lugar en una comunidad en la que la mayor cantidad de gente posible, tanto líderes como seguidores, compartan totalmente su postura moral. […] La planificación moderada será segura si los que la llevan a cabo están correcta y moralmente orientados en su corazón y en su mente. Esto será así para unos cuantos. Pero lo cierto es que también hay una sección importante de la que prácticamente se puede decir que quieren la planificación no para disfrutar de sus beneficios, sino porque moralmente tienen ideas que son totalmente contrarias a las nuestras y porque no quieren servir a Dios sino al diablo.» Keynes reconoció que algunos socialistas británicos eran totalitaristas declarados.

Continuó diciendo: «En mi opinión, lo que necesitamos, por lo tanto, no es un cambio en nuestros programas económicos, que en la práctica sólo conduciría al desengaño con los resultados de nuestra filosofía; sino tal vez todo lo contrario, es decir, una ampliación de los mismos». Keynes recordó a Hayek que el auge de Hitler se había visto facilitado no por un gran gobierno, sino por el fracaso del capitalismo y el desempleo masivo. «El mayor peligro al que se enfrenta es el posible fracaso práctico de la aplicación de su filosofía en Estados Unidos»,

continuó Keynes, sugiriendo que si en el período de paz dicho país volvía a las tasas de desempleo de los años treinta, se podría desencadenar el extremismo político que había llevado al mundo a la guerra.

«No», continuó Keynes, «lo que necesitamos es la restauración del pensamiento moral adecuado —el regreso de la filosofía social a los valores morales adecuados—. Si fuera capaz de desviar su cruzada en esa dirección, no parecería o se sentiría tanto como don Quijote. Le acuso de, tal vez confundir un poco, las cuestiones morales y materiales. En una comunidad que piensa y siente correctamente, se pueden llevar a cabo actos peligrosos que serían impensables si fueran ejecutados por aquellos que piensan y sienten incorrectamente.»[590] Esta fue una observación grave: que el análisis de Hayek se basaba más en el conocimiento de la economía o la sociología que en el de la gente. Mientras que Hayek tenía sus dudas con respecto a la relación entre la intervención del gobierno y la tiranía, Keynes creía que la tendencia al totalitarismo tenía su origen en las decisiones morales individuales.

En *Camino de servidumbre,* Hayek reconoció que para resolver el desempleo crónico, la planificación podría desempeñar su papel y que la forma de planificación adecuada no tenía por qué llevar a la opresión. Como más tarde expresó: «Siempre y cuando el gobierno planifique la competencia o intervenga cuando la competencia no pueda hacerlo, no hay ninguna objeción».[591] También creía que el Estado podía tener la obligación moral de intervenir y que era admisible siempre y cuando no se viera comprometido el espíritu de libre empresa. «No puede haber ninguna duda de que un mínimo de comida, alojamiento y ropa, suficiente para preservar la salud y la capacidad de trabajar, tiene que estar garantizado para todo el mundo», escribió. «Cuando, como en el caso de enfermedad o accidente, ni el deseo de evitar estas calamidades ni los esfuerzos para superar sus consecuencias se ven debilitados por la provisión de asistencia —cuando, en pocas palabras, nos enfrentamos a riesgos realmente asegurables— la necesidad de que el Estado ayude a organizar un sistema de seguridad social de conjunto es muy fuerte.»[592]

Keynes dio un ligero giro hacia la moderación. Puede haber una línea muy fina entre la planificación y el totalitarismo, pero Hayek también lo tenía muy difícil. «Voy a la que en realidad es mi única crítica seria», escribió Keynes. «Ha reconocido que es una cuestión de saber dónde trazar la línea. Ha reconocido que en algún sitio hay que trazar la línea, y que el extremo lógico no es posible. Pero no nos ha dicho nada de dónde podemos trazarla. Lo cierto es que probablemente la trazaríamos en sitios distintos. Me atrevería a decir que de acuerdo con mis ideas, subestimaría ampliamente la viabilidad de la vía intermedia. Pero en cuanto reconozca que el extremo no es posible, y que hay que trazar una línea, estará perdido, ya que está intentando persuadirnos de que en cuanto uno se mueve un

centímetro en la dirección planeada, se ve inmediatamente abocado al resbaladizo terreno que acabará llevándole hasta el precipicio.»[593]

Hayek no intentó responder a las preguntas que Keynes le formuló en su carta, en agradecimiento, tal vez, a la benevolencia de la evaluación de su rival. Al cabo del tiempo, respondió a la sugerencia de Keynes de que la planificación no podía invitar a la tiranía a un país que, como Gran Bretaña, apreciaba tanto la libertad. «Me temo que muchos de mis amigos británicos siguen creyendo, como Keynes creía, que las convicciones morales actuales de los ingleses les protegerán de dicha suerte. Esto es absurdo», declaró. «No puede pretender que el inherente "carácter británico" salve a los británicos de su destino.»[594]

Puede que Hayek no respondiera a Keynes porque imaginó que en el *Camino de servidumbre* ya había respondido, en cierta medida, a la objeción específica de Keynes —que era una cuestión de trazar una línea entre la intervención del Estado y el libre mercado—. La clave en relación con el papel que tenía que desempeñar el Estado era ver si en cada caso se aplicaba el Estado de derecho. La ley tenía que ser imparcial, lo cual significaba que no tenía que estar del lado de una sección particular de la comunidad. «Indudablemente, el Estado que controla pesos y medidas (o previene el fraude y el engaño) está actuando, mientras que el Estado que permite el uso de la violencia, por ejemplo, mediante piquetes, es inactivo», escribió. «Y, sin embargo, es en el primer caso cuando el Estado observa los principios liberales, mientras que en el segundo no.»[595]

Políticas del gobierno como subsidios para determinadas industrias o individuos, la concesión de monopolios comerciales, o las políticas discriminatorias, incluso para reparar una injusticia, echaban por tierra el Estado de derecho. Pero la ayuda del Estado para el bienestar, para aliviar la pobreza y curar a los enfermos, era legítima siempre y cuando todos los ciudadanos fueran tratados por igual. «No hay razón para que una sociedad que ha alcanzado un nivel de riqueza general como el nuestro no pueda tener asegurado este tipo de seguridad, sin poner en peligro la libertad general», escribió, sin embargo «si los que confían en la comunidad tuvieran que gozar indefinidamente de las mismas libertades que el resto […] podrían muy bien causar problemas políticos serios y tal vez incluso peligrosos.»[596]

Cuando la University of Chicago Press le pidió a Frank Knight, que supuestamente tendría que haber tenido en cuenta las advertencias del libro, que diera su opinión sobre si la editorial tenía que publicar o no el libro, dijo que Hayek había exagerado su postura. «El libro es esencialmente negativo», escribió Knight. «Apenas considera los problemas de alternativas, y no reconoce adecuadamente la necesidad, así como la inevitabilidad política, de una gran variedad de actividad gubernamental en relación con la vida económica en el

futuro. Aborda únicamente las falacias más simples, demandas poco razonables y prejuicios románticos que subyacen al clamor popular de control gubernamental en lugar de libre empresa.» Concluyó: «Dudo que tenga un mercado muy amplio en este país, o que cambie la postura de muchos lectores».[597]

En ese aspecto, Knight estaba totalmente equivocado. Con el tiempo, *Camino de servidumbre* se erigió como una obra fundamental para cuestionar la legitimidad y la utilidad de la planificación. Partiendo de una tirada inicial de dos mil ejemplares en Estados Unidos, el libro recibió una prominente crítica en *The New York Times* que lo describió como «uno de los libros más importantes de nuestra generación».[598] Una segunda tirada de cinco mil fue rápidamente seguida de una tercera, de diez mil ejemplares. Más adelante, Max Eastman,[599] exactivista de izquierdas que se había vuelto en contra del socialismo, organizó una versión resumida que fue publicada en *Reader's Digest* coincidiendo con la muerte de Franklin Roosevelt el 12 de abril de 1945, cuando el New Deal y el futuro de la política económica se convirtieron en un tema de actualidad. Al poco tiempo, se habían pedido millones de copias. La revista *Look* llegó a publicar una versión animada.

En Gran Bretaña, los argumentos de Hayek fueron tratados con bastante ecuanimidad. Hubo una crítica bastante negativa, realizada por el autor de *1984,* George Orwell,[600] que no tuvo pelos en la lengua a la hora de reconocer el autoritarismo rampante. «En la parte negativa de la tesis del profesor Hayek hay muchas cosas ciertas», escribió. «El colectivismo no es inherentemente democrático, sino todo lo contrario, lo que hace es dar a una minoría tiránica unos poderes con los que ni siquiera los inquisidores españoles habían soñado.» Pero añadió: «El profesor Hayek […] no ve, o no quiere admitir, que la vuelta a la "libre" competencia significa, para la inmensa mayoría de la gente, una tiranía probablemente peor, porque es más responsable que la del Estado. El problema de las competiciones es que alguien las gana. El profesor Hayek niega que el libre capitalismo tenga que conducir necesariamente al monopolio, pero en la práctica eso es precisamente lo que ha ocurrido, y puesto que la gran mayoría de la gente prefiere la disciplina del Estado que la depresión y el desempleo, lo más probable es que, si la opinión popular tiene algo que decir al respecto, siga habiendo una tendencia al colectivismo.»[601]

Otros personajes de la izquierda, como la formidable intelectual Bárbara Wootton,[602] consideraban que el análisis de Hayek era acertado pero no estaban de acuerdo con su tono propagandístico. «Quería apuntar algunos de estos problemas», escribió a Hayek, «pero como lo ha exagerado tanto, tengo que volverme en contra suyo.»[603] No obstante, se tomó sus opiniones lo suficientemente en serio, para publicar una respuesta, *Freedom under planning*.[604]

Camino de servidumbre recibió un empujón inesperado en Gran Bretaña en 1945 cuando Winston Churchill resumió su argumento en un programa de radio en el que iniciaba la campaña electoral de los conservadores.[605] La advertencia de Hayek de que la planificación socialista podía conducir a la tiranía se correspondía con la idea de Churchill de que los laboralistas, en manos del diputado de la coalición durante la guerra, Clement Attlee,[606] ponían en peligro la libertad que acababan de conseguir. «El partido laborista va a tener que optar por una especie de Gestapo», declaró. «Tendrá que reunir el poder del partido supremo y de los líderes del partido, erigiéndose como pináculos majestuosos por encima de sus vastas burocracias de funcionarios públicos, que ya no son ni funcionarios, ni públicos.»[607] La capacidad de adelantarse a los acontecimientos del primer ministro, tan útil durante la guerra, de pronto parecía extrema, alarmista e incluso antidemocrática. La emisión fue, según el biógrafo de Churchill, Roy Jenkins:[608] «La más temeraria de todas sus intervenciones famosas».[609]

La adopción por parte de Churchill de la crítica de Hayek hizo muy poco por realzar la reputación de éste. El apacible Attlee, apuntando a que el primer ministro se había inspirado en «una versión de segunda mano de las ideas académicas de un profesor austríaco», declaró: «Cuando anoche escuché el discurso del primer ministro […] por fin me di cuenta de cuál era su objetivo. Quería que los electores supieran lo grande que era la diferencia entre Winston Churchill, el gran líder en la guerra de una nación unida, y el señor Churchill, el líder del partido conservador. Tenía miedo de que los que habían aceptado su liderazgo durante la guerra le hubieran seguido después como muestra de su gratitud hacia él. Le doy las gracias por haberles decepcionado tanto».[610] Para sorpresa de Churchill —y Attlee— los laboristas habían vuelto con una mayoría aplastante, por el miedo de los electores a volver a las elevadas tasas de desempleo previas a la guerra cuando gobernaban los conservadores. Como explicó el político laborista Tony Benn: «Todos esos soldados dijeron "Nunca más. No volveremos al desempleo, a la Gran Depresión"».[611]

En Estados Unidos, Hayek recordó: «[el libro] fue acogido, incluso por una fracción muy extensa de la comunidad académica, como un esfuerzo malicioso de un reaccionario por destruir ideales muy elevados».[612] Alvin Hansen, destacado keynesiano de Harvard, en su artículo «The New Crusade against Planning»,[613] se unió a Keynes al apuntar que Hayek había hecho una distinción entre intervención buena y mala, y preguntó, como Keynes, dónde exactamente trazaría la línea Hayek.

El profesor T. V. Smith[614] de la Universidad de Chicago avivó el fuego, calificando el argumento de Hayek de «histérico», «alarmista», y «excesivamente estridente». «Ningún país ha incurrido todavía, consciente […] o inconscientemente en un servilismo cuyas presuposiciones sean democráticas»,[615]

escribió. Lo importante, escribió Smith, era «distinguir la planificación positiva de la negativa, en lugar de condenar toda la planificación. […] El autor no está en contra de la planificación. Como el resto de nosotros, sólo se opone a la planificación que mina la libertad».[616] «La preparación para una electrocución y para un electrocardiograma es la misma, hasta cierto punto»,[617] sugirió Smith. Lo difícil es distinguir una de otra.

Smith detectó un fallo más en el razonamiento de Hayek: que no era muy democrático planificar si los gobiernos elegidos democráticamente tenían que seguir los deseos del electorado de que se produjera la planificación. «El mayor éxito de la Constitución […] es que en un siglo y medio ha conseguido que la gente que no confiaba en el gobierno, lo acepte como amigo», escribió Smith. «Un gobierno democrático es el que eligen las propias personas.»[618]

Otro profesor de la Universidad de Chicago, Herman Finer,[619] respondió con *The road to reaction,* en el que descalificaba la «jungla de falacias» de Hayek. Luego continuaba: «El método de aprendizaje de Hayek es deficiente, su lectura incompleta, […] su conocimiento del proceso económico intolerante, sus cálculos de la historia falsos […], su ciencia política es casi inexistente, su terminología engañosa, su comprensión del procedimiento y de la mentalidad política de los británicos y de los estadounidenses gravemente defectuosa; y […] su actitud con los hombres y mujeres medios es de un autoritarismo truculento».[620] Describió el libro como «la ofensiva más siniestra que se había hecho en décadas para impedir que en un país emerja la democracia».[621]

En poco tiempo, quedó claro que, aunque tremendamente popular, *Camino de servidumbre* era un trabajo decisivo que no sólo dividía la izquierda de la derecha, sino también la derecha de la ultraderecha. La combativa libertaria Ayn Rand,[622] que raramente había coincidido con Hayek, y que cuando lo había hecho lo había calificado de «chaquetero»,[623] estaba indignada con el libro. En los márgenes de su ejemplar anotó comentarios ofensivos, en lo que acusaba a Hayek de «estar loco de remate», de ser un «loco abismal», un «idiota», y un «total y absoluto bastardo vicioso».[624]

A Hayek le sorprendió que en Estados Unidos pudiera verse inmerso en una batalla ideológica cáustica. Allí, recordó: «El gran entusiasmo provocado por el New Deal seguía en lo más alto. Y había dos grupos: los que estaban entusiasmados con el libro pero no lo habían leído —simplemente habían oído que era un libro que apoyaba el capitalismo— y la inteligencia estadounidense, que acababa de ser atacada por el virus colectivista y sentía que era una traición a los ideales que los intelectuales tenían que defender. Así que me vi expuesto a un ataque increíble, algo que nunca había experimentado en Gran Bretaña. Llegó incluso a acabar desacreditándome profesionalmente».[625]

En enero de 1946, Hayek y Keynes coincidieron en Cambridge. Hayek transformó la conversación sobre los libros elisabetianos en lo que, en su opinión, los seguidores de Keynes —parece ser que se mencionó a Joan Robinson y a Richard Kahn— estaban convirtiendo las ideas de Keynes, adaptándolas a sus propias necesidades. ¿No le molestaba a Keynes? ¿Qué podía hacer al respecto? «Tras un comentario no demasiado educado sobre las personas implicadas», recordó Hayek, «procedió a tranquilizarme explicándome que esas ideas no habían sido muy necesarias en el momento que las había lanzado. Continuó indicando que no tenía por qué preocuparme; que si alguna vez llegaban a ser peligrosos, podía acudir a él rápidamente para hacer cambiar la opinión del público —y con un movimiento rápido de mano, indicó lo rápido que podía hacerlo—.»[626] «Keynes confiaba plenamente en su capacidad para influir en la opinión pública», explicó Hayek. «Creía que podía manejar la opinión pública como si se tratara de un instrumento. Y por ese motivo, no estaba tan preocupado porque sus ideas pudieran ser malinterpretadas. "Oh, puedo rectificarlo en cualquier momento." Eso era lo que pensaba al respecto.»[627] Tres meses más tarde, Keynes murió.

El domingo de Pascua por la mañana, el 30 de abril de 1946, la presión de tener que vivir varias vidas frenéticas al mismo tiempo hizo estragos en el frágil cuerpo de John Maynard Keynes. Murió en la cama, en su granja de Tilton, East Sussex, de la afección cardíaca [628] que le había asediado en su madurez. Lydia y su madre estuvieron a su lado. Sólo tenía sesenta y dos años. El que había sido su oponente, Lionel Robbins, que le había acompañado a Estados Unidos para negociar la deuda de guerra británica, escribió a Lydia que Keynes «ha dado su vida por su país, como si hubiera caído en el campo de batalla».[629] Hayek también escribió a Lydia, describiendo a Keynes como «el único hombre realmente grande que he conocido, y por el cual sentía una admiración desaforada. Sin él, el mundo habría sido un lugar mucho más pobre para vivir».[630]

Hayek dijo a su mujer que con Keynes muerto, probablemente él era «el mejor economista famoso vivo», un comentario del que tuvo que «arrepentirse amargamente». «Seguramente, diez días después no sería cierto», recordó. «En ese preciso instante Keynes se convirtió en la gran figura y poco a poco fui siendo olvidado como economista.»[631] Como dijo unos cuarenta años después, «creo que a mediados de los cuarenta —supongo que pareceré muy vanidoso— tenía fama de ser uno de los dos economistas más controvertidos: uno era Keynes y el otro yo. Luego, Keynes murió y se convirtió en santo; y yo me desacredité a mí mismo publicando *Camino de servidumbre*, que cambió completamente la situación».[632]

14

Los años en la sombra

Mont-Pèlerin y Hayek se mudan a Chicago (1944-1969)

Hayek no se esforzó mucho por aprovechar el éxito que tuvo *Camino de servidumbre* en Estados Unidos. No le gustaba demasiado ser una figura pública y la aclamación que había recibido durante la presentación de su libro le resultaba incómoda. «Me pidieron que diera cinco series de conferencias en cinco universidades», explicó. «Imaginé unas charlas académicas muy tranquilas, que había preparado minuciosamente. […] Cuando estaba en alta mar, apareció la versión reducida de *Camino de servidumbre* en el *Reader's Digest.* Cuando llegué me dijeron […] que iba a recorrer el país dando una serie de conferencias. Yo respondí: "Dios mío, no lo he hecho nunca. No puedo hacerlo. No tengo experiencia en hablar en público". [Ellos dijeron], "Ahora ya no hay vuelta atrás".»[633]

A Hayek, las grandes audiencias le asustaban. «Prefería imaginarme un pequeño grupo de señoras mayores como las mujeres de Hokinson[634] de *The New Yorker*», recordó. «Le pregunté: "¿Qué tipo de audiencia esperan tener?". Ellos respondieron: "La sala tiene capacidad para tres mil, pero va a estar a tope". Dios mío, no tenía ni idea de lo que iba a decir.» Durante las siguientes semanas se recorrió Estados Unidos hablando a multitudes atentas. Se había convertido en un héroe. Con el tiempo llegó a disfrutar del papel de profeta y sabio, pero la vida de actor no formaba parte de su naturaleza. «Lo que hice en Estados Unidos me resultó una experiencia muy molesta», recordó. «De pronto te conviertes en actor y yo no tenía ni idea de que podía hacerlo. Pero cuando tuve la oportunidad de actuar ante una audiencia, empecé a disfrutar de ello.»[635]

Vale la pena preguntarse cómo habría acabado la batalla contra las ideas keynesianas si Hayek hubiera sido más *showman*. Keynes sabía vender sus ideas. Era un maestro de los artículos de opinión y le encantaba ser el centro de atención. Si Hayek hubiera tenido tanta confianza en sí mismo como Keynes, sus dotes comerciales y su gusto por actuar, hubiera sido capaz de convencer a más gente de que gestionar una economía no era deseable. Tenía confianza en sí mismo, pero puede que su fuerte acento y su naturaleza introvertida no sólo actuaran en su contra, sino también en contra de sus ideas. Un colega describió a Hayek en su

época como «muy correcto y más bien serio, corpulento, gracioso, lento, de discurso más bien pesado y que algunas veces pensaba cuál iba a ser su próxima frase».[636] Nada que ver con las cualidades de una estrella de los medios. Cualesquiera que fueran los méritos de la discusión entre Keynes y Hayek, Keynes siempre llevó la delantera, incluso después de su muerte.

Hayek era admirado, pero no caía tan bien, salvo a aquellos que le conocían bien. Tenía fama de rebelde, lo cual le hacía atractivo para los inconformistas pero no para aquellos a los que le hubiera gustado llegar. Keynes ofrecía una visión de futuro esperanzadora, en la que todo el mundo tenía empleo, y se basaba en una visión optimista de la naturaleza humana. Hayek era dubitativo y pesimista: probablemente los que querían hacer del mundo un lugar mejor para vivir acabarían provocando consecuencias indeseables. El libre mercado funcionaba mejor si se tomaban decisiones racionales basadas en el interés personal, y no funcionaba cuando estaba empañado por el idealismo. Así pues, optimistas e idealistas tendían a seguir a Keynes; los pesimistas encontraban en Hayek un guía serio y formal para los desengaños del mundo real.

Tras la gira de presentación de su libro por Estados Unidos, Hayek volvió a Inglaterra sin hacer mucho ruido. «En vida, Keynes había sido muy polémico, mucho. Tras su muerte, fue elevado a la categoría de santo. En parte porque el propio Keynes estaba muy dispuesto a cambiar de opinión, sus pupilos desarrollaron una ortodoxia: uno podía pertenecer a la ortodoxia o no. Más o menos al mismo tiempo, al escribir *Camino de servidumbre,* me desautoricé ante muchos de mis colegas economistas. Así que no sólo decayó mi influencia teórica, sino que, además, muchos de los departamentos [de la London School of Economics] empezaron a sentir aversión hacia mí.»[637]

En una conferencia que dio a principios de 1944, Hayek expuso el daño que le había hecho enfrentarse a las ideas progresistas. «Ojalá hubiera sido capaz de creer que una sociedad socialista planificada podía conseguir lo que sus defensores prometían», dijo. «Si hubiera podido convencerme de que tenían razón, habrían desaparecido las nubes que me impedían ver las expectativas de futuro con claridad.» Si hubiera bebido los vientos socialistas, «hubiera podido acabar siendo un líder en el que todos confiaran en lugar de un obstruccionista al que todos odiaran». «Independientemente de lo que sé de los economistas clásicos, hay que reconocer que nunca les dio miedo ser impopulares», dijo.

Hayek se sorprendió por la hostilidad con la que fue recibido *Camino de servidumbre*. Como explicó el periodista Ralph Harris:[638] «En los años cincuenta y sesenta, Hayek pasó por un período en el que fue muy odiado. Los académicos de izquierdas, que no eran en absoluto personas desagradables, no querían ni verle. En una ocasión, un profesor de filosofía de Oxford no quiso ni ver "a ese hombre"

[…] le odiaban profundamente».[639]

Con el tiempo, la aversión hacia las ideas de Hayek se transfirió a los que ofrecían una alternativa de libre mercado al keynesianismo. «Era como una especie de guerra religiosa, que criticar este noble ideal de socialismo, de justicia, de igualdad, era como profanar algo que estaba bien», explicó Harris. «Y un ataque a muchos de los que pensaban que el socialismo no sólo iba a llegar, sino que además era el objetivo último de una sociedad civilizada.»[640] Al mismo tiempo, las ideas del libre mercado adquirieron una dimensión tan religiosa que hizo que algunos de sus partidarios parecieran más discípulos de una secta secreta que buscadores de la verdad.

Hayek, rechazado por su país de adopción, pensó en trasladarse a Estados Unidos, pero como ya emigró a un nuevo país una vez, se le hacía muy cuesta arriba soportar otro cambio de cultura. La experiencia de su mentor Ludwig von Mises, que había escapado del nazismo huyendo a Nueva York y tuvo problemas para encontrar trabajo en el mundo académico estadounidense, no sugería a Hayek que fuera muy bien recibido. Además, le gustaba vivir en Inglaterra. Cuando en 1920 visitó Estados Unidos por primera vez, dijo: «Me consideraba muy europeo y no me sentí nada integrado. Pero en cuanto llegué a Inglaterra, me sentí como en casa».[641] Dos acontecimientos muy importantes que tuvieron lugar en su vida le harían cambiar de opinión.

Pero primero tuvo que hacer frente a un fenómeno con el que se había encontrado en su gira por Estados Unidos: el sentimiento de profundo aislamiento de los que, como él, seguían creyendo en la economía ortodoxa, pese a la extensa conversión al keynesianismo. «Fuera donde fuera, siempre me encontraba a alguien que decía que estaba totalmente de acuerdo conmigo, pero que al mismo tiempo se sentía profundamente solo en sus opiniones y no tenía a nadie con quien hablar de ellas», dijo. «Esto me dio la idea de reunir a todas esas personas, que vivían en gran soledad, en un mismo sitio.»[642]

Hayek quería liderar la oposición al keynesianismo. Todos sus colaboradores eran «economistas liberales», pero no todos eran seguidores de la escuela austríaca. Los «economistas liberales» creían que la economía y los mercados tenían que estar libres de interferencias. No había que confundirlos con los «liberales» de Estados Unidos, que defendían la libertad para que los individuos se comportaran como quisiesen en su vida privada, sin ningún tipo de inhibición, y que, por lo general, en su economía eran todo menos liberales. El conflictivo uso de la palabra «liberal» acabó convirtiéndose en una fuente de confusión constante.

En abril de 1938, Hayek dio el primer paso hacia el camino

contrarrevolucionario. El distinguido periodista y comentarista estadounidense Walter Lippmann se convirtió en el tema de un coloquio organizado en París para promocionar su libro *The good society,* que ponía de manifiesto la amenaza contra la libertad que suponían las sociedades planificadas como la Rusia soviética y la Alemania nazi. Hayek, Mises y Robbins fueron invitados, junto al sociólogo francés antimarxista Raymond Aron,[643] el economista de la Universidad de Manchester, Michael Polanyi,[644] el estudioso del libre mercado de Friburgo, Wilhelm Röpke,[645] y veinte más para hablar de «la crisis del liberalismo». Sus discusiones sirvieron para poco más que para sentar las bases de debates posteriores, pero en la mente de Hayek empezó a formarse una ambiciosa agenda de medidas que tomar después de la guerra. En cuando acabó la guerra, Hayek contactó con los que habían asistido al «Coloquio Walter Lippmann» y con otros pensadores que tenían ideas afines.

Hayek propuso una cumbre en el sentido más literal de la palabra, una conferencia de diez días, en abril de 1947, en el vertiginoso Hôtel du Park,[646] situado en lo alto del Mont-Pèlerin, sobre el lago de Ginebra, cerca de Vevey, en Suiza. Uno de los directivos del Schweirzerische Kreditanstalt subvencionó el 93 por ciento de los dieciocho mil francos suizos que costó el simposio. Albert Hunold,[647] empresario de Zúrich que representaba a los fabricantes de relojes suizos, desvió dinero destinado a un periódico liberal. Recibieron subvenciones de la Foundation for Economic Education de Irvington-on-Hudson de Nueva York y del libertario William Volcker Charities Fund de Kansas City (Missouri), que financió el viaje de los estadounidenses.[648]

Hayek invitó a unos sesenta, con todos los gastos pagados, y 37 de diez países aceptaron, la mitad aproximadamente de Estados Unidos. Para las generaciones de liberales subsiguientes, los que asistieron a la primera reunión en el Mont-Pèlerin fueron tratados con la admiración que los bien nacidos en Nueva Inglaterra profesaban a los que habían viajado en el *Mayflower.* Sabían que la palabra *pèlerin* en francés significaba peregrino. Los *pèlerins* que ascendieron al Hôtel du Parc, un complejo turístico más frecuentado por excursionistas que por intelectuales, con el funicular, eran un grupo dispar que se había unido por un sentimiento compartido de aislamiento y persecución. Como dijo el historiador George H. Nash:[649] «Los participantes, en lo alto de los Alpes suizos, eran muy conscientes de que eran una minoría y de que no tenían ninguna influencia sobre los políticos del mundo occidental».[650]

Entre los presentes, estaban Mises; Robbins; Frank Knight; George Stigler,[651] el economista de la Chicago School; Fritz Machlup, el economista de la escuela austríaca que huyó a América en 1933; John Jewkes,[652] el economista antiplanificación británico; Karl Popper,[653] el filósofo científico de la LSE; Henry Hazlitt, cuya encomiable reseña de *Camino de servidumbre* publicada en *The New*

York Times ayudó a asegurar el éxito del libro en Estados Unidos; William Rappard, director de la École des Hautes Études de Ginebra; Wilhelm Röpke, de Ginebra, que iba a reformar la moneda alemana; y Verónica Wedgwook,[654] la historiadora inglesa experta en la guerra civil y educada en Oxford que escribió artículos para *Time and tide.* Stigler bromeó —aunque sólo a medias— diciendo que la lista la integraban unos pocos más que «los amigos de F. A. Hayek».

De todos los que asistieron a la primera reunión, tal vez el más importante para el progreso práctico de las ideas de Hayek fue Friedman, el economista de Chicago, de treinta y cinco años, que disfrutaba de su primer viaje fuera de Estados Unidos. Friedman había conocido brevemente a Hayek en Chicago durante la gira de promoción de *Camino de servidumbre,* y fue invitado a sugerencia de la mujer de su hermano, Aaron Director,[655] miembro de la University of Chicago Law School. Director había conocido a Hayek en la LSE y fue decisivo para que la University of Chicago Press publicara *Camino de servidumbre.* El trío procedente de Chicago —Director, Stigler y Friedman— se refería bromeando al viaje como «un viaje pagado a Suiza […] para salvar el liberalismo»[656] y no esperaban hacer mucho más que jugar a las cartas. Stigler le pidió a Friedman que «enseñara a jugar al bridge a Aaron, y que ya buscarían un cuarto liberal y le enseñarían».[657] Como Friedman explicó: «Allí estaba yo, un joven estadounidense naif y provinciano, conociendo a gente de todo el mundo, que compartía los mismos principios liberales que nosotros; todos asediados en sus propios países, entre ellos algunos investigadores, algunos internacionalmente famosos, otros destinados a serlo; haciendo amistades que han enriquecido nuestras vidas, y participando en la creación de una sociedad que ha desempeñado un papel importante en la preservación y el fortalecimiento de las ideas liberales».[658]

En el discurso de apertura, Hayek empezó hablando del largo camino que había recorrido y del todavía más largo camino que tenía que recorrer y luego invitó a los presentes a hablar de «la relación entre la "libre empresa" y el orden realmente competitivo», el problema de «la inflacionaria y presionada economía que […] es la principal herramienta a través de la cual se fuerza un desarrollo colectivista en la mayoría de los países», la enseñanza de la historia, la relación entre el liberalismo económico y el cristianismo, el futuro de Alemania, las perspectivas de creación de una federación europea y el Estado de derecho.

«El lugar es increíblemente maravilloso», le dijo Friedman a su mujer en una postal que le envió a su casa. «Nos reunimos tres veces al día. […] Es bastante pesado, pero al mismo tiempo es muy estimulante.»[659] Las discusiones eran intensas y, por lo general, demasiado animadas. «Nuestras sesiones estaban marcadas por una enérgica controversia»,[660] recordó Friedman. Obviamente, había discusiones y desacuerdos. Durante una disputa entre Mises, Robbins, Friedman, Stigler y Knight sobre la redistribución de la renta, Mises irrumpió en la habitación

gritando: «¡Sois un puñado de socialistas!». En otra ocasión, Mises acusó a Haberler de comunista.[661] Como Friedman explicó: «Mises era una persona de convicciones muy firmes y era bastante intolerante con las diferencias de opinión».[662] Para enfriar el ambiente, se organizaron paseos para explorar las zonas montañosas colindantes. La atmósfera combativa de la primera reunión marcó el tono de las subsiguientes, provocando repetidas disputas y dimisiones a raíz de discusiones por diferencias imperceptibles para un extraño. Como Samuelson comentó irónicamente: «La cifra de dimisiones en Mont-Pèlerin nunca llegó a alcanzar la cifra de sus nuevos miembros».[663]

Tras más de una semana de debates, Robbins escribió una declaración de intenciones en la que decía que «los valores fundamentales de la civilización están en peligro». Robbins confirmó que la amenaza contra la libertad se había visto «incrementada por el auge de una visión de la historia que niega todas las normas morales y por el auge de las teorías que cuestionan la deseabilidad del Estado de derecho. A continuación dijo que se había visto incrementada por la pérdida de confianza en la propiedad privada y en el mercado competitivo». Concluyó diciendo que «el grupo no aspira a hacer propaganda. No trata de establecer una ortodoxia meticulosa y obstaculizadora. No está en línea con ningún partido en particular. Su objetivo es únicamente […] contribuir a la preservación y la mejora de la sociedad libre».[664]

Hayek estaba seguro de que la conferencia marcaría «el renacimiento del movimiento liberal en Europa».[665] Friedman la consideró como «un intento de compensar *Camino de servidumbre,* de iniciar un movimiento, un camino hacia la libertad».[666] Tardaron más de un año en organizar la segunda reunión, celebrada en 1949 en Seelisberg (Suiza), pero a partir de ahí, la sociedad se reunió anualmente.

En cuanto los keynesianos se enteraron de la reunión de Mont-Pèlerin, trataron de ridiculizar a sus simpatizantes calificándoles de fósiles. Una crítica de John Kenneth Galbraith: «El pequeño grupo de economistas del libre mercado se ha reunido en una montaña de los Alpes para crear una sociedad que, muy pronto, estará dividida en torno a la cuestión de si la Marina británica debería ser propiedad del gobierno o tendría que ser arrendada al sector privado».[667]

Animado por su nuevo proyecto, Hayek volvió a Inglaterra para enfrentarse a algo más desagradable. En 1926 se había casado con Helen Berta Maria von Fritsch, conocida como «Hella» en Viena. Durante veinte años, para amigos como Robbins, parecía el típico matrimonio feliz que había sido bendecido con dos hijos. Pero Hayek se había casado con Hella por despecho. De joven, en Viena, se enamoró de su prima, Helene, pero cuando en 1923 viajó a Nueva York, la distancia resultó ser excesiva, y «tras una serie de malentendidos»,[668] Helene se

cansó de esperar y se casó con otro.

Poco después Hayek se casó con Hella porque, según explicó, se parecía a Helene. Helle llegó a ser «una muy buena esposa para mí»,[669] dijo. Después de la guerra, en 1946, cuando Hayek estaba de visita en Viena, solo, se encontró con Helene y ésta le dijo que era libre y que podía casarse con él. Pese a los años que le había dedicado Hella, de la existencia de una hija de diecisiete años, Christine, y de un hijo de doce, Laurence, y en contra de su fe católica, Hayek decidió divorciarse de Hella y casarse con Helene. Dolida y enfadada, Hella se negó a concederle la separación y las negociaciones de divorcio se volvieron muy duras y amargas.

Hayek celebró la Navidad de 1949 con Hella y sus hijos en su acogedora casa familiar de Hampstead. Dos días después les abandonaba para siempre, cuando viajó a Nueva York para asistir a la convención de la American Economic Association. Sus finanzas le preocupaban más que la economía. Y para evitar el gasto de un divorcio polémico, deslizó una nota bajo la puerta de la habitación del hotel de Harold Dulan, catedrático del departamento de economía y empresa de la Universidad de Arkansas, en Fayetteville, en la que le pedía un puesto de profesor. El plan de Hayek era fijar su residencia en Arkansas, donde las permisivas leyes matrimoniales le permitirían obtener un divorcio barato. Dulan le concedió el trabajo y el tribunal supremo de Arkansas, el divorcio. Éste fue definitivo en julio de 1950. «Por fin lo he conseguido», explicó Hayek. «Estoy seguro de que no está bien y aun así lo he hecho», dijo. «Simplemente tenía necesidad de hacerlo.»[670]

El divorcio escandalizó a sus colegas de la LSE, pero a ninguno tanto como a Robbins, que se quedó perplejo cuando en febrero de 1950 Hayek dimitió de su puesto en la LSE. Robbins sintió que Hayek «se hubiera comportado de ese modo […] me resulta imposible sintonizar con su carácter y con sus principios que tanto he apreciado a lo largo de veinte años de amistad. Por lo que a mí respecta, el hombre que conocía está muerto». En los diez años que siguieron, el disgusto de Robbins era tal que dimitió de la Mont-Pèlerin Society en señal de protesta por el trato que había dado a Hella y dejó de tener contacto con Hayek. Los dos colegas no se reconciliaron hasta la muerte de Hella, cuando Robbins asistió a la boda del hijo de Hayek, Laurence, su ahijado, en 1961.

Hayek tenía que desaparecer. A la luz de sus dramas personales, su traslado a Estados Unidos puede ser considerado más una decisión tomada por razones financieras que un intento por explotar su recién estrenada fama de modelo de libertad. Necesitaba un sueldo mayor que el que tenía en la LSE para mantener a Hella y a los chicos, y al mismo tiempo a sí mismo y a Helene. Finalmente consiguió trabajo en la Universidad de Chicago aunque no fue nada fácil.

En Chicago se había sentido como en su propia casa durante la gira de

promoción de *Camino de servidumbre.* La University of Chicago Press era su editorial en Estados Unidos y le encantó haberse alojado en el Quadrangle Club de la universidad. (Por el contrario, la Universidad de Columbia lo puso en un dormitorio vacío inmenso, lo cual se tomó como cierto desaire político y personal.)

Nada habría complacido más a Hayek que trabajar en la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago. Pero después de dar una conferencia en el Economic Club de Detroit, se le acercó Harold W. Luhnow, presidente de la organización benéfica liberal William Volcker Charities Fund, que le había propuesto que escribiera una edición del *Camino* para los estadounidenses. Luhnow estaba dispuesto a pagarle diez mil dólares al año durante tres años. «No le tomé demasiado en serio»,[671] explicó Hayek, que no tenía muy claro trabajar para un conservador en lugar de convertirse en académico independiente de una universidad establecida.

Hayek trató de conseguir un puesto de profesor en el Institute for Advanced Studies de la Universidad de Princeton, pero no prosperó por el tema del salario. Así que Hayek decidió dirigirse a la Universidad de Chicago, e intentar conseguir un puesto en la Escuela de Economía, donde creía que podía ser bien recibido por estudiosos como Frank Knight y Jacob Viner.[672] La solicitud de Hayek fue acogida con entusiasmo por el presidente de la universidad, Robert Maynard Hutchins, un reformista educacional, que había abolido las fraternidades y el programa de fútbol, reformas que le habían hecho muy impopular en la facultad y entre los profesores conservadores de la escuela. La sugerencia de Hutchins de que Hayek se incorporara a la escuela cayó mal desde el principio, aunque la antipatía que suscitaba Hutchins no fue la única razón del rechazo.

«No es una persona a la que hubieran decidido incorporar», explicó Friedman. «No compartían su teoría económica. […] Si hubieran buscado por todo el mundo un economista para incorporar a su equipo, su elección no hubiera sido el autor de *Precios y producción*.»[673] La economía de la escuela austríaca de Hayek era considerada compleja y anticuada. La diferencia entre la filosofía de Hayek y la de la Escuela de Chicago es significativa. La defensa por parte de Friedman del enfoque liberal de la economía y la política de Hayek ignoraba las nociones austríacas de las «etapas de la producción» en favor de la regulación de la oferta de dinero por parte del gobierno, un proceso que los austríacos consideraban odioso. Y mientras que Hayek creía que el libre mercado tenía muchas ventajas, algunos académicos de Chicago, como Frank Knight, creían que podía ser tan ineficiente como la intervención del gobierno. No obstante, gracias a que tanto los austríacos como la Escuela de Chicago creían que los precios eran la clave para entender la economía, y que el libre mercado era preferible a la intervención, estas tradiciones rivales han acabado considerándose sinónimas.

El paso que dio Friedman en la economía, determinando la relación entre las limitaciones innecesarias de la oferta de dinero y las recesiones que seguían, demostró lo mucho que podían diferir los economistas de Chicago. A diferencia de Hayek y Mises, que creían que la actividad económica era demasiado compleja para poderla cuantificar y que las medias eran indicadores engañosos de la determinación de los precios por parte de los individuos, la investigación de Friedman dio por supuesta la noción keynesiana de observar la economía como un todo y utilizar las medias para determinar la causa y el efecto de los cambios económicos. Si bien tuvo mucho cuidado con criticar demasiado las nociones de la escuela austríaca de Hayek, Friedman nunca estuvo muy convencido de su mérito.

El valor de Hayek al atreverse a pronosticar las malas expectativas que incluyó en *Camino de servidumbre* también fue citado como prueba de que carecía del rigor intelectual esperado por la Escuela de Chicago. En opinión de John Nef, presidente del Chicago's Committee on Social Thought, algunos economistas de Chicago creían que *Camino de servidumbre* era «un trabajo demasiado popular para ser perpetrado por un investigador respetable. No había problema en tenerlo en Chicago siempre y cuando no se le asociara con los economistas».[674] En otoño de 1950, a sugerencia de Nef, Hayek pasó a ser profesor de ciencia moral y social del Committee on Social Thought, cátedra financiada parcialmente por la fundación Volcker. A pesar del desplante, Hayek aceptó el puesto.

Hayek quería iniciar su contrarrevolución escribiendo un libro que fuera tan bien acogido como *Camino de servidumbre.* Como explicó su biógrafo Alan Ebenstein: «Esperaba que *Los fundamentos de la libertad* acabara convirtiéndose en la *Riqueza de las naciones* [de Adam Smith], del siglo XX».[675] En los nueve años que siguieron, trabajó en un libro que explicaba por qué el Estado de derecho era la mejor opción para salvaguardar las libertades individuales de los gobiernos. Empezó con un breve repaso de la la noción de libertad y la elaboración del concepto del Estado de derecho que había expresado por primera vez doscientos años antes «el padre del liberalismo», el filósofo inglés John Locke, cuya obra inspiró tanto la Revolución francesa como a los padres fundadores de Estados Unidos. Locke declaró que todas las personas eran iguales y negó la lógica del derecho de un monarca a gobernar por derecho divino. Definió el «contrato social» entre hombres que vivían armónicamente en sociedad, y sugirió que el consenso era un prerrequisito para obedecer las leyes y los gobiernos. Lo que más atrajo a Hayek de la filosofía de Locke fue su afirmación de que una sociedad sólo podía ser considerada realmente libre si todos sus miembros eran considerados iguales ante la ley.

Hayek tomó la idea del Estado de derecho de Locke y siguió adelante con ella, afirmando que sólo la existencia del Estado de derecho podía garantizar el buen funcionamiento del libre mercado y que, sin embargo, en ausencia del Estado

de derecho, reinaba la tiranía. Criticado en cierta forma por el carácter sensacionalista de *Camino de servidumbre*, en *Los fundamentos de la libertad* suavizó deliberadamente su enfoque. «He tratado de llevar la discusión con los ánimos lo más calmados posible»,[676] escribió.

La primera conclusión general de *Los fundamentos de la libertad* es que para que los individuos no se vean sujetos a la coacción de los demás, el Estado tiene que coaccionar a algunos para que no coaccionen a otros. La segunda es que tanto la democracia como el capitalismo, con sus ideas de propiedad privada y de contratos ejecutables operando dentro de un libre mercado, requieren el Estado de derecho. «Probablemente nada ha contribuido tanto a la prosperidad de Occidente como la seguridad relativa de la ley»,[677] declara Hayek. El Estado de derecho proporciona a los ciudadanos la seguridad que necesitan para tomar decisiones sobre el futuro, que es un prerrequisito para hacer inversiones, y ofrece las condiciones necesarias para que las sociedades puedan hacerse ricas. Hayek presupone límites a la intrusión de las leyes en la vida privada de una persona, concediendo al individuo el derecho a disfrutar de lo que él denominaba «cierta esfera privada garantizada».[678] Fue el Locke de la era moderna.

A continuación Hayek se atrevió a adentrarse en un territorio más peligroso referente a los elementos fundamentales del sueño americano: que todos los hombres nacen igual y que para garantizar el trato justo a todos los ciudadanos, una administración tiene que aplicar políticas que hagan a sus ciudadanos iguales en estima. Hayek disecciona la palabra «igual» y, de paso, desautoriza la afirmación de Locke de que la mente adquiere sabiduría a través de la experiencia, no por herencia. «Últimamente se ha minimizado la importancia de las diferencias congénitas», escribió. «No tenemos que olvidar que los individuos son muy distintos desde el principio. De hecho, es sencillamente falso que todos "los hombres nacen iguales".»[679] No es de extrañar, quizá, que Hayek hubiera advertido en el prefacio: «No se puede decir que escriba como un estadounidense».[680]

Si bien Hayek aceptaba que todo el mundo tenía que ser considerado de igual valor, y ser tratado por igual ante la ley, creía que era ridículo que los gobiernos trataran de hacer que todo el mundo fuera igual, o que incluso trataran a todo el mundo por igual proporcionándoles los mismos recursos, ya que precisamente eran las diferencias entre las personas las que consideraba esenciales para el mantenimiento del progreso y la prosperidad. «El rápido avance económico que podemos esperar, parece, en gran medida, resultado de la desigualdad e imposible sin ella», escribió.[681]

Afirmó que, para el progreso de la civilización, era inevitable que algunas naciones se situaran por delante de otras. «Si hoy en día, en unas décadas, algunos países pueden adquirir un nivel de confort material que Occidente tardó cientos de

miles de años en conseguir, ¿no es evidente que su camino se ha visto facilitado por el hecho de que Occidente no se vio obligado a compartir sus logros materiales con el resto?»,[682] preguntó.

No dejaron de llegar opiniones controvertidas. Los conservadores que leyeron *Camino de servidumbre* podían haber tenido motivos para concluir que Hayek era uno de ellos; el libro era un desafío tan grande para los socialistas y los comunistas y apoyaba tanto el libre mercado que los conservadores lo consideraron como un manifiesto. En *Los fundamentos de la libertad*, sin embargo, Hayek les abrió los ojos con un epílogo titulado «Por qué no soy conservador».[683] Hayek declaró que era «liberal». «Uno de los rasgos fundamentales de la actitud conservadora es el miedo al cambio, una tímida desconfianza por lo nuevo», escribió, «mientras que la postura liberal se basa en el coraje y la confianza, en la voluntad de dejar que el cambio opere su curso aunque no podamos predecir a dónde nos llevará.»[684] Continuó: «La postura conservadora se basa en la idea de que en una sociedad hay personas notablemente superiores, con unos valores, unos principios y una posición que hay que proteger y que tienen más influencia en los asuntos públicos que los demás. Los liberales, obviamente, no niegan que haya personas superiores —no son igualitaristas— pero niegan que haya alguien con la autoridad necesaria para decidir quiénes son estas personas superiores». [685]

Hayek declaró que los conservadores eran como los socialistas y que ambos tenían ideas detestables, antidemocráticas. «El conservador no se opone a la coacción ni al poder arbitrario siempre y cuando se utilice para lo que considera fines adecuados. Cree que si el gobierno está en manos de hombres decentes, no tiene que estar muy restringido por reglas estrictas. […] Al igual que los socialistas, se ve con derecho a obligar a los demás a tener sus valores»,[686] escribió. «Lo cuestionable no es la democracia, sino el gobierno ilimitado, y no entiendo por qué la gente no aprende a limitar el alcance de la regla de la mayoría o la de cualquier otra forma de gobierno.»[687]

Sostenía que los conservadores estaban inspirados o movidos por el nacionalismo. «Esta tendencia al nacionalismo es la que suele permitir el paso del conservadurismo al colectivismo: pensar en términos de "nuestra" industria o recursos es prácticamente lo mismo, o está muy cerca de, pedir que estos activos nacionales sean dirigidos al interés nacional»,[688] declaró. «El nacionalismo de este tipo es muy distinto al patriotismo y […] una aversión por el nacionalismo es totalmente compatible con una profunda vinculación a las tradiciones nacionales.»[689] Escribiendo a la sombra de juicios teatrales anticomunistas conducidos por el House Un-American Activities Committee (Comité de Actividades Antiestadounidenses) y por el senador Joseph McCarthy, Hayek dejó caer que tenía poca paciencia con este tipo de desarrollos siniestros: «No es un argumento realista decir que una idea es antiamericana o antialemana, ni un ideal

erróneo o vicioso es mejor por haber sido concebido por uno de nuestros compatriotas».[690]

Hayek acabó de escribir *Los fundamentos de la libertad* el 8 de mayo de 1959, el día que cumplía sesenta años, y el libro fue publicado en febrero de 1960. Envió ejemplares firmados a Richard Nixon, Herbert Hoover, Walter Lippmann, John Davenport, Henry Hazlitt, al editor de *Time,* Henry Luce y a uno de los editores más importantes del *Reader's Digest,* confiando que la revista publicara una edición reducida, como había hecho con *Camino de servidumbre.* No sólo estaba en juego su proyecto de revivir el liberalismo, sino que además Hayek necesitaba dinero. Con dos esposas y dos hijos que mantener, y una jubilación que no le daba ninguna pensión, necesitaba desesperadamente que el libro se convirtiera en un *best seller*.

No fue muy bien acogido. Si bien recibió palabras estimulantes de los habituales, no logró despegar entre el gran público. Comparado con *Camino de servidumbre,* resultaba muy extenso y muy pesado. Como dijo Robbins: «No se puede decir que sea fácil de leer: los argumentos, aunque claros y bien planteados, requieren pausas frecuentes para la reflexión».[691] Para un libro que tenía la intención de hacer que los intelectuales reconsiderasen los conceptos básicos relacionados con la libertad, recibió muy poca atención, incluso entre la prensa especializada, y los pocos que lo hicieron lo criticaron y le encontraron muchos defectos, también aquellos que tendrían que haber estado de acuerdo con sus conclusiones.

Uno de ellos fue Jacob Viner, de Princeton, que, desde 1930, junto con Frank Knight, había orientado la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago en una dirección promercado. Viner se quejaba del exceso de simplicidad de Hayek, de contradicción y de método académico pobre, «de la ausencia manifiesta en el argumento de Hayek de dudas y objeciones y de su dificultad para sopesar los pros y los contras».[692] Reiteró la crítica que George Orwell había hecho a *Camino de servidumbre* de que Hayek únicamente había concentrado sus objeciones a la coacción en el sector público, cuando los mismos argumentos se podían aplicar a las corporaciones privadas. Viner criticó a Hayek por justificar los cárteles privados y al mismo tiempo oponerse a los sindicatos que monopolizaban la oferta de mano de obra.[693] Ridiculizó la propuesta de Hayek de un «impuesto plano» en el que todos pagaran lo mismo: «incluso en sus manifestaciones más extremas, la imposición progresiva [gravar más a los ricos que a los pobres] nunca ha llegado tan lejos como para que la "supervivencia" se haya vuelto más difícil para los ricos antes de impuestos que para los pobres».[694]

Viner rechazó el «darwinismo social» de Hayek, la idea de que, con el tiempo, los que mejor respondían a las demandas de la sociedad salían ganando, diciendo que se oponía a su rechazo al «historicismo»,[695] a que la historia dependía

de leyes inmutables y no de esfuerzos de los individuos, y dijo que la defensa de Hayek de un estado del bienestar limitado, con asistencia sanitaria universal y provisión de vivienda básica por parte del Estado, iba en contra de su rechazo a la «coacción» por parte del Estado. Estas contradicciones iban a «acabar con las reivindicaciones que Hayek había hecho en favor del *laissez-faire*» y serían «suficientes para causar problemas a muchos de los "libertarios" con los que suelen asociarle».[696] Pero por encima de todo, Viner reprendió a Hayek por alabar el crecimiento económico y la maximización de la renta por encima de todos los valores, como la religión o la democracia.[697]

En la reseña que Robbins escribió para *Economica,* se puso de manifiesto el distanciamiento que había entre los dos hombres. Robbins criticaba la definición de libertad de Hayek basándose principalmente en la falta de coacción. Seguramente, dijo Robbins, hubo algunas cosas positivas, como la democracia y el derecho a voto, «especialmente en el caso de las mujeres y de la gente de color», que fueron signos de auténtica libertad. «Es innegable que la democracia conlleva la libertad de destruir otras libertades, y podemos estar de acuerdo con […] el profesor Hayek en que, por este motivo, el gobierno popular es muy peligroso. Pero no es más que una de esas paradojas de la vida.»[698]

En cuanto a las objeciones de Hayek a la intervención del Estado, Robbins consideraba el enfoque de su antiguo amigo irracionalmente extremo. «Considero que cualquier muestra de escepticismo en relación con la estabilidad de las economías mixtas tiene poca base lógica o histórica»,[699] afirmó. Robbins sostenía, como Keynes, que la intervención del Estado para contribuir al bien público era tan mala como la sociedad en la que tenía lugar. En manos de una población benigna, la ayuda del Estado puede ser positiva. «Cuando veo las condiciones sociales de la Inglaterra contemporánea, con la población bien alimentada, los ciudadanos y sus hijos sanos y esencialmente decentes y humanos y lo comparo con lo que viví, cuando era joven, hace cuarenta años, percibo una mejora sólida y sustancial»,[700] escribió Robbins. «En cierto modo, Hayek tiene tendencia a […] asumir que las desviaciones de sus reglas acaban llevando al desastre. […] ¿Por qué tiene que actuar como si estas desviaciones pudieran acabar llevándonos a la desintegración social y al campo de concentración?»

Las desalentadoras críticas que recibió *Los fundamentos de la libertad* y las escasas ventas coincidieron con una crisis de la Mont-Pèlerin Society, que, tras varios años de perder y reducir su asistencia, se vio desgarrada por el faccionalismo, la animosidad personal y unas disputas internas, cuyos detalles fueron demasiado ridículos como para hacerlos públicos. Los problemas internos de una institución que Hayek consideraba como suya le agobiaron tanto que en la reunión de 1960 dimitió como presidente y se negó a asistir a la reunión de 1961.

Hubo otro acontecimiento desagradable. En 1960, Hayek sufrió su primer brote de depresión. Al año siguiente experimentó un leve ataque de corazón que no le fue diagnosticado correctamente y todavía se hundió más. En 1962, aún ansioso por no ser capaz de conseguir una buena situación financiera para su edad, y preocupado por dejar a Helene en la miseria, aceptó un puesto de trabajo en la Universidad de Friburgo en Alemania, a unos 150 kilómetros de la frontera austríaca. En ciertos aspectos, el traslado representaba una vuelta a casa; en otros, representaba la retirada, una especie de exilio. Después de más de veinte años viviendo sin el honorable prefijo «von», en Friburgo, empezó a presentarse como «Von Hayek». Aunque en 1964 fue nombrado presidente honorario de la MontPèlerin Society, la confusión y el desconcierto que imperaban en la organización se sumó a su sensación de fracaso. Se sentía aislado y, peor aún, ignorado. Como explicó en 1978: «Caía mal a casi todos los departamentos [de la universidad], tan mal que aun ahora puedo sentirlo. Los economistas solían tratarme como a un extranjero».[701]

Lo que pareció un último golpe a la confianza de Hayek llegó cuando su, en otro tiempo, gran amigo y máximo defensor, Lionel Robbins, atenuó su fe en las ideas del libre mercado y abrazó aspectos del keynesianismo. Para Robbins, el punto de inflexión se produjo cuando Hayek y Mises atribuyeron la culpa de la Gran Depresión de Estados Unidos a los empresarios, que habían tomado prestado demasiado dinero a un tipo de interés demasiado bajo y habían invertido en empresas que tenían pérdidas. Robbins, a su más fiel estilo británico, calificó esta explicación de «engañosa» y afirmó que la solución de Hayek a la depresión — dejar que el mercado encuentre su propio nivel suscribiendo inversiones erróneas y aumentando los tipos de interés para fomentar el ahorro y desalentar el consumo — era «tan inadecuada como negarle mantas y estimulantes a un borracho que se ha caído en un pozo helado, basándose en que su problema inicial era el exceso de calor».[702]

Al principio, Robbins aceptó el diagnóstico hayekiano y escribió un libro, *The Great Depression,* ateniéndose estrictamente al argumento de Hayek de que aplicar una política de mano dura a la malograda economía y a sus víctimas era la única forma de corregir el desequilibrio de capital y de sanear la economía. Pero luego describió el libro como «algo que me gustaría olvidar» y como «el mayor error de mi carrera profesional». Le invadía el remordimiento, no sólo porque compartió las ideas de Hayek, sino también por su lentitud a la hora de abrazar el keynesianismo. Según dijo: «A pesar de haber actuado de buena fe y con un fuerte sentimiento de obligación social, siempre me arrepentiré de no haber tenido políticas lo suficientemente opuestas para haber mitigado las dificultades económicas que estamos teniendo últimamente».[703]

En 1969, Hayek volvió a Austria por motivos financieros. La pequeña

Universidad de Salzburgo, que tenía un diminuto departamento de economía, había comprado su biblioteca por una suma decente, y su traslado le permitía seguir consultando sus libros y escribiendo. Ese mismo año, sufrió un segundo infarto, que una vez más no le fue diagnosticado correctamente. Durante los próximos cinco años, pasó por largos períodos de mala salud, dolor y depresión profunda, lo que le impidió trabajar durante algunos de ellos. Su debilitada condición se prolongó durante el resto de la década y tuvo que recurrir a los medicamentos antidepresivos.

Según Ralph Harris: «Cuando Hayek regresó a su Austria natal, estaba deprimido. El éxito de las economías mixtas hizo que sus teorías del libre mercado, y el propio Hayek, parecieran más irrelevantes que nunca».[704] «El mundo se había convertido en un mundo socialista. Parecía que nadie le escuchaba. Parecía que nadie estaba de acuerdo con él. Estaba solo.»[705] Hayek había tocado fondo. «Mi impresión fue: "estoy acabado"»,[706] confirmó.

15

La era de Keynes

Tres décadas de prosperidad americana sin precedentes (1946-1980)

Cuando murió, en 1946, Keynes fue honrado con ceremonias propias de un héroe. Sus cenizas fueron esparcidas en la Universidad de Sussex Down, cerca de su casa.[707] En una misa celebrada en la Abadía de Westminster, el primer ministro, Clement Attlee, presidió el duelo, que incluía a Lydia, su mujer, los ancianos padres de Keynes, la mayor parte del gabinete, el embajador estadounidense John Winant y una nutrida representación del grupo de Bloomsbury, Duncan Grant, Vanessa Bell, Clive Bell y Leonard Woolf. Estados Unidos le hizo un homenaje en la Catedral Nacional de Washington, D.C.

La muerte de Keynes no ralentizó lo más mínimo el avance de la revolución que llevaba su nombre. Lo que le había motivado a estudiar el ciclo económico fue reducir el desempleo masivo de la Gran Depresión, y la *Teoría general* ofrecía a los gobiernos una solución para evitar el paro. La ausencia de Keynes, sin embargo, dejó la revolución en manos de los keynesianos. Nunca más iban a verse atemperados por su sabiduría. El diferencial entre lo que Keynes quería conseguir y lo que los keynesianos hicieron en su nombre cada vez era más grande. Para algunos, como Hayek, Keynes había desencadenado una generación de economistas temerarios. Como dijo Alan Peacock, joven economista de la LSE, Keynes era el «Kerensky[708] de la revolución keynesiana»,[709] un líder moderado relegado por otros revolucionarios más agresivos.

En Gran Bretaña, Attlee, que como durante la guerra había sido viceprimer ministro, tenía bastante libertad de acción, dio un gran impulso a las reformas keynesianas. Según el biógrafo de Churchill, Martin Gilbert, en las coaliciones que se formaron en la guerra de 1942 «el discurso presupuestario fue totalmente keynesiano […] el uso de las estimaciones relativas a la renta y al gasto nacional para la elaboración del presupuesto fue un evento muy importante en la historia de la aplicación de la economía a la formación de políticas».[710] Las medidas más importantes que se tomaron fueron la creación de un estado de bienestar financiado por los contribuyentes y el pleno empleo como objetivo nacional. Ambas eran obras de William Beveridge, un exjefe de Hayek en la LSE que creía que «la responsabilidad última […] de conseguir la demanda de todos los que

están buscando trabajo tiene que ser asumida por el Estado».[711]

Hayek, que siempre había tenido muy mala opinión de Beveridge, era muy consciente de que el keynesianismo estaba siendo defendido por uno de sus primeros benefactores. «Nunca había conocido a un hombre que tuviera fama de economista y que supiera tan poco de economía», explicó Hayek.[712] El problema de Beveridge era que carecía de principios. «Era el típico abogado que se preparaba una presentación, la hacía y hablaba espléndidamente de ella, y a los cinco minutos ni se acordaba de qué iba»,[713] dijo Hayek.

Más desesperante para Hayek, tal vez, fue que el amanuense de Beveridge, tanto para el *Beveridge Report,* que presagiaba la nacionalización de la seguridad social y de la sanidad, como para el pleno empleo como política nacional, era el pupilo preferido de Hayek, Nicholas Kaldor. Hayek reconoció, con irritación, que «Kaldor, a través del *Beveridge Report,* ha hecho más por difundir el keynesianismo que nadie».[714]

La noción de pleno empleo como responsabilidad máxima de un gobierno no se limitaba a Gran Bretaña. En 1945, el primer ministro del gobierno laborista australiano, John Curtin, que asistió al funeral de Keynes en Londres, introdujo «el pleno empleo en Australia», obligando al gobierno a buscar trabajo para todos los que fueran capaces de trabajar. Ese mismo año, la Carta de las Naciones Unidas incluyó la promesa de que todos los gobiernos iban a luchar por conseguir «niveles de vida más altos, pleno empleo y condiciones de progreso económico y social».[715] En 1948, Naciones Unidas dio un paso más al declarar que «todo el mundo tiene derecho a trabajar, a elegir libremente su empleo, a unas condiciones de trabajo justas y favorables y a una protección contra el desempleo».[716]

Europa, destrozada por la guerra, se convirtió en el centro de estudios del keynesianismo. Con los rusos a las puertas de Europa occidental, Estados Unidos consideraba que había que aplicar al pie de la letra las lecciones de *Consecuencias económicas de la paz*: hay que impedir que se desarrollen las condiciones previas al extremismo. En lugar de castigar a los derrotados con la pobreza, los contribuyentes americanos les ayudaron a ser más prósperos con el Plan Marshall. Era impensable que países como Alemania, Japón e Italia volvieran al libre mercado. En 1946, el máximo exponente del keynesianismo, John Kenneth Galbraith fue nombrado asesor del Departamento de Estado de política económica en los países ocupados.

En Estados Unidos, el keynesianismo también seguía avanzando. En 1943, el National Resources Planning Board del New Deal había emitido una «nueva declaración de derechos» para «promover y mantener un alto nivel de producción y consumo nacional por todos los medios apropiados».[717] En el discurso anual State

of the Union (Estado de la Unión) de 1944, Roosevelt anunció «una segunda declaración de derechos» que iba a garantizar «el derecho a una protección adecuada de los perjuicios económicos causados por el envejecimiento, la enfermedad y el desempleo».[718] En enero de 1945, el senador demócrata James Murray,[719] de Montana, introdujo la Ley de Pleno Empleo, redactada con la ayuda de Alvin Hansen, el «Keynes americano», basándose en las ideas del economista del New Deal Leon H. Keyserling[720] en su ensayo de 1944 «The american economic goal».[721]

La ley era Keynes al cien por cien. Declaraba que «la empresa privada, dejada a su aire, no podía proveer pleno empleo y no podía eliminar períodos de depresiones económicas y de desempleo masivo»,[722] que «todos los americanos que pudieran y quisieran trabajar tenían derecho a tener un trabajo útil, remunerado, regular y a tiempo completo», y que el gobierno federal tenía que «proveer el volumen de inversión y gasto federal que fuera necesario […] para asegurar la continuidad del pleno empleo».[723] Nadie se fiaba de que Harry S. Truman,[724] el campechano, seguro de sí mismo y aficionado al piano senador de Missouri, que había sucedido a Roosevelt como presidente el 12 de abril de 1945, fuera a obedecer la instrucción del gobierno, así que pidieron a la rama ejecutiva que hiciera un presupuesto anual que estimara la producción necesaria para generar pleno empleo, y la producción que generaría la economía si no hubiera ningún tipo de estímulo federal. A continuación, el presidente tenía que proponer una legislación de «finanzas compensatorias» que estimularía la economía a través de la financiación con déficit, o en caso de falta de trabajo, reduciría el gasto para sofocar el exceso de demanda. La gestión de la economía estadounidense iba a ser asumida por el recién creado Council of Economic Advisers (Consejo de Asesores Económicos) en colaboración con el Joint Economic Committee of Congress (Comité Económico Mixto del Congreso). Como la de Naciones Unidas, la declaración consideraba el pleno empleo como un derecho humano básico.[725]

Los keynesianos estaban encantados. «El desagradable recuerdo de una década de más de diez millones de desempleados todavía no se ha borrado», escribió el economista del MIT Seymour E. Harris, «y los efectos de una reducción, que ya empezó, de 75.000 millones de dólares anuales del presupuesto bélico del gobierno federal nos afecta a todos». Predijo una pérdida en la década siguiente de unos 62 millones de puestos de trabajo. «¿Es posible que una economía no controlada pueda generar al menos un 50 por ciento más de consumo y tal vez cinco veces la inversión de los años treinta, y que lo haga a pesar de la fuerte carga impositiva?»,[726] preguntó.

Los keynesianos también tuvieron sus detractores. Gottfried Haberler, amigo de Hayek en Harvard, apuntó un error muy importante en la ley. «El riesgo es […] que las políticas en términos de gasto agregado sean excesivas», escribió. «Si

los desempleados se concentran en ciertas áreas e industrias "deprimidas", mientras que en otros sectores hay pleno empleo, el aumento general del gasto sólo servirá para provocar un aumento de los precios en el área de pleno empleo, y no tendrá mucho efecto sobre las industrias deprimidas. Luego, en plena inflación, se experimentaría la paradoja de la depresión y el desempleo.»[727] Hasta al cabo de treinta años no se demostró que Haberler tenía razón.

Los que estaban en contra del proyecto de ley tenían que detener una parte muy popular de la legislación, y emplearon argumentos que seguían muy de cerca las perpetuas objeciones de Hayek a las soluciones de Keynes. Los ciclos económicos y las depresiones que contenían eran fenómenos naturales que reflejaban actividad económica legítima y, por lo tanto, la legislación no podía ir en contra de ellos. El pleno empleo era una fantasía porque cierto desempleo era inevitable ya que los trabajadores se movían de una empresa a otra. La manipulación indebida del mercado laboral acabaría provocando situaciones muy difíciles. Además, los que se oponían al proyecto de ley argumentaban que no había medidas económicas adecuadas para estimar correctamente niveles de empleo futuros y estimular la economía apropiadamente. También estaban en contra de que el trabajo tuviera que ser un derecho humano, ya que acabaría generando mucho desencanto porque los estadounidenses esperarían algo que ningún gobierno les podría ofrecer.

Los conservadores del Congreso se aseguraron de que el proyecto de ley se suavizara considerablemente antes de que Truman lo convirtiera en ley en febrero de 1946. El título se cambió, pasando de la «Ley del Pleno Empleo» a simplemente la «Ley del Empleo». El «derecho» a tener un trabajo se convirtió en «responsabilidad del Gobierno Federal […] de promover el máximo empleo». La necesidad de que «el presidente transmita al Congreso […] un programa general […] para garantizar el pleno empleo» se convirtió en una vaga intención de mantener el pleno empleo. Y el presupuesto anual para la creación de puestos de trabajo fue degradado al menos preceptivo «Informe económico del presidente».[728]

A pesar de los compromisos y derrotas, los keynesianos creían que la nueva ley les sería de utilidad. Haría que la rama ejecutiva se hiciera responsable de la economía. Por primera vez, la administración asumiría el derecho a gestionar la economía, extendiendo los poderes ejecutivos mucho más allá de las obligaciones constitucionales actuales de control del dinero y el comercio. En los treinta años siguientes, los gobiernos de ambos bandos llevaron sus poderes al límite, manipulando la economía a través de los impuestos y de otras medidas similares en un intento por maximizar la prosperidad y ganar la reelección. La macroeconomía, la nueva rama de la sombría ciencia fundada inadvertidamente por Keynes, se convirtió en un instrumento oficial del gobierno estadounidense. Se utilizaron por primera vez los términos «microeconomía» y «macroeconomía»: la

microeconomía era el estudio de los elementos individuales de una economía; la macroeconomía estudiaba la economía como un todo, globalmente.

A Truman le interesaba muy poco la economía y tenía poco tiempo para los economistas. No era consciente de la encrucijada que suponían las disputadas teorías de Keynes y Hayek. No era consciente de la importancia de la Ley de Empleo ni de todo lo que iba a comportar. Cuando decidió elegir al presidente primero del Consejo de Asesores Económicos, ignoró la evidente reivindicación del keynesiano Alvin Hansen en favor de Edwin Nourse,[729] economista conservador del Brookings Institute. «Truman defendía totalmente la Ley del Pleno Empleo de Murray y del Council y cuando fue aprobada, escribió una carta manifestando su adherencia total, aunque en realidad no sabía de qué iba», explicó Nourse. «Se escapaba a su capacidad intelectual.»[730] Aun así, el presidente estaba encantado de atribuirse el mérito por el hecho de que todos los estadounidenses tuvieran un trabajo. En el mensaje del Estado de la nación de 1947 se vanaglorió de que «prácticamente había pleno empleo».[731]

El reino de Nourse no duró demasiado. En 1949 le sucedió Leon Keyserling, uno de los artífices de la Ley de Empleo y pieza clave del New Deal que creía fervientemente en el poder de la planificación para mantener un nivel de crecimiento elevado y el pleno empleo. Truman sintonizaba con las ideas keynesianas, aunque favoreció un presupuesto equilibrado y estableció una serie de recortes en defensa para financiar programas nacionales. «Leon, eres la persona más convincente que conozco», le dijo a Keyserling, «pero nadie podrá convencerme de que el gobierno se gaste un dólar que no tiene. Crecí en el campo.»[732] La guerra de Corea, en la que los norcoreanos, apoyados por los chinos, trataron de tomar el sur del país por la fuerza, iba a cambiar el debate. Cuando el renovado presupuesto militar provocó un aumento brusco en la inflación, Keyserling se opuso a la solución propuesta por la Reserva Federal de recortar el presupuesto de defensa y subir los tipos de interés para acabar con el aumento de los precios y propuso, en su lugar, manipular la economía para impulsar el crecimiento económico. La guerra de Corea proporcionó un buen pretexto para que los keynesianos volvieran a promover el gasto público a través del Departamento de Defensa, tendencia que se prolongaría durante décadas.

En 1948 la teoría keynesiana recibió un fuerte impulso con la publicación por parte de Paul Samuelson, alumno de Hansen en Harvard y profesor del MIT, de *Economía,* que acabó convirtiéndose en la biblia de los keynesianos. En las primeras ediciones, Samuelson ignoró la economía ortodoxa, sólo describió dos alternativas: «socialismo» y keynesianismo. Ni Mises ni Hayek ni la escuela austríaca tuvieron mención alguna. A lo largo de los sesenta años siguientes, se vendieron cuarenta millones de copias traducidas a más de cuarenta idiomas, lo que aseguró que el keynesianismo se convirtiera en la nueva ortodoxia del mundo

no comunista. Samuelson era para los keynesianos, lo que Alfred Marshall había sido para Keynes. «Me da igual quien redacte las leyes de la nación», dijo Samuelson, «siempre y cuando pueda redactar sus libros de economía.»[733]

El sucesor republicano de Truman, el líder de las fuerzas aliadas que derrotó a Hitler, Dwight D. *Ike* Eisenhower,[734] era un conservador que dudaba del acierto de muchas de las recomendaciones de Keynes. Como Hayek, temía más la inflación que el desempleo. Pero no había vuelta atrás, a los viejos tiempos en los que se permitía que la economía se gobernara sola. Según el profesor de ciencias políticas de Houston John W. Sloan, el exgeneral Ike «era el que más fuerza tenía a la hora de decidir la política macroeconómica de su gobierno» y se mostraba «siempre atento y generalmente asertivo en esta área política».[735] Eisenhower dependía de Arthur Burns,[736] el austríaco experto en ciclos económicos y presidente del Consejo de Asesores Económicos, que revisó considerablemente la posición conservadora en la gestión macroeconómica keynesiana. «Hace sólo una generación, muchos economistas y muchos ciudadanos creían que el gobierno tenía que permitir que estallaran depresiones económicas, con poca o ninguna interferencia», dijo. «Actualmente casi todos los estadounidenses coinciden en que el gobierno federal no puede permanecer ajeno a lo que ocurre en la economía privada, que tiene que hacer un esfuerzo por promover la expansión de la economía, y que el gobierno es responsable de hacer todo lo posible por evitar las depresiones.»[737] Fiel a su palabra, en la primera recesión de Eisenhower en 1954, al terminar la guerra de Corea, se aprobaron recortes impositivos de siete mil millones de dólares, a pesar de las quejas de los conservadores, que provocaron el déficit en el presupuesto federal. El biógrafo de Galbraith, Richard Parker, sugiere que «Ike podría haber sido el primer presidente republicano keynesiano».[738]

Cuando el gobierno de Eisenhower estaba llegando a su fin, la revista *Life* calificó su política económica de «prácticamente un modelo de manual de cómo aceptar y estimular un sistema de libre mercado».[739] El keynesianismo fue introducido en el gobierno a través del llamado «keynesianismo económico», garantizando que las tres breves recesiones de Eisenhower, la de 19531954, la de 1957-1958 y la de 1958-1959, se vieran minimizadas por el uso de «estabilizadores fiscales automáticos», instrumentos como el subsidio de desempleo y las ayudas sociales que aumentaban el gasto del gobierno cuando la economía se tambaleaba, y como consecuencia de una reducción de la renta y de los impuestos sobre la renta que caían cuando la economía se contraía, el aumento de los gastos y la reducción de los ingresos para mantener la magnitud de la economía. Si bien no estaba totalmente satisfecho con el auge del keynesianismo, en momentos de recesión, Ike estaba dispuesto a lanzarse a la financiación con déficit.

Eisenhower se gastó el dinero de los contribuyentes como ningún otro presidente había hecho, aunque tuvo que superar las objeciones conservadoras

justificando los gastos como esenciales para la seguridad nacional. La inmensa red de autopistas interestatales que se empezó a construir en 1956 —el ejemplo perfecto de un proyecto de infraestructura keynesiana— fue presentada como el programa «Autopista para la Defensa Nacional» y fue vendida a los conservadores como un medio para transportar provisiones en caso de una emergencia militar. La escalada de la guerra fría también favoreció al gasto en defensa,[740] sobre todo desde que los rusos enviaron un satélite al espacio, el Sputnik, en octubre de 1957. La carrera espacial que se desencadenó en los siguientes cincuenta años elevó el presupuesto anual de la NASA a la astronómica cifra de 18.700 millones de dólares, y más de 20.000 millones de dólares[741] más gastados en satélites y cohetes Pentagon. «Estamos viviendo bajo un curioso tipo de keynesianismo militar en el que Marte ha entrado a toda prisa para llenar la brecha que ha dejado la economía de mercado»,[742] escribió el historiador Richard Hofstadter en 1950. Hacia el final de su presidencia, Ike había gastado más en defensa que lo que Roosevelt se gastó para ganar la segunda guerra mundial.

Aun así, en el discurso de despedida de Eisenhower hubo ciertos vestigios hayekianos que advirtieron frente al corporativismo, o la conspiración de las compañías privadas contra el gobierno. Eisenhower lamentaba que el enorme gasto de su gobierno en armamento hubiera llevado a un «complejo militar-industrial».[743] «No podemos permitir que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras libertades o procesos democráticos», advirtió.[744]

Lo que mejor se recordaba de los cincuenta, sin embargo, era la infinita prosperidad que se había extendido por Estados Unidos. Era una recompensa perfecta para «la mejor generación» por haber ganado la guerra al fascismo. El consumismo era desenfrenado, neveras y lavadoras llenaban las casas ideales recién construidas y había un coche aparcado en cada puerta. Una era que se sigue recordando con nostalgia, como época de paz y plenitud. En Gran Bretaña, Harold Macmillan, keynesiano, ganó las elecciones de 1959 con el eslogan «Nunca habéis estado tan bien».

Eisenhower fue el primer presidente que entendió perfectamente que manipular la economía con las medidas keynesianas proporcionaba una ventaja electoral, aunque cuando llegó a las elecciones presidenciales de 1960, cambió ligeramente de argumento. Frente a un déficit de trece mil millones de dólares en el período 1958-1959, resultado de una minirrecesión que disparó el gasto en ayudas sociales y recortó los impuestos, Ike respondió a los ansiosos votantes con una ironía que no pasó inadvertida a los keynesianos ni a los conservadores, no enviar «gente que englobaría dentro del grupo de los derrochadores»[745] a Washington.

El electorado ignoró la advertencia de Ike y devolvió la mayoría demócrata

a ambas cámaras. En el último año en el cargo, Eisenhower estaba ansioso por no dejar un déficit presupuestario muy elevado como legado, e intentó recortar el gasto público. «Quiero reducir el gasto hasta el último centavo», dijo. Pero los demócratas, conscientes tal vez de que los recortes podrían desalentar la economía en vísperas de la lucha presidencial que enfrentaba al díscolo vicepresidente de Eisenhower, Richard Nixon,[746] con su joven defensor, John F. Kennedy,[747] recortaron todavía más los gastos, consiguiendo un sorprendente superávit de 269 millones de dólares. Al mismo tiempo, la Reserva Federal hizo que los créditos fueran más caros incrementando bruscamente el tipo de interés.

Como era de esperar, en abril de 1960 se inició una nueva recesión y los votantes echaron la culpa a los republicanos. Disponían de todos los recursos necesarios para hacer que la gente volviera a trabajar, recortar los tipos de interés, reducir impuestos y mantener la economía boyante y, sin embargo, habían decidido no hacer nada. El hecho de que entre 1952 y 1960 la inflación se hubiera mantenido en un 1,4 por ciento sirvió de muy poco. Kennedy hizo campaña con el eslogan «Hagamos que el país se ponga otra vez en marcha», y ganó, por muy poco. Una décima de punto porcentual (0,1 %) fue la diferencia del recuento de los dos candidatos. Si Eisenhower hubiera aflojado un poco, Nixon hubiera podido salir victorioso. En los años siguientes, Nixon se quejó de que Eisenhower hubiera limitado sus posibilidades de acceder a la Casa Blanca. Fue una lección muy dura que aprendieron todos los presidentes subsiguientes: el éxito en las urnas depende de gestionar la economía de forma que el ciclo económico esté en línea con el ciclo electoral de cuatro años. Los que se empeñaran en hacer «lo que había que hacer» a través del déficit presupuestario estarían condenados al fracaso.

Con John F. Kennedy, el joven y atractivo vástago del clan de Boston, Estados Unidos eligió a un presidente que por primera vez reconocía públicamente que iba a aplicar contramedidas keynesianas no sólo en lo más bajo del ciclo, sino como instrumento de política general, para impulsar la productividad del país. Sabía poco de economía, a pesar de que en Harvard tuvo a Galbraith como profesor. En una ocasión, Kennedy confesó ser incapaz de recordar la diferencia entre política fiscal y monetaria —es decir, entre los impuestos y el gasto fijado por la administración y la regulación de la oferta de dinero y el tipo de interés establecidos por la Reserva Federal— y que sólo se acordaba de que la Reserva Federal era responsable de la política monetaria porque el apellido del presidente de la Reserva Federal empezaba por «M», como *money*[748] (dinero en inglés). Kennedy se rodeó de keynesianos, entre ellos Galbraith, que escribió muchos de los discursos de JFK sobre economía. Cuando Kennedy asumió el cargo, Galbraith se instaló en el Executive Office Building con una curiosa indicación de JFK «para decirme no lo que tengo que hacer, sino lo que tengo que decir a los demás que hagan».[749]

Kennedy eligió como secretario del Tesoro a un republicano, C. Douglas Dillon, banquero de Wall Street, y como presidente de la Reserva Federal al prudente William McChesney Martin Jr.,[750] cuyo cometido definía como «eliminar la manzana de la discordia en cuanto el partido empezara a funcionar» —es decir, frenar la inflación que acompañaba al elevado gasto público incrementando los tipos de interés—.[751] Aparte de estos, Kennedy se rodeó de keynesianos. Al principio, se acercó a Samuelson para que presidiera el Consejo de Asesores Económicos, luego sondeó a Galbraith, que optó por convertirse en embajador en la India, antes de elegir a Walter Heller,[752] que bautizó el enfoque keynesiano del gobierno como «Nueva economía». Heller, que se incorporó al consejo junto con Kermit Gordon[753] y James Tobin, estaba convencido de que podía conseguir el pleno empleo —que ellos definían como un porcentaje de desempleo del 4 por ciento— sin inflación.

El objetivo económico de Kennedy era salvar el «diferencial de crecimiento», la diferencia entre lo que la economía americana producía cuando se dejaba en manos de la empresa privada y la economía plenamente productiva que creía posible si intervenía la administración. No era nada más que la teoría del «crecimiento perdido» de la Ley del Pleno Empleo con otra presentación. En su primer discurso en el Congreso, JFK se lamentó de que «más de 1,5 millones de desempleados —más de un tercio de todos los desempleados— podían haber tenido trabajo. De que en 1969 se hubieran podido conseguir 20.000 millones de dólares más de renta personal. De que los beneficios corporativos hubieran podido ser cinco mil millones de dólares más elevados. Todo esto se hubiera podido conseguir con la mano de obra, los materiales y las máquinas disponibles, sin agotar la capacidad productiva y sin generar inflación». Recordaba a Keynes durante la Depresión.

Kennedy continuó: «Una economía desequilibrada no produce un presupuesto equilibrado. Las rentas más bajas de las familias y las corporaciones se traducen en menos impuestos recaudados por el Estado. La ayuda a los desempleados y el coste de otras medidas destinadas a aliviar la economía aumentarán, indudablemente, a medida que la economía decaiga». Si la economía funcionara a pleno rendimiento, el aumento de los impuestos sobre la renta cubriría la deuda nacional. «La disminución de la deuda a un elevado nivel de empleo contribuye al crecimiento económico, liberando ahorros para que la empresa privada pueda invertirlos productivamente»,[754] declaró. Cuando aquella noche Kennedy llamó a Heller, le confesó: «Les doy puro Heller y puro Keynes y les encanta».[755] No es de extrañar que Arthur M. Schlesinger Jr., el Boswell de JFK, describiera a Kennedy como «indudablemente el primer presidente keynesiano».[756]

A pesar de la retórica keynesiana, Kennedy tenía muy en cuenta su poca ventajosa victoria sobre Nixon. Tenía miedo del ala más conservadora de los

demócratas, liderada por el senador Harry F. Byrd Sr. de Virginia, presidente del Comité de Finanzas del Senado, que se oponía incondicionalmente a los déficits. Durante dos años, Kennedy hizo muy poco por estimular la economía, aparte de las enormes sumas que se gastó en defensa y en programas espaciales, que al igual que Eisenhower, creía que eran esenciales para la seguridad nacional, argumento que ganó peso después de la crisis de los misiles en Cuba de 1962. El gasto militar y espacial representó tres cuartas partes del incremento del gasto durante toda la presidencia de Kennedy, y el presupuesto espacial aumentó todavía más, pasando de mil millones de dólares en 1960 a 6.800 millones cuatro años después.[757] Y a pesar de esta inyección masiva de dinero público, el desempleo siguió creciendo. En 1961 y 1962, la tasa de desempleo se mantuvo por encima del 5 por ciento. Cuando Keyserling fue llamado a declarar al Congreso, dijo, para indignación del presidente: «Están enviando un programa diminuto para hacer un trabajo gigantesco».[758]

Cuando finalmente Kennedy decidió actuar para crear pleno empleo, lo hizo de la forma más inesperada. Dirigiéndose al grupo de Wall Street en diciembre de 1962, anunció un plan que iba en contra de toda lógica. Era keynesiano con un pequeño giro. «No tenemos ninguna necesidad de contentarnos con una tasa de crecimiento que deje a buena gente sin trabajo y capacidad sin utilizar. […] Para incrementar la demanda y animar la economía, lo mejor que puede hacer el Gobierno Federal no es volcarse rápidamente en un programa de incrementos excesivos del gasto público, sino ampliar los incentivos y las oportunidades de gasto privado», dijo. «Resulta paradójicamente cierto que los tipos impositivos sean demasiado altos y que los ingresos por recaudación sean demasiado bajos y que la mejor manera de aumentar los ingresos a largo plazo sea recortando los tipos ahora.»[759]

Urgió al Congreso a recortar los impuestos sobre la renta en 10.000 millones de dólares, a pesar del déficit presupuestario. La primera vez que Heller y Samuelson propusieron los recortes, Kennedy se quedó muy desconcertado. «Mi campaña se ha basado en la responsabilidad fiscal y el equilibrio presupuestario y ¿me decís que lo primero que tengo que hacer es recortar los impuestos?»,[760] preguntó. Como Heller y Samuelson sabían, la iniciativa se basaba en la propuesta de Keynes en *Los medios para la prosperidad* de 1933, según la cual el recorte impositivo podía inyectar dinero en la economía e impulsar la demanda con tanta efectividad como el gasto público.

Algunos keynesianos —y casi todos los conservadores— refutaron la lógica del plan. Los keynesianos decían que el aumento del gasto federal era la forma más segura de dar un impulso a la economía, y los conservadores decían que recortar impuestos cuando había déficit presupuestario era una apuesta muy arriesgada. Galbraith se quejaba de que el recorte impositivo era una forma de keynesianismo

«reaccionario» que no podía resolver tan bien los problemas públicos como el gasto enfocado, bien dirigido.[761] Además, el recorte impositivo era inflacionario. A Heller, sin embargo, no le gustaba arriesgarse. Operaba de acuerdo con las últimas nociones neokeynesianas que querían ofrecer una forma más predecible de gestionar la economía. En su «modelo Harrod-Domar», el protegido de Keynes, Roy Harrod y Evsey Domar,[762] de Harvard, se habían basado en la teoría del multiplicador de Kahn para predecir la influencia que los recortes impositivos podían tener en el crecimiento económico. Y el propio Heller, trabajando con su colega Robert Solow,[763] tuvo en cuenta el trabajo realizado por un profesor de economía de la LSE, el neozelandés William Phillips,[764] que en 1958 había postulado en un gráfico llamado «curva de Phillips», una correlación entre la reducción del desempleo y el aumento de la inflación. Heller creía que al definir la política de acuerdo con la curva de Phillips, había encontrado la forma de conseguir el pleno empleo sin provocar un aumento de los precios.

La propuesta de JFK de recortar impuestos languideció en el Senado, pero tras su asesinato en noviembre de 1963, el presidente en funciones Lyndon Johnson prometió continuar con el legado de su predecesor. Johnson no era economista, aunque mostraba un gran interés por los consejos que Heller y otros le ofrecían. «Se sentía particularmente fascinado, por ejemplo, por la situación de la economía y por su capacidad para recordar indicadores clave y preguntar a sus asesores económicos sobre varios indicadores»,[765] recordó el asistente especial de LBJ Douglas Carter.[766] Johnson utilizó todos los trucos que había aprendido en sus décadas en el Congreso y sus propias estrategias para convencer a los conservadores de ambos partidos de que aprobaran el recorte impositivo propuesto por Kennedy, en 1964, disminuyendo los impuestos sobre la renta y reduciendo el nivel máximo del 91 al 65 por ciento. Al cabo de cuatro años, quedó muy claro que los que habían criticado el recorte impositivo, tanto de derechas como de izquierdas, se habían equivocado. La recaudación impositiva federal alcanzó los cuarenta mil millones de dólares,[767] mientras que el crecimiento económico pasó del 5,8 por ciento en 1964 al 6,4 por ciento en 1965 y al 6,6 por ciento en 1966. La tasa de desempleo pasó del 5,2 por ciento en 1964 al 4,5 por ciento en 1965 y al 2,9 por ciento en 1966.[768] La inflación se mantuvo por debajo del 2 por ciento en 1964 y 1965, aumentando hasta el 3,01 por ciento en 1966. La apuesta de Kennedy había sido espectacularmente fructífera. Como la penicilina, el keynesianismo era el nuevo fármaco milagroso.

En diciembre de 1965, *Time* eligió a John Maynard Keynes «hombre del año». Keynes era lo máximo, la torre de Pisa, la sonrisa de Mona Lisa. «Hoy, aproximadamente veinte años después de su muerte, sus teorías siguen siendo de gran influencia en la economía del mundo libre», afirmó *Time.* «En Washington, los que formulan las políticas económicas de la nación han utilizado los principios keynesianos no sólo para evitar los violentos ciclos de los días previos a la guerra,

sino para producir un crecimiento económico fenomenal y para conseguir unos precios remarcablemente estables.»

¿Cómo lo habían hecho los economistas de Washington? «Por su adhesión a la línea argumental central de Keynes: la economía del capitalismo moderno no funciona a pleno rendimiento de forma automática, pero con la intervención y la influencia del gobierno, se puede conseguir que lo haga a ese nivel.» Los «planificadores» odiados por Hayek tenían el control. «Los economistas […] se sientan tranquilamente junto a prácticamente todos los líderes importantes del Gobierno y las empresas, que cada vez les piden que prevean, planifiquen y decidan más», proclamó *Time.* El keynesianismo había convencido incluso a los empresarios más inflexibles. «Han empezado a dar por hecho que el Gobierno intervendrá para evitar la recesión o ahogar la inflación, [y] ya no creen que la financiación con déficit sea inmoral. […] Ni tampoco creen, en lo que tal vez sea el cambio más importante, que el Gobierno vaya a ser capaz de liquidar totalmente su deuda, del mismo modo que General Motors o IBM consideran aconsejable liquidar sus obligaciones a largo plazo.»[769] Para algunos orgullosos, las extravagantes afirmaciones formuladas en las teorías de Keynes sugerían que la ascendencia keynesiana había llegado a su punto más alto.

Fortalecido por una economía y unos impuestos sobre la renta en expansión, Johnson se dispuso a preparar su legado. En mayo de 1964, en la Universidad de Michigan en Ann Arbor, declaró: «Tenemos la oportunidad de avanzar no sólo hacia una sociedad rica y poderosa, sino hacia la Gran Sociedad».[770] Prometió acabar con la pobreza y la desigualdad social, proteger el campo, educar a todos los niños, y «reconstruir la totalidad del Estados Unidos urbano». Equipado con una victoria aplastante sobre el ultraconservador Barry Goldwater[771] en las elecciones de 1964, Johnson, el ávido New Dealer de los años treinta, se embarcó en un vasto programa de gasto público. Como explicó el representante de Arkansas Wilbur Mills:[772] «Johnson siempre fue un derrochador, en cierto sentido, distinto a Kennedy. Creía que se podía estimular más la economía a través del gasto público que del gasto privado».[773] El programa de Johnson era tan radical como todo lo que Franklin Roosevelt había intentado. Amplió los derechos civiles a los afroamericanos, se embarcó en una «guerra contra la pobreza» mediante programas de ayuda social federales, y creó Medicare para ofrecer asistencia médica a los mayores de sesenta y cinco años y Medicaid para los que no podían permitirse un seguro médico.

La década de los sesenta fue de una riqueza sin precedentes. Mientras los cincuenta habían sido años de una afluencia generalizada, los sesenta convirtieron al trabajador medio en acomodado. Lujos como la televisión en color, los viajes en avión y un segundo coche se convirtieron en algo muy común. El trabajo duro dio paso al aumento del tiempo de ocio. Y lejos de introducir el autoritarismo, como

Hayek había predicho, la nueva riqueza que la planificación keynesiana produjo ofrecía nuevas libertades. Las mujeres, los afroamericanos y los jóvenes empezaron a disfrutar de su recién estrenada libertad. La revolución keynesiana fue acompañada de una revolución cultural que cuestionaba las costumbres tradicionales de una sociedad más pobre, más anticuada.

El milagro keynesiano siguió funcionando para Johnson. La productividad aumentó, el sueldo neto de los trabajadores se dobló con respecto al de los años de Eisenhower, y el desempleo pasó del 4,5 por ciento en 1965 a una media del 3,9 por ciento en los cuatro años siguientes. Johnson aumentó el porcentaje de presupuesto federal destinado a programas para combatir la pobreza del 4,7 por ciento en 1961 al 7,9 por ciento en 1969. Aparte de estos ajustes domésticos, Johnson intensificó la guerra contra los comunistas insurgentes de Vietnam del Sur. Con prácticamente medio millón de estadounidenses destinados a Vietnam, el gasto en defensa pasó de 49.500 millones de dólares en 1965 a 81.200 millones en 1969. El presupuesto seguía teniendo superávit, pero estaba disminuyendo muy deprisa, y la inflación empezaba a subir, llegando hasta el 4,2 por ciento en 1968. Un aumento del impuesto sobre la renta en 1968 para detener el incremento de los precios hizo muy poco por mantener la economía en equilibrio. Pero fue la guerra, no la economía, la que provocó la caída de Johnson, y su partida marcó el principio del fin de la «Gran Sociedad».

Richard Nixon llegó a la Casa Blanca en enero de 1969 sugiriendo que estaba dispuesto a frenar la oleada keynesiana. «En la década de los sesenta, el gobierno federal se gastó cincuenta y siete mil millones de dólares más de lo que ingresó en impuestos», dijo Nixon en el discurso del Estado de la unión en 1970. «Millones de estadounidenses se han visto obligados a endeudarse hoy porque el gobierno federal decidió endeudarse ayer. Tenemos que equilibrar el presupuesto federal.»[774] Concluyó que el pleno empleo impulsado por el déficit había causado la escasez de mano de obra que estaba provocando el aumento de los salarios y de los precios. Para contrarrestar la inflación, Nixon dio instrucciones a su conservador equipo económico, entre el que se encontraba Paul McCracken,[775] director del Consejo de Asesores Económicos; Herbert Stein,[776] miembro del Consejo que pronto sería sucesor de McCracken; y George Schultz,[777] director de la Oficina de Administración y Presupuesto, para que equilibraran el presupuesto recortando bruscamente los gastos.

Los recortes, sin embargo, coincidieron con una suave recesión en la que el desempleo pasó del 3,9 por ciento en enero de 1970 al 6,1 por ciento a final de año.[778] En línea con la idea de Nixon de que el desempleo le había hecho perder la carrera presidencial en 1960,[779] Nixon cambió de táctica, diciendo que quería «un presupuesto de pleno empleo, un presupuesto diseñado para estar en equilibrio si la economía operaba a su máximo potencial. Si gastamos como si hubiera pleno

empleo, ayudaremos a conseguir el pleno empleo». Propuso un presupuesto expansionista para «estimular la economía y crear nuevas oportunidades de trabajo para millones».[780] Era keynesianismo puro lo que llevó a Nixon a declarar en enero de 1971: «Ahora, en economía, soy keynesiano».[781] Como Stein explicó: «Proclamarse keynesiano no le hizo recibir buenas críticas de los economistas keynesianos y, sin embargo, suscitó las críticas de los republicanos indignados».[782]

El tono de candidez del discurso de Nixon del Estado de la unión en 1970 disimuló la estrategia que había detrás de su cambio de opinión. «Reconozco la popularidad política de los programas de gasto», dijo, «especialmente en un año de elecciones.» Nixon, el más oportunista de los presidentes posteriores a la guerra, dejó que su ambición dirigiera la economía no tanto para beneficiar el interés de la nación como el suyo propio, para garantizar su reelección. Sus tácticas keynesianas le asegurarían que sería, en palabras de Stein, «criticado tanto por los liberales como por los conservadores».[783] Milton Friedman, asesor económico de Nixon durante la campaña de 1968, concluyó: «Nixon ha sido el más socialista de todos los presidentes de Estados Unidos del siglo XX».[784]

Quien empujó a Nixon hacia el keynesianismo fue el exgobernador demócrata de Tejas, John Connally,[785] que había sido confidente de Johnson, y al que Nixon había nombrado secretario de Estado en diciembre de 1970. En medio del clamor de votantes y legisladores, liderados por el presidente de la Reserva Federal, Arthur Burns, para que la administración «hiciera algo» con la languideciente economía, Nixon convocó una cumbre de asesores en Camp David en junio de 1971 para hablar del plan a seguir. Se encontró con una situación muy caótica. Stein sugería «una política fiscal más estimulante, mediante el recorte impositivo o el aumento del gasto o ambos»,[786] mientras que Shultz proponía recortes del gasto y austeridad. Nixon decidió no hacer nada, política conocida como «los cuatro noes: no aumento de gastos, no recorte impositivo, no control de precios y salarios y no devaluación del dólar».[787]

Al cabo de unos meses, sin embargo, Nixon dio una perfecta vuelta de campana. En línea con lo que denominaba su «nueva política económica», aprobó la devaluación del dólar seguida de la retirada del dólar del patrón oro; un estímulo financiero de impuestos más bajos y más gastos que sumergió el presupuesto federal en un déficit de cuarenta mil millones de dólares; créditos federales baratos para impedir que la compañía aeronáutica Lockheed quebrara; y en agosto de 1971, la prohibición legal de aumentar precios y salarios. Más tarde, se abandonó el libre comercio y se impuso un impuesto a la importación del 10 por ciento. Fue un giro de ciento ochenta grados que hizo estremecer hasta a los keynesianos. Una parte muy importante del legado de Keynes, el sistema de cambio de moneda fijado con respecto al dólar Bretton Woods, desapareció en un instante. Pero el resto era keynesiano en extremo. William Safire, columnista

conservador y autor de los discursos de Nixon en 1960 y 1968, invocó al fantasma de Carlos Marx: «¡Partidarios del *laissez-faire* del mundo, uníos! No tenéis nada que perder, salvo a vuestro Keynes».[788] Nixon ordenó intervenirle el teléfono.

Nixon aprobó una serie de medidas de intervención para evocar la prosperidad que consideraba esencial para su reelección. Cuando un enojado congresista republicano protestó: «Voy a tener que quemar muchos discursos que denunciaban la financiación con déficit», el presidente replicó: «Estoy en el mismo barco».[789] «Siempre había la idea de que si se podía [controlar el precio y la renta] durante un tiempo, uno podía acabar teniendo las cosas bajo control y luego podía volver atrás [y dejar que los precios y la renta encontraran su precio de mercado]», explicó Shultz. «Pero lo cierto es que este tipo de cosas son más fáciles de hacer que de deshacer.»[790] Toda posibilidad de Nixon de controlar su destino económico se vino abajo por el cuádruple incremento del precio del petróleo, impuesto por el cartel petrolífero árabe, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), en 1973-1974 para castigar a Estados Unidos por haber rearmado a Israel durante la guerra del Yom Kippur. El resultado fue precios más altos y freno al crecimiento económico. Instrumentos tradicionales como la curva de Phillips parecían haber dejado de ser útiles. El bajo o nulo crecimiento económico fue acompañado de inflación en una combinación hasta entonces considerada imposible, denominada «estanflación».[791] La era de Keynes estaba agonizando. Había llegado la era de la estanflación.

Frente a un débil oponente como George McGovern, Nixon caminó hacia la derrota en las elecciones de 1972. Aunque en verdad, fue el robo de la central del partido demócrata en el Watergate Hotel de Washington D.C., no las piruetas que hizo con la economía, lo que desencadenó la precipitada salida de Nixon del Despacho Oval en 1974. Sin duda, la estanflación llevó a la desaparición de su desafortunado sucesor, la exestrella de fútbol americano de la Universidad de Michigan Gerald Ford,[792] que presidió con tipos de inflación y de desempleo que no se habían experimentado desde la Gran Depresión. Una de las últimas cosas que hizo Nixon fue nombrar al ultraconservador Alan Greenspan[793] director del Consejo de Asesores Económicos.[794] Greenspan había recibido los halagos de Nixon durante años y estaba encantado de no estar implicado en la política de cambio radical que introducía controles de precios y renta. Pero no pudo hacer mucho por salvar a Ford. Observó desde la barrera cómo el amigable presidente soportaba las presiones de una serie de asesores contradictorios que le hacían pasar de una supuesta panacea a otra.

Ford logró un breve compromiso cuando en un congreso demócrata se accedió a frenar el gasto y recortar impuestos en 9.000 millones de dólares; las cifras económicas empezaron a moverse en la dirección adecuada. La inflación cayó del 9,2 por ciento en 1975 al 4,88 por ciento en noviembre de 1976, mes de las

elecciones presidenciales.[795] El desempleo también cayó, de un máximo del 9 por ciento en mayo de 1975 a un 7,8 por ciento en noviembre de 1976. Pero el cambio llegó demasiado tarde para salvar a Ford. La estanflación le había condenado.

Se demostró que la teoría keynesiana de que era imposible que el desempleo y la inflación aumentaran simultáneamente era falsa, lo cual minó la confianza en muchas de sus teorías. La seguridad en las teorías de Keynes para gestionar la economía se había hecho pedazos. «La estanflación era el fin del keynesianismo naif»,[796] observó Milton Friedman. Los economistas, que habían llegado a saberlo todo, se habían quedado sin explicaciones. «En Washington emergió un remarcable consenso en relación con la política económica; una convergencia de actitudes entre la izquierda liberal y la derecha conservadora», explicó Greenspan. «De repente todo el mundo quería frenar la inflación, recortar la financiación con déficit, reducir la regulación y promover la inversión.»[797]

Pero las viejas teorías eran difíciles de abandonar. El siempre sonriente cultivador de cacahuetes de Georgia y exsubmarinista Jimmy Carter llegó a la Casa Blanca con la promesa keynesiana de devolver el pleno empleo a Estados Unidos. En 1978, aprobó la Ley del Pleno Empleo Humphrey-Hawkins,[798] una repetición de la Ley del Pleno Empleo de 1945, que obligaba al presidente y a la Reserva Federal a prolongar la demanda agregada lo suficientemente alta para mantener el pleno empleo. En aparente contradicción, la ley también obligaba al presidente y al Congreso a equilibrar tanto el presupuesto como la balanza comercial. Al igual que Canute[799] luchando contra las mareas, los legisladores estaban demostrando su impotencia. Buenas intenciones y mayorías en el Congreso no bastaban para combatir la estanflación. Ni tampoco Carter era la persona adecuada para liderar Estados Unidos en una nueva y dolorosa dirección, como puso de manifiesto en su intento más evidente de decir una serie de verdades «intragables», en un desagradable discurso que sugería que el país estaba sufriendo «una crisis que golpea el corazón, el alma y el espíritu de nuestro país».[800]

El hecho de que la estanflación también afectara al resto de los líderes mundiales, como al desafortunado primer ministro británico James Callaghan, sirvió de muy poco a Carter, para quien el tiempo pasaba muy deprisa. En octubre de 1978 anunció medidas antiinflacionarias, que incluían una nueva era de austeridad, una serie de regulaciones empresariales, exenciones tributarias para la industria, la congelación de la contratación federal, y una promesa de reducir el déficit federal a la mitad.[801] Todas ellas iban a necesitar de un tiempo para funcionar, y mientras tanto el ciclo electoral estaba resultando más corto que los períodos entre recesiones.

Carter sufrió un golpe mortal en enero de 1979 cuando la Revolución islámica en Irán generó una gran confusión en Oriente Medio. El presidente se vio

atrapado en una segunda crisis del petróleo que rivalizaba con la de 1973, resultando en una severa reducción del abastecimiento de crudo. Impuso controles de precios a la gasolina, lo cual provocó largas colas en las estaciones de servicio. Nombró a Paul Volcker,[802] demócrata de toda la vida, presidente de la Reserva Federal, con la misión de incrementar los tipos de interés para sofocar la demanda que supuestamente estaba siendo la raíz de la inflación. La incapacidad de Carter para tener controlados los precios a tiempo para las elecciones de noviembre de 1980 fue un regalo para su rival republicano, el apuesto, afable y prometedor Ronald Reagan, que preguntó a los votantes: «¿Estáis mejor que hace cuatro años?». La respuesta fue un rotundo no.

Pero Carter no era el único que estaba pasando por un mal momento, John Maynard Keynes también. Treinta y cuatro años después de la muerte del gran hombre y más de cuarenta años después de la publicación de la *Teoría general,* parecía que el keynesianismo había llegado a su fin. Daba la impresión de que, como cuando se abusa de un medicamento milagroso, los dispensadores de su remedio habían aplicado demasiado elixir demasiado a menudo. Había llegado el momento de hacer un replanteamiento radical de la teoría económica que durante tanto tiempo Hayek y sus aliados habían estado trazando.

16

El contraataque de Hayek

Friedman, Goldwater, Thatcher y Reagan (1963-1988)

El momento más difícil de Hayek estaba a punto de pasar. Había advertido a la Mont-Pèlerin Society de que podrían pasar décadas hasta que los defectos de la teoría de Keynes fueran evidentes. Lo que no había tenido en cuenta, sin embargo, fue que la posibilidad de salvación estaba cercana, en la curiosa forma de Milton Friedman, cuñado de Aaron Director. Hayek y Director se llevaban bien, tal vez porque al llevar ambos gafas metálicas, tener poco pelo y llevar un bigote al estilo Groucho Marx, se parecían mucho.

En 1943, el economista vienés amigo de Hayek, Fritz Machlup, le había enseñado el manuscrito de *Camino de servidumbre* a Director, que a su vez se lo pasó a Frank Knight en Chicago. A pesar de la escéptica reseña de Knight, la Universidad of Chicago Press accedió a publicarlo. La decisión resultó ser muy rentable para la editorial, y setenta años después, las ventas del libro seguían siendo muy elevadas. Director, hayekiano devoto, elocuente y persuasivo, que estaba en contra de los subsidios del gobierno, clamaba contra los impuestos a la importación y se oponía a los sindicatos, leyó el libro y describió a Hayek como «nuestro más consumado historiador del desarrollo de las ideas económicas».[803] Pero fue el vínculo familiar lo que propició la contribución de Director al éxito de la larga marcha de Hayek hacia el resurgimiento del liberalismo económico. La hermana de Director, Rose, le había conocido en Chicago, donde en su clase de economía se había sentado cerca de Milton Friedman, que en esa época era keynesiano, y se había enamorado de él. Poco antes de que la pareja se casara, en 1938, Director le dijo bromeando a Rose: «Dile que no utilizaré sus inclinaciones hacia el New Deal en su contra». Director llevó a Friedman a la primera reunión del Mont-Pèlerin.

En los años treinta, Friedman, que había nacido en Brooklyn, era un socialista que tras haber obtenido varios títulos en Rutgers, Chicago y Columbia, siguió el camino de muchos jóvenes economistas ansiosos de tomar parte en el New Deal de Roosevelt, aceptando un trabajo en el National Resources Committee en Washington D.C. Como explicaría: «Personalmente para nosotros, el New Deal era un salvavidas».[804] Al terminar la guerra, volvió a Chicago y empezó a

simpatizar con las ideas del libre mercado de Frank Knight y George Stigler. Un miembro de la Mont-Pèlerin Society, Stanley Dennison,[805] economista de Cambridge, animó a Friedman a solicitar una beca Fulbright, que consiguió para estudiar en Cambridge, y ahí es donde conoció a los keynesianos. Entre otros, hizo amistad con Richard Kahn, el inventor del multiplicador, con Joan Robinson, que mantenía viva la llama de Keynes, y con Nicholas Kaldor, que había sido uno de los más prominentes pupilos de Hayek.

Al igual que Keynes y Hayek, Friedman sentía mucha curiosidad por el ciclo económico y empezó a explorar las causas de la Gran Depresión. Estudió detenidamente todos los *períodos de bonanza económica* y de depresiones que había habido en Estados Unidos desde mediados del siglo XIX y descubrió que cada caída había sido precedida de una explosión en la oferta de dinero.[806] Volviendo a analizar los datos de la Gran Depresión, dedujo que si entre 1929 y 1933, la Reserva Federal hubiera aumentado la oferta de dinero reduciendo los tipos de interés en lugar de contrayéndola bruscamente, la depresión sólo hubiera durado un par de años. Según Friedman, por lo tanto, la Gran Depresión era el resultado de una «gran contracción», de un desastre humano que podría haberse evitado. Para mejorar el ciclo económico, Friedman sugería llevar un control muy estricto del crecimiento económico, dejando que la oferta de dinero creciera muy lentamente, una política que acabaría conociéndose como «monetarismo».[807]

Friedman concluyó que Keynes había malinterpretado la situación. «Keynes […] creía que la Gran Contracción […] ocurrió a pesar de las agresivas políticas expansionistas de las autoridades monetarias», escribió Friedman. «Los hechos son justamente lo contrario. […] La "Gran Contracción" (*Great Contraction*)[*] es el testimonio trágico del poder de la política monetaria, no, como Keynes […] creía, la evidencia de su impotencia.»[808] El remedio que proponía Keynes para el desempleo eran las obras públicas. Hayek había intentado demostrar que esta política dirigía la mano de obra hacia industrias que, en cuanto el estímulo desaparecía, quebraban. Friedman abordó a Keynes desde otra perspectiva: una economía que está experimentando una recesión muy profunda no necesita nada más que una adecuada, aunque no demasiado generosa, oferta de dinero. La determinación del nivel adecuado de dinero resultaría en un «nivel de empleo natural», que podría ser o no el pleno empleo, mientras que un exceso o defecto de dinero en el sistema resultaría en desempleo o inflación.

A pesar de la revelación de Friedman, los Estados Unidos de los sesenta seguían siendo fieles al keynesianismo. Era «maravillosamente simple», escribió Friedman. «Qué magnífica propuesta: para los consumidores, gastad más de vuestra renta y vuestra renta aumentará; para los gobiernos, gastad más, y la renta agregada aumentará en un múltiplo de vuestro gasto adicional; bajad los impuestos, y los consumidores gastarán más con el mismo resultado.»[809] Si bien a

Friedman le sabía muy mal que Keynes hubiera dado un cheque en blanco a los políticos, no fue tan duro con él como Hayek. «Creo que la teoría de Keynes es adecuada por su simplicidad, su concentración en unas cuantas magnitudes fundamentales y sus beneficios potenciales», escribió. «Me he visto obligado a rechazarla […] porque creo que ha sido rebatida por la evidencia.»[810]

Friedman creía que «lo que Keynes había legado a la economía técnica era muy positivo», pero que su legado político era muy negativo. «Ha contribuido considerablemente a la proliferación de gobiernos demasiado grandes cada vez más interesados en controlar la vida diaria de sus ciudadanos»,[811] escribió. Friedman asoció su análisis económico, que debía muy poco a Hayek, a la aversión hayekiana por la intervención del Estado. Friedman estaba a favor de recortar impuestos no sólo porque creía que los individuos sabían mejor que los políticos cómo tenían que gastar su dinero, sino también porque al recortar impuestos, había que reducir el gasto del gobierno.

Friedman se hizo eco del pesimismo de Hayek en relación con las posibles consecuencias de la intervención. «Independientemente del análisis económico», escribió, «es probable que tarde o temprano, la dictadura benevolente acabe derivando en una sociedad totalitaria.» Pero creía que la última carta que Keynes había escrito a Hayek, sugiriendo que el que la intervención acabara o no en tiranía dependía de que un país estuviera respaldado por un fuerte sentido de la justicia, explicaba el motivo por el cual el estado de bienestar en Gran Bretaña y Escandinavia no había conducido al totalitarismo. De acuerdo con Friedman, Gran Bretaña tenía «una estructura aristocrática» caracterizada por «si no […] una meritocracia completa, al menos algo en esa dirección, algo en lo que *nobleza obliga* era más que un estereotipo sin sentido». Además, Gran Bretaña disfrutaba de «unos empleados públicos considerablemente incorruptibles» y de «una ciudadanía que acataba la ley». Se mostraba menos optimista con la posibilidad de que un estado del bienestar benigno pudiera echar raíces en Estados Unidos. «[Estados Unidos] no tiene tradición de tener unos empleados públicos incorruptibles o capaces», escribió. «El amiguismo ha influido en las actitudes públicas. […] En consecuencia, el legado político de Keynes ha sido menos efectivo en Estados Unidos.»[812]

Friedman fue muy generoso con los logros de Hayek. «La influencia de Friedrich Hayek ha sido enorme», manifestó tras la reunión de la Mont-Pèlerin Society en Hillsdale (Michigan) en 1975. «Su trabajo se ha incorporado al cuerpo de la teoría económica técnica; ha tenido una influencia muy importante en la historia económica, la filosofía política y la ciencia política; ha influido en estudiantes de derecho, de metodología científica e incluso de psicología. […] [Y sobre todo ha fortalecido] el apoyo moral e intelectual a una sociedad libre.» Friedman no tuvo ningún problema en atribuir a Hayek el mérito de inspirar «a muchos de sus

compañeros a creer en una sociedad libre», aunque también dijo «no puedo decir lo mismo de mí, ya que en este sentido, fui influido por mis profesores de la Universidad de Chicago, antes de conocer a Hayek o su trabajo».[813]

La teoría económica de Friedman no tenía su origen en la teoría del capital de la escuela austríaca que Hayek apoyaba; de hecho, Friedman era crítico con la mayor parte del trabajo que Hayek había hecho en economía. Sin embargo, siempre se había deshecho en elogios con Keynes, por la originalidad de su mente y por haber inventado la macroeconomía. Pero independientemente de lo que pensara de Hayek como economista, asumió encantado el reto planteado por éste de intentar reducir el tamaño del gobierno. El liberalismo de Friedman, que respetaba las virtudes del individualismo y tenía sus reservas para con los poderes del Estado, encajaba perfectamente con la innata desconfianza que Hayek sentía por el gobierno. Ambos creían que la inflación era un problema mucho más grave que el desempleo.

Hayek siempre había advertido a sus seguidores de que se mantuvieran al margen de la política, por miedo a que se vieran comprometidos. Friedman era más pragmático. «Tenemos que actuar dentro del sistema tal como es», escribió. «Podemos lamentarnos de que el gobierno tenga los poderes que tiene; como ciudadanos, podemos hacer todo lo posible por convencer a nuestros conciudadanos de que eliminen estos poderes; pero puesto que existen, por lo general, aunque no siempre, es mejor que sean ejercidos eficiente que ineficientemente.»[814]

En 1964 Friedman se adhirió a la campaña presidencial del liberal conservador y senador de Arizona Barry Goldwater, que, a diferencia de los más destacados republicanos de la época, estaba en contra de los poderes del gobierno federal. Desde donde se encontraba Goldwater en Phoenix, los sofisticados mundos de Washington D.C., y de la Costa Este, parecían muy lejanos. Su perspectiva desde la frontera occidental le llevó a creer que un estado centralizado no tenía que interferir demasiado en los asuntos de los individuos.

En su manifiesto *Conscience of a conservative,* Goldwater declaró: «Me interesa muy poco racionalizar el gobierno o hacerlo más eficiente, lo que quiero es reducir su tamaño».[815] «Estaba muy influido por»[816] *Camino de servidumbre* y detestaba la influencia de Keynes, particularmente en los gobiernos republicanos. Al igual que Hayek, que estaba en contra de la imposición progresiva porque implicaba que el Estado no trataba a todo el mundo por igual, Goldwater creía que «el gobierno tiene derecho a reclamar un porcentaje igual de la riqueza de todos, y no más».[817]

Friedman conoció a Goldwater en 1961 o 1962, a través del asesor del

senador Bill Baroody del American Enterprise Institute, conservador, que se lo presentó, y a menudo los tres solían discutir sobre cómo poner en práctica las nociones de Hayek. Friedman contribuyó a los discursos de Goldwater y en muchas ocasiones tuvo que explicar el programa del senador. «El control gubernamental centralizado de la economía […] nunca ha sido capaz de proporcionar libertad ni un nivel de vida decente a la gente», escribió Friedman en una presentación de la campaña de Goldwater en *The New York Times*. Si bien declaró que Goldwater «apoyaba plenamente» la Ley de Empleo de 1946 para «promover el pleno empleo y estabilizar los precios», Friedman advirtió que «primero recurriría a la política monetaria» para satisfacer estos objetivos.[818]

La contribución de Friedman suscitó una brusca respuesta de Paul Samuelson, el mayor promotor del keynesianismo, profundamente inspirado en *Camino de servidumbre* que sugería que la filosofía de la «libertad» contenía un defecto fatal. «Tu libertad acaba donde empieza la del vecino», sostenía Samuelson. «La mayoría del electorado de las economías mixtas del mundo occidental no consideran las reglas que se ponen a sí mismos como un poder coercitivo impuesto por un monstruo externo», escribió. «Sólo puedes ver el gobierno como algo externo a la gente, si perteneces a la minoría que piensa que la regla de la mayoría ha funcionado muy mal en el mundo americano.»[819]

Ganara quien ganara esa refriega, no hay ninguna duda de quién ganó las elecciones de noviembre de 1964: la victoria de Johnson sobre Goldwater fue aplastante. La apabullante derrota parecía ir en contra de todas las expectativas de poner en práctica las ideas de Hayek y Friedman. Y, sin embargo, desde el punto de vista de Friedman, se sacó algo bueno de ello. Como voz pública de la política económica de Goldwater, entre la opinión pública se había ganado una reputación de conservador y heredero natural de Hayek. Y la campaña que había nacido en Phoenix acabó creando un fénix de su propiedad en la figura de Ronald Reagan.[820]

Durante años, Reagan había promovido entre los trabajadores de General Electric la filosofía de la autoayuda y un gobierno de dimensiones reducidas. Durante la Depresión, su padre, Jack, había aceptado un trabajo para el New Deal en Dixon (Illionis), para ayudar a los desempleados a buscar trabajo. El joven Ronnie había sido testigo del sufrimiento de su padre al ver las contradicciones del sistema de prestaciones sociales: cuando Jack encontraba trabajo para una persona, esa persona dejaba de recibir el subsidio de desempleo, dejándole peor que cuando no estaba trabajando.

Aparte de esta lección de la vida, al llegar a Hollywood, Reagan aprendió otra, que la imposición progresiva proporcionaba un desincentivo al trabajo. Como actor que ganaba más de cinco millones de dólares al año, en 1937 tuvo que pagar el 79 por ciento de sus ingresos y hasta el 94 por ciento en 1943. «Sabía lo que

hacía», explicó. «Me ofrecían guiones pero, cuando había llegado a cierto nivel de ingresos, los rechazaba. No estaba dispuesto a trabajar por seis céntimos de dólar.»[821]

Cuando después de la segunda guerra mundial, en Hollywood se pusieron de moda los tipos duros como William Holden en lugar de los hombres pulcros, cuidados y bondadosos tipo Reagan, éste descubrió que nadie requería sus servicios, a pesar de que tenía que pagar una enorme cantidad de impuestos por los años que había estado ganando mucho dinero. Amenazado por la ruina financiera, concluyó que los impuestos no servían para nada más que para impulsar un sistema de derroche y dependencia.

En el Eureka College de Illinois, Reagan había estudiado economía mucho antes que Keynes. Aunque no era un intelectual, Reagan era un lector muy ávido, un hábito que había adquirido durante las interminables horas de espera en los platós y, al tener miedo a volar, en los largos viajes que había tenido que hacer. A pesar de su sentido del humor, su gusto por los libros no tenía nada de frívolo. «He leído las teorías económicas de Von Mises y Hayek», explicó.[822]

Reagan conoció a Goldwater en casa de los padres de su mujer Nancy, que se habían jubilado en Phoenix. Había poco en común entre los dos hombres y sin embargo Reagan pensó que la postura política de Goldwater se ajustaba bastante a la suya. En 1964 accedió a copresidir la campaña de Goldwater para el estado de California y tras su habitual ataque a los impuestos elevados y al gobierno en el club Cocoanut Grove de Los Ángeles, le pidieron que se dirigiera a todo el país, por televisión, para presentar la campaña presidencial de Goldwater.

La emisión de «A Time for Choosing»[823] de Reagan llegó demasiado tarde para salvar a Goldwater de la derrota, pero causó sensación entre los conservadores, aumentando de la noche a la mañana su popularidad entre ellos y lanzándole hacia una trayectoria que se iniciaría en la mansión que tenía el gobernador en Sacramento y acabaría en la Casa Blanca.

Friedman conoció al gobernador Reagan en Los Ángeles en 1967. Reagan conocía a Friedman por el libro que había publicado en 1962, *Capitalismo y libertad,* y le contrató para que le ayudara a reducir la dimensión del gobierno de California. Reagan dijo que iba a proponer una enmienda a la Constitución del Estado para limitar la cantidad que el Estado podía gastar y gravar al año, y contrató a Friedman para que hiciera campaña con él para vender la idea. Aunque la iniciativa fracasó en 1973 por no conseguir la mayoría necesaria, Reagan y Friedman se consolaron pensando que habían iniciado un movimiento que había prosperado en otros estados, como Maine, Michigan, Missouri, Montana, Nebraska, Oklahoma y Oregón.

Las extraordinarias dotes de comunicador de Reagan dieron un gran impulso popular al mensaje de Hayek y Friedman. «Reagan conocía personalmente a Hayek. Conocía personalmente a Milton Friedman», explicó Newt Gingrich.[824] «Seguramente no verías nunca a Hayek en el *Today show*, pero podías ver a Reagan explicando lo esencial de la teoría de Hayek con ejemplos más claros y un lenguaje más comprensible.»[825]

Reagan tuvo que esperar su turno para llegar a la presidencia. En 1968 hizo un primer intento, pero Richard Nixon pareció demostrar más derecho a ocupar la candidatura. Además, parece ser que Reagan se vio afectado por los aparentes celos que Goldwater sentía por «el líder del movimiento conservador estadounidense». En junio de 1968, Goldwater escribió a Reagan urgiéndole a unir sus delegados con los de Nixon para que los republicanos pudieran unirse. Nancy Reagan pensó que la carta suponía una traición tal que se aseguró de que en los ocho años de la presidencia de Reagan, Goldwater no recibiera ni una sola invitación a la Casa Blanca.

Friedman se convirtió en asesor económico informal de Nixon. «[Nixon] era tremendamente ambicioso y aparentemente estaba dispuesto a renunciar a los principios que procesaba al menor indicio de ventaja política»,[826] explicó Friedman. Durante la campaña presidencial de 1968, en Mission Bay, California, Nixon, considerado defensor del libre mercado, habló a Friedman y a otros miembros del comité de asesoramiento económico, de que quería aplicar una serie de aranceles a los productos textiles de importación. «Creía que de su postura en la protección de los textiles iba a depender que ganara o perdiera un par de estados cruciales del Sur», explicó Friedman. «Sabía que económicamente era un error hacerlo.»[827] Cuando Nixon fue elegido presidente, Friedman siguió a su lado como asesor.

En junio de 1971, desoyendo el consejo de Friedman de mantener la oferta de dinero muy controlada, Nixon le dijo que sugiriera al presidente del consejo de la Reserva Federal, Arthur Burns, un aumento en la oferta de dinero. «Yo protesté, diciendo que no era deseable que se produjera un aumento rápido del dinero porque podría acabar incrementando la inflación», explicó Friedman. «Nixon estuvo de acuerdo, pero dijo que primero promovería el crecimiento económico y se aseguraría de que la economía se expandiera antes de las elecciones de 1972. Le contesté que tal vez no valía la pena ganar las elecciones, si para ello había que experimentar un aumento considerable de la inflación más tarde. Nixon dijo algo así como: "Ya nos ocuparemos cuando llegue el momento".»[828]

En agosto de 1971, Nixon puso fin al sistema de cambio Bretton-Woods. Si Friedman, ferviente detractor del BrettonWoods, tenía algo que celebrar, iba a durarle muy poco: Nixon también impuso un precio legalmente obligatorio y la congelación de la renta. «La última vez que vi a Nixon en el Despacho Oval, con

George Shultz», explicó Friedman, «el presidente Nixon me dijo: "No le eches la culpa a George por esta tontería del control de salarios y precios". […] Le respondí: "Oh, no, señor presidente, no le echo la culpa a George, se la echo a usted".»[829] Frieman se quedó de piedra con lo que descubrió de Nixon: no había conseguido recortar el gasto federal a un porcentaje de la renta nacional y había introducido reglas para gobernar el entorno en una gran cantidad de nuevas agencias del gobierno. Como dijo Herbert Stein, asesor económico de Nixon: «Seguramente durante la administración Nixon se impusieron más nuevas regulaciones a la economía que en ninguna otra desde el New Deal».[830]

Como hemos visto, el año 1974 fue un *annus horribilis* para los keynesianos. La reputación de Hayek, sin embargo, iba en aumento. Su esfuerzo por restaurar la influencia del liberalismo económico recibió un gran impulso ese mismo año cuando le concedieron el Premio Nobel de Economía. El premio le sorprendió y también a los keynesianos. Como explicó Samuelson: «En 1974, la mayoría de los ocupantes de las salas de profesores de Harvard y del MIT parecían no conocer siquiera el nombre de este nuevo laureado».[831]

El argumento que respaldaba la decisión del comité del Nobel de reconocer la contribución de Hayek a «un trabajo pionero en la teoría del dinero y las fluctuaciones económicas» no recibió toda la aprobación que parecía. Hayek tuvo que compartir el honor con Gunnar Myrdal,[832] economista sueco, keynesiano y socialdemócrata. Según Friedman,[833] al unir a Myrdal y Hayek, el comité del Nobel esperaba evitar que le acusaran de simpatizar con la izquierda. El doble premio causó una controversia considerable, Hayek declaró que los Premios Nobel de Economía eran absurdos y que no valía la pena ni darlo ni recibirlo, y Myrdal condenó al comité del Nobel por haber premiado a Hayek.

En cualquier caso, conservadores y liberales acogieron muy bien el premio de Hayek como prueba de que sus décadas de trabajo contra sus principios habían dado frutos. El premio supuso un importante estímulo personal para Hayek, cuyos años de depresión clínica parecieron desvanecerse al recibir el premio. «El Premio Nobel que recibió en 1974 fue decisivo para él»,[834] explicó su amigo Ralph Harris. Según el historiador conservador George H. Nash, el Nobel de Hayek tuvo un triple efecto: «Dio al anciano profesor un nuevo aliciente en su vida, dio a los conservadores estadounidenses una sensación de solidez y de logro, y renovó el interés del público por el pequeño libro [*Camino de servidumbre*] que le había hecho famoso».[835]

El momento de su discurso «The Pretence of Knowledge»,[836] al recibir el Nobel, elegantemente vestido con frac y pajarita, ante una nutrida representación de dignatarios internacionales, fue el más importante de la vida de Hayek. Al puro estilo Hayek, ignoró el protocolo de evitar la controversia y dio una explicación

sincera de por qué no había sucumbido nunca a la revolución keynesiana. Exaltó las virtudes de la teoría del capital austríaca y llamó la atención sobre las amenazas a la libertad de las que advertía en *Camino de servidumbre*.

Con cierta satisfacción, Hayek declaró: «Como profesión, hemos hecho un montón de cosas». Habló brevemente de los peligros del keynesianismo. «La teoría que ha estado guiando la política monetaria y financiera en los últimos treinta años», explicó, ha sido «fundamentalmente falsa» y pura «charlatanería». Calificó la estanflación de lesión autoinflingida «causada por las políticas de los gobiernos, recomendados e incluso urgidos por la mayoría de los economistas». Acabar con la estanflación requería reajustes muy dolorosos, como aumentar todavía más el desempleo y el número de empresas en quiebra, pero los economistas, incluido él mismo, desconocían cómo «se llegaría al equilibrio». La idea keynesiana de que había una solución para cada problema económico no había servido para nada más que para aumentar todavía más la inflación y el desempleo.

Invitó a la audiencia de Estocolmo a ver el mercado como un juego de pelota, para demostrar que nadie podía conocer todas sus complejidades. Si tuviéramos datos concretos de los jugadores, como «su nivel de atención, sus percepciones y la condición de su corazón, articulaciones, músculos, etc., en cada momento del juego, probablemente se podría predecir el resultado», sugirió. «Pero obviamente no conocemos esos datos y por lo tanto el resultado del juego está fuera de lo científicamente predecible.» Lo máximo que un economista puede hacer es comportarse como un jardinero y «favorecer el crecimiento proporcionando el entorno adecuado».[837]

Hayek recibió una extensa aclamación. Con el keynesianismo en plena retirada, el mundo parecía estar acercándose a su forma de pensar. Declaró: «Cuando era joven, sólo los más mayores seguían creyendo en el sistema del libre mercado. En la madurez, era el único que creía en él. Y ahora, tengo la suerte de haber vivido lo suficiente para ver que los jóvenes vuelven a creer en él».[838]

Dos años después de que Hayek recibiera el Premio Nobel, Friedman recibió el Premio Nobel de Economía. En su discurso ante el comité del Nobel, Friedman tuvo palabras de reconocimiento para Hayek, y calificó como «brillantes» las aportaciones de su mentor austríaco en relación con el papel que desempeñaban los precios en la determinación de las decisiones individuales.[839]

De pronto, en Gran Bretaña, las cosas parecían mucho más favorables para Hayek. Los conservadores, el partido electoral con mayor éxito del mundo occidental, iniciaron una reevaluación de sus principios. Este extraño autoexamen por parte de un partido que tradicionalmente evitaba el pensamiento conceptual de cualquier tipo fue impulsado por dos derrotas electorales punzantes en febrero

y octubre de 1974. El doble golpe que había arrancado al primer ministro Edward Heath de Downing Street desencadenó una encarnecida lucha por el liderazgo en la que Heath fue derrotado por Margaret Thatcher, hayekiana declarada. Su sorprendente victoria fue atribuida no tanto a la preferencia de los conservadores por la filosofía de Hayek como al hecho de que ella no era Heath.[840]

La filosofía de Thatcher se basaba en convicciones aprendidas en las rodillas de su padre, aunque ella había buscado una justificación intelectual a sus opiniones. En Oxford, donde estudió química, había leído *Camino de servidumbre*,[841] y en 1974 el libro volvió a parecerle tremendamente relevante. Poco después de asumir el liderazgo conservador, en una reunión con el departamento de investigación de la izquierda, buscó en su bolso y sacó un ejemplar de *La constitución de la libertad* de Hayek, que puso sobre la mesa. «¡Esto es lo que yo creo!», gritó.[842]

Thatcher estaba decidida a acabar con el consenso político posbélico[843] que, en un intento por captar la franja electoral intermedia, con la que se pueden ganar o perder unas elecciones, los conservadores se habían comprometido con los laboristas en relación con el estado del bienestar y la gestión de la economía. Esto había llevado a que el Estado tuviera la propiedad de ferrocarriles y autobuses, minas de carbón, todas las constructoras navales, las acererías, la red telefónica, la electricidad, el gas, el agua, British Airways, British Petroleum, puertos y aeropuertos y mucho más. La metodista Thatcher declaró la guerra al consenso: «Los profetas del Antiguo Testamento no dijeron "hermanos quiero el consenso". Dijeron: "Ésta es mi fe. Esto es en lo que creo apasionadamente. Si tú también lo crees, entonces ven conmigo"».[844]

Thatcher sabía que Hayek hacía una visita anual al Institute of Economic Affairs de Londres, dirigido por Ralph Harris, miembro de la Mont-Pèlerin. «El despacho de Thatcher llegó [en 1976] y preguntó si podía pasar a verle», explicó Harris. «Y pasó y se produjo un período de desacostumbrado silencio por parte de Margaret Thatcher mientras estaba ahí sentada, intensa, escuchando las palabras del maestro.»[845] Hayek y Friedman se convirtieron en visitantes asiduos de su despacho en el número 10 de Downing Street.

En junio de 1979, Thatcher fue elegida primera ministra. Casualmente, era el ochenta cumpleaños de Hayek. Y él le escribió un telegrama: «Gracias por el mejor regalo que podía recibir en mi ochenta cumpleaños». Thatcher le contestó: «Estoy muy orgullosa de haber aprendido tanto de usted en los últimos años. Estoy segura de que vamos a triunfar. Si lo hacemos, su contribución a nuestra victoria habrá sido inmensa».[846]

Thatcher se propuso reducir la dimensión del sector público, reducir la

oferta de dinero, recortar impuestos, liberar a las empresas de las regulaciones, liquidar la deuda nacional, y saldar los activos del Estado en un proceso conocido como «privatización». Era puro Hayek con un toque de Friedman. «El espíritu de empresa llevaba mucho tiempo reprimido por el socialismo, por impuestos demasiado elevados, demasiada regulación, demasiado gasto público», explicó. «Su filosofía era nacionalización, centralización, control, regulación. Esto se tenía que acabar.»[847]

Thatcher tuvo que hacer frente a una oposición considerable a sus ideas monetaristas, especialmente por parte de los miembros de su propio gobierno que apelaban al creciente desempleo y la violencia en las calles como pruebas de la falta de adecuación de la política. Nicholas Kaldor, el pupilo favorito de Hayek en la LSE y que en ese momento era profesor emérito de económicas en Cambridge, se mofó de las nociones hayekianas en las que se basaba la contrarrevolución de Thatcher y publicó un tratado que invocaba el espíritu de Keynes, *The economic consequences of Mrs. Thatcher*.[848] No sirvió de nada.

Thatcher lo tenía todo controlado. En 1980, tras poco más de un año en el cargo, dijo en la conferencia anual de los conservadores, «los que nos urgen a relajar la presión, a gastar más dinero indiscriminadamente alegando que ayudará a los desempleados y a los pequeños empresarios, no están siendo ni compasivos ni comprensivos. No están ayudando ni a los desempleados ni a las pequeñas empresas. Nos están pidiendo que volvamos a hacer lo que causó los problemas en primera instancia». Insistió en que no se podía volver al keynesianismo: «Si quieren vuelvan. Yo no pienso volver».[849]

Thatcher, tan evangelista como siempre, dijo en la Cámara de los Comunes: «Soy una gran admiradora del profesor Hayek. Algunos miembros honorables tendrían que leer alguno de sus libros».[850] Para conseguir que sus oponentes cambiaran de opinión, invitó a Friedman a cenar con ellos. «La reunión generó una interesante e inspirada discusión», explicó Friedman, «especialmente cuando la señora Thatcher se fue, y me pidió que me ocupara de algunos de los novatos de su gabinete.»[851] Como primer sistema económico importante que ponía a prueba soluciones monetaristas para acabar con la estanflación, hubo cierta dosis de experimentación, pasos en falso y errores en la implementación del experimento «friedmanita» en Gran Bretaña.[852] A través de un comité de expertos conservador,[853] buscó el consejo del monetarista suizo Jürg Niehans,[854] que le dijo que estaba controlando demasiado la oferta de dinero y fijando los intereses a un tipo demasiado alto, haciendo que la libra esterlina aumentase y que las exportaciones británicas resultaran demasiado caras. Friedman echó la culpa del fracaso inicial del monetarismo en Gran Bretaña a las «variaciones» de la oferta de dinero que se había permitido que ocurrieran. «Había subido, había bajado, había subido, había vuelto a bajar», explicó. El resultado, dijo Friedman, fue «una

recesión mucho más severa de la que hubiera sido necesaria».[855]

La elección de Thatcher y sus ideas hayekianas fueron un estímulo para Reagan en su carrera hacia la Casa Blanca en 1980. Reagan hizo campaña con el eslogan hayekiano: «Podemos quitarnos el gobierno de la espalda, de nuestros bolsillos»[856] y prometió recortes de impuestos, un gobierno federal más pequeño y una defensa más fuerte. El 4 de noviembre de 1980, Reagan derrotó a Jimmy Carter. Friedman fue invitado a unirse al nuevo Economic Policy Advisory Board, o EPAB, del presidente, con George Shultz a la cabeza. «Lo que [el EPAB] hizo [por Reagan] fue sobre todo confirmarle que lo que estaba haciendo estaba bien», explicó el asesor de Reagan Martin Anderson.[857] «Fueron ellos los que le presionaron para resistir cualquier aumento de los impuestos, fueron ellos los que le presionaron para que hiciera más recortes en el gasto federal, fueron ellos los que le presionaron para una mayor liberalización.»[858]

Friedman estaba muy interesado en que Reagan se mantuviera fiel a una política monetaria sólida y le tranquilizaba mucho que el presidente de la Reserva Federal fuera Paul Volcker, que, cuando visitó la LSE como estudiante, se enamoró de la teoría del capital de la escuela austríaca. Volcker consideraba la estanflación como «un dragón que se está comiendo nuestras entrañas»[859] y creía que Friedman tenía razón: regular la oferta de dinero era la clave. «La doctrina keynesiana había llegado a considerar que un poco de inflación era buena», explicó Volcker. «Lo que ocurre es que cuando tienes un poco de inflación, luego necesitas un poco más, porque anima la economía. La gente se acostumbra a ella y pierde su efectividad. Como un antibiótico, necesitas uno nuevo.»[860]

Volcker había empezado a imponer una política monetaria muy estricta aumentando drásticamente los tipos de interés durante la presidencia de Carter, provocando la pérdida de miles de puestos de trabajo de empresas que dependían de los créditos. La recesión subsiguiente contribuyó a la impopularidad y a la derrota de Carter en 1981. Con Reagan en la Casa Blanca, Friedman y Shultz acordaron con Volcker que la solución a la inflación era intensificar la recesión. Pero Reagan era una persona a la que le gustaba caer bien. Cuando Thatcher pasó por una recesión similar en Gran Bretaña, se convirtió en la primera ministra más impopular. ¿Estaría Reagan dispuesto a soportar esta tormenta política? «Obviamente, ¿quién quiere una recesión?», comentó Shultz. «Pero recuerdo al presidente Reagan pronunciando estas famosas palabras: "Si no es ahora, ¿entonces cuándo? Y si no somos nosotros, ¿entonces quién?".»[861]

La imposición de un control estricto del dinero para frenar la inflación no fue más que un elemento del paquete de políticas que se conocieron con el nombre de «reaganomía», cada una de las cuales estaba inspirada en la doctrina de Hayek o Friedman. La experiencia personal de Reagan en relación con el impuesto sobre

la renta le había llevado a concluir que un recorte impositivo podía inspirar a los estadounidenses a trabajar más duro, política también defendida por Arthur Laffer, miembro del EPAB.[862] En una cena con el jefe del gabinete del presidente Ford, Donald Rumsfeld, y su ayudante, Dick Cheney, Laffer dijo que había un nivel de impuesto sobre la renta óptimo que generaría el máximo de ingresos. Ilustró su razonamiento dibujando una curva en una servilleta, mostrando dónde podría estar el punto óptimo.

Inmediatamente, la «curva de Laffer» se convirtió en el instrumento más utilizado por los economistas cercanos a Reagan para convencer a los demás de que el recorte impositivo generaba un aumento de los ingresos. Un recorte brusco de los impuestos sobre la renta, sostenían los seguidores de Reagan, aumentará el gasto personal, lo cual, a su vez, provocará un aumento de la demanda que producirá un «efecto goteo» en la economía. Un tercer elemento de la reaganomía, también promovido por Laffer, fue «la economía de la oferta», la idea de que era más fácil conseguir una economía en expansión animando a los productores a producir más bienes y más baratos, reduciendo las regulaciones de la industria y los impuestos corporativos que confiando en el crecimiento «generado por la demanda» estimulado por el gasto público keynesiano.

Laffer fue lo suficientemente modesto para resaltar que, a pesar de que llevaba su nombre, la curva de Laffer no era invento suyo y que otros, concretamente Keynes, se le habían adelantado. «Ni tampoco tiene que parecer extraño el argumento de que los impuestos pueden ser tan altos como para frustrar su objetivo», había escrito Keynes en 1933, «y que, disponiendo del tiempo suficiente para recoger los frutos, una reducción de impuestos ofrecerá más posibilidades de equilibrar el presupuesto que un aumento.» Keynes comparaba los que no dejaban de aumentar los impuestos con un fabricante que, «ateniéndose a la rectitud de la aritmética pura», no dejaba de aumentar los precios, aunque nadie comprara porque los precios eran demasiado elevados.[863]

El «efecto goteo» también tenía una derivación keynesiana, haciendo uso de la lógica del multiplicador de Richard Kahn, de que los que compraban cosas creaban puestos de trabajo y más gasto futuro. No obstante, los recortes impositivos de Reagan pusieron muy nervioso a Hayek. «Al nivel al que se está produciendo, tengo mis dudas», dijo en 1982. «Estoy a favor de reducir el gasto del gobierno, pero anticiparlo reduciendo el tipo impositivo antes de haber reducido los gastos es muy arriesgado.»[864]

Entre los keynesianos, también había un escepticismo general en relación con el experimento económico de Reagan. John Kenneth Galbraith, en el tono jocoso que le caracterizaba, caricaturizó el argumento de los partidarios de la política de la oferta diciendo: «Los pobres no trabajan porque tienen demasiados

ingresos; los ricos no trabajan porque no tienen suficientes ingresos. Para expandir y revitalizar la economía, hay que dar menos a los pobres y más a los ricos». Dijo que el «efecto goteo» era como «la teoría del caballo y el gorrión: si le das mucha avena al caballo, parte de ella acabará siendo para los gorriones». Pero reconoció que un control muy estricto de la oferta de dinero «ayudará a combatir la inflación, con su propia crudeza».[865] Walter Mondale, oponente demócrata de Reagan en la campaña presidencial de 1984, convirtió el «efecto goteo» en una cuestión de clase social, mofándose de que «la idea que respalda la reaganomía es esta: la marea alta levanta todos los yates».[866]

Mientras la presión monetaria de Volcker provocó una profunda depresión que se prolongó durante dieciséis meses en 1981-1982, la inflación cayó drásticamente, del 11,8 por ciento en 1981 al 3,7 por ciento en 1983. Pero a un coste muy elevado. El desempleo alcanzó su nivel más alto desde la Gran Depresión. En 1980, Reagan heredó una tasa de desempleo del 7,1 por ciento; en 1983 y 1984 la tasa alcanzó el 9,7 y el 9,6 por ciento, respectivamente. La muy ridiculizada curva de Phillips, que al estallar la estanflación a mediados de los setenta casi perdió su relevancia, parecía haber vuelto al ataque.

En opinión de Laffer, los recortes impositivos de Reagan fueron tan efectivos como los de Kennedy. En los cuatro años posteriores a la reducción, por parte de Kennedy, del tipo máximo de un 90 a un 70 por ciento, el aumento de los ingresos obtenidos a partir de los impuestos pasó de un 2,1 a un 8,6 por ciento. El crecimiento del PIB (producto interior bruto) real pasó del 4,6 al 5,1 por ciento en el mismo período, y la tasa de desempleo bajó del 5,8 por ciento en enero de 1962 al 3,8 por ciento en diciembre de 1966.

Los recortes impositivos de Reagan fueron más profundos. Redujo el impuesto sobre la renta en un 25 por ciento, reduciendo los impuestos que tenían que pagar los que más ganaban de un 70 por ciento en 1981 a un 28 por ciento en 1988. Los impuestos corporativos pasaron del 28 al 20 por ciento. Según Laffer, los resultados fueron impresionantes. Mientras que entre 1978 y 1982 la economía había crecido un 0,9 por ciento en términos reales, entre 1983 y 1986 creció un 4,8 por ciento. Ese incremento, a su vez, se tradujo en puestos de trabajo, y en el momento que Reagan dejó la presidencia en enero de 1989, el porcentaje de parados era del 5,3 por ciento.[867]

Pero eso no fue todo. A pesar de la curva de Laffer, el recorte del impuesto sobre la renta se cobró un precio muy alto en los ingresos. En 1982, Reagan, alarmado por lo rápido que estaba creciendo el déficit, rescindió varias exenciones fiscales que había concedido a los que más ingresaban, aumentando los impuestos en una cifra récord después de la guerra, hasta 37.000 millones de dólares, o lo que es lo mismo, el 0,8 por ciento del PIB.[868]

No obstante, los monetaristas cantaban victoria. La inflación había sido eliminada del sistema y se habían desatado las fuerzas libres del capitalismo. «Las medidas de Reagan, la reducción de los impuestos y su énfasis en la liberalización, desataron las fuerzas constructivas básicas del libre mercado, que actúan desde 1983»,[869] proclamó Friedman. Pero hubo un elemento importante que Friedman no mencionó: Reagan inyectó el dinero de los contribuyentes en la economía a un nivel sin precedentes. Recortó los programas de ayuda a los más pobres, pero eso no fue nada comparado con lo que aumentó el gasto en defensa, que pasó de 267.000 millones de dólares en 1980 a 393.000 millones en 1988.[870] La deuda pública pasó de ser una tercera parte del PIB en 1980 a más de la mitad del PIB a finales de 1988, de 900.000 millones a 2,8 billones.[871]

El desequilibrio presupuestario fue financiado con deuda pública. Cuando Reagan llegó a la Casa Blanca, Estados Unidos era el mayor acreedor del mundo; cuando se retiró a su rancho de caballos de Santa Bárbara, se había convertido en el mayor deudor, debiendo a sus prestamistas extranjeros unos 400.000 millones de dólares.[872] El asesor económico de Nixon, Herbert Stein, observó que «la característica más distintiva de la política económica de Reagan —aparte de su lenguaje— fue la magnitud de sus déficits presupuestarios».[873] Reagan, disfrutando de la calidez de una economía en expansión, no tuvo demasiado en cuenta el déficit. «El déficit no me preocupa», bromeó. «Ya es mayorcito para cuidarse solo.»[874]

Para muchos keynesianos, la reaganomía no era más que una farsa, una artimaña política que, tras la machista retórica hayekiana en favor de reducir la magnitud del gobierno, ocultaba una política de gasto público desmesurado en defensa que estimulaba la demanda agregada y el crecimiento económico. Según Robert Solow, economista del MIT laureado con el Premio Nobel de Economía: «La bonanza económica que se prolongó desde 1982 hasta 1990 fue diseñado por la administración Reagan con un estilo totalmente keynesiano aumentando el gasto y reduciendo los impuestos, en un ejemplo típico de déficit presupuestario expansivo».[875]

Galbraith lo compartía. «[Reagan] llegó a la presidencia cuando el país estaba experimentando una recesión bastante desagradable e [implementó] muchas de las políticas keynesianas», dijo. «Uno de los resultados fue la mejora de la economía en los ochenta bajo la presidencia de Ronald Reagan. Y lo más gracioso es que lo consiguió gracias a gente que en realidad no sintonizaba con Keynes y le criticaba. Tuvimos un keynesianismo involuntariamente anónimo.»[876]

17

La batalla se reanuda

Economistas de agua dulce y de agua salada (1989-2008)

En las dos décadas que siguieron, la advertencia de Hayek en relación con el potencial de tiranía que conllevaba la intervención del gobierno adquirió más difusión. El colapso de la Unión Soviética en 1991 concluyó los setenta y cinco años del cruel experimento comunista de suprimir el libre mercado de la vida de los rusos. En sus días más oscuros, los líderes de los nuevos gobiernos democráticos, como Václav Havel y Václav Klaus, los primeros presidentes de la República Checa y Leszek Balcerowicz, viceprimer ministro de Polonia, apelaron a Hayek como fuente de inspiración.[877] Tras la retirada de las ideas keynesianas y el regreso a las ideas del libre mercado y la caída del marxismo-leninismo, Hayek vivió lo suficiente para sentirse reconocido. Al ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, comentó: «Ya os lo dije».[878] Murió, a los noventa y dos años, el 23 de marzo de 1992, en Friburgo de Brisgovia (Alemania).

Mientras que en Estados Unidos, el debate público sobre el papel que tenía que desempeñar el gobierno en los asuntos de Estado era cada vez más colorido, las opciones de blanco y negro que durante tanto tiempo había contemplado el argumento académico empezaban a adquirir sombras de gris. Se había producido una tregua en lo que el canciller laboralista británico Denis Healey[879] había denominado «sado monetarismo»[880] y en lo que *The Economist* calificó de «crudo keynesianismo».[881] Las medidas monetarias estrictas resultaron ser unos indicadores tan poco fiables que el tipo de interés pasó a ser el instrumento a través del cual controlar la inflación. Los argumentos económicos fundamentales giraban en torno a los problemas comúnmente percibidos: la dimensión del déficit público y cómo reducirlo, la deseabilidad del libre comercio, el alcance y la naturaleza de los impuestos, y la retirada de las subvenciones a los que no las merecían.

El debate en torno al control central de la economía, una noción keynesiana, evolucionó hacia una fase «poskeynesiana» prolongada, una acomodación de las ideas keynesianas y hayekianas. Aunque los gestores de la economía nacional coincidían en que había que hacer un cóctel de Keynes y Friedman para maximizar el crecimiento económico y sofocar la inflación, lo cierto es que entre los

economistas académicos que desde 1970 habían estado divididos en torno a las líneas del viejo debate Keynes-Hayek seguía habiendo unas profundas diferencias. Por un lado, estaban los «economistas de agua dulce», llamados así porque sus universidades estaban concentradas alrededor de los Grandes Lagos; por otro, los «economistas de agua salada», cuyas escuelas estaban situadas en la costa. Los economistas de agua dulce consideraban, como Hayek, que la inflación era lo peor que le podía pasar al país; los economistas de agua salada, sin embargo, creían, como Keynes, que el desempleo era mucho peor.

El grupo de agua dulce creía que la economía tenía que considerarse como un organismo dotado de sentidos, regido por las decisiones racionales de los que participan en el mercado. Aunque el gobierno tenía que garantizar la libertad y la justicia del mercado, el gasto del gobierno y los impuestos pervertían el orden natural de la economía. Asumían que los individuos tomaban decisiones racionales basándose en lo que creían que el futuro les iba a deparar; estos emprendedores se abstenían de hacer nuevas inversiones cuando tenían miedo de que el gasto realizado por el Estado para impulsar el crecimiento económico provocara un aumento de los impuestos y de la inflación; y que la globalización y el auge de las comunicaciones electrónicas desencadenara mercados más eficientes que beneficiaran a todos. Las recesiones, sostenían, eran situaciones habituales del ciclo económico que había que soportar, no remediar. Preferían soluciones «por el lado de la oferta» que animaban a las empresas a producir bienes más baratos que estimulaban la demanda eliminando las inhibiciones del gobierno como las regulaciones y los impuestos a las empresas.

El grupo de economistas de agua salada creía que una economía «dejada a sus anchas» no era adecuada para nadie. Consideraban que las recesiones eran síntomas de que la economía no gozaba de buena salud, o el resultado de golpes imprevistos y querían acabar con el problema del desempleo en lo más bajo del ciclo económico. Creían que los mercados, particularmente cuando los trabajadores estaban sindicados, eran lentos en responder a los cambios y que la competencia era imperfecta. Reconocían la lógica de las reformas por el lado de la oferta, pero hacían más hincapié en las soluciones «por el lado de la demanda» que se concentraban en inyectar más dinero en el sistema para hacer los productos más asequibles.

Se había dado una vuelta completa al círculo. Ahora Hayek estaba arriba y Keynes abajo. Muchos economistas de agua salada se mostraban reacios a reconocer la deuda que tenían con Keynes. «En 1980, era difícil encontrar un académico macroeconomista estadounidense de menos de cuarenta años que afirmara ser keynesiano»,[882] dijo Alan S. Blinder, un keynesiano de Princeton laureado con el Nobel de Economía. El economista de la Universidad de Chicago laureado con el premio Nobel, Robert Lucas,[883] que hizo mucho por minar los

conceptos keynesianos tradicionales, concluyó que «la gente incluso se ofende si te refieres a ella como "keynesiana". En los seminarios de investigación, ya nadie se toma en serio las teorías keynesianas. La audiencia empieza a murmurar y a cuchichear».[884] La contrarrevolución hayekiana parecía completa. James K. Galbraith, hijo del papa keynesiano John Kenneth Galbraith, explicó: «De repente, los conservadores eran los valientes y los más atrevidos de la cultura estadounidense, mientras que los liberales, como yo, se habían convertido en los aguafiestas del país, en jóvenes pasados de moda aferrados a las viejas ideas».[885] Según dijo Blinder, en el 2004, el keynesianismo era tan redundante que «prácticamente cualquier discusión de los economistas sobre estabilización política […] es de política monetaria, no fiscal [impuestos y gastos]».[886]

En 1978 Hayek declaró: «En cuanto al movimiento de la opinión intelectual, por primera vez, se está moviendo en la dirección adecuada».[887] Entre 1978 y 2008 el libre mercado llevó la voz cantante. Si bien un economista, en privado, podía tener sus dudas sobre la eficacia y la equidad de las fuerzas del mercado, lo cierto es que tanto los economistas como los políticos no dejaban de proclamar sus virtudes. Como Hayek había presagiado en Mont-Pèlerin, tras treinta años de penurias, por fin los hayekianos habían superado la influencia de Keynes. La era de Hayek había sucedido a la era de Keynes. Un aire de triunfalismo se respiraba entre los que creían que el nuevo consenso poskeynesiano había resuelto el debate que habían mantenido Keynes y Hayek en los años veinte: si el ciclo económico —y sus interminables altibajos— se podía o debía domesticar.

Lucas no tenía ninguna duda. El dragón cíclico había sido vencido. «La macroeconomía […] ha triunfado», anunció. «Su problema principal de depresión-prevención ha sido resuelto, a todos los efectos prácticos.»[888] Al término de la guerra fría, el economista político estadounidense Francis Fukuyama[889] declaró que las etapas evolutivas del desarrollo de la sociedad, desde el feudalismo a las revoluciones agrícola e industrial y hasta una democracia capitalista moderna, habían llegado a su fin; el mundo había llegado «al final de la historia».[890] Con una confianza similar, los economistas anunciaron «el fin de la historia económica»: la economía mundial había superado el riesgo de volver a la depresión. Fue Friedman, y no Keynes, el que se llevó el mérito de resolver el misterio de lo que había causado la depresión de los años treinta y de cómo se podía evitar que se volviera a producir. En un homenaje organizado en el noventa cumpleaños de Friedman, Ben Bernanke,[891] presidente de la Reserva Federal en aquel momento, ofreció una tardía disculpa por los fallos que había cometido la Reserva en los años veinte. «Con respecto a la Gran Depresión», declaró, «tienen razón. Lo hicimos. Lo sentimos mucho. Pero gracias a ustedes, no lo volveremos a hacer.»[892]

La persona que englobó la totalidad de este período, denominado de «Gran moderación» y que llegó a representar el enfoque bipartidista de una política

monetaria ampliamente «friedmanita» dentro de una economía gestionada a nivel general fue Alan Greenspan. Su gestión de la Reserva Federal entre 1987 y 2006 fue considerada magistral. Si dio algún paso en falso, no fue evidente hasta mucho después de su partida. En su juventud, Greenspan había aprendido a tocar el saxofón con Stan Getz, tocó en un grupo de jazz con el polifacético artista Larry Rivers y flirteó tanto con la explosiva Ayn Rand como con sus ideas liberales. Fue la confianza con la que Greenspan expresaba su inescrutable forma de actuar ante los acontecimientos la que convenció a cuatro presidentes sucesivos de que era el hombre que podía garantizar la estabilidad económica. Como dijo el periodista estadounidense Michael Kinsley:[893] «Greenspan cogió la recién descubierta importancia de la política monetaria, la mezcló con sus innumerables talentos por un lado y su prestigio social y económico por otro, la completó con la que pronto se convertiría en su famosa oratoria, agitó la mezcla, se la bebió y se convirtió en un genio».[894]

Greenspan fue lo que los jugadores de póquer denominan un jugador promedio. Resumía su ultraprudente filosofía del siguiente modo: «Siempre me pregunto, ¿cuáles son los costes para la economía de nuestros errores? Si no hay ningún riesgo, puedes probar cualquier política. Si el coste de fracasar es potencialmente muy alto, has de evitar la política, aunque la probabilidad de éxito sea superior al cincuenta-cincuenta, porque el coste de fracasar es inaceptable».[895]

La llegada del alto y ceremonioso exaviador de la U.S. Navy, George H. W. Bush[896] a la Casa Blanca en 1989 supuso pocos cambios en la trayectoria económica marcada por Ronald Reagan. Se habían aprendido varias lecciones del experimento realizado con la reaganomía. Se hicieron algunos ajustes y se cambió el orden de prioridades. Los años de despreocupación de Reagan habían alterado el clima de Estados Unidos. La empresa privada había reemplazado la acción comunal como opción preferida para cambiar la sociedad. La generación de los hippies y el amor libre de los años sesenta había dado paso a la egoísta «generación del yo» de los ochenta y los noventa. La llamada a la acción de Bob Dylan *The times they are a changing* había sido reemplazada por el mantra de Gordon Gekko «La codicia es buena».[897] La batalla nacional por los derechos civiles de las minorías había sido sustituida por la reivindicación de un gobierno más pequeño, los derechos del Estado y más derechos individuales.

A principios de los noventa, la regla de Taylor, que mostraba la relación entre el tipo de interés y el tipo de inflación y que debía su nombre al economista de Stanford John Taylor,[898] sustituyó a la curva de Phillips, que mostraba la relación entre empleo e inflación, como la ecuación de referencia para los gestores de la economía. Durante las primarias republicanas de 1978, Bush, un norteño convertido en aristócrata tejano que se había graduado en economía prekeynesiana en Yale,[899] había desprestigiado el monetarismo calificándolo de «economía de

vudú»,[900] pero se guardó su escepticismo para él cuando Reagan le propuso como vicepresidente. Cuando Bush se presentó a presidente frente al demócrata Michael Dukakis[901] en las elecciones de 1988, había adoptado la retórica reaganista del recorte de impuestos y el gobierno reducido que los republicanos querían oír. En la presentación, con una tajante afirmación que acabaría volviéndose en su contra, prometió: «Lee mis labios. No habrá nuevos impuestos».[902]

Bush se lanzó de cabeza a una tormenta económica. Los noventa y dos meses de bonanza económica de Reagan, la más larga desde la prosperidad de los años sesenta con Kennedy/ Johnson y el segundo período más largo de expansión económica ininterrumpida desde 1854, llegó a un brusco fin en julio de 1990, y Bush tuvo que pagar los platos rotos. La inflación llegó al 6,1 por ciento a final de año, y el desempleo al 6,7 por ciento en 1991 y al 7,4 por ciento en 1992. El déficit presupuestario pasó de 152.000 millones de dólares en 1989 a 290.000 millones en 1992.

Obligado a llegar a un acuerdo con un Congreso demócrata, Bush se comprometió a aumentar los impuestos en lugar de a recortar gastos, decisión que minó su credibilidad entre muchos republicanos, incluido Friedman. Todavía resentido por el despectivo rechazo de Bush, Friedman fue muy duro con el giro radical de Bush, criticando la política económica de la administración de «reaganomía a la inversa» y de «economía uduv» (siendo «uduv», «vudú» al revés): «Puede que el señor Bush tenga principios muy sólidos en algunas áreas como la política exterior. Pero está claro que en política económica no tiene ninguno»,[903] afirmó, tajante, Friedman.

El ciclo económico estaba desfasado del ciclo electoral, y con Greenspan en la Reserva Federal, Bush no tenía ninguna posibilidad de alinearlos. Bush era consciente de que una política monetaria demasiado estricta podía poner en peligro su reelección, y así lo dijo a los periodistas: «No quiero que nos dediquemos tanto a combatir la inflación que impidamos el crecimiento».[904] Pero Greenspan no estaba dispuesto a relajar la oferta de dinero para fomentar una bonanza económica preelectoral. A medida que las elecciones presidenciales de 1992 se acercaban, la situación de Bush pasó a ser terminal por la emergencia de un candidato de un tercer partido, el diminuto Ross Perot, un don Quijote tejano que se inclinaba por las fronteras comerciales abiertas y el déficit federal. El beneficiario último de la intercesión de Perot fue el apuesto exgobernador de Arkansas, Bill Clinton,[905] cuyo lema electoral era: «Es la economía, estúpido». Clinton defendía un presupuesto equilibrado y la reducción de la deuda nacional; la educación de los estadounidenses para favorecer el empleo y el libre comercio.

Una vez en la Casa Blanca, Clinton no quería dar la imagen de keynesiano liberal. Consciente de que bajo el mandato de Reagan y Bush la deuda nacional

había alcanzado la astronómica cifra de tres billones de dólares, defendía una «tercera vía» que combinaba las medidas económicas conservadoras con las políticas sociales progresistas. Atemperó la política monetaria estricta con programas sociales específicos que le costaban muy poco al gobierno, como por ejemplo garantizar el sueldo durante la baja por maternidad o enfermedad. Redujo impuestos selectivos para la «clase media» e impuso otros más altos para los ricos. Para ampliar el mercado de los productos estadounidenses, presionó la ratificación del Acuerdo de Libre Comercio con Canadá y México que había heredado de Bush.

La idea fundamental hayekiana de que la dimensión del gobierno tenía que ser la mínima se puso de manifiesto a principios de los noventa en las ambiciones de Newt Gingrich, profesor universitario convertido en congresista de Georgia. En 1993, Clinton introdujo un proyecto de ley dirigido a reducir el déficit en 125 millones al año durante cuatro años, revocando las exenciones fiscales que Reagan había concedido a los ricos[906] y recortando 255.000 millones de dólares de los programas sociales. El impaciente Gingrich, sin embargo, tenía en mente planes mucho más ambiciosos para reducir el gobierno federal y «quería dar un giro radical al Estado».[907] Colaboró con el manifiesto hayekiano republicano para las *midterms elections* —elecciones al Congreso celebradas a mitad del mandato presidencial— de 1994, «Contract with America», que prometía conseguir «el fin de un gobierno que es demasiado grande, demasiado intrusivo y demasiado blando con el dinero público»[908] equilibrando el presupuesto, reduciendo las regulaciones empresariales y recortando impuestos. En las elecciones, ambas cámaras cayeron en manos de los republicanos por primera vez en cuarenta años. Gingrich y otros reivindicaron un mandato popular para poner fin a la intrusión el Estado.

Gingrich no tardó en provocar un enfrentamiento con el presidente, proponiendo recortes intensos, desde Medicare y Medicaid hasta educación y controles medioambientales. El nuevo representante de la mayoría, Tom DeLay, creía que «el gobierno se había estado alimentando del público durante demasiado tiempo, y había que ponerlo a dieta —estricta si es necesario—».[909] El plan republicano era cerrar el gobierno federal privándole de fondos si el presidente no cumplía. Como Gingrich explicó: «Era como el alcohólico que de repente deja de beber. Tenía que padecer los efectos de hacer algo como esto para conseguir que esta ciudad se lo tomara en serio».[910] A mediados de noviembre de 1995 los elementos no necesarios del gobierno dejaron de trabajar durante cinco días. Un total de ochocientos mil empleados federales se quedaron en la calle.

Pero muy pronto, lo que Gingrich pretendía que fuera un enfrentamiento de principios acabó convirtiéndose en una farsa. A principios de mes, el presidente envió a los líderes del Congreso al funeral del líder israelí Isaac Rabin, a bordo del *Air Force One*, y Gingrich se quejó en voz alta por tener que sentarse en la parte

posterior del avión. Hasta los aliados de Gingrich, como DeLay, se dieron cuenta de que el líder de la tan elogiada «revolución republicana» había «cometido el error de su vida». «Fue patético», recordó DeLay. «Newt no tuvo cuidado en decir una cosa similar y se perdió el tono moral de los despidos. Lo que había parecido una batalla noble por la sanidad fiscal empezaba a parecerse a la diatriba de un niño mimado.»[911]

Cuando Gingrich provocó una segunda oleada de despidos, mandando a 260 000 empleados federales a la calle veintiún días durante las vacaciones de Navidad, republicanos moderados como el senador Bob Dole, que estaba considerando la posibilidad de presentarse a presidente, abandonaron la lucha. El alzamiento hayekiano de Gingrich colapsó. La larga marcha desde Mont-Pèlerin hasta Capitol Hill flaqueó. Como DeLay concluyó, Gingrich «se vio afectado por la típica disfunción académica: pensaba que con las ideas bastaba, que el pensamiento era suficiente».[912]

La revolución fallida de Gingrich hizo que el debate subacuático entre los economistas de agua dulce y los de agua salada saliera a la superficie. Clinton se había comprometido a utilizar los ingresos procedentes de los impuestos para saldar la deuda nacional, la política que Keynes defendía en tiempos de prosperidad. «Hay que pensar en un programa audaz de gobierno que pueda sacarnos del hoyo», dijo Keynes en 1930, y «si es capaz de restaurar los beneficios empresariales, la máquina de la empresa privada dará al sistema económico la oportunidad de avanzar, una vez más por sus propios medios.»[913] El dinero que el gobierno había tomado prestado para estimular una economía lenta e inactiva tenía que ser devuelto en cuanto la economía empezara a recuperarse y se empezaran a recaudar impuestos.

En 1993, Clinton había heredado 290.000 millones de déficit federal, y el Departamento de presupuestos del gobierno advirtió de que en el año 2000 podía llegar a 455.000 millones. Como Greenspan explicó: «La cruda realidad era que Reagan se había endeudado para Clinton y ahora Clinton tenía que devolverlo».[914] Clinton había prometido reducir el déficit a la mitad y, según Greenspan, tenía intención de cumplir su promesa. Para ello, eligió a los asesores económicos reacios a añadir impuestos ni gasto. Además tuvo suerte. Se benefició del llamado «dividendo de la paz», de la posibilidad de recortar el gasto en defensa al terminar la guerra fría, y de presidir la llegada de la era digital, en la que los ordenadores impulsaron la eficiencia empresarial.

En 1997, Clinton introdujo el Acta de equilibrio presupuestario, en la que básicamente se recortaban los costes de Medicare para equilibrar el presupuesto en 2002. En verano de 2000, anunció un superávit presupuestario por tercer año consecutivo, 69.000 millones de dólares en el ejercicio financiero de 1998, 124.000

millones en 1999 y una estimación de al menos 230.000 millones en 2000, el primer superávit en tres años consecutivos desde 1947-1949, cuando Harry Truman era presidente. La deuda se redujo 360.000 millones de dólares en tres años, con 223.000 millones pagados en 2000, la mayor reducción de la deuda en un año de la historia de Estados Unidos.[915] A este ritmo, en 2012, se habrían liquidado los 5,7 billones de dólares de deuda nacional.[916] Greenspan calificaba a Clinton de «el mejor presidente republicano que hemos tenido en mucho tiempo»[917] y «como el mejor liberal que puedes tener y seguir siendo un demócrata».[918]

La aparente virtud conservadora de Clinton, sin embargo, provocó una respuesta inesperada de sus oponentes. Los entresijos del pensamiento económico que se habían ido perfilando desde finales de la era Reagan se habían revelado en argumentos sobre cómo invertir los frutos de un período de crecimiento económico. Los congresistas republicanos, apoyados en líneas argumentales representadas por economistas neoclásicos como Robert Lucas Jr., que basaba los modelos macroeconómicos en fundamentos microeconómicos, proponían invertir el excedente en recortes impositivos para animar a los estadounidenses a trabajar más. Clinton prefería invertir el superávit en liquidar la deuda nacional y cubrir los cada vez mayores costes de la sanidad y la seguridad social. Greenspan prefirió liquidar la deuda nacional que recortar impuestos.

En el discurso del Estado de la unión de 1996, Clinton proclamó orgulloso el himno de Hayek: «Sabemos que un gran gobierno no tiene todas las respuestas. La era de los grandes gobiernos se ha acabado».[919] Clinton aplicó la filosofía hayekiana suavizando las regulaciones empresariales. En 1999, en un movimiento favorecido por el secretario del Tesoro Robert Rubin, y fuertemente respaldado por Greenspan, aprobó la Ley GrammLeach-Bliley, abandonando las normativas legales que Franklin Roosevelt había impuesto a los bancos, las compañías de seguros y las compañías financieras durante la Gran Depresión. Por primera vez en sesenta años, los bancos de inversiones pudieron fusionarse con los bancos de depósitos. Asesorado por Rubin, Greenspan, el presidente de la Securities and Exchange Commission Arthur Levitt y el sucesor de Rubin, Lawrence Summers, Clinton declinó regular el creciente intercambio de derivados crediticios que especulaban con el riesgo del crédito de bonos y préstamos.

En enero de 2001, tras unas elecciones reñidísimas, fue elegido presidente el exgobernador de Tejas y magnate del petróleo George W. Bush.[920] Gracias a la prudencia de su predecesor, Bush heredó un superávit presupuestario de 128.000 millones de dólares en el ejercicio fiscal 2000-2001 que al año siguiente alcanzaría los 280.000 millones. La Oficina presupuestaria del Congreso estimaba que en la década siguiente, el superávit alcanzaría los 5,6 billones de dólares, de los cuales 3,1 billones ya estaban destinados a cubrir la Seguridad Social y Medicare. La Oficina esperaba que en 2006 los 3,4 billones de dólares de deuda nacional se

hubieran liquidado totalmente, generando 500.000 millones de dólares de superávit cada año subsiguiente. Bush no pensó mucho en cómo iba a gastar este curioso legado: quería destinar la totalidad del superávit —y más— a recortar los impuestos personales. Con una mayoría republicana en ambas cámaras, anunció 1,35 billones de dólares en recortes impositivos, que se extendería hasta finales de 2010, con un reembolso instantáneo de 400.000 millones de dólares, o lo que es lo mismo 600 dólares por hogar estadounidense.

Pero en las primeras semanas de mandato, el nuevo presidente descubrió que tenía que hacer frente a una recesión inminente, resultado del colapso del extremadamente inflado mercado de las compañías de internet y de los efectos sobre la reducción de precios de la intensificación de la competencia que resultaba de la globalización. Greenspan empezó a recortar los tipos de interés para minimizar el efecto de la inevitable ralentización del crecimiento económico. Lo peor estaba por llegar. En julio, empezó a caer la recaudación tributaria debido a que el colapso del índice Standard & Poors entre enero y septiembre había hecho que cayeran en picado los impuestos sobre plusvalías obtenidas de las ventas de títulos. Wall Street se tambaleaba y el superávit que había llegado a ser monumental se estaba convirtiendo en una quimera. Entonces, llegaron los atentados del 11 de septiembre, en los que Al Qaeda atacó Estados Unidos.

El líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, declaró que el objetivo era provocar la quiebra de Estados Unidos mediante el terror del mismo modo que, según él, Estados Unidos había provocado la quiebra de la Unión Soviética ocupando Afganistán. Bush encajó esta amenaza con un gran ímpetu keynesiano. Tras una reunión entre Greenspan, el exsecretario de Estado de Clinton, Rubin, el asesor de Bush, Larry Lindsey, y varios congresistas, se aprobó un nuevo gasto federal masivo. Gastos para consolidar las fronteras de Estados Unidos, como por ejemplo reforzar la seguridad de los aeropuertos, fueron acompañados de proyectos «pork barrel»,* como por ejemplo la construcción de parques de bomberos en Maine, que no tenían nada que ver con mantener el país seguro. Greenspan redujo el tipo de interés al 1 por ciento para inyectar dinero en la economía de forma rápida, considerando que la inflación resultante era preferible a una depresión provocada por el terrorismo.

No obstante, estas medidas keynesianas para estimular la economía no parecían funcionar. A finales de 2002, el crecimiento era muy lento, los beneficios eran muy débiles, el mercado bursátil estaba muy deprimido, el desempleo iba en aumento, y el déficit presupuestario había alcanzado los 158.000 millones de dólares, un cambio radical de 250.000 millones desde el superávit del año anterior de 127.000 millones. En septiembre de 2002, se acordó no aplicar la Ley de cumplimiento presupuestario de 1990, que garantizaba que cualquier nuevo gasto federal estaba respaldado por un nivel impositivo similar que lo cubriera. Parecía

que Estados Unidos se enfrentaba a un nuevo peligro: una deflación crónica al estilo de la que Japón había experimentado en los años noventa, cuando la combinación de los tipos de interés y el desmesurado gasto público no consiguieron la recuperación de la economía japonesa.

Bush siguió presionando para hacer más recortes fiscales y aumentar el gasto en defensa y añadió una costosa extensión para el suministro de medicamentos a los beneficiarios del Medicare.[921] «Estos objetivos no hubieran sido inviables si hubiéramos tenido el superávit esperado», explicó Greenspan. «Pero de seis a nueve meses después de que George W. Bush asumiera la presidencia, dejamos de tener superávits.»[922] Tras las victorias republicanas en las elecciones al Congreso de 2002, Bush recortó el impuesto sobre dividendos de las acciones en un 50 por ciento, una medida a la que su secretario de Estado, Paul O'Neill, se resistió. En una reunión celebrada en diciembre de 2002, cuando el vicepresidente Dick Cheney presionó para eliminar los impuestos sobre dividendos e inyectar más efectivo en la economía, O'Neill dijo que el déficit ya era demasiado grande y que el país estaba «avanzando hacia una crisis fiscal». «Reagan demostró que los déficits no eran importantes», interrumpió Cheney. «Ganamos las elecciones de mitad de mandato. Es nuestra obligación.»[923] Poco después, O'Neill dimitió.

El inicio de la guerra de Irak, las continuas operaciones militares en Afganistán y las medidas antiterroristas resultaron ser muy costosas: 120.000 millones de dólares en el ejercicio financiero de 2006 de los más de 2 billones de dólares de presupuesto federal. Pero en realidad representaban una fracción muy pequeña de una economía de 13 billones de dólares, si se comparaba con las guerras anteriores.[924] Los ideales hayekianos que recogía el documento «Contract with America» redactado en 1994 se tambaleaban mientras las ilegalidades corporativas, como la escalada de fraudes sin precedentes de Enron y WorldCom, se unían al gasto en proyectos electoralistas por parte de los republicanos en el Congreso. El congresista de Ohio, John Boehner, uno de los arquitectos del «Contract with America» escribió en 2003, «parece ser que los estadounidenses no querían una gran reducción del gobierno».[925] Brian Riedl, analista presupuestario del conservador centro de estudios de la Heritage Foundation, concluyó que «al partido republicano simplemente no le interesa que haya un gobierno pequeño».[926] Como Herbert Stein, presidente del Consejo de asesores económicos de Nixon, comentó en 1985: «La revolución conservadora radical es el sueño de los conservadores que no son de oficio, pero no la práctica de los conservadores de oficio».[927] El gasto discrecional del gobierno federal aumentó un 22 por ciento en dos años, pasando de 734.000 millones de dólares en 2002 a 873.000 millones en 2004. En 2004 el déficit federal se acercaba a los 400.000 millones de dólares.

En noviembre de 2006, los republicanos perdieron la mayoría en ambas cámaras. La derrota, en opinión de Dick Armey, líder de la cámara de 1995 a 2002,

marcó el fin de la revolución del pequeño gobierno hayekiano de 1994. Refiriéndose al «Contract with America» escribió: «Lo que nos preguntábamos en esos primeros años era: ¿cómo podemos reformar el gobierno y devolver el dinero y el poder a los estadounidenses? Finalmente, los políticos innovadores y el "espíritu del 94" fueron ampliamente reemplazados por políticos burócratas con una visión muy limitada. La pregunta pasó a ser: ¿cómo podemos conservar el poder político?».[928] La visión idealista de Hayek había sido frustrada por los políticos de la vieja escuela.

Otro punto importante de la teoría hayekiana, que el libre mercado, dejado a su antojo, acabaría corrigiendo sus propios errores y garantizando la prosperidad de todos, sufrió un golpe casi mortal en el verano de 2007. Temerosos del dudoso valor del paquete de deuda que contenía hipotecas *subprime*, de muy alto riesgo, sobre viviendas que habían perdido mucho valor, los bancos empezaron a frenar y dejaron de prestar incluso a otros bancos. El nerviosismo entre los banqueros alarmó a los clientes de los bancos y desencadenó el primer pánico bancario en Gran Bretaña desde mediados del siglo XIX. Northern Rock, una entidad crediticia convertida en banco que obtenía bastantes préstamos del mercado abierto, no pudo obtener crédito suficiente para satisfacer las demandas de liquidez de sus ahorradores. La gente acudió en masa a las sucursales del banco, pidiendo que le devolvieran sus ahorros. Para evitar que el pánico se extendiera a otras instituciones financieras, el gobierno británico nacionalizó Northern Rock. Fue una señal de alarma para los bancos de todo el mundo, muchos de los cuales tenían enormes paquetes de deuda. El pánico se extendió a las instituciones financieras y a los ahorradores e inversores de ambos lados del Atlántico.

El caos sugería que el experimento que se había prolongado durante tanto tiempo de dejar que los mercados escasamente restringidos generaran crecimiento y prosperidad había fracasado. «La totalidad del edificio intelectual ha colapsado», dijo Greenspan en el Congreso. «Cometí un error al asumir que el egoísmo de las organizaciones, especialmente de los bancos, era tal que eran los que mejor podían proteger a sus accionistas y a su capital en las empresas. […] Me quedé parado.»[929] Los comentarios de Greenspan se hacían eco de los que había hecho Keynes, ochenta años antes, sobre la Gran Depresión. «Nos hemos metido en un lío colosal al tratar de controlar una máquina muy delicada, cuyo funcionamiento no entendemos», había escrito Keynes. «El resultado es que nuestras posibilidades de riqueza pueden haberse desvanecido por mucho tiempo; quizá demasiado tiempo.»[930]

En respuesta a lo que Greenspan había definido como «el tipo de crisis financiera que sólo se produce una vez cada siglo»,[931] Bush dedicó muy poco tiempo a considerar si iba a dejar que el libre mercado siguiera haciendo de las suyas. Echó mano de Keynes, que había dicho: «No entiendo cómo la quiebra

universal puede hacernos algún bien o acercarnos a la prosperidad».[932] «Durante treinta años, la reputación de Keynes había languidecido», escribió Peter Clarke, biógrafo de Keynes. «En unos treinta días, el difunto economista había sido redescubierto y rehabilitado.»[933] Cuando en el 2000 le preguntaron a John Kenneth Galbraith si la era de Keynes se había acabado para siempre, respondió: «Si hubiera otra recesión, que es posible, volveríamos a utilizar parte del superávit del gobierno para crear empleo y conseguir que la economía se moviera».[934] Poco imaginó lo profético que iba a ser su comentario. En febrero de 2008, Bush le pidió al Congreso un estímulo económico keynesiano de 168.000 millones de dólares en devoluciones fiscales. El Tesoro compró a los bancos 700.000 millones de dólares de «activos problemáticos», un eufemismo para definir las deudas incobrables. El Estado, el gastador de último recurso, invertía sistemáticamente para impedir que la economía acabara cayendo al vacío. En Gran Bretaña, los bancos fueron rescatados a cambio de acciones; en América los bancos consiguieron el dinero sin problemas, por miedo a que el presidente fuera acusado de «socialista».

El paquete de estímulos de Bush vino acompañado de una serie de medidas propuestas por Ben Bernanke, que había sustituido a Greenspan como presidente de la Reserva Federal, para incentivar a los bancos a reanudar los préstamos. Entre septiembre de 2007 y abril de 2008, el tipo de interés se redujo a la mitad, los bancos obtuvieron créditos enormes a corto plazo y la Reserva Federal compró deuda hipotecaria mala. En marzo de 2008, Bear Stearns, líder en la concesión de hipotecas *subprime*, fue vendido a precio de derribo a JPMorgan Chase. El septiembre siguiente, Lehman Brothers se declaró en quiebra. Ninguna de esas quiebras fue del agrado de nadie, ni siquiera de los que profesaban creer que el mercado tenía que seguir su camino. El comentario más común fue que el gobierno había «permitido» que Lehman dejara de operar. En octubre de 2008, el secretario del Tesoro, Henry Paulson, recibió 700.000 millones de dólares del Congreso para rescatar a otras compañías financieras en quiebra. El 16 de diciembre de 2008, la Reserva Federal redujo el tipo de interés a cero. Medidas similares fueron tomadas por los gobiernos y los bancos centrales de todo el mundo.

Keynes había vuelto y quería vengarse. La revista *Time* acogió muy bien el regreso del viejo amigo con el titular «The Comeback Keynes».[935] «Lo que estamos viendo ahora», escribió el periodista Justin Fox, «es miedo a que nos dirijamos hacia un colapso económico provocado por el colapso de la demanda provocado por el colapso del crédito. Ante esa amenaza, parece que los gobiernos no pueden evitar volver a la solución propuesta por Keynes en los oscuros principios de los años treinta: estimular la demanda gastando mucho más de lo que entra, preferible, aunque no necesariamente, en obras públicas de utilidad, como carreteras y escuelas.»[936] Robert Lucas, el ganador del Premio Nobel que había hecho más que muchos economistas de Chicago por enterrar a Keynes, declaró: «Supongo que en su fuero interno, todo el mundo es keynesiano».[937] Mientras que

el Tesoro y la Reserva Federal se dejaban envolver por el resurgir de la oleada keynesiana y los economistas de agua salada recuperaban prestigio y control, los economistas de agua dulce permanecían en silencio. «Creía que todos coincidíamos en que el keynesianismo no funciona», protestó la voz solitaria de Chris Edward, del conservador Cato Institute. «Pero ahora, con el nuevo paquete de incentivos ante el Congreso, han resurgido todos estos keynesianos como de la nada y yo me pregunto dónde están los teóricos que están en contra del sistema keynesiano.»[938]

En febrero de 2009, el presidente Barack Obama[939] urgió al Congreso a aprobar un plan de estímulo de 787.000 millones de dólares, mediante exenciones fiscales y el gasto en infraestructura y subsidio de desempleo. «Lo hicimos porque de no haber sido así hubiera sido una catástrofe», explicó. «Gracias a la Ley de Recuperación y Reinversión, la posibilidad de una segunda Depresión se ha desvanecido.»[940] Pero el cambio de presidente trajo consigo la vuelta a las viejas divisiones ideológicas. Ni un solo republicano votó a favor del estímulo. Y, como si fuera lo más natural del mundo, volvieron a aparecer las viejas discusiones Keynes-Hayek. Fue como si no hubieran pasado ochenta años.

A partir de 2009, se inició un nuevo debate que cuestionaba la efectividad del estímulo y su importancia. Para los keynesianos, el núcleo de la discusión era el argumento que Keynes había expuesto en 1936 en relación con la naturaleza falaz de la ley de Say, que afirmaba que la renta se gastaba automáticamente. Puesto que las exenciones fiscales que tenían lugar en una recesión se ahorraban y no se gastaban, y las compañías habían empezado a acumular efectivo, al ahorrar más que gastar se estaba garantizando la poca efectividad del multiplicador de Kahn. Había que inyectar dinero en la economía lo antes posible, ya que gran parte del paquete de estímulo de Obama estaba retenido, y el dinero no llegaría a la economía hasta meses e incluso años más tarde. En lugar de los proyectos de infraestructura de rápida implementación solicitados por la administración que rápidamente se traducirían en puestos de trabajo para los desempleados, los legisladores solían proponer proyectos a largo plazo en sus propios estados que tenían poco efecto inmediato en la economía.

La idea de que lo que era bueno para General Motors era bueno para Estados Unidos se tomaba al pie de la letra. Los estadounidenses, temerosos de perder sus trabajos, retrasaron la decisión de comprarse un coche nuevo, dejando a tres de cada cuatro grandes compañías de automóviles nacionales y a sus largas cadenas de proveedores al borde de la quiebra. Recibieron ayuda en efectivo del Tesoro, a cambio de una participación en la empresa.

En noviembre de 2008, en la reunión del G-20 de Washington, los líderes mundiales acordaron una política común para evitar la amenazadora Gran

Recesión. Prometieron recortar los tipos de interés y permitir que el gasto público fuera superior a los impuestos. Cuando se reunieron en Pittsburgh en septiembre de 2009, la perspectiva de una recesión prolongada parecía haberse desvanecido. A principios de verano de 2010, el estado de ánimo de los líderes mundiales había cambiado. Antes de que las soluciones de gasto keynesianas hubieran empezado a funcionar, los compradores ya tenían remordimientos. La escalada de la deuda nacional estaba amenazando las monedas ya que los acreedores tenían miedo de que los gobiernos no pudieran pagar. En mayo de 2010, el ruinoso estado de la endeudada economía griega obligó a la Unión Europea a aprobar un paquete de ayudas para evitar que el gobierno griego incumpliera sus deudas. En noviembre de 2010, se produjo el rescate de Irlanda, seguido en abril de 2011 del de Portugal. Dudas similares sobre las deudas soberanas fueron manifestadas en relación con las economías de Italia, España, Bélgica e incluso Francia. De haber permitido la quiebra de Grecia, Portugal e Irlanda, se hubiera puesto en peligro la viabilidad de la moneda de la Unión Europea, el euro, lo cual, a su vez, habría debilitado el avance hacia la integración política europea. En la reunión del G-20 de junio de 2010 en Toronto (Canadá), los mismos líderes mundiales que tan sólo dieciocho meses antes habían apoyado las soluciones keynesianas, insistían en reducir drásticamente el gasto del gobierno y en saldar la deuda nacional. Este cambio de postura tan radical fue como darle una aspirina a alguien que tiene dolor de cabeza e inmediatamente se siente fatal del estómago.

Dos años después del paquete de estímulo de Obama, no había muchas pruebas de que hubiera sido un éxito. En noviembre de 2010, la tasa de desempleo llegó al 9,8 por ciento, con más de quince millones de parados. Las ejecuciones hipotecarias continuaban a un ritmo rápido. Los que se oponían al estímulo, incluidos todos los congresistas republicanos, afirmaban que no funcionaba, que la recuperación se veía frenada por las «expectativas racionales» de los que creían que el gasto y el endeudamiento federal adicional provocarían un aumento de los impuestos y un empeoramiento de las condiciones para las empresas. Querían que el déficit federal se redujera lo antes posible. El periodista de *The New York Times*, laureado con el Premio Nobel de Economía, Paul Krugman [941] recordó a los que querían el retorno inmediato a una política de reducción de impuestos y gastos, que estaban invitando a que se produjera una recesión el doble de profunda, del mismo modo que Franklin Roosevelt había provocado la Recesión Roosevelt de 1937.

Al poco tiempo, keynesianos como Krugman, que siempre habían dudado de que el paquete de estímulo fuera lo suficientemente importante o urgente, pedían una segunda inyección de dinero y crédito en la economía. «Me temo que estamos en los inicios de una tercera recesión», escribió. «En todo el mundo […] los gobiernos están obsesionados con la inflación cuando la auténtica amenaza es la deflación, predican la necesidad de apretarse el cinturón cuando el auténtico

problema es la falta de adecuación del gasto.»[942]

Cuando los demócratas perdieron las elecciones de mitad del mandato de noviembre de 2010, que estuvieron marcadas por las reivindicaciones del Tea Party[943] para que el gobierno dejara de pedir créditos y que el déficit fuera saldado sin demora, la administración Obama encontró la gestión de la economía muy limitada por las opiniones de los líderes republicanos, que insistían en perpetuar los recortes impositivos de Bush tanto para los ricos como para la clase media y eliminar la reforma sanitaria. Los recortes impositivos y la extensión de los subsidios de desempleo proporcionaron un estímulo keynesiano adicional que sumó 858.000 millones de dólares al déficit federal. Al mismo tiempo, la Reserva Federal siguió recomprando bonos del Estado para mantener el tipo de interés a largo plazo a un nivel bajo, provocando una disminución del valor del dólar. Aumentar la cantidad de dinero del país cuando las compañías ya estaban inundadas de dinero corroboró lo que Marriner Eccles, presidente de la Reserva Federal, había dicho durante la presidencia de Franklin Roosevelt, sobre la impotencia de la política monetaria como estímulo: «No puedes tirar de la cuerda», es decir, que por mucho dinero que pongas, no puedes obligar a las empresas a invertir.

18

Y el ganador es…

Evitando la Gran Recesión, de 2008 en adelante

Entonces, ochenta años después de que Hayek y Keynes cruzaran sus espadas por primera vez, ¿quién había ganado el duelo más famoso de la historia de la economía? Durante varias décadas, Keynes pareció emerger de la lucha un poco tocado pero triunfante, aunque no había sido una victoria decisiva. Como dijo Robert Skidelsky, su biógrafo: «Hayek fue derrotado por Keynes en los debates económicos de los años treinta, no porque, a mi modo de ver, Keynes hubiera "demostrado" su punto de vista, sino porque, una vez que la economía mundial había colapsado, nadie estaba muy interesado en averiguar qué lo había provocado exactamente».[944]

Aunque desde mediados de los setenta, el keynesianismo ha sido declarado muerto en varias ocasiones, el reconocimiento de Friedman en 1966 de que «por una parte, ahora todos somos keynesianos; por otra, ya nadie es keynesiano»[945] es una estimación más precisa, aunque ambigua, de la situación de la economía a principios del siglo XXI. Una diferencia fundamental entre los dos hombres, sobre si la economía se entendía mejor de abajo arriba o de arriba abajo, a través de la macroeconomía o de la microeconomía, dejó a Keynes en mejor posición. Su enfoque global se utiliza en todo el mundo, al igual que conceptos como producto interior bruto, herramientas fundamentales que los economistas utilizan para medir una economía. Como dijo Friedman: «Utilizamos muchos detalles de la *Teoría general;* aceptamos al menos una gran parte de la agenda de análisis e investigación que introdujo la *Teoría general*».[946]

Friedman, con sus propuestas monetaristas, perfeccionó a Keynes, pero no le reemplazó. «[El monetarismo] se ha beneficiado mucho del trabajo de Keynes», escribió en 1970. «Si Keynes estuviera vivo, no dudaría en estar al frente de la contrarrevolución [monetarista].»[947] Keynes buscaba una solución para el desempleo masivo, y su solución fue incrementar la demanda agregada total. Propuso varios caminos; la vía monetaria, reduciendo el tipo de interés e inyectando dinero nuevo en la economía; mediante exenciones fiscales; y mediante obras públicas.

Friedman convenció a los economistas de que, en igualdad de condiciones, la economía funcionaría mejor con un aumento gradual, moderado y predecible de la oferta de dinero. Después de que la aplicación simultánea de las tres soluciones propuestas por Keynes durante tres décadas resultara en estanflación, muchos economistas y políticos de mediados de los setenta adoptaron a Friedman, no a Keynes, como guía. Desde el momento en que Paul Volcker, presidente de la Reserva, reimpulsó la economía, en 1979, induciendo deliberadamente una recesión, empezaron a aplicarse extensivamente los principios de Friedman. Friedman adoptó la idea de Keynes de gestionar la economía por medio de la macroeconomía y los políticos lo han hecho, independientemente de la retórica hayekiana que a veces hayan empleado.

La postura de Friedman da pistas para descubrir quién ganó la lucha Keynes-Hayek. En economía, Friedman estaba más cerca de Keynes y solía elogiar la economía de Keynes, en concreto, el *Tratado sobre la reforma monetaria.* Hayek reconoció que «el monetarismo de Milton y el keynesianismo tienen más en común que yo con ellos».[948] En cuestión de política, sin embargo, Friedman estaba más cerca de Hayek. Keynes creía que la intervención del Estado era una medida adecuada para mejorar la vida de los ciudadanos. Friedman coincidía con Hayek en que cuando el Estado intervenía en la economía, obstaculizaba el potencial de creación de riqueza del libre mercado. Friedman aprobaba el recorte de impuestos, no para inyectar dinero en la economía, como Keynes sugería, sino porque creía que el gobierno reduciría su dimensión como resultado. En este sentido, Hayek hizo grandes progresos. Finalmente, las tiranías comunistas colapsaron, alentadas por aquellos que se inspiraban en los sentimientos antiestatales.

Aunque Hayek celebró el fin del comunismo soviético, sintió que con la introducción generalizada de la planificación económica, había sido derrotado por Keynes. Friedman, opinó al respecto, en 2000: «No hay ninguna duda de quién ganó el debate intelectual. […] La opinión intelectual del mundo hoy es mucho menos favorable a la planificación y el control central que en 1947. Lo que no está tan claro es quién ganó el debate práctico. El mundo es más socialista hoy que en 1947. El gasto del gobierno de prácticamente todos los países occidentales es más alto hoy que en 1947. […] La regulación de las empresas por el gobierno también es mayor».[949]

Hayek adoptó una postura absolutista, pensando que como era imposible saber lo que pasaba por la mente de cada miembro de la sociedad y en que como el mejor indicador de sus necesidades era el precio de mercado, cualquier intento de dirigir la economía era inapropiado. Con el tiempo, su incapacidad para conseguir apoyo durante la hegemonía keynesiana pareció llevarle a reducir su argumento al absurdo. Finalmente, Hayek quiso que el poder del Estado quedara reducido a una ciudadela mínima, y que hasta el último elemento de la economía, incluso la

emisión de dinero, estuviera en manos privadas, porque cuestionaba el monopolio que el Estado tenía para la creación de dinero. Esto le dejó en una postura totalmente opuesta a la de Friedman, que, aunque quería que el papel del gobierno se viera minimizado, creía que para que la economía creciera de forma continuada, había que controlarla. El instrumento elegido por Friedman, la política monetaria, requería de un banco central controlado por el gobierno. Hayek creía que la emisión de dinero era la clave para cerrar el ciclo económico que tanto le inquietaba a él y a Keynes. «Creo que de no ser por la interferencia del gobierno en el sistema monetario, no habría fluctuaciones industriales ni períodos de depresión», declaró Hayek. «Si dejas el tema del dinero en manos de empresas cuyos resultados dependen de su éxito a la hora de mantener el dinero que emiten estable, la situación cambia completamente.»[950]

En cierto modo, los dos líderes que promovieron las nociones de Hayek, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, acabaron reduciendo la dimensión del Estado para permitir el florecimiento de la libre empresa. En el noventa cumpleaños de Hayek, Thatcher le escribió: «Esta semana hace diez años que tuve el privilegio de ser elegida primera ministra. […] El liderazgo y la inspiración que su trabajo y sus teorías nos han dado han sido absolutamente cruciales; y le debemos mucho».[951] Thatcher concedió a Hayek la distinción Companion of Honour, una de las más importantes de Gran Bretaña, en señal de reconocimiento. El cumplido no fue totalmente correspondido. Entrevistado por la hijastra de Mises, Gita Sereny,[952] en 1985, Hayek quiso dejar muy claro que «obviamente, no es cierto que asesore a la señora Thatcher».[953] El disgusto de Hayek fue evidente, también, cuando un periodista de *Forbes* le pidió en 1989 que valorara los éxitos de Reagan y Thatcher. Dijo que sus políticas «eran todo lo razonables que se podía esperar en estos tiempos. Son modestas en sus ambiciones».[954] Ni Thatcher ni Reagan hicieron más que empezar en su intento por conseguir el objetivo último de Hayek de reemplazar el Estado por la empresa privada. De los dos, Thatcher fue la que más hizo, aunque su situación de partida fuera peor, ya que había heredado una economía mixta que necesitaba una reforma. La retórica hayekiana de Reagan siempre fue superior a su deseo de reducir la dimensión del Estado; de hecho, durante su presidencia el presupuesto federal aumentó notablemente.

Hayek escribió *Camino de servidumbre* durante la guerra, cuando la lucha contra el despotismo estaba en su punto álgido, y cuarenta años después describiría el libro como «el tratado de los tiempos».[955] Más de sesenta años después, sin embargo, se hablaría del libro sin tener en cuenta las condiciones especiales en las que fue escrito. Incluso los que supuestamente tendrían que haber estado de acuerdo con Hayek reconocen que su apocalíptica visión no hace justicia a la benignidad de los gobiernos socialdemócratas europeos. El pensador neoconservador Adam Wolfson concluyó que «muchas democracias modernas han vivido con estados del bienestar más amplios y con economías más socializadas

que Estados Unidos, sin llegar a un “punto crítico” en el que han acabado cayendo en el totalitarismo. De hecho no hay camino a la servidumbre a través del estado de bienestar».[956] Paul Samuelson, el mayor proselitista del keynesianismo, fue, como era de esperar, más estricto. «Como escribí en 2007, Suecia y otros países escandinavos […] son los más “socialistas” según la cruda definición de Hayek. ¿Dónde están sus campos de horror?», preguntó. «¿Se han erigido en ellos los elementos más horribles para el poder absoluto? Si se reúne información sobre la “infelicidad mensurable”, ¿son países como Suecia, Dinamarca, Finlandia y Noruega los que mejor representan la servidumbre? No. Por supuesto que no.»[957] Incluso según la medida del bienestar del propio Hayek, el crecimiento económico, las democracias sociales escandinavas superaban a las de sus vecinos del libre mercado.[958]

Hayek no admitió ese punto. Creía que Suecia había conseguido el éxito económico a pesar, no gracias, al gran sector estatal y que el hastío que detectaba entre los suecos era un síntoma de su pérdida de libertad. «Suecia y Suiza son los únicos países que han escapado a los daños provocados por dos guerras y se han convertido en depósitos de una parte importante del capital de Europa», sugirió. Pero esta prosperidad y ausencia de desempleo ampliamente compartidas se ha conseguido a un precio muy alto. «Probablemente hay más descontento social [por lo cual tal vez se refería a suicidios] en Suecia que en prácticamente todos los países en los que he estado. El sentimiento típico de que no merece la pena vivir es muy intenso en Suecia.»[959]

La desestimación por parte de Hayek de la opinión compartida por muchos intelectuales de que los países socialdemócratas como Suecia eran más civilizados que los que tenían economías de libre mercado, fue motivo de muchas burlas. Fue tratado con desdén por figuras de primer orden tanto de derechas como de izquierdas. En 1967, cuando la oleada hayekiana había alcanzado su punto más bajo, Anthony Quinton, el filósofo preferido de Thatcher, lo calificó de «dinosaurio espléndido»,[960] mientras que el historiador británico marxista Eric Hobsbawm le calificó de «profeta en el desierto».[961] «Durante la mayor parte de su vida, su postura económica y política ha sido totalmente distinta a la del resto de los intelectuales», escribió el editor de sus obras completas, Bruce Caldwell. «Atacó el socialismo cuando en realidad era considerado “la vía intermedia”, y aparentemente todos los que tenían buena conciencia simpatizaban con él. […] Durante gran parte del siglo, Hayek fue objeto de burlas, desdén, o, lo peor para un hombre de ideas, indiferencia.»[962]

Hayek sigue siendo ampliamente rechazado, particularmente en Europa. Sin embargo, desde que ganó el Premio Nobel de Economía en 1974, ha habido intentos de darle lo que se merece. En 2003, la entrada que había sobre Hayek en la Enciclopedia Británica de 250 palabras, fue reemplazada por otra más larga, más

generosa. Ha sido incluido en el temario de estudios sociales de Harvard, la fuente americana del keynesianismo. Pero, a pesar de los esfuerzos del comentarista político Glenn Beck, que ha dedicado un tiempo considerable a popularizar el mensaje de *Camino de servidumbre,* Hayek sigue siendo una figura poco conocida, paradójicamente un héroe para los que se definen a sí mismos como marginados y el economista preferido de las grandes empresas.

A Hayek no le importaba su dificultad para conquistar a los que ocupaban posiciones de influencia. Es como si pensara que por el mero hecho de salir de la academia, estaba asegurada la veracidad de su mensaje. Daba muestras de una asombrosa confianza en sí mismo, lo cual, con el tiempo acabó provocándole soledad, aislamiento y depresión. Hayek creía en que, llevando *Camino de servidumbre* a su conclusión última: los individuos sólo podían ser realmente libres, si se dejaba al conjunto de la sociedad en manos de las fuerzas del mercado. En *Fundamentos de la libertad,* de 1960, *Derecho, legislación y libertad,* de 1973-1979, y su último trabajo, *La fatal arrogancia: los errores del socialismo,* de 1988, propuso una utopía tan idealista e irrealizable como las sociedades ideales que habían imaginado pensadores que le habían precedido y que iban desde Thomas More a Karl Marx.

Mostró un sentido del deber tan fuerte que dejó a muchos hayekianos con la sensación de que, sin darse cuenta, se habían unido a una secta espiritual. Lo hacía de forma inconsciente. Hayek declaró en 1949: «Lo que no tenemos es una Utopía liberal, un programa que no parezca una simple defensa de las cosas ya que no son una forma diluida de socialismo, sino un radicalismo realmente liberal. La lección más importante que el auténtico liberal tiene que aprender del éxito de los socialistas es que gracias a su utopismo se ganaron el apoyo de los intelectuales y tuvieron la posibilidad de influir en la opinión pública».[963]

A menudo, el utopismo de Hayek acababa derivando en religiosidad. Como explicó su discípulo Ralph Harris: «En cuanto […] entiendes que no hay otra forma de preservar la sustancia de la libertad individual salvo a través de la dispersión de la propiedad, […] ya puedes decir que es casi una creencia religiosa. […] He dicho —y ha ofendido a algunos de mis amigos cristianos, que han dicho que es horrible, que es un sacrilegio— […] que el mercado casi está regido por Dios».[964] En opinión de Hayek, el gobierno sólo tenía que controlar aquellos aspectos de la sociedad que no podían ser controlados por nadie más, como por ejemplo la defensa. Entre los servicios que Hayek creía que había que privatizar estaban «todos los relativos a la educación, el transporte y las comunicaciones, incluido correos, telégrafo, teléfono y radio, todos los llamados "servicios públicos", los seguros sociales y, sobre todo, la emisión de dinero».[965] Paradójica, y tal vez sorprendentemente para los que hoy en día suscriben las ideas de Hayek, estaba a favor de la asistencia sanitaria universal obligatoria y del seguro de desempleo, apoyados, e incluso directamente

proporcionados, por el Estado, y creía que tenía que haber un movimiento de mano de obra libre entre las fronteras nacionales.

Hayek, que nunca fue un conservador, se había convertido en un liberal, pero nunca propuso un estado de anarquía. En lugar de gobierno, sugería que las compañías privadas se ocuparan de las obligaciones comunales. No «hay necesidad de que el gobierno central decida quién tiene derecho a ofrecer los distintos servicios, y es poco aconsejable que tenga poderes mandatarios para hacerlo».[966] En su lugar, veía «corporaciones semicomerciales que competían por los ciudadanos».[967] Si a una persona no le gustaba lo que la compañía ofrecía, tenía que irse a otro sitio.

Concluyó que, muchas veces, la democracia representativa derivaba en una «tiranía de la mayoría» que reducía las libertades individuales e imponía costes innecesarios. Insistía en que «el libre mercado es el único mecanismo que se ha descubierto para conseguir la democracia participativa».[968] A la luz de este último objetivo, reemplazar el gobierno representativo, con todos sus grupos de interés, grupos de presión y partidos, por una sociedad privatizada, no es de sorprender que Hayek pensara que ni Reagan ni Thatcher habían llegado demasiado lejos.[969]

Reagan y Thatcher habían gestionado con éxito la democracia representativa. De haber aplicado la totalidad de la visión de Hayek, hubieran podido ser acusados de no ser democráticos. Otros políticos posteriores a la guerra estaban más interesados en asegurarse de que todo el mundo tuviera la oportunidad de ejercer las libertades que les habían prometido. Mientras que Hayek se concentraba en una utopía abstracta, los progresistas ganaban batallas por los derechos civiles de los afroamericanos, las mujeres, los homosexuales y los discapacitados. Muchas campañas políticas, como el movimiento medioambiental y el cambio cultural sísmico resultante de los cambios en los hábitos de vida de los sesenta, no estuvieron inspiradas en nociones del gobierno. Para muchos, el materialismo heroico de Hayek parecía todo menos heroico.

Poco a poco, el debate público fue avanzando en favor de Hayek. En Chile, en los setenta, Hayek fue invocado para combatir el comunismo. Mientras gran parte de Europa occidental se aferraba a la economía mixta y al estado del bienestar, en Gran Bretaña, el thatcherismo ofreció una nueva dirección, que aunque «un poco Hayek», fue abrazada por el nuevo gobierno laborista de Tony Blair. Pero fue precisamente en Estados Unidos, donde la libre empresa siempre había sido un credo nacional, donde más avanzaron las ideas de Hayek, en parte porque el país se había fundado a partir de la idea de que los individuos tenían que ser libres del gobierno. Generaciones de estadounidenses habían practicado la filosofía de Hayek mucho antes de que la articulara. Creer en el libre mercado, sin ningún tipo de control, era importante para los caballeros del siglo XVIII que

redactaron la Constitución. Con el tiempo, la democracia representativa, sin embargo, había ido limitando las libertades absolutas. Como dijo el científico y político conservador Adam Wolfson, citando a Alexis de Tocqueville: «Los grandes gobiernos están, como estaban, escritos en el ADN político de la democracia».[970]

Hayek llamó la atención sobre la paradoja que había en el núcleo de la Constitución, que parecía refrendar tanto los derechos individuales como los poderes de un gobierno federal fuerte. La irritación generada por la cada vez mayor influencia del gobierno sustentó la base del mensaje de líderes como Goldwater y Reagan. El Partido Republicano, que había sido el hogar de los conservadores a los que Hayek tanto despreciaba, se ha convertido en el agente más importante del liberalismo hayekiano. Separados de los aristócratas del nordeste, como Nelson Rockefeller, que creían que el keynesianismo facilitaba un matrimonio corporativista entre el gasto del Estado y el beneficio privado, los republicanos, incitados por el Tea Party, han adoptado el grito de Hayek en favor de un gobierno más pequeño y han desafiado a los demócratas a defender el status quo. En este sentido, los políticos estadounidenses cada vez han sido más hayekianos.

El documento «Contract with America», redactado por los republicanos en 1994, fue un intento de eliminar poderes del gobierno federal. Fracasó. Cualquier intento de desmantelar un sistema democrático acaba teniendo problemas. Los políticos siempre serán políticos. Para los que han trabajado muy duro para ser elegidos, incluso para los que creen que el gobierno es demasiado grande, resulta muy difícil renunciar a los poderes que tanto les ha costado conseguir. Las campañas populares destinadas a reducir el alcance de poder del gobierno se han encontrado con contradicciones similares: limitar el poder para aumentar los impuestos, por ley, es incompatible con el compromiso legal de saldar un déficit presupuestario.

Si bien en los últimos treinta años, la influencia de Hayek ha ido en aumento, lo cierto es que Keynes no ha dejado de estar en la mente de los economistas. La urgente respuesta del gobierno federal a la crisis financiera de 2007-2008, iniciada por George W. Bush y continuada por Barack Obama, fue básicamente keynesiana, ya que ambos gobiernos intervinieron en el mercado para hacer frente al colapso de la economía. Estados Unidos se enfrentaba a una amenaza existencial, y como en los años treinta, la falta de actuación se consideraba tan temeraria que apenas fue contemplada.

En el momento álgido de la crisis pocos fueron los que a corto plazo se opusieron a este resurgimiento del keynesianismo, menos aún los que no dudaron en promover una solución hayekiana, dejando que el mercado encontrara su propio equilibrio. La idea del filósofo y político Joseph Schumpeter de que, de vez

en cuando, el libre mercado tenía que pasar por un período de «destrucción creativa» no pudo ponerse a prueba. Al haberse demostrado tan repetidamente que la ampliamente sostenida hipótesis de que el libre mercado, a largo plazo, acababa equilibrándose, era errónea, no tuvo una segunda oportunidad. Pocos habían intentado esbozar las funestas consecuencias que acompañarían al colapso de una economía: cuántos se quedarían sin trabajo, cuántos se quedarían sin hogar, cuántos se declararían en quiebra, cuántas empresas cerrarían.

Incluso Bush y Obama tuvieron muy poco reconocimiento por haber tomado medidas precipitadas para evitar el caos económico. Y el keynesianismo demostró no ser la panacea. Cuando el paquete de estímulo no consiguió reducir rápidamente la cifra de desempleados, y empezaron a circular rumores sobre el dinero que se «derrochaba» en controvertidos programas públicos, muchos estadounidenses empezaron a preocuparse por el alcance del endeudamiento del gobierno. Para algunos, como el profesor de economía de Harvard Robert Barro, Keynes se convirtió en un personaje burlesco, en una especie de flautista de Hamelin que guiaba a los niños de generaciones futuras hacia las oscuras cuevas de un nivel de endeudamiento insostenible. Otros acusaron a Obama y a sus asesores económicos de socialistas encubiertos. Volvió a desempolvarse el argumento de la escuela austríaca de Hayek de que se iba a desperdiciar el dinero público destinado a inversiones.

En 1986, al describir la batalla que Keynes y Hayek habían mantenido en los años treinta, el asesor económico de Nixon Herbert Stein escribió: «Los conservadores convencionales han considerado a Keynes como una influencia oscura y demoníaca empeñada en desautorizar el sistema económico libre. Lo cierto es que, sin embargo, ayudó a salvar el sistema libre en un momento en el que se estaban proponiendo cambios mucho más radicales».[971] Veinticinco años después, las palabras de Stein siguen siendo ciertas, pero parece que hay muchos más estadounidenses dispuestos a afirmar que las dolorosas recomendaciones de Hayek eran preferibles a tener que pagar el precio de las soluciones propuestas por Keynes.

Una sensación de ansiedad similar afectó a los europeos. Para ellos, sin embargo, no se trataba tanto de elegir a Keynes en lugar de a Hayek como medio para hacer frente a una crisis financiera para garantizar la supervivencia del euro y mantener el ritmo de la integración política europea. Liderados por los alemanes, que durante sesenta años habían estado pagando desproporcionadamente para garantizar el éxito de la Unión Europea, los europeos empezaron a tener miedo de que las crisis de deuda soberana de Grecia, Irlanda, Portugal y otros países, pudieran provocar una salida irreversible del euro. Los alemanes actuaron, pero a expensas de las medidas keynesianas que habían atemperado los peores efectos de la crisis financiera de 2008. El precio de continuar con la integración política

europea fue una oferta de dinero más reducida y profundos recortes del gasto público.

Gran Bretaña, también, se vio obligada a imponer recortes para evitar una caída de la libra esterlina. Tras las elecciones generales de 2010 en las que ningún partido obtuvo la mayoría, la coalición de David Cameron formada por conservadores y liberal-demócratas anunció un experimento sin precedentes, reducir el sector público británico; recortes del 10 por ciento del gasto identificados el primer año; un objetivo de recortar el 25 por ciento a finales del quinto año de legislatura. La excusa de abrazar una solución hayekiana no fue desestimada por conservadores británicos, como el secretario de Asuntos Exteriores William Hague y el secretario de Trabajo y Pensiones Iain Duncan Smith, que durante mucho tiempo habían albergado el sueño de completar la revolución de Thatcher. El renacimiento de la segunda era de Keynes duró muy poco, pero la invocación del nombre de Hayek seguía causando tantas divisiones que pocos de los que defendían un estado más pequeño se atrevían a mencionar su inspiración. Pero tampoco reconocieron la deuda que tenían con Keynes por haber salvado en dos ocasiones al capitalismo en ochenta años.

Hayek no tuvo este tipo de inhibiciones a la hora de expresar su admiración por Keynes, al que consideraba «una de las mentes más influyentes y originales de su generación» que había tenido una «profunda influencia […] en el desarrollo de ideas».[972] Si bien Hayek creía que «la revolución keynesiana aparecerá como un episodio en el que las concepciones erróneas del método científico apropiado llevaron a la erradicación temporal de muchas ideas importantes», le consideraba «tan polifacético que cuando uno llegaba a apreciarlo como persona, parecía casi irrelevante que pensara que su teoría económica era falsa y peligrosa. […] Iba a ser recordado como un gran hombre por todos los que le conocieron, aunque nunca hubiera escrito sobre economía».[973]

Al igual que Keynes y Hayek, John Kenneth Galbraith no vivió para ver la Gran Recesión, sin embargo dio una explicación de por qué los conservadores no habían aplaudido a Keynes por salvar el capitalismo por segunda vez. «Keynes estaba extremadamente confortable con el sistema económico que tan brillantemente había explorado», observó Galbraith. «La mayor parte de sus esfuerzos, como los de Roosevelt, eran conservadores; quería ayudar a asegurar la supervivencia del sistema. Pero este conservadurismo de los países anglófonos no es atractivo para el conservador realmente comprometido. […] Es mejor aceptar el desempleo, las plantas inutilizadas, y el desespero masivo provocado por la Gran Depresión, con todo el daño que puede hacer a la reputación del sistema capitalista resultante, que retractarse del verdadero principio. […] Cuando el capitalismo finalmente sucumba, lo hará por los estrepitosos brindis de los que estén celebrando su victoria final sobre personas como Keynes.»[974]

Agradecimientos

Mi agradecimiento a mi amigo y mentor A. O. H. Quick, director del Rendcomb College, por haberme animado a estudiar economía política y a mis profesores de economía de la Universidad de York, Alan T. Peacock y Jack Wiseman, por haber desafiado la sabiduría popular sugiriendo que había más teoría económica aparte de la de John Maynard Keynes. Mi agradecimiento a Enoch Powell, Alfred Sherman, John Hoskyns, Keith Joseph y Margaret Thatcher, cuya inyección de ideas del libre mercado en un reticente Partido Conservador Británico me obligaron a reevaluar el trabajo de Friedrich Hayek.

Asimismo, estoy profundamente en deuda con Bruce Caldwell, que tiene un conocimiento de la vida y el trabajo de Hayek sin precedentes, por haber leído el borrador final, haber sugerido correcciones y haberme permitido echar un primer vistazo a su más reciente contribución a *Obras completas* de Hayek, publicado por la University of Chicago Press. También me gustaría dar las gracias a Sidney Blumenthal por su detallada y concienzuda evaluación. Tom Sharpe, que estudió en el Cambridge Circus y posteriormente dio clases en él junto con otros miembros, aportó una visión original y crítica, como Rockwell Stensrud. Estuve encantado de que mi investigación llevara a la reactivación de mi larga amistad con Paul Levy, distinguido historiador del grupo de Bloomsbury. Asimismo, tengo que añadir que soy totalmente responsable de los errores materiales o de juicio que pueda haber en el texto final.

También me gustaría dar las gracias a Patricia McGuire, archivera del King’s College de Cambridge, y a su colega Jane Clarke; a Carol A. Leadenham, asistente de archivo de la Hoover Institution Archives en Stanford (California); y a Sue Donnelly, archivera de la London School of Economics. Todas ellas dieron respuestas prontas y detalladas a mis preguntas, al igual que varios empleados de las distintas sucursales de la New York Public Library en Manhattan. Mi agradecimiento también a Dominick Harrod, Andrew Gilmour, Philip Zabriskie, Dominique Lazanski, Guy Sorman y David Johns de *The New York Times*.

No hubiera podido tener un editor más inteligente y simpático que Brendan Curry de W. W. Norton. Por su parte, Melanie Tortoroli, editora adjunta, ha sido una ayuda y una guía constante. El trabajo de corrección y revisión llevado a cabo por Mary Babcock ha sido riguroso y apropiado, especialmente a la hora de sugerirme la mejor forma de traducir mi inglés-inglés en inglés-norteamericano.

Mi más profundo agradecimiento a mi agente literario, Raphael Sagalyn, por captar desde nuestra primera breve conversación sobre Keynes que había una buena historia que contar y que sólo había que encontrarla. Ha conseguido reemplazar con éxito al difunto Giles Gordon, siempre en mi corazón, el excepcional y talentoso autor de Londres y Edimburgo y agente de mis cinco primeros libros.

Una vez más, estoy en deuda con Fern Hurst y con Beverly Zabriskie por su generosa hospitalidad y afectuoso aliento. En momentos decisivos de la escritura de este volumen me ofrecieron un bucólico remanso de paz que inspiraba ideas frescas y un vigor renovado.

Por último, tengo que pedir perdón a mi mujer, Louise Nicholson, y a mis dos hijos, William y Oliver, que en los últimos años se han visto obligados a asistir a una serie de seminarios domésticos improvisados sobre los méritos relativos de Keynes y Hayek. Les doy las gracias por su inagotable paciencia, buen humor y comprensión. Sin ellos no sería nada.

NICHOLAS WAPSHOTT

Nueva York, febrero de 2011

Bibliografía seleccionada

ABSE, JOAN (ed.), *MyLSE.* Robson Books, Londres, 1977.

ALTER, JOHATHAN, *The defining moment: FDR's hundred days and the triumph of hope,* Simon & Schuster, Nueva York, 2006.

AMBROSE, STEPHEN, *Nixon: ruin and recovery, 1973-1990,* Simon & Schuster, Nueva York, 1991.

ANDERSON, MARTIN, *Revolution: the Reagan legacy,* Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1990.

BEVERIDGE, WILLIAM, *Full employment in a free society,* Allen & Unwin, Londres, 1944. Versión castellana de Pilar López Mañez, *Pleno empleo en una sociedad libre: informe de Lord Beveridge II,* Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1989.

BLACK, CONRAD, *Roosevelt: champion of freedom,* PublicAffairs, Nueva York, 2003.

BLAUG, MARK, *Great economists since Keynes: an introduction to the lives and works of one hundred modern economists,* Edward Elgar, Cheltenham, G.B., 1998.

BLINDER, ALAN S., *Hard heads, soft heads: tough-minded economics for a just society,* Addison-Wesley, Reading, Mass., 1987.

—, «The fall and rise of Keynesian economics», *Economic Record,* diciembre de 1988.

BOYER, PAUL S. (ed.), *The Oxford companion to United States History,* Oxford University Press, Nueva York, 2001.

BREIT, WILLIAM y ROGER W. Spencer (eds.), *Lives of the laureates: seven Nobel economists,* MIT Press, Cambridge (Massachussets), 1986.

BRIDGES, LINDA y JOHN R. COYNE Jr., *Strictly right: William F. Buckley Jr. and the American conservative movement,* Wiley, Hoboken (N.J.), 2007.

BUCKLEY, WILLIAM, F., Jr., *On the firing line: the public life of our public figures,* Random House, Nueva York, 1989.

—, *Let us talk many things: the collected speeches,* Basic Books, Nueva York, 2008.

CALDWELL, BRUCE, *Hayek's challenge: an intellectual biography of F. A. Hayek,* University of Chicago Press, Chicago, 2005.

CANNON, LOU, *President Reagan: the role of a lifetime,* PublicAffairs, Nueva York, 1991.

CARTER, JIMMY, *Keeping faith: memoirs of a president,* Collins, Londres, 1982. Versión castellana de Silvia García Sarrail, *Jimmy Carter,* Ediciones Sedmay, Madrid, 1976.

CLARK, KENNETH, *The other half: a self portrait,* Harper & Row, Nueva York, 1977.

CLARKE, PETER, *Keynes: the rise, fall and return of the 20th century's most influential economist,* Bloomsbury, Nueva York, 2009.

COCKETT, RICHARD, *Thinking the unthinkable: think tanks and the economic counterrevolution, 1931-1983,* Harper Collins, Londres, 1994.

COLLINS, ROBERT M., *The business response to Keynes, 1929-1964,* Columbia University Press, Nueva York, 1981.

COZZI, TERENZIO y ROBERTO MARCHIONATTI (eds.), *Piero Sraffa's political economy: a centenary estimate,* Psychology Press, Hove (Reino Unido), 2001.

DALLEK, ROBERT, *Franklin D. Roosevelt and American foreign policy, 1932-1945,* Oxford University Press, Nueva York, 1979.

DELAY, TOM con STEPHEN MANSFIELD, *No retreat, no surrender: one American's fight,* Sentinel, Nueva York, 2007.

DICKENS, CHARLES, *Hard Times,* Harper & Brothers, Nueva York, 1854. Versión castellana de José Luis López Muñoz, *Tiempos difíciles,* Alianza Editorial, Madrid, 2010.

DIMAND, ROBERT W., *The origins of the Keynesian revolution,* Stanford University Press, Stanford (California), 1988.

DOLAN, CHRIS J., JOHN FRENDREIS y RAYMOND TATLOVICH, *The presidency and economic policy,* Rowman & Littlefield, Lanham (Maryland), 2008.

DONOVAN, ROBERT J., *Conflict and crisis: The presidency of Harry S. Truman, 1945-1948,* University of Missouri Press, Columbia, 1996.

DURBIN, ELIZABETH, *New Jerusalems: the Labour Party and the economics of democratic socialism,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985.

EBENSTEIN, ALAN, *Friedrich Hayek: A biography,* Palgrave, Nueva York, 2001.

EBENSTEIN, LANNY, *Milton Friedman: A biography,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007.

EDWARDS, LEE, *Goldwater: The man who made a revolution,* Regnery, Washington, D.C., 1995.

EVANS, ROWLAND y ROBERT NOVAK, *The Reagan revolution,* E. P. Dutton, Nueva York, 1981.

FINER, HERMAN, *The road to reaction,* Little, Brown (Boston), 1945.

FREEDMAN, MAX (ed.), *Roosevelt and Frankfurter: Their correspondence, 1928-1945,* Atlantic-Little, Brown (Boston), 1967.

FRIEDMAN, MILTON (ed.), «The quantity theory of money — A restatement, an essay in studies in the quantity theory of money», en Friedman (ed.), *Studies in the quantity theory of money,* University of Chicago Press, Chicago, 1956. Versión castellana de José Vergara, *Teoría de los precios*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

FRIEDMAN, MILTON y ROSE D. FRIEDMAN, *Two lucky people: memoirs,* University of Chicago Press, Chicago, 1998.

FRIEDMAN MILTON y ANNA D. SCHWARTZ, *A monetary history of the United States, 1867-1960,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1963.

FUKUYAMA, FRANCIS, *The end of history and the last man,* Free Press, Nueva York, 1992. Versión castellana de P. Elías, *El fin de la historia y el último*

hombre, Editorial Planeta, Barcelona, 1992.

GALBRAITH, JAMES K., *Ambasssador's Journal,* Houghton Mifflin, Nueva York, 1969. Versión castellana, *Diario de un embajador,* Plaza y Janés, Barcelona, 1970.

—, *A life in our times,* Houghton Mifflin,Boston, 1981. Versión castellana de J. A. Bravo, *Memorias: una vida de nuestro tiempo*, Grijalbo, Barcelona, 1982.

—, *The essential Galbraith*, Andrea D. Williams (ed.), Mariner Books, Orlando (Florida), 2001. Versión castellana *J. K. Galbraith esencial,* Editorial Crítica, Barcelona, 2002.

—, *The predator state: how conservatives abandoned the free market and why liberals should too,* Free Press, Nueva York, 2008.

GAMBLE, ANDREW, *Hayek: The iron cage of liberty,* Westview Press, Boulder, Colo., 1996.

GILBERT, MARTIN, *Winston Churchill, the wilderness years,* Houghton Mifflin, Nueva York, 1982.

—, *Churchill: A life,* Henry Holt, Nueva York, 1991.

GILLON, STEVEN M., *The democrat's dilemma: Walter F. Mondale and the liberal legacy,* Columbia University Press, Nueva York, 1995.

GRINGRICH, NEWT, ED GILLESPIE y BOB SCHELLHAS, *Contract with America,* Times Books, Nueva York, 1994.

GOLDWATER, BARRY M., *Conscience of a conservative,* Victor, Nueva York, 1960.

GOLDWATER, BARRY M. con JACK CASSERLEY, *Goldwater,* St. Martin's Press, Nueva York, 1988.

GORDON, ROBERT J. (ed.), *Milton Friedman's monetary framework: A debate with his critics,* University of Chicago Press, Chicago, 1974.

GREENSPAN, ALAN, *The age of turbulence: adventures in a New World,* Penguin, Nueva York, 2008. Versión castellana de Gabriel Dols Gallardo, *La era de las turbulencias, aventuras de un nuevo mundo,* Ediciones B, Barcelona, 2008.

HALL, THOMAS EMERSON y J. DAVID FERGUSON, *The great depression: An international disaster of perverse economic policies,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998.

HANSEN, ALVIN H., *A guide to Keynes,* McGraw-Hill, Nueva York, 1953.

—, *Business cycles and national income: Expanded edition,* W. W. Norton, Nueva York, 1964.

HARCOURT, G. C., «Some reflections on Joan Robinson's changes of mind and their relationship to post-Keynesianism and the economics profession», en Joan Robinson, Maria Cristina Marcuzzo, Luigi Pasinetti y Alesandro Roncaglia (eds.), *The economics of Joan Robinson,* Routledge studies in the history of economics, vol 94, CRC Press, Londres, 1996.

HARROD, R. F., *The life of John Maynard Keynes,* Macmillan, Londres, 1952. Versión castellana de Antonio Ramos Oliveira y Mario Monforte Toledo, *La vida de John Maynard Keynes*, FCE, México D. F., 1985.

HAYEK, F. A., *Monetary theory and the trade cycle,* Jonathan Cape, Londres, 1933.

—, *Individualism and economic order,* University of Chicago Press, Chicago, 1948.

—, *The constitution of liberty,* University of Chicago Press, Chicago, 1960. Versión castellana de José Vicente Torrente, *Los fundamentos de la libertad*, 8.ª ed., Unión Editorial, Madrid, 2008.

—, *Studies in philosophy, politics and economics,* University of Chicago Press, Chicago, 1967. Versión castellana de Juan Marcos de la Fuente, *Estudios de filosofía, política y economía*, Unión Editorial, Madrid, 2007.

—, *Prices and production,* Augustus M. Kelley, Nueva York, 1967. Versión castellana de Carlos Rodríguez Braun, *Precios y producción*, Unión Editorial, Madrid, 1996.

—, *Law, legislation and liberty,* vol. 3: *The political order of a free people,* University of Chicago Press, Chicago, 1979. Versión castellana de Juan Marcos de la Fuente, *Derecho, legislación y libertad* [los tres volúmenes originales unidos en uno solo], Unión Editorial, Madrid, 2006.

—, *A tiger by the tail: the Keynesian legacy of inflation,* Cato Institute, San

Franciso, 1979.

—, *The collected works of F. A. Hayek*, Bruce Caldwell (ed.).

Vol. 2: *The road to serfdom, text and documents, the definitive edition*, Caldwell (ed.), University of Chicago Press, Chicago, 2007. Versión castellana de José Vergara Doncel, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 2010. Vol. 4: *The fortunes of liberalism: Essays on Austrian economics and the ideal of freedom,* Peter G. Klein (ed.), University of Chicago Press, Chicago, 1992. Vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge: Essays and correspondence,* Caldwell (ed.), University of Chicago Press, Chicago, 1995. Vol. 10: *Socialism and war: essays, documents, reviews,* Caldwell (ed.), Liberty Fund, Indianapolis, 1997. Vol. 12: *The pure theory of capital,* Lawrence H. White (ed.), University of Chicago Press, Chicago, 2007. Vol. 13: *Studies on the abuse and decline of reason*, Caldwell (ed.), University of Chicago Press, Chicago, 2010.—, *Hayek on Hayek,* Stephen Kresge y Leif Wenar (eds.), University of Chicago Press, Chicago, 1994.

—, *Prices and production and other works: F.A. Hayek on money, the business cycle and the gold standard,* Ludwig von Mises Institute, Auburn (Alabama), 2008.

—, *The pure theory of capital,* University of Chicago Press, Chicago, 2009.

—, University of California Los Angeles oral history project, entrevistas con Hayek realizadas el 28 de octubre, 4, 11 y 12 de noviembre de 1978, http://www.archive.org/stream/nobelprizewinning00haye#page/n7/mode/2up, publicado en febrero de 2011.

HEALEY, DENIS, *The time of my life,* Michael Joseph, Londres, 1989.

HESSION, CHARLES H., *John Maynard Keynes,* Macmillan, Nueva York, 1984.

HICKS, JOHN RICHARD, *Critical essays in monetary theory,* Clarendon Press, Oxford (Reino Unido), 1967. Versión castellana *Ensayos críticos sobre teoría monetaria*, Editorial Ariel, Barcelona, 1970.

—, *Money, interest and wages,* vol. 2 de *Collective essays on economic theory,* Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1982.

HOWSON, SUSANA y DONALD WINCH, *The economic advisory council, 1930-1939: A study in economic advice during depression and recovery,* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1977.

HÜLSMANN, JÖRG GUIDO, *Mises: The last knight of liberalism,* Ludwig von Mises Institute, Auburn (Alabama), 2007.

JENKINS, PETER, *Mrs. Thatcher's revolution: the ending of the socialist era,* Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1987.

JENKINS, ROY (ed.), *Purpose and policy: selected speeches of C. R. Attlee,* Hutchinson, Londres, 1947.

—, *Churchill,* Mcmillan, Londres, 2001. Versión castellana de Carmen Camps, *Churchill*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.

JOHNSON, ELIZABETH S. y HARRY G. JOHNSON, *The shadow of Keynes,* University of Chicago Press, Chicago, 1978.

JORDAN, HAMILTON, *Crisis: the last year of the Carter presidency,* Michael Joseph, Londres, 1982.

JUDIS, JOHN B. y WILLIAM F. BUCKLEY Jr., *Patron saint of the conservatives,* Simon & Schuster, Nueva York, 1988.

KAHN, RICHARD F., *The making of Keynes' general theory,* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1984.

KALDOR, NICHOLAS, *The economic consequences of Mrs. Thatcher: speeches in the House of Lords, 1979-82.,* Nick Butler (ed.), Duckworth, Londres, 1983.

KEYNES, J. M., *The economic consequences of the peace,* Harcourt, Brace and Howe, Nueva York, 1920. Versión castellana de Juan Uña, *Las consecuencias económicas de la paz,* Crítica, Barcelona, 2002.

—, *The economic consequences of Mr. Churchill,* Hogarth Press, Londres, 1925.

—, *The end of laissez-faire,* Hogarth Press, Londres, 1926.

—, *A treatise on money,* Macmillan, Londres, 1930. Versión castellana *Tratado sobre el dinero*, Editorial Síntesis, Madrid, 2010.

—, *The means to prosperity,* Macmillan, Londres, 1933.

—, *The general theory of employment, interest and money,* Macmillan, Londres, 1936. Versión castellana de Eduardo Hornedo, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, RBA Coleccionables, Barcelona, 2004.

—, *The collected writings of John Maynard Keynes*.

Vol. 4: *A tract on monetary reform,* 1923, Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1971. Versión castellana *Breve tratado sobre la reforma monetaria: escritos (1919-1944)*, Editorial Síntesis, Madrid, 2009. Vol. 5: *A treatise on money, i: the pure theory of money,* 1930, Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1971. Versión castellana *Tratado sobre el dinero*, Editorial Síntesis, Madrid, 2010. Vol. 9: *Essays in persuasion,* 1931, Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1972. Versión castellana *Ensayos de persuasión*, Editorial Síntesis, Madrid, 2009. Vol. 13: *The general theory and after, part 1, Preparation,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1973. Vol. 14: *The general theory and after, part 2, Defence and development,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1973. Vol. 17: *Activities 1920-2: treaty revision and reconstruction,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1977. Vol. 19: *Activities 1922-9: the return to gold and industrial policy,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1981. Vol. 20: *Activities 1929-31: rethinking employment and unemployment policies,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1981. Vol. 21: *Activities 1931-9: world crisis and policies in Britain and America* 1982, Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1982. Vol. 29: *The general theory and after: A supplement,* 1979, Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1979.KEYNES, J. M y LYDIA LOPOKOVA, *Lydia and Maynard: the letters of Lydia Lopokova and John Maynard Keynes,* Polly Hill y Richard Keynes (eds.), Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1989.

KEYNES, MILO (ed.), *Essays on John Maynard Keynes.* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1975. Versión castellana de Octavi Pellisa, *Ensayos biográficos,* Crítica, Barcelona, 1992.

KIRK, RUSSELL, JAMES MCCLELLAN y JEFFREY NELSON, *The political principles of Robert A. Taft,* Transaction Publishers, Piscataway (N.J.), 2010.

LACHMANN, LUDWIG M., *Expectations and the meaning of institutions: Essays in economics*, Don Lavoie (ed.), Psychology Press, Hove (Reino Unido), 1994.

LAFFER, ARTHUR, *The Laffer curve: past, present and future,* Executive summary backgrounder, n.º 1765, Heritage Foundation, Washington, DC., junio de 2004.

LAWSON, NIGEL, *The view from number 11,* Bantam Press, Londres, 1992.

LEKACHMAN, ROBERT (ed.), *Keynes' general theory: Reports of three decades,* St. Martin's Press, Nueva York, 1964.

LINDBECK, ASSAR (ed.), *Nobel lectures in economic sciences 1969-1980,* World Scientific, Singapur, 1992.

LOUIS, WILLIAM Rogers, *Adventures with Britannia: Personalities, politics and culture in Britain,* I. B. Tauris, Londres, 1997.

LOWI, THEODORE J., *The end of the republican era,* University of Oklahoma Press, Norman, 2006.

MACHLUP, FRITZ. *Essays on Hayek,* Routledge, Londres, 2003.

MACKENZIE, NORMAN y JEANNE MACKENZIE (eds.), *The diary of Beatrice Webb,* vol. 4: *«The wheel of life», 1924-1943,* Virago, Londres, 1985.

MACMILLAN, HAROLD, *Tides of fortune,* Macmillan, Londres, 1969.

MALABRE, ALFRED L. Jr., *Lost prophets: An insider's history of the modern economists,* Harvard Business School Press, Boston, 1994. Versión castellana de María Isabel Merino Sánchez, *Profetas perdidos: la historia de los economistas modernos contada por uno de ellos*, Ediciones Apóstrofe, Arganda del Rey, 1995.

MANEY, PATRICK J., *The Roosevelt presence: the life and legacy of FDR,* University of California Press, Berkeley, 1992.

MARTIN, KINGSLEY, *Editor: A second volume of autobiography, 193145,* Penguin, Londres, 1969.

MCCULLOUGH, DAVID, *Truman,* Simon & Schuster, Nueva York, 1992.

MIROWSKI, PHILIP y DIETER PLEHWE, *The road from Mont Pèlerin: The making of the neoliberal thought collective,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2009.

MISES, LUDWIG VON, *Theorie des geldes und der umlausmittel,* Duncker & Humblot, Múnich, 1912. Versión castellana de Juan Marcos de la Fuente, *Teoría del dinero y del crédito*, Unión Editorial, Madrid, 2012.

—, *Socialism: An economic and sociological analysis,* trans. I. Kahane, LibertyClassics, Indianapolis, 1981. Versión castellana de Luis Montes de Oca, *El socialismo: análisis económico y sociológico*, Unión Editorial, Madrid, 2003.

MISES, MARGIT VON, *My years with Ludwig von Mises.* Arlington House, New Rochelle (N.Y.), 1976.

MOGGRIDGE, DONALD EDWARD, *John Maynard Keynes,* Penguin Books, Nueva York, 1976.

—, *Maynard Keynes: an economist's biography,* Rouletge, Nueva York, 1992.

MORGAN, TED, *FDR: a biography,* Simon & Schuster, Nueva York, 1985.

MORSINK, JOHANNES, *The Universal Declaration of Human Rights: Origins, drafting and intent,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2000.

NASH, GEORGE H., *The conservative intellectual movement in America since 1945,* Basic Books, Nueva York, 1976.

NEF, JOHN Ulrich, *The search for meaning: The autobiography of a nonconformist,* Public Affairs Press, Washington, D.C., 1973.

NELL, EDWARD y WILLI SEMMLER (eds.), *Nicholas Kaldor and Mainstream economics: confrontation or convergence?,* St. Martin's Press, Nueva York, 1991.

NISKANEN, WILLIAM A., *Reagonomics: An insider's account of the policies and the people,* Oxford University Press, Nueva York, 1988.

NIXON, RICHARD, *The memoirs of Richard Nixon,* Arrow Books, Londres, 1979.

NOONAN, PEGGY, *When character was king: A story of Ronald Reagan,* Viking Penguin, Nueva York, 2001.

O'BRIEN, MICHAEL, *John F. Kennedy: A biography,* Macmillan, Londres, 2006.

O'DRISCOLL, GERALD, *Economics as a coordination problem,* Andrews & McMeel, Kansas City, 1977.

PARKER, RICHARD, *John Kenneth Galbraith: His life, his politics, his economics,* Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 2005.

PATINKIN, DON y J. CLARK LEITH (eds.), *Keynes, Cambridge and the general theory,* University of Toronto Press, Toronto, 1978.

PEACOCK, ALAN T. y JACK WISEMAN, *The growth of public expenditure in the United Kingdom,* George Allen & Unwin, Londres, 1961.

PERKINS, FRANCES, *The Roosevelt I knew,* Viking Press, Nueva York, 1946.

PIGOU, ARTHUR, *Economics in practice,* Macmillan, Londres, 1935.

POTIER, JEAN-PIERRE, *Piero Sraffa, unorthodox economist (18981983): a biographical essay,* Psychology Press, Hove, G.B., 1991. Versión castellana de Jordi Argente, *Piero Sraffa: Un economista heterodoxo,* Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1994.

RAND, AYN, *Ayn Rand's marginalia: Her critical comments on the writings of over twenty authors,* Robert Mayhew (ed.), Second Renaissance Books, New Milford, Conn., 1995.

REAGAN, RONALD, *An American life,* Simon & Schuster, Nueva York, 1990. Versión castellana de María Teresa Montaner Soro, *Una vida americana,* Plaza y Janés, Barcelona, 1991.

REEVES, RICHARD, *President Reagan: The triumph of imagination*, Simon & Schuster, Nueva York, 2005.

ROBBINS, LIONEL, *Autobiography of an Economist*, Macmillan/St. Martin's Press, Londres, 1971.

ROBINSON, JOAN, *Contributions to Modern Economics*, Blackwell, Oxford (Reino Unido), 1978.

—, *Economic philosophy: An essay on the progress of economic thought*, Aldine Transaction, Piscataway (N.J.), 2006.

ROCKEFELLER, DAVID, *Memoirs*, Random House, Nueva York, 2002. Versión castellana de Miguel Hernández Sola, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 2004.

ROOSEVELT, FRANKLIN DELANO, *FDR's Fireside Chats*, Russell D. Buhite y David W. Levy (eds.), University of Oklahoma Press, Norman, 1992.

ROTHBARD, MURRAY Newton, *America's Great Depression*, Ludwig von Mises Institute, Auburn (Alabama), 2000.

ROYAL COMMISSION ON UNEMPLOYMENT INSURANCE, *Minutes of Evidence*, vol. 2, HMSO, Londres, 1931.

RUSSELL, BERTRAND, *Autobiography*, Allen & Unwin, Londres, 1967. Versión castellana de Pedro del Carril, *Autobiografía de Bertrand Russell*, Edhasa,

Barcelona, 1984.

SAMUELSON, PAUL A., *Economics: An introductory analysis*, McGrawHill, Nueva York, 1948.

—, *The collected scientific papers of Paul A. Samuelson*, Joseph E. Stiglitz (ed.), vol. 2, MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1966.

SCHLESINGER, ARTHUR M. Jr., *A thousand days: John F. Kennedy in the White House*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1965. Versión castellana *Los mil días de Kennedy*, Aymá, Barcelona, 1966.

—, *The coming of the New Deal*, Mariner Books, Nueva York, 2003.

SCHUMPETER, JOSEPH ALOIS, y ELIZABETH BOODY SCHUMPETER, *History of Economic Analysis*, Oxford University Press, Oxford (Reino Unido), 1954. Versión castellana de José A. Sacristán y Manuel García Durán, *Historia del análisis económico*, Editorial Ariel, Barcelona, 1982.

SENZBERG, MICHAEL (ed.), *Eminent economists: Their life philosophies*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1993.

SHLAES, AMITY, *The forgotten man: A new history of the Great Depression*, Harper-Collins, Nueva York, 2007.

SKIDELSKY, ROBERT, *John Maynard Keynes*.

Vol. 1: *Hopes betrayed 1883-1920*, Viking Penguin, Nueva York, 1986. Versión castellana de Juan Carlos Zapatero, *John Maynard Keynes. T. 1. Esperanzas frustradas 1883-1920*, Alianza Editorial, Madrid, 1986. Vol. 2: *The economist as savior 1920-1937*, Viking Penguin, Nueva York, 1994. Vol. 3: *Fighting for freedom 1937-1946*, Viking, Nueva York, 2000.—, *Keynes: The return of the master*, Public Affairs, Nueva York, 2009. Versión castellana de Jordi Pascual Escutia, *El regreso de Keynes*, Editorial Crítica, Barcelona, 2009.

SLOAN, JOHN W., *Eisenhower and the management of prosperity*, University Press of Kansas, Lawrence, 1991.

SNOWDON, BRIAN y HOWARD R. VANE, *A macroeconomics reader*, Routledge, Londres, 1997.

STEEL, RONALD, *Walter Lippmann and the American century*, Bodly Head, Londres, 1981.

STEIN, HERBERT, *Presidential economics*, Simon & Schuster, Nueva York, 1985.

—, *Washington Bedtime stories: the politics of money and jobs,* Free Press, Nueva York, 1986.

—, *On the other hand — Essays on economics, economists and politics.* AEI Press, Washington, D.C., 1995.

STELZER, IRWIN (ed.), *The neocon reader,* Grove Press, Nueva York, 2004.

STIGLER, GEORGE J., *Memoirs of an unregulated economist,* Basic Books, Nueva York, 1988. Versión castellana de Fernando Castro Polinio, *Memorias de un economista,* Espasa libros, Madrid, 1992.

STREISSLER, ERICH (ed.), *Roads to freedom: Essays in honour of Friedrich A. von Hayek.* Augustus M. Kelley, Nueva York, 1969.

SUSKIND, RON, *The price of loyalty: George W. Bush, the White House and the education of Paul O'Neill,* Simon & Schuster, Nueva York, 2004. Versión castellana *El precio de la lealtad: George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill,* Ediciones Península, Barcelona, 2004.

TEMPALSKI, JERRY, «Revenue effects of major tax bills», OTA Working Paper 81, Office of Tax Analysis, U.S. Treasury Department, Washington, D.C., julio de 2003.

THATCHER, MARGARET, *The Downing Street Years,* HarperCollins, Londres, 1995. Versión castellana, *Los años de Downing Street,* Aguilar, Madrid, 2012.

TURNER, MARJORIE Shepherd, *Joan Robinson and the Americans*, M. E. Sharpe, Armonk (N.Y.), 1989.

U.S. SENATE, *Evidence to the Senate Finance Committee Investigation of Economic Problems: Hearings, 72nd congress, 2nd session. February 13-28, 1933,* Government Printing Office, Washington, D.C., 1933.

—, *Assuring full employment in a free competitive economy, report from the Committee on banking and currency,* S. Rep. No. 583, 79th Congress, 1st session, Government Printing Office, Washington, D.C., 22 de septiembre, 1945.

WAPSHOTT, NICHOLAS, *Ronald Reagan and Margaret Thatcher: A political*

marriage, Sentinel, Nueva York, 2007.

WHAPSHOTT, NICHOLAS y GEORGE BROCK, *Thatcher,* Macdonald/Futura, Londres, 1983.

WINCH, DONALD, *Economics and policy: a historical study,* Walker, Nueva York, 1969.

WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Ludwig Wittgenstein: Cambridge letters,* Brian McGuinness y Georg Henrik Wright (eds.), Wiley-Blackwell, Hoboken (N.J.), 1972.

WOOD, JOHN CUNNINGHAM (ed.), *Piero Sraffa: Critical assessments,* Psychology Press, Hove (Reino Unido), 1995.

WOOD, JOHN CUNNINGHAM y ROBERT D. WOOD (eds.), *Friedrich A. Hayek: Critical assessments of leading economists,* Routledge, Londres, 2004.

WOOTTON, BARBARA, *Freedom under planning,* G. Allen & Unwin, Londres, 1945.

YERGIN, DANIEL y STANISLAW JOSEPH, *Commanding heights: the battle for the world economy,* Simon & Schuster, Nueva York, 2002.

YOUNG, HUGO, *The iron lady: a biography of Margaret Thatcher,* Macmillan, Londres, 1989. Versión castellana de Sofía Noguera Mendía, *Margaret Thatcher*, Ediciones Folio, Barcelona, 2005.

Notas

1. «Obituary: Laurence Joseph Henry Eric Hayek», del *King's College, Cambridge, Annual Report 2008*, p. 142. Laurence era hijo de Friedrich Hayek y, como Keynes, había sido un «Kingsman». En su obituario pone que Keynes y Hayek «hacían turnos en la azotea de la capilla del King's College para vigilar los bombarderos durante la guerra». Alguien ha mostrado sus dudas con respecto a esta afirmación. Lo que está claro es que ambos vigilaron si se acercaban bombarderos desde la azotea del King's.

2. Citado por John Cassidy, «The economy: why they failed», *New York Review of Books* (9 de diciembre de 2010), pp. 27-29.

3. Francis Ysidro Edgeworth estaba al final de una larga línea de terratenientes, escritores y excéntricos anglo-irlandeses y se convirtió en uno de los hombres más variopintos, originales y brillantes que se dedicaron a la economía en el siglo XIX. Sus orígenes fueron tan románticos que le hicieron merecedor de un lugar en una de las novelas moralistas más vendidas escritas por su anciana tía Maria Edgeworth, cuyas vívidas descripciones de la vida irlandesa, tanto de las clases sociales altas como de las bajas, inspiraron a sir Walter Scott a escribir las novelas sobre Waverley. El padre de Francis, Francis Beaufort Edgeworth, estudiante de filosofía en Cambridge, pasaba por Londres de camino a Alemania cuando, en las escaleras del Museo Británico, se topó literalmente con Rosa Florentina Eroles, una catalana de dieciséis años que se había refugiado en Londres para escapar de la persistente violencia en la que estaba envuelto su país natural. Edgeworth padre se enamoró inmediatamente de ella y espontáneamente decidió saltarse el estricto protocolo que exigía su aristocrática familia fugándose con su recién descubierto amor. La pareja se casó al cabo de tres semanas. El quinto hijo de esta inverosímil unión fue Ysidro Francis Edgeworth, que de adulto transpuso sus nombres cuando ya no había posibilidad de confundirlo con su padre. Francis no se casó, aunque durante un tiempo cortejó en vano a Beatrix Potter, la creadora de Peter Rabbit, y en su lugar dedicó sus energías a aplicar la formulación matemática a una mejor comprensión de los problemas humanos. Si bien la contribución de Edgeworth a la teoría económica apenas fue reconocida mientras vivió, su obra fue atribuida, sin reconocerle el mérito adecuado, a Alfred Marshall, el destacado economista británico de finales del siglo XIX e importante residente de Cambridge que dio personalmente clase tanto a John Maynard Keynes como al padre del economista Keynes, Neville.

4. Alfred Marshall (1842-1924), el economista más influyente de su tiempo, reunió los conceptos económicos fundamentales de la oferta y la demanda, utilidad marginal y los costes de producción en su libro *Principios de economía,* que sentó las bases del conocimiento económico del momento.

5. Ludwig Heinrich Edler von Mises (1881-1973), economista de la escuela austríaca que huyó de la Alemania nazi a Suiza en 1934 y emigró a Estados Unidos en 1940. Inspirado por Carl Menger y Eugen von BöhmBawerk, se convirtió en el economista liberal más influyente, e inspirador de F. A. Hayek, Ayn Rand, Wilhelm Röpke, Fritz Machlup y Lionel Robbins y del movimiento libertario estadounidense.

6. La abuela de Ludwig Wittgenstein era la hermana del bisabuelo de Hayek. Hayek citado en Oral History Collection, Departament of Special Collections, University Library, Universidad de California, Los Ángeles, 1983, p. 139.

7. Carta de Wittgenstein a Keynes, enviada desde K.u.K. art. Autodetachement, «Oblt. Gurth», Feldpost n.º 186 el 25 de enero de 1915. Citado en Ludwig Wittgenstein, *Ludwig Wittgenstein Cambridge Letters,* ed. Brian McGuinness y Georg Henrik Wright, Wiley-Blackwell, Hoboken, N.J., 1997, p. 52.

8. Keynes, que no hizo ningún esfuerzo por reprimir su sentido del humor, ni siquiera en estas circunstancias, había hecho una broma pertinentemente existencialista a Wittgenstein en una carta fechada el 10 de enero de 1915, reconociendo la recepción de la primera misiva de Wittgenstein. «Me sorprende haber recibido una carta suya. ¿Cree que demuestra que usted existía poco antes de que yo la recibiera? Creo que sí.»

9. F. A. Hayek, *The collected works of F. A. Hayek,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge: Essays and correspondence,* ed. Bruce Caldwell, University of Chicago Press, Chicago, 1995, p. 58. De ahora en adelante abreviado como «*Collected Works*».

10. Georges Clemenceau (1841-1929), primer ministro francés (1906-1909, 1917-1920).

11. David Lloyd George (1863-1945), primer ministro británico liberal (1916-1922) y fundador del estado del bienestar.

12. La primera referencia al «Grupo de Bloomsbury» fue hecha por Lytton Strachey. Ver Stanford Patrick Rosenbaum, *The Bloomsbury group,* University of Toronto Press, Toronto, 1995, p. 17.

13. Giles Lytton Strachey (1880-1932), biógrafo de la reina Victoria cuyo libro *Victorianos eminentes* introdujo una nueva visión crítica de las vidas de algunos británicos eminentes.

14. Adeline Virginia Woolf nacida Stephen (1882-1941), autora y ensayista inglesa, modernista e innovadora, cuyas influyentes novelas incluían, *Sra. Dalloway* (1927), *Al faro* (1927) y *Orlando* (1928). Fundó, junto con su marido, Leonard Woolf, la Hogarth Press en 1917.

15. Edward Morgan Forster (1879-1970), autor inglés y miembro del King's College (Cambridge), cuyas novelas incluyen *Donde los ángeles ni se atreven* (1905), *Una habitación con vistas* (1908), *Regreso a Howards End* (1910) y *Pasaje a la India (*1924).

16. Duncan James Corrowr Grant (1885-1978), pintor escocés y amante de Lytton Strachey y John Maynard Keynes que tuvo una relación muy especial con la pintora Vanessa Bell, hermana de Virginia Woolf.

17. Vanessa Bell nacida Stephen (1879-1961), artista inglesa que se casó con el crítico de arte Clive Bell antes de formar un *mènage à trois* poco convencional con Duncan Grant y su amante David Garnett en su granja de Charleston, East Sussex.

18. Roger Eliot Fry (1866-1934), artista y crítico de arte inglés que defendió el modernismo y acuñó el término «postimpresionismo». Fry tuvo un breve romance con Vanessa Bell.

19. George Edward Moore (1873-1958), filósofo moralista británico cuya obra *Principia ethica*, de 1903, inspiró a Keynes y a otros miembros del grupo de Bloomsbury.

20. *Collected Works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 240.

21. R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 200.

22. Carta de Keynes a Grant, 25 de abril de 1915, ibídem, p. 201.

23. Sir Roy Forbes Harrod (1900-1978), economista británico y profesor de economía de Oxford, cuyo libro *La vida de John Maynard Keynes (*1952) fue la biografía definitiva de Keynes hasta que aparecieron los tres volúmenes de Robert Skidelsky (1983, 1992 y 2000).

24. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 206.

25. Los miembros del grupo de Bloomsbury no eran pacifistas; creían, sin embargo, que no tenían que participar en una guerra en la que no creían. Para un relato completo, ver Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 1: *Hopes Betrayed 1883-1920* (Viking Penguin, Nueva York, 1986), pp. 315-327.

26. Ibídem, p. 324.

27. Ibídem.

28. Robert Jacob Alexander, barón Skidelsky (1939-), historiador de pensamiento económico británico, profesor emérito de política económica de la Universidad de Warwick, Inglaterra, y miembro fundador del partido socialdemócrata (1981), cuya biografía de Keynes, compuesta por tres volúmenes, sigue siendo el relato definitivo de la vida de Keynes.

29. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 1: *Hopes betrayed,* p. 353.

30. Memorándum de los aliados al presidente Wilson, en el Departamento de Estado estadounidense, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918. Supplement 1, The World War,* Government Printing Office, Washington, D.C., 1918, pp. 468-694.

31. Rosalia «Rosa» Luxemburg (1871-1919), marxista alemana y líder de la Liga Espartaquista que fue ejecutada tras el fracaso del levantamiento espartaquista de Berlín de enero de 1919.

32. Carl Melchior (1871-1933), banquero alemán de M. M. Warburg que lideró el contingente representando al derrotado gobierno alemán en la Conferencia de Paz de París. A pesar del «amor» que Keynes profesaba a Melchior, no hay ninguna evidencia de que su amistad fuera algo más que platónica. Melchior tuvo una amante durante mucho tiempo, la escritora francesa Marie de Molènes, con la que finalmente se casó. Tuvieron un hijo.

33. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 1: *Hopes Betrayed,* p. 374.

34. Carta de Keynes a su madre, 14 de mayo de 1919, citado en Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 249.

35. Carta de Keynes a Grant, 14 de mayo, 1919, citado en ibídem, p. 250.

36. Carta de Keynes a Chamberlain, 26 de mayo, 1919, citado en ibídem, p. 251.

37. Carta de Chamberlain a Keynes, 21 de mayo, 1919, citado en ibídem, p. 250.

38. Mariscal de Campo Jan Christiaan Smuts (1870-1950), estadista sudafricano y primer ministro de la Unión de Sudáfrica (1919-1924, 1939-1948).

39. Carta de Keynes a su madre, 3 de junio, 1919, citado en Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 252.

40. Carta de Keynes a Lloyd George, 5 de junio, 1919, citado en ibídem, p. 253.

41. J. M. Keynes, *Consecuencias económicas de la paz*, p. 5.

42. Ibídem, p. 3.

43. Ibídem, p. 30.

44. Ibídem, p. 35.

45. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 256.

46. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, p. 94.

47. Ibídem, p. 96.

48. Ibídem, p. 158.

49. Ibídem, p. 167.

50. Ibídem, p. 168.

51. Carta de Strachey a Keynes, Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *The economist as savior 1920- 1937,* Viking Penguin, Nueva York, 1994, p. 392.

52. Carta de Keynes a Strachey, citado en ibídem, p. 392.

53. Ibídem, p. 393.

54. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 255.

55. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 1: *Hopes Betrayed*, p. 384.

56. *Collected works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 58.

57. «Nobel prize-winning economist, Friedrich A. von Hayek», Oral History program, Universidad de California Los Ángeles, 1983 (entrevistas con Hayek realizadas el 28 de octubre y el 4, 11 y 12 de noviembre de 1978), p. 475, http://www.archive.org/stream/nobelprizewinnin00haye#page/n7/ model/2up (publicado en febrero de 2011). En adelante, «UCLA Oral History Program».

58. F. A. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, Stephen Kresge y Leif Wenar (eds.) , University of Chicago Press, Chicago, 1994, p. 35.

59. Erich Streissler (ed.), *Roads to freedom: Essays in honour of Friedrich A. von Hayek*, Augustus M. Kelley, Nueva York, 1969, p. xi.

60. UCLA Oral History Program, p. 387.

61. Ibídem, p. 177.

62. Ibídem, p. 57.

63. Ibídem.

64. Ibídem, p. 59.

65. Ibídem, p. 434.

66. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, p. 240.

67. Ibídem, p. 241.

68. Ibídem, p. 233.

69. Ibídem, p. 263.

70. Ibídem, p. 258, pie de página 1.

71. UCLA Oral History Program, p. 41.

72. Ibídem.

73. Carl Menger (1840-1921), economista austro-húngaro, nacido en Polonia que desarrolló la teoría de la utilidad marginal y fundó la Escuela austríaca de economía. Su trabajo más importante, *Principios de economía* (1871) inspiró a Eugen

von Böhm-Bawerk y a generaciones de economistas de mercado, concretamente a Mises y Hayek.

74. Friedrich Freiherr von Wieser (1851-1926), economista vienés que, con Eugen von Böhm-Bawerk, desarrolló las teorías de la escuela austríaca de Carl Menger.

75. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 54.

76. Ibídem, p. 55.

77. Maximilian Carl Emil «Max» Weber (1864-1920), sociólogo y economista político alemán que, junto con Karl Marx y Émile Durkheim, revolucionó la teoría y el estudio de la sociología. Su *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* sugería que la austeridad inherente al protestantismo permitía dejar a un lado el consumo que había llevado al capitalismo moderno. Participó en el diseño de la Constitución de Weimar, incluido el notorio artículo 48 que autorizaba al presidente alemán a adoptar poderes de emergencia, que proporcionaron a Adolf Hitler los medios para establecer el totalitarismo.

78. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 55.

79. UCLA Oral History Program, p. 583.

80. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 60.

81. Richard M. Ebeling, «The Great Austrian Inflation», *Freeman: Ideas on liberty* (abril de 2006), pp. 2-3, http://www.fee.org/pdf/the-free man/ 0604RMEbeling.pdf.

82. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, pp. 246-247.

83. Ibídem, p. 134.

84. Ibídem, p. 224.

85. *Collected works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 58.

86. J. M. Keynes, *A tract on monetary reform* (1923), p. 54, reeditado por J. M. Keynes *The collected writings of John Maynard Keynes*, vol. 4: *A tract on monetary reform* (1923), Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1971. En adelante «*Collected writings*». Cursiva del autor.

87. *Collected Works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 58 y pie de página.

88. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 102.

89. Walter Lippmann (1889-1974), periodista estadounidense ganador del Premio Pulitzer que introdujo la noción de Guerra Fría.

90. Había un problema que Keynes trató de solucionar durante toda su vida, culminando en su contribución a la conferencia de Bretton Woods de 1944, que estableció el régimen de intercambio internacional fijo acordado tras la segunda guerra mundial.

91. *Collected writings*, vol. 4: *Tract on monetary reform*, p. 16.

92. Ibídem, p. 36.

93. Ibídem, p. 134.

94. Ibídem, p. 136.

95. Ibídem, p. 65.

96. Ibídem.

97. Había muy poco de revolucionario o de aventurado en la solución propuesta por los expertos: proponían un período de prórroga de dos años para pagar las indemnizaciones de guerra, un crédito internacional modesto y equilibrar el presupuesto nacional. Donald Edward Moggridge, *Maynard Keynes: An economist's biography*, Routledge, Nueva York, 1992, p. 380.

98. Milton Friedman continuó con los estudios que había iniciado Wesley Clair Mitchell.

99. F. A. Hayek, 1978 prólogo a la nueva edición de Ludwig von Mises, *El Socialismo: análisis económico y sociológico*, 1981, pp. xix-xx.

100. Ludwig von Mises, *Economic Calculation In The Socialist Commonwealth*, S. Alder (trad.), p. 14, http://mises.org/pdf/econcalc.pdf (publicado en febrero de 2011).

101. Tanto Harrod como Skidelsky consideran que el aumento del tipo bancario desencadenó el inicio de la revolución keynesiana. «Nunca, una decisión del Bank of England Court había sido más arriesgada ni había tenido

consecuencias más graves; a partir de ahí, la mente de Keynes se puso a trabajar en una línea de pensamiento que ha tenido una influencia mundial que se ha prolongado hasta nuestros días.» Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 338. «Fue el principio de la revolución keynesiana.» Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as Savior,* p. 147.

102. J. M. Keynes, «Note on Finance and Investment», *Nation* (14 de julio de 1923).

103. *Collected writings,* vol. 19: *Activities 1922-9: The return to gold and industrial policy,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1981, pp. 158-162.

104. Es la primera alusión de Keynes a lo que acabaría convirtiéndose en la noción de «multiplicador», una explicación teórica del efecto acumulativo del gasto de dinero en la economía que posteriormente fue desarrollada por un colega de Keynes, Richard F. Kahn. Se trataba de un concepto que iba a desempeñar un papel muy importante en el argumento de la *Teoría general* de Keynes. De nuevo la intuición de Keynes iba mucho más allá de su teoría.

105. *Collected writings,* vol. 19: *Activities 1922-9*, p. 220.

106. *House of Commons Debates,* 5.ª serie, HMSO, Londres, 1924, vol. 176, 30 de julio de 1924, cols. 2091-2092.

107. *Collected writings*, vol. 19: *Activities 1922-9*, p. 283.

108. Ibídem, p. 229.

109. John Locke (1632-1704), pensador de la ilustración británica conocido como «padre del liberalismo clásico», cuyas teorías sobre el empirismo, el contrato social, y el estado de derecho informaron la ilustración que inspiró a los Padres Fundadores.

110. David Hume (1711-1776), filósofo y economista escocés, figura clave de la ilustración escocesa.

111. Edmund Burke (1729-1797), filósofo irlandés y representante del partido Whig en el Parlamento, conocido como «padre del conservadurismo moderno».

112. Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), filósofo suizo, autor de *El contrato social*.

113. William Paley (1743-1805), filósofo británico cristiano.

114. Jeremy Bentham (1748-1832), filósofo inglés.

115. J. M. Keynes, *El final del laissez-faire* (1926), p. 11.

116. Charles Dickens, *Tiempos difíciles* (1854), cap. 23, p. 281.

117. Charles Robert Darwin (1809-1882), naturalista inglés que propuso la teoría de la evolución a través de la selección natural. El hermano de Keynes, Geoffrey, se casó con la nieta de Darwin, Margaret.

118. Keynes, *End of laissez-faire,* p. 40.

119. Ibídem, p. 44.

120. Ibídem, p. 45.

121. Ibídem, p. 47.

122. *Collected writings,* vol. 19: *Activities 1922-9*, pp. 267-272.

123. Citado en Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as savior*, p. 198.

124. Ibídem, p. 202.

125. J. M. Keynes, *The economic consequences of Mr. Churchill* (Hogarth Press, Londres, 1925), p. 9

126. Ibídem, p. 19.

127. *Obras completas*, vol. 9: *Ensayos de persuasión*, p. 223.

128. «The monetary policy of the United States after the Recovery from the 1920 crisis», en F. A. Hayek, *Money, capital and fluctuations: Early essays*, ed. Roy McCloughry (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1984), pp. 5-32.

129. Ibídem, p. 17.

130. Knut Wicksell (1851-1926), economista sueco que con su libro *La tasa de interés* y el nivel de precios hizo una de las primeras contribuciones a lo que acabaría conociéndose como «monetarismo».

131. Hayek no deja muy claro cuándo conoció a Keynes, exactamente. En una conferencia pronunciada en la Universidad de Chicago en 1963, «The economics of the 1930s as seen from London» (publicada en *Collective Works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 59), dijo: «Le conocí en una conferencia internacional […] en 1929». En un ensayo publicado en *Oriental Economist* (vol. 34, n. 663, enero de 1966, pp. 78-80, reproducido en ibídem, p. 240), escribió: «Le conocí en Londres, en 1928». No hay mención en *Collected writings* de Keynes de su primer encuentro.

132. El London and Cambridge Economic Service (LCES) estaba dirigido por un comité ejecutivo compuesto por William Beveridge y Arthur Bowley de la London School of Economics and Political Science (LSE) y por John Maynard Keynes y Hubert Henderson de Cambridge. Su objetivo era ayudar a las empresas proporcionándoles datos estadísticos de una forma útil y desarrollar nuevos indicadores como precios de las acciones, salarios, y producción industrial.

133. Lionel C. Robbins, posteriormente lord Robbins (1898-1984), economista británico.

134. «Economics of the 1930s as seen from London», en *Collected works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 59.

135. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 78.

136. Eugen Ritter von Böhm-Bawerk (1851-1914), economista vienés, discípulo de Carl Menger, profesor de Ludwig von Mises y contemporáneo y crítico persistente de Karl Marx. Böhm-Bawerk nació en Brno, Checoslovaquia, cuando formaba parte del imperio austro-húngaro.

137. William Henry Beveridge, lord Beveridge (1879-1963), economista británico, cuyo informe *Social insurance and allied services*, escrito en 1942, inspiró la creación del estado del bienestar y la sanidad pública por los laboristas.

138. Lionel Robbins, *Autobiography of an economist*, Macmillan/St. Martin's Press, Londres, 1971, p. 150.

139. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 75.

140. Ibídem.

141. F. A. Hayek, «The “paradox” of saving». Publicado por primera vez en 1929 en *Zeitschrift für nationalökonomie*, vol. 1, n.º 3. Ver nota 15.

142. Waddill Catchings (1879-1967), banquero y economista estadounidense y William Trufant Foster (1879-1950), economista estadounidense y primer presidente del Reed College, Portland, Oregón.

143. W. T. Foster y W. Catchings, «The dilemma of drifts», publicado por la Pollak Foundation, Newton (Massachusetts), 1926.

144. Herbert Clark Hoover (1874-1964), secretario de comercio (1921-1928) y 31.º presidente de Estados Unidos (1929-1933).

145. Hayek, «The "paradox" of saving», traducido por Nicholas Kaldor y George Tugendhat, publicado en *Economica,* vol. 11 (mayo de 1931) y reproducido en *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 88.

146. Ibídem, pp. 118-119.

147. Ibídem, p. 119.

148. Ibídem.

149. Hayek, *Hayek sobre Hayek,* p. 77.

150. Hayek, «The "paradox" of saving», en *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* pp. 74-120.

151. Jörg Guido Hülsmann, *Mises: The last knight of liberalism,* Ludwig von Mises Institute, Auburn (Alabama), 2007, p. 514.

152. Margit von Mises, *My years with Ludwig von Mises,* Arlington House, New Rochelle (N.Y.), 1976, p. 44.

153. Ibídem, p. 85.

154. Tilton está en el estado de Lord Gage, cuyo ancestro el general Gage había perdido la primera batalla de la guerra de la Independencia americana, la batalla de Bunker Hill.

155. Ver J. M. Keynes y Lydia Lopokova, *Lydia and Maynard: The letters of Lydia Lopokova and John Maynard Keynes,* Polly Hill y Richard Keynes (eds.), Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1989.

156. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as savior,* p. 285.

157. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 403.

158. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as savior,* p. 314.

159. J. M. Keynes, *Tratado sobre el dinero (*Macmillan, Londres, 1930), p. vi.

160. *Collected writings,* vol. 13: *The general theory and after, Part 1, Preparation,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1973, pp. 19-22.

161. Ibídem.

162. Aunque Keynes había atribuido a Wicksell la definición de los distintos tipos de interés, llegó a esta conclusión independientemente del trabajo de Wicksell.

163. Keynes, *Tratado sobre el dinero,* p. 408.

164. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 413.

165. Keynes, *Tratado sobre el dinero,* p. 376.

166. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as savior,* p. 297.

167. *Collected writings,* vol. 19: *Activities 1922-9*, p. 765.

168. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 302.

169. *Obras completas*, vol. 9: *Ensayos de persuasión*, p. 91.

170. *Collected writings,* vol. 19: *Activities 1922-9*, p. 825.

171. *Obras completas,* vol. 9: *Ensayos de persuasión*, p. 93.

172. Ibídem, p. 106.

173. *Collected writings,* vol. 20: *Activities 1929-31: Rethinking employment and unemployment policies*, Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1981, p. 148.

174. Ibídem, p. 76.

175. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 416.

176. *Collected writings*, vol. 20: *activities 1929-31*, p. 64.

177. Ibídem, p. 318.

178. Ibídem, p. 102.

179. Ibídem, p. 144.

180. Robbins, *Autobiography of an economist,* p. 187.

181. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 429.

182. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 368.

183. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 427.

184. *Collected writings,* vol. 13: *the general theory and after, Part 1,* p. 185.

185. Robbins, *Autobiography of an economist*, p. 151.

186. Susan Howson y Donald Winch, *The Economic Advisory Council, 1930-1939: A study in economic advice during depression and recovery,* Cambridge University Press, Cambridge (Estados Unidos), 1977, p. 63.

187. Robbins, *Autobiography of an economist*, p. 152.

188. Norman Mackenzie y Jeanne Mackenzie (eds.), *The diary of Beatrice Webb*, vol. 4: *«The wheel of life», 1924-1943,* Virago, Londres, 1985, p. 260.

189. F. A. Hayek, «The "paradox" of saving», *Zeitschrift für nationalökonomie,* vol. 1, n.º 3 (1929).

190. Finalmente, Joan Robinson fue un poco más allá. Creía que «todo se puede encontrar en Marshall, incluso la teoría general [de Keynes]». Joan Robinson, *Economic: an essay on the progress of economic thought philosophy,* Aldine Transaction, Piscataway (N.J.), 2006, p. 73.

191. Richard Ferdinand Kahn, barón Kahn (1905-1989), economista británico. Kahn fue un pupilo de Keynes cuyo trabajo sobre las consecuencias de inyectar dinero público en un sistema económico, como sugería Keynes, le llevaron a afirmar que la adición de sumas aumentaría la demanda agregada y resultaría en incrementos consistentes y mensurables de la actividad económica, una noción que Keynes definió como «multiplicador».

192. Richard F. Kahn, *The making of Keynes' general theory,* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1984, p. 171.

193. Joan Violet Robinson nacida Maurice (1903-1983), la primera mujer miembro del King's College, la más virulenta discípula de Keynes, y miembro muy importante del «Cambridge Circus». Desarrolló la noción de competencia imperfecta: cofundó las escuelas neo-ricardiana y poskeynesiana; desarrolló con Nicholas Kaldor, las teorías del crecimiento económico, particularmente en relación con los países subdesarrollados; y reavivó el estudio de las teorías económicas de Karl Marx. En 1925 se casó con Austin Robinson.

194. Piero Sraffa (1898-1983), economista italiano salvado por Keynes de las amenazas del fascismo de Mussolini para convertirse en profesor de economía en Cambridge y en bibliotecario de Marshall, puesto que Keynes creó especialmente para él. Sraffa fundó, junto con Joan Robinson, la escuela neo-ricardiana. Ludwig Wittgenstein atribuyó a sus discusiones con Sraffa el mérito de muchos de sus avances filosóficos.

195. James Edward Meade (1907-1995), economista británico, que estudió primero en la LSE, luego en Cambridge, y ganó (junto con Bertil Ohlin) el Premio Nobel de Economía en 1977. Escribió el primer borrador del British White Paper sobre el pleno empleo (1944) y el primer esbozo del GATT, el «General Agreement on Tariffs and Trad». Entre 1945 y 1947 fue el economista más importante del gobierno laborista de Clement Attlee.

196. Citado en Marjorie Shepherd Turner, *Joan Robinson and the Americans,* M. E., Sharpe, Armonk (N.Y.), 1989, p. 51.

197. Ibídem, p. 62.

198. *Collected writings*, vol. 13: *Te general theory and after*, *Part 1*, p. 339.

199. Joseph Alois Schumpeter (1883-1950), economista austríaco nacido en la República Checa y científico político que tuvo a Böhm-Bawerk como profesor cuyas teorías de la «destrucción creativa» de la economía complementaron las nociones de la escuela austríaca. En 1932 huyó del nazismo hacia Estados Unidos, refugiándose en la seguridad de Harvard.

200. Kahn, *Making of Keynes' general theory*, p. 170.

201. Carta de Keynes a Pigou, citado en Charles H. Hession, *John Maynard Keynes,* Macmillan, Nueva York, 1984, p. 263.

202. Joseph Alois Schumpeter y Elizabeth Boody Schumpeter, *Historia del análisis económico (*1954), p. 1118. Por su parte, el equilibrado Kahn calificó esta afirmación extravagante de «claramente absurda». «Tal vez estaba inspirada en una hostilidad inconsciente hacia Keynes […] Su amistad con Keynes […] acabó empañándose de cierta dosis de celos. Keynes encontró una solución al problema que Schumpeter había intentado resolver en vano durante gran parte de su vida. Schumpeter solía decir a sus amigos: "Cuando era joven tenía tres ambiciones: ser un gran amante, un gran jinete y un gran economista. Sólo he conseguido dos".» Kahn, *Making of Keynes' general theory,* p. 178.

203. Schumpeter y Schumpeter, *Historia del análisis económico,* p. 1152.

204. Michael Senzberg (ed.), *Eminent economists: Their life philosophies,* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1993, p. 204.

205. Ibídem, p. 205.

206. Ibídem, p. 211.

207. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as savior,* p. 703.

208. G. C. Harcourt, «Some reflections on Joan Robinson's changes of mind and their relationship to post-Keynesianism and the economics profession», en Joan Robinson, Maria Cristina Marcuzzo, Luigi Pasinetti y Alessandro Roncaglia (eds.), *The economics of Joan Robinson,* Routledge Studies in the History of Economics, vol. 94, CRC Press, Londres, 1996, p. 331.

209. Carta de Keynes a Lydia, 1 de febrero de 1932, King's College, Cambridge, Reino Unido.

210. F. A. Hayek, «Preface to the second edition» (1935), en *Precios y producción,* Augustus M. Kelley, Nueva York, 1967, p. ix, http://mises.org/books/pricesproduction.pdf

211. Kahn, *Making of Keynes' general theory,* pp. 181-182.

212. Joan Robinson, «The second crisis of economic theory», *History of political economy,* vol. 8 (primavera de 1976), p. 60.

213. Robbins, *Autobiography of an economist,* p. 127.

214. F. A. Hayek, *Prices and production and pther works: F. A. Hayek on money, the business cycle and the gold standard,* Ludwig von Mises Institute, Auburn

(Alabama), 2008, p. 197, http://mises.org/books/ hayekcollection.pdf. Publicado por primera vez por Routledge & Sons, Londres, 1931.

215. Ibídem, p. 198.

216. Ibídem, p. 199.

217. Richard Cantillon (1680-1734), economista franco-irlandés que hizo referencia al comportamiento «natural» de la economía y a la idea de que las economías tendían hacia el equilibrio.

218. Hayek, *Precios y producción,* p. 205.

219. Henry Thornton (1760-1815), economista inglés y miembro del Parlamento.

220. David Ricardo (1772-1823), economista inglés.

221. Thomas Tooke (1774-1858), economista inglés que dio nombre a la cátedra de economía que le fue concedida a Hayek como consecuencia de sus conferencias en la LSE.

222. Thomas Malthus (1766-1834), economista inglés.

223. John Stuart Mill (1806-1873), filósofo inglés, político teórico, economista y miembro del Parlamento.

224. Marie-Esprit-Léon Walras (1834-1910), economista francesa.

225. No está claro que Hayek hubiera leído o no el *Tratado* de Keynes, publicado en diciembre de 1930, antes de dar su primera conferencia en la LSE en febrero de 1931.

226. Hayek, *Precios y producción,* p. 215.

227. Ibídem, pp. 217-218.

228. Ibídem, p. 219.

229. Ibídem, pp. 220-221.

230. Ibídem, p. 241.

231. Ludwig von Mises, *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel* (Duncker & Humblot, Múnich, 1912), p. 431.

232. Hayek, *Precios y producción*, p. 272.

233. Ibídem, p. 273.

234. Ibídem, p. 275.

235. Ibídem, p. 299.

236. Ibídem, p. 288.

237. Ibídem.

238. Ibídem, p. 290.

239. Ibídem, p. 298.

240. Ibídem.

241. Robbins, *Autobiography of an economist*, p. 127.

242. John Cunningham Wood y Robert D. Wood (eds.), *Friedrich A. Hayek: Critical assessments of leading economists*, Routledge, Londres, 2004, p. 201.

243. Hay cierta confusión sobre el papel que Robbins desempeñó en la decisión. Aunque está claro que Robbins estuvo encantado, y algunas fuentes, como Daniel Yergin y Joseph Stanislaw en *The commanding heights: The battle for the world economy*, Simon & Schuster, Nueva York, 2002, describen la decisión «a instancias específicas de Lionel Robbins», Robbins afirmó en *Autobiography of an economist* (p. 127) que «gratamente para mi sorpresa, Beveridge me preguntó si nos importaría invitarle a unirse permanentemente a nosotros para ocupar la Tooke Chair […] se produjo un voto unánime a favor».

244. Robbins, *Autobiography of an Economist*, p. 127.

245. Radio BBC, 14 de enero de 1931, en *Obras completas*, vol. 9: *Ensayos de persuasión*, p. 138.

246. Ibídem.

247. Ibídem, p. 139

248. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 384.

249. Howson y Winch, *Economic Advisory Council*, p. 82.

250. Royal Commission on Unemployment Insurance, *Minutes of Evidence*, HMSO, Londres, 1931, p. 381.

251. No hay pruebas de que Churchill lo dijera. La frase no está citada ni por los biógrafos de Keynes, Roy Harrod y Robert Skidelsky, ni por los biógrafos de Churchill, Martin Gilbert y Roy Jenkins.

252. Tampoco hay pruebas de que Keynes hiciera este comentario que se le suele atribuir. De nuevo, no aparece ni en Harrod ni en Skidelsky.

253. Hubert Henderson Papers, Nuffield College, Oxford, archivo 21, 17 de junio de 1931.

254. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 390.

255. Oswald Toynbee «Foxy» Falk (1881-1972), corredor de la City of London y amigo y socio inversor de Keynes al que invitó a formar parte del equipo del Tesoro de 1917.

256. *O. T. Falk's papers*, Biblioteca británica, Londres, 22 de junio, 1931.

257. *Collected Writings*, vol. 20: *Activities, 1929-31*, p. 563.

258. *Collected Writings*, vol. 13: *General Theory and After, part 1*, p. 343.

259. Ibídem, p. 355.

260. Philip Quincy Wright (1890-1970), desde 1923 miembro del departamento de ciencias sociales de la Universidad de Chicago.

261. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 392.

262. J. M. Keynes, *Daily Herald*, 17 de septiembre de 1931.

263. En un artículo para el *New Statesman*, reeditado en John Maynard Keynes, *Ensayos de persuasión* (1963), p. 161.

264. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 438.

265. Hayek, *Precios y producción*, p. 425.

266. Ibídem.

267. Ibídem, p. 426.

268. Ibídem.

269. Ibídem.

270. Ibídem.

271. Ibídem.

272. Ibídem, p. 427.

273. Ibídem, p. 429.

274. Ibídem.

275. Ibídem, p. 447.

276. Ibídem, p. 430.

277. Robbins, *Autobiography of an economist*, p. 128.

278. Hayek, *Precios y producción*, p. 434.

279. Ibídem, p. 436.

280. Frank William Taussig (1859-1940), economista estadounidense.

281. Hayek, *Precios y producción*, p. 436.

282. Ibídem, p. 455.

283. Ibídem, pp. 455-456.

284. Hayek, «Preface to the second edition» (1935), en *Precios y producción*, Augustus M. Kelly, Nueva York, 1967, p. xiv, http://mises.org/books/pricesproduction.pdf.

285. Keynes, *Ensayos de persuasión*, W. W. Norton, 1963, p. 1.

286. Bertrand Russell (1872-1970), filósofo británico, matemático e historiador.

287. Bertrand Russell, *Autobiografía* (1967), p. 61.

288. Kenneth Clark, barón Clark (1903-1983), historiador de arte y director de la National Gallery, Londres.

289. Kenneth Clark, *The other half: A self portrait,* Harper & Row, Nueva York, 1977, p. 27.

290. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 644.

291. *Collected writings,* vol. 5: *A treatise on money, i: The pure theory of money* (1930), Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1971, p. XVIII.

292. Sir Arthur Quiller-Couch (1863-1944), escritor inglés.

293. Arthur Quiller-Couch, *On the art of writing,* G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1916, p. 281.

294. *Collected writings,* vol. 13: *The general theory and after, Part 1,* p. 243.

295. Ibídem, p. 252.

296. Sin duda, el intento más claro y convincente de reconciliar las dos líneas de pensamiento que se pueden encontrar en la ejemplar introducción de Bruce Caldwell en *Contra Keynes and Cambridge,* p. 25, vol. 9 de *Collected works* (Hayek). Pero ver también Heinz-Dieter Kurz, «The HayekKeynes-Sraffa controversy reconsidered», en Kurz, *Critical essays on Piero Sraffa's legacy in economics,* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 2000, pp. 257-304.

297. *Collected writings,* vol. 13: *The general theory and after, Part 1,* p. 244.

298. Ibídem, p. 247.

299. Ibídem.

300. Ibídem, p. 248.

301. Citado por Robert Skidelsky, «Ideas and the world», *Economist* (23 de noviembre de 2000).

302. Arthur Cecil (A. C.) Pigou (1877-1959).

303. El partido de cricket de Australia/Inglaterra de 1932-1933 se vio deslucido por las acusaciones de que el equipo inglés había aplicado la táctica del «*body-line bowling*», lanzando directamente la bola contra el bateador en lugar de contra el aro. Fue el último insulto de Pigou, que lo que Keynes le había hecho a Hayek «no había sido cricket».

304. Arthur Pigou, *Economics in practice,* Macmillan, Londres, 1935, pp. 23-24.

305. Ibídem, p. 24.

306. *Collected works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 159.

307. Ibídem.

308. Ibídem, p. 160.

309. Ibídem.

310. Ibídem.

311. Ibídem, pp. 162-163.

312. *Collected writings,* vol. 13: *The general theory and after, Part 1*, p. 257.

313. Ibídem, pp. 257-258.

314. Ibídem, p. 258.

315. Ibídem.

316. Ibídem, p. 259.

317. Ibídem.

318. Ibídem, pp. 259-260.

319. Ibídem, p. 260.

320. Ibídem, pp. 262-263.

321. Ibídem, pp. 263-264.

322. Ibídem, p. 265.

323. Ibídem.

324. Ibídem, p. 470.

325. Don Patinkin y J. Clark Leith (eds.), *Keynes, Cambridge and the general theory,* University of Toronto Press, Toronto, 1978, p. 74.

326. Ibídem, p. 40.

327. Joan Robinson, *Contributions to modern economic,s* Blackwell, Oxford, 1978, p. xv.

328. *Collected writings,* vol. 14: *The general theory and after, Part. 2, Defence and development,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1973, p. 148.

329. Comentario de Kahn en 1932, citado por Paul Samuelson: «A few remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1992)», *Journal of Economic Behavior and Organization,* vol. 69, n.º 1 (enero de 2009), pp. 1-4.

330. Hugh Gaitskell (1906-1963), líder del partido laborista.

331. Citado en Elizabeth Durbin, *New Jerusalems: The Labour Party and the economics of democratic socialism,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985, p. 108.

332. BBC radio, 14 de enero de 1931, en *Obras completas,* vol. 9: *Ensayos de persuasión,* p. 138.

333. Ibídem.

334. *Collected works*, vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 193.

335. Ibídem.

336. Ibídem, p. 195.

337. Ibídem, p. 197.

338. Ibídem, p. 182.

339. John Cunningham Wood, ed., *Piero Sraffa: Critical assessments*, Psychology Press, Hove (Reino Unido), 1995, p. 34.

340. Ludwig Wittgenstein, *Philosophical investigations,* Wiley-Blackwell, Londres, 2001, prefacio.

341. Wood, *Piero Sraffa,* p. 34.

342. Ludwig M. Lachmann, *Expectations and the meaning of institutions: essays in economics,* Don Lavoie (ed.) (Psychology Press, Hove, Reino Unido, 1994), p. 148.

343. Jean-Pierre Potier, *Piero Sraffa, Unorthodox economist (1898-1983): A biographical essay (*Psychology Press, Hove (Reino Unido), 1991), p. 9.

344. Bernard Berenson (1865-1959).

345. Sraffa habló de este telegrama de Mussolini en una carta a Keynes fechada en Navidad de 1922, incluida en *Keynes papers*, Marshall Library, Cambridge, citada por Nicholas Kaldor, «Piero Sraffa (1898-1983)», *Proceedings of the British Academy*, vol. 71 (1985), p. 618.

346. Terenzio Cozzi y Roberto Marchionatti (eds.), *Piero Sraffa's political economy: A centenary estimate,* Psychology Press, Hove (Reino Unido), 2001, pp. 31-32.

347. Conocido como el modelo de oferta inversión ahorro/preferencia por la liquidez de dinero (IS-LM), que traza la relación entre tipos de interés y la producción real.

348. John Richard Hicks, *Critical essays in monetary theory,* Clarendon Press, Oxford (Reino Unido), 1967, p. 204.

349. Frank Hyneman Knight (1885-1972), cofundador de la Chicago School of Economics, cuya reacia preferencia por el *laissez-faire* sobre la intervención del Estado se debía principalmente a que era marginalmente menos ineficiente.

350. Carta de Knight a Morgenstern, citada en Michael Lawlor y Bobbie Horn, «Notes on the Hayek-Sraffa Exchange», *Review of Political Economy,* vol. 4 (1992), p. 318, nota a pie de página.

351. Piero Sraffa, «Dr. Hayek on money and capital», *Economic Journal,* vol. 2 (marzo de 1932), pp. 42-53.

352. Ibídem.

353. F. A. Hayek, «Money and capital: A reply», *Economic Journal,* vol. 2 (junio de 1932), pp. 237-249.

354. Piero Sraffa, «A Rejoinder», *Economic Journal,* vol. 42 (junio de 1932), pp. 249-251.

355. Carta de Knight a Oskar von Morganstern, 4 de mayo de 1933, Oskar von Morganstern papers, Duke University, Durham (Carolina del Norte).

356. John Cunningham Wood y Robert D. Wood (eds.), *Friedrich A. Hayek,* Taylor & Francis, Londres, 2004, p. 200.

357. Lachmann, *Expectations and the meaning of institutions,* p. 148.

358. En diciembre de 1933, el título provisional para lo que iba a acabar siendo la *Teoría general* era «The monetary theory of Production». Tal vez le animaron a cambiar el título por miedo a que lo confundieran con la *Teoría monetaria y ciclo económico*, de Hayek, publicado ese mismo año.

359. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior,* p. 459.

360. Carta de Keynes a Lydia, 5 de marzo de 1933, citado en ibídem.

361. Prefacio en Gerald O'Driscoll, *Economics as a coordination problem,* Andrews & McMeel, Kansas City, 1977, p. ix.

362. Mark Blaug, *Great Economists since Keynes: An introduction to the lives and works of one hundred modern economists,* Edward Elgar, Cheltenham (Reino Unido), 1998, p. 94.

363. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 452.

364. Ibídem, p. 453.

365. Kahn, *Making of Keynes' general theory,* p. 178.

366. Don Patinkin y J. Clark Leith (eds.), *Keynes, Cambridge and «The general theory», proceedings of a conference at the University of Western Ontario,* Macmillan, Londres, 1977.

367. Kahn, *Making of Keynes' general theory*, p. 106.

368. Austin Robinson, «John Maynard Keynes, 1883-1946», *Economic Journal* (marzo de 1947), p. 40.

369. *Collected writings,* vol. 5: *Treatise on money,* p. 125.

370. Kahn, *Making of Keynes' general theory,* p. 107.

371. *Collected writings,* vol. 13: *The general theory and After, part 1.* p. 270.

372. De hecho, Keynes ya estaba a punto de abordar lo que definía el volumen de la producción. En una carta enviada al economista del Tesoro Ralph Hawtrey para responder a los comentarios al *Tratado,* escribió: «No estoy contemplando la totalidad de las causas que determinan el volumen de la producción. Para ello hubiera tenido que adentrarme [en] un análisis interminable de la teoría de la oferta a corto plazo y de la teoría monetaria (el tema central del *Tratado)* […]. Si tuviera que volver a escribir el libro, probablemente me extendería un poco más en la demostración de las dificultades de esta última». Ibídem, pp. 145-146.

373. Kahn, *Making of Keynes' general theory,* p. 175.

374. Ibídem, p. 178.

375. Ibídem, p. 177.

376. *Obras completas,* vol. 9: *Ensayos de persuasión,* p. 106.

377. Ibídem.

378. Kahn, *Making of Keynes' general theory,* p. 93.

379. Ibídem.

380. Ibídem, p. 94.

381. Ibídem, p. 95.

382. Ibídem, p. 98.

383. Carta de Dennis Robertson a Keynes, en *Collected writings,* vol. 29: *The general theory and after: A supplement,* Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1979, p. 17.

384. Kahn, *Making of Keynes' general theory,* p. 100.

385. Ibídem, p. 104.

386. L. Tharsis, «The Keynesian Revolution: What it meant in the 1930s», escrito no publicado, citado en Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 2: *Economist as savior,* p. 460.

387. Ibídem.

388. Citado en Turner, *Joan Robinson and the Americans,* p. 55.

389. J. M. Keynes, *Los medios para la prosperidad* (1933), p. 6.

390. Ibídem, p. 10.

391. Ibídem, p. 12.

392. Ibídem, p. 15.

393. Ibídem, p. 14.

394. Ibídem, p. 16.

395. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 441.

396. Keynes, *Los medios para la prosperidad,* p. 19.

397. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 443.

398. Keynes, *Los medios para la prosperidad*, p. 27.

399. Ibídem, p. 31.

400. Ibídem, p. 22.

401. *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 173.

402. J. M. Keynes, *Tratado sobre el dinero,* 1930, p. 199, nota a pie de página.

403. Correspondencia de P. M. Toms con Alan Ebenstein, citado en Alan Ebenstein, *Friedrich Hayek: A biography,* Palgrave, Nueva York, 2001, p. 75.

404. John Richard Hicks, *Money, interest and wages,* vol. 2 de *Collective essays on economic theory,* Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1982, p. 3.

405. Correspondencia de Theodore Draimin con Alan Ebenstein, 2 de agosto de 1995, citado en Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 75.

406. Carta de Ralph Arakie en el archivo de la LSE, citado en ibídem, p. 74.

407. Aubrey Jones (1911-2003), primer ministro conservador que en 1965 fue nombrado director del Consejo regulador de precios y salarios del partido laborista.

408. Joan Abse, ed., *My LSE,* Robson Books, Londres, 1977, p. 35.

409. F. A. Hayek, «Monetary theory and the trade cycle», Ludwig von Mises Institute, 27 de septiembre de 2008, http://mises.org/daily/3121.

410. Por mucho que Milton Friedman lo discutiera más tarde, éste fue, realmente el caso.

411. F. A. Hayek, *Teoría monetaria y ciclo económico,* Jonathan Cape, Londres, 1933, p. 19.

412. Ibídem, p. 23.

413. D. H. Macgregor, A. C. Pigou, J. M. Keynes, Walter Layton, Arthur Salter y J. C. Stamp, Carta al editor, *The Times* (Londres) (17 de octubre de 1932).

414. Carta al editor de T. E. Gregory, F. A. von Hayek, Arnold Plant y Lionel Robbins, *The Times* (Londres) (18 de octubre, 1932).

415. Archivo de Hayek, Hoover Institution, Stanford (California), caja 105, carpeta 10. El memorándum está fechado en la primavera de 1933.

416. Hayek, *Hayek sobre Hayek,* p. 102. Hayek fechó su memorándum en 1939, pero Bruce Caldwell, en *Collected works,* vol. 2: *The road to serfdom: text and documents, the definitive edition,* University of Chicago Press, Chicago, 2007, p. 5, piensa que estaba equivocado y que seguramente el memorándum fue escrito en mayo o junio de 1933.

417. F. A. Hayek, *Individualism and economic order,* University of Chicago Press, Chicago, 1948, p. 87.

418. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 100.

419. *Collected writings*, vol. 13: *General theory and after, part 1.* p. 492.

420. J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación*, *el interés y el dinero*, Macmillan, Londres, 1936, prefacio.

421. Paul Anthony Samuelson (1915-2009), profesor de economía del MIT, poskeynesiano importante, y primer estadounidense en ganar el Premio Nobel de Economía en 1970. Autor del *best seller* de economía de todos los tiempos, *Economía: un análisis introductorio* (1948) y asesor de los presidentes John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson.

422. Paul A. Samuelson, *The collected scientific papers of Paul A. Samuelson*, Joseph E. Stiglitz (ed.), vol. 2, MIT Press, Cambridge, Mass., 1966, p. 1521.

423. John Kenneth Galbraith (1908-2006), economista de Harvard nacido en Canadá y uno de los asesores más importantes de John F. Kennedy.

424. John Kenneth Galbraith, «General Keynes», *New York review of books*, (22 de noviembre de 1983).

425. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 451.

426. J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación*, *el interés y el dinero*, Macmillan, 1936); facsímil reimpreso por Harcourt, Orlando (Florida), p. 34.

427. Ibídem, p. 3.

428. Ibídem, p. 16.

429. En palabras de la filosofía subyacente a la trama de la película *Campo de sueños*, «si lo construyes, vendrán».

430. Keynes, *Teoría general*, Macmillan, 1936; facsímil reimpreso por Harcourt, Orlando (Florida), p. 19.

431. Ibídem, p. 21.

432. Ibídem, p. 179.

433. Ibídem, p. 211.

434. Ibídem, p. 129.

435. Ibídem, p. 130.

436. Ibídem, p. 379.

437. J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* edición alemana, Duncker & Humblot, Berlín, 1936, prefacio.

438. Keynes, *Teoría general,* Macmillan, 1936, p. 379.

439. Ibídem, p. 380.

440. Entrevista a Robert Skidelsky, 18 de julio de 2000, para *Commanding*

Heights: The battle for the world economy, PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_robertskidelsky.html.

441. Keynes, *Teoría general,* Macmillan, 1936, p. 378.

442. Ibídem, p. 60.

443. Ibídem, p. 80.

444. Ibídem, p. 214.

445. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* p. 448.

446. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz,* p. 84.

447. Ibídem, p. 85.

448. Ibídem.

449. Ibídem, p. 41.

450. J. M. Keynes, «The consequences of the banks collapse of money», *Vanity fair,* enero de 1932.

451. Roosevelt acuñó el término cuando en 1932 aceptó la nominación demócrata a presidente, prometiendo «un *New Deal* para el pueblo estadounidense».

452. Jonathan Alter, *The defining moment: FDR's Hundred days and the triumph of hope*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006, p. 2.

453. Arthur M. Schlesinger Jr. (1917-2007), Historia estadounidense de las causas liberales e «historia de la corte» de la familia Kennedy, cuyo libro *Los mil días de Kennedy* (1968) noveló el breve reinado de JFK.

454. Arthur M. Schlesinger Jr., *The coming of the New Deal*, Mariner Books, Nueva York, 2003, p. 3.

455. Felix Frankfurter (1882-1965), departamento de justicia del Tribunal Supremo estadounidense.

456. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 492.

457. Carta de Frankfurter a Roosevelt, 6 de diciembre de 1933, en Max Freedman (ed.), *Roosevelt and Frankfurter: their correspondence, 1928-1945*, Atlantic-Little, Brown, Boston, 1976, p. 177.

458. Carta abierta de Keynes, en Freedman, *Roosevelt and Frankfurter*, pp. 178-183.

459. En este sentido, «profesor» es el término estadounidense que denota simplemente un profesor de universidad. Keynes nunca llegó a ser profesor en el sentido inglés de la palabra. Como dijo en 1930 a un productor cinematográfico: «No les deje poner "profesor" en la pantalla. No quiero la indignidad sin los emolumentos». Citado en Milo Keynes (ed.), *Ensayos biográficos*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1975, p. 249, pie de página.

460. Carta de Roosevelt a Frankfurter, 22 de diciembre, 1933, en Freedman, *Roosevelt and Frankfurter*, pp. 183-184.

461. A sugerencia de O. T. Falk y Geoffrey Marks, Keynes se convirtió en miembro del consejo de la National Mutual Life Assurance Society de Londres en 1919 y en presidente dos años después, una posición que conservó hasta 1938. En 1923, Keynes también se incorporó al consejo de la Provincial Insurance Company y dirigió la política de inversión, un puesto que conservó hasta su muerte.

462. Carta de Frankfurter a Roosevelt, 7 de mayo de 1934, en Freedman, *Roosevelt and Frankfurter*, p. 213.

463. Nota de Roosevelt a Miss LeHand, en ibídem, p. 215.

464. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 505.

465. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 20.

466. Herbert Stein, *On the other hand – essays on economics, economists and politics*, AEI Press, Washington, D.C., 1995, p. 85.

467. Frances Perkins, *The Roosevelt I knew*, Viking Press, Nueva York, 1946, p. 226.

468. Ibídem.

469. Ibídem.

470. Ibídem, p. 225.

471. Carta de Frankfurter a Roosevelt, en Freeman, *Roosevelt and Frankfurter*, p. 222.

472. Carta de Roosevelt a Frankfurter, en ibídem.

473. Carta de Lippmann a Keynes, 17 de abril de 1934, citado en Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, p. 450.

474. Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American century*, Bodley Head, Londres, 1981, p. 308.

475. Ted Morgan, *FDR: A biography*, Simon & Schuster, Nueva York, 1985, p. 409.

476. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 2: *Economist as savior*, p. 508.

477. J. M. Keynes, Discurso en el American Political Economy Club, citado en *Collected writings*, vol. 13: *The general theory and after, part 1*, p. 462.

478. William Rogers Louis, *Adventures with Britannia: personalities, politics and culture in Britain*, I. B. Tauris, Londres, 1997, p. 191.

479. John Kenneth Galbraith, *A life in our times*, Houghton Mifflin, Boston, 1981, p. 68.

480. Galbraith iba a desengañarse. Keynes no estaba en Cambridge, sino recuperándose de una serie de ataques de corazón.

481. Galbraith, *Life in our times*, Houghton Mifflin, 1981, p. 70.

482. Marriner Stoddard Eccles (1890-1977), presidente de la Reserva Federal (1934-1948).

483. U.S. Senate, *Evidence to the Senate Finance Committee Investigation of Economic Problems: Hearings, 72nd Congress, 2nd Session, February 13-28, 1933,* Government Printing Office, Washington D.C., 1933, p. 8.

484. Ibídem, p. 9.

485. Ibídem, p. 21.

486. Richard Parker, *John Kenneth Galbraith: His life, his politics, his economics*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 2005, p. 95.

487. Keynes, *Ensayos biográficos,* p. 135.

488. William Breit y Roger W. Spencer (eds.), *Lives of the laureates: Seven Nobel economists,* MIT Press, Cambridge (Massachussetts), 1986, p. 98.

489. Ibídem.

490. Ibídem.

491. Keynes, *Ensayos biográficos,* p. 136.

492. Paul A. Samuelson en Robert Lekachman (ed.), *Keynes' general theory*: *Reports of three decades,* St. Martin's Press, Nueva York, 1964, pp. 315-316.

493. Keynes, *Ensayos biográficos,* p. 136.

494. Ibídem.

495. Robert Broughton Bryce (1910-1997), viceministro de finanzas canadiense (1963-1968).

496. Galbraith, *Life in our times,* Houghton Mifflin, 1981, p. 90.

497. Keynes, *Ensayos biográficos,* p. 136.

498. John Kenneth Galbraith, *J. K. Galbraith esencial,* en Andrea D. Williams (ed.), Mariner Books, Boston, 2001, p. 242.

499. De acuerdo con JSTOR, citado en Parker, *John Kenneth Galbraith,* p. 94.

500. Keynes, *Ensayos biográficos,* p. 138.

501. F. A. Hayek, «The economics of the 1930s as seen from London», Conferencia en la Universidad de Chicago, 1963, publicado en *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 60.

502. Robbins, *Autobiography of an economist,* p. 151.

503. Pigou, *Economics in practice,* pp. 23-24.

504. Arthur Pigou, «Mr. J. M. Keynes' general theory of employment, interest and money», *Economica* (nueva colección), vol. 3, n.º 10 (mayo de 1936), pp. 115-132.

505. *Collected writings,* vol. 29: *The general theory and after: supplement*, p. 208.

506. *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 241.

507. Ibídem.

508. Ibídem.

509. F. A. Hayek, «The Keynes centenary: The Austrian critique», *Economist,* (11 de junio de 1983), pp. 45-48, reproducido en *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 247.

510. *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 251.

511. El Rockefeller Research Fund Committee ya estaba financiando a un investigador, E. S. Tucker, que Hayek compartía con Robbins.

512. Extractos de las reuniones del Rockefeller Research Fund Committee del 14 de diciembre de 1933, archivos de la LSE, Londres.

513. Gottfried von Haberler (1900-1995), economista austríaco y alumno de Mises que defendía el libre comercio y se había trasladado a la Universidad de Harvard en 1936, donde trabajó estrechamente con Joseph Schumpeter.

514. Carta de Hayek a Haberler, 15 de febrero de 1936, Haberler, Hoover Institution, Stanford (California), caja 67, citado en Susan Howson, «Why didn't Hayek review Keynes's *General theory*? A partial answer», *History of political*

economy, vol. 33, no. 2 (2001), pp. 369-374.

515. Carta de Hayek a Haberler, 15 de marzo de 1936, Haberler Papers, caja 67.

516. Ibídem.

517. Ibídem. 3 de mayo, 1936, Haberler Papers, caja 67.

518. Para una descripción completa del gran esquema de Hayek, ver la introducción de Lawrence H. White a *Collected works,* vol. 12: *The pure theory of capital,* University of Chicago Press, Chicago, 2007, pp. xvii-xxi.

519. Fritz Machlup (1902-1983), economista austríaco y alumno de Mises que huyó del nazismo a Estados Unidos en 1933. Introdujo la noción de «conocimiento» como dimensión clave para entender la economía.

520. Hayek, *Individualism and economic order,* p. 43.

521. Ibídem.

522. *Collected works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge,* p. 62.

523. Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 79.

524. John Kenneth Galbraith, *A life in our times* (Houghton Mifflin, Nueva York, 1981), p. 78.

525. Ibídem.

526. Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 64.

527. Paul Samuelson, «A few remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1992)».

528. Milton Friedman (1912-2006), padre del monetarismo, ganador del Premio Nobel y miembro prominente de la Chicago School of Economics.

529. Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 81.

530. F. A. Hayek, *Teoría pura del capital,* p. vi.

531. Ibídem, p. viii.

532. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 142.

533. Ibídem, p. 141.

534. Hayek, *Teoría pura del capital,* p. 5.

535. Ibídem, p. 374.

536. Ibídem.

537. Ibídem, p. 406, pie de página.

538. Ibídem, p. 408.

539. Ibídem, p. 452.

540. Ibídem, p. 441.

541. Ibídem, p. 410.

542. Ibídem, p. 440.

543. Ibídem.

544. Friedrich August von Hayek, «The pretence of knowledge», discurso en la ceremonia de entrega del Premio Nobel, 11 de diciembre, 1974, nobelprize.org/nobel_prizes/economics/laureates/1974/hayek-lecture.html. (publicado en febrero de 2011).

545. Hayek, *Teoría pura del capital,* p. 471.

546. Patrick J. Maney, *The Roosevelt presence: The life and legacy of FDR,* University of California Press, Berkeley, 1992, pp. 102-103.

547. El déficit federal bajó de 4.600 millones de dólares en 1936 a 2.700 millones en 1937. Franklin Delano Roosevelt, *FDR's Fireside Chats (*ed.), Russell D. Buhite y David W. Levy, University of Oklahoma Press, Norman, 1992, p. 111.

548. Thomas Emerson Hall y J. David Ferguson, *The Great Depression: An international disaster of perverse economic policies,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998, p. 151.

549. Franklin D. Roosevelt, «On the current recession», emitido el 14 de abril

de 1938, *Roosevelt's Fireside Chats,* New Deal Network, http://newdeal.feri.org/chat/chat12.htm.

550. Carta de Keynes a Roosevelt, 1 de febrero, 1938, en *Collected writings,* vol. 21: *Activities 1931-39: Wworld crises and policies in Britain and America* (1982), Macmillan for Royal Economic Society, Londres, 1982.

551. Murray Newton Rothbard, *America's Great Depression,* Ludwig von Mises Institute, Auburn (Alabama), 2000, p. xv.

552. Ibídem.

553. Ibídem.

554. Discurso de F. D. Roosevelt en Boston, octubre de 1940, en Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945,* Oxford University Press, Nueva York, 1979, p. 250.

555. J. K. Keynes, «Will rearmament cure unemployment?» producido por la BBC, junio de 1939, reproducido en *Listener* (1 de junio de 1939), pp. 1142-1143.

556. Hall y Ferguson, *Great Depression,* p. 155.

557. Entrevista de J. K. Galbraith, 28 de septiembre de 2000, *Commanding Heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_johnkennethgalbraith.html.

558. Algunos tienen serias dudas sobre la conexión entre los gastos de guerra y el final de la Gran Depresión, especialmente Christina Romer, presidenta del Consejo de asesores económicos del presidente Obama en 2009-2010. Ver Christina D. Romer, «Changes in business cycles: Evidence and explanations», *Journal of economic perspectives,* vol. 13, n.º 2, primavera de 1999, pp. 23-24.

559. *Collected Works,* vol. 10: *Socialism and War: Essays, Documents, Review,* ed. Bruce Caldwell (Liberty Fund, Indianapolis, 1997), p. 36.

560. Hayek, *Hayek sobre Hayek,* p. 94.

561. Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 3: *Fighting for Freedom 1937-1946* (Viking, Nueva York, 2000), p. 47.

562. *Obras completas,* vol. 9: *Ensayos de persuasión,* p. 410.

563. John Allsebrook Simon, primer vizconde Simon (1873-1954), ministro del Interior, ministro de Exteriores, canciller del Tesoro público y ministro de Justicia. Su apoyo a la política de contemporización de Chamberlain con Hitler hizo que Churchill no le invitara a formar parte del Gabinete de guerra británico.

564. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 3: *Fighting for Freedom*, p. 52.

565. Hayek, «Mr. Keynes and War Costs», *Spectator,* 24 de noviembre, 1939, en *Collected Works,* vol. 10: *Socialism and War*, p. 164.

566. Ibídem, p. 171.

567. Ibídem, p. 164.

568. Ibídem, p. 166.

569. Ibídem, pp. 167-168.

570. Hayek, *Hayek sobre Hayek,* p. 91.

571. Ibídem, p. 98.

572. Ibídem, p. 91.

573. Hayek sacó el título de Tocqueville, «que habla de camino a la servitud. Me hubiera gustado poner este título, pero no sonaba bien. Así que cambié "servitud" por "servidumbre", por cuestiones meramente fonéticas». *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 256, pie de página.

574. Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 114.

575. Archivo de Hayek, Hoover Institution, citado en ibídem, p. 129.

576. Carta de Hayek a Lippmann, citado en Gary Dean Best, «Introduction», en Walter Lippmann, *The Good Society* (Transaction Publishers, Piscataway, N.J. 2004), p. xxxi.

577. *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 137. Para una descripción completa de cómo Hayek intentó encajar *Camino de servidumbre* en el esquema de *Abuse of Reason,* ver *Collected Works,* vol. 13: *Studies on the Abuse and Decline of Reason,* ed. Bruce Caldwell (University of Chicago Press, Chicago, 2010).

578. Ibídem, p. 67.

579. Ibídem, p. 58.

580. Hayek citó a Keynes, «The Economics of War in Germany», *Economic Journal,* vol. 25, septiembre de 1915, p. 450, refiriéndose a la «pesadilla» de leer a un autor alemán defendiendo la continuación del comportamiento militar en época de paz en la vida industrial. *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 195, pie de página.

581. F. A. Hayek, Prefacio a la edición original de *Camino de servidumbre,* en *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 37.

582. *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* pp. 148-149.

583. Ibídem.

584. Ibídem, p. 214.

585. Hayek, Prefacio a la edición de 1976 de *Camino de servidumbre,* en *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 55.

586. *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* pp. 58-59.

587. Ibídem, p. 105.

588. Hayek, Prefacio a la edición estadounidense de 1956 de *Camino de servidumbre,* en *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 37.

589. Carta de Keynes a Hayek, 4 de abril de 1944, Archivos de la LSE, Londres.

590. *Collected Writings,* vol. 17: *Activities 1920-2: Treaty Revisión and Reconstruction* (Macmillan para la Royal Economic Society, Londres, 1977), pp. 385-387.

591. Chicago Round Table, citado en Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 126.

592. *Collected Works,* vol. 2: *Road to Serfdom,* p. 148.

593. *Collected Writings,* vol. 17: *Activities 1920-2,* pp. 385-387.

594. Entrevista a Hayek realizada por Thomas W. Hazlitt, 1977, publicada en *Reason,* julio de 1992, http://reason.com/archives/1992/07/01/ the-road-from-serfdom.

595. *Collected Works*, vol. 2: *Road to Serfdom*, p. 118.

596. Ibídem, p. 148.

597. Ibídem, pp. 249-250.

598. Henry Hazlitt, «An Economist's View of "planning"», crítica a *Camino de servidumbre*, por F. A Hayek, *The New York Times*, 24 de septiembre, 1944, Sunday Book Review, p. 1.

599. Max Forrester Eastman (1883-1969), polifacético autor estadounidense que condenó el comunismo soviético después de haber visitado el país en 1923, pero que siguió comprometido con la corriente izquierdista hasta 1941 cuando empezó a escribir comentarios conservadores para el *Reader's Digest*.

600. George Orwell, seudónimo de un autor británico y político socialista que hizo campaña contra el totalitarismo de Eric Arthur Blair (1903-1950).

601. George Orwell, «Grounds of dismay», *Observer*, Londres, 9 de abril, 1944.

602. Barbara Wootton, nacida Adam, baronesa Wootton de Abinger (1897-1988), economista británica, socióloga y criminóloga. En 1968, el gobierno de Harold Wilson le encargó la investigación oficial de las implicaciones del uso del cannabis. La recomendación que hizo en el «Informe Wootton» (1969) de no considerar crimen la posesión de pequeñas cantidades de droga fue ignorada.

603. UCLA Oral History Program, p. 229.

604. Barbara Wootton, *Freedom under Planning* (G. Allen & Unwin, Londres, 1945).

605. Harold Macmillan escribió en sus memorias que Churchill «se había visto fortalecido en sus aprensiones al leer *Camino de servidumbre* del profesor Hayek». *Tides of Fortune* (Macmillan, Londres, 1969), p. 32.

606. Clement Richard Attlee, Earl Attlee (1883-1967), político británico, líder del partido laborista (1935-1955), ministro de Churchill durante la guerra y primer ministro (1945-1951) que presidió durante la fundación del estado del bienestar y la descolonización de la India, Pakistán, Sri Lanka, Birmania, Palestina y Jordania.

607. Citado en Martin Gilbert, *Churchill: A Life* (Henry Holt, Nueva York,

1991), p. 846.

608. Roy Harris Jenkins, barón Jenkins de Hillhead (1920-2003), dos veces ministro del Interior del partido laborista británico, canciller de Hacienda y presidente de la Unión Europea. Dejó el partido laborista para fundar el partido socialdemócrata, que lideró de 1982 a 1983.

609. Roy Jenkins, *Churchill* (Macmillan, Londres, 2001), p. 791.

610. Roy Jenkins (ed.), *Purpose and Policy: Selected Speeches of C. R. Attlee* (Hutchinson, Londres, 1947), p. 3.

611. Tony Benn, en *Commanding Heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/tr_show01.html.

612. F. A. Hayek, en ibídem.

613. Alvin Hansen, «The New Crusade against Planning», *New Republic,* vol. 12, 1 de enero, 1945, pp. 9-10.

614. Profesor T. V. Smith (1890-1964), profesor de filosofía de la Universidad de Chicago y miembro de la Cámara de Representantes del Congreso de Illinois.

615. T. V. Smith, comentarios al libro *Camino de servidumbre, Ethics* (University of Chicago Press, Chicago), vol. 55, no. 3, abril de 1945, p. 226.

616. Ibídem, pp. 225-226.

617. Russel Kirk, James McClellan y Jeffrey Nelson, *The Political Principles of Robert A. Taft* (Transaction Publishers, Piscataway, N.J., 2010), p. 86.

618. Ibídem.

619. Herman Finer (1898-1969), político científico británico que fue profesor de las universidades de Chicago y Harvard.

620. Herman Finer, *The Road to Reaction* (Little, Brown, Boston, 1945), prefacio.

621. Ibídem, p. ix.

622. Ayn Rand O'Connor, nacida Alissa Zinov'yevna Rosenbaum (1905-1982), autora estadounidense nacida en Rusia, anticolectivista, polemista y

guionista de cine. Es más conocida por sus novelas didácticas *El manantial* (1943), filmada por King Vidor en 1949 y protagonizada por Gary Cooper y Patricia Neal, y *La rebelión de Atlas* (1957), filmada por Paul Johansson en el 2010 protagonizada por ella misma.

623. Rand a Theodore J. Lowi, citada en Theodore J. Lowi, *The End of the Republican Era* (University of Oklahoma Press, Norman, 2006), p. 22, pie de página.

624. Rand citada en Ayn Rand, *Ayn Rand's Marginalia: Her Critical Comments on the Writings of Over 20 Authors,* Robert Mayhew (ed.) (Second Renaissance Books, New Milford, Conn., 1995), pp. 145-160.

625. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 90.

626. *Collected Works,* vol. 9: *Contra Keynes and Cambridge*, p. 232.

627. UCLA Oral History Program, p. 117.

628. Sufrió una endocarditis bacteriana, una infección de las válvulas del corazón, enfermedad incurable antes de que aparecieran los antibióticos.

629. Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. 3: *Fighting for Freedom,* p. 472.

630. Citado en Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 344.

631. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 143.

632. Ibídem, p. 103.

633. UCL Oral History Program, p. 463.

634. Helen Elna Hokinson (1893-1949), dibujante estadounidense del *New Yorker* especializada en dibujar matronas puritanas, grandes y rollizas de cierta edad.

635. UCLA Oral History Program, p. 463.

636. Entrevista de Ralph Harris, 17 de julio de 2000, *Commanding Heights*, PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_ralphharris.html.

637. Hayek, *Hayek sobre Hayek*, p. 143.

638. Ralph Harris (1924-2006), ennoblecido por Margaret Thatcher con el título de barón Harris de la High Cross, fundador del centro de estudios del libre mercado del Institute of Economic Affairs, Londres.

639. Entrevista a Ralph Harris, 17 de julio, 2000, *Commanding heights,* PBS.

640. Ibídem.

641. UCLA Oral History Program, p. 10.

642. *Collected Works,* vol. 4: *The Fortunes of Liberalism: Essays on Austrian Economics and the Ideal of Freedom,* Peter G. Klein (ed.) (University of Chicago Press, Chicago, 1992), p. 191.

643. Raymond-Claude-Ferdinand Aron (1905-1983), sociólogo francés y científico social, y amigo de Jean-Paul Sartre.

644. Michael Polanyi, nacido Polányi Mihály (1891-1976), economista británico nacido en Hungría, químico y filósofo que huyó de la Alemania nazi en 1933 para evitar la persecución judía.

645. Wilhem Röpke (1899-1966), economista alemán, cuyas ideas sobre la necesidad de atemperar las privaciones del libre mercado con «humanismo económico» le llevaron a ayudar a establecer la exitosa economía social de mercado de posguerra que sentó las bases del «milagro alemán».

646. Actualmente el Hôtel Mirador.

647. Albert Hunold (1899-1981).

648. Philip Mirowski y Dieter Plehwe, *The road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective* (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2009), p. 15.

649. George H. Nash (1945-), historiador estadounidense, autoridad en Herbert Hoover, y autor de *The Conservative Intelectual Movement in America since 1945* (Basic Books, Nueva York, 1976).

650. Nash, *Conservative Intellectual Movement in America,* p. 26.

651. George Joseph Stigler (1911-1991), que, después de investigar para el Manhattan Project, se convirtió en uno de los miembros más importantes de la University of Chicago School of Economics y en protegido de Frank Knight, que

ganó el Premio Nobel de Economía en 1982.

652. John Jewkes (1902-1988), profesor de organización económica del Merton College, Oxford.

653. Sir Karl Raimund Popper (1902-1994), filósofo científico, exmarxista británico, nacido en Viena y defensor de la tradición liberal democrática hipercrítica que forma la «sociedad abierta».

654. Dame (Cicely) Veronica «C. V.» Wedgwood (1910-1997), historiadora británica y biógrafa de figuras muy importantes de los siglos XVI y XVII, particularmente de la guerra civil inglesa y de la guerra de los Treinta Años.

655. Aaron Director (1901-2004), exizquierdista radical, cuyas clases en la University of Chicago Law School influyeron en algunos de los jueces de derechas más importantes de Estados Unidos, incluidos Robert Bork, Richard Posner, Justice Antonin Scalia y el presidente del Tribunal de Justicia William Rehnquist.

656. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs* (University of Chicago Press, Chicago, 1998), p. 158.

657. Ibídem.

658. Ibídem, p. 159. A partir de 1957, cuando sus hijos fueron lo suficientemente mayores para quedarse solos en Estados Unidos, Milton Friedman, a menudo acompañado de su esposa, Rose, convirtió la reunión anual del Mont-Pèlerin en sus vacaciones de verano. En 1971 fue nombrado presidente de la sociedad.

659. Citado en Friedman y Friedman, *Two lucky people*, p. 159.

660. Ibídem.

661. Paul Samuelson, «A Few Remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1992)».

662. Entrevista a Milton Friedman, 1 de octubre de 2000, *Commanding Heights*, PBS, http://www.pbs.org/wgbh”commandingheights/shared/minitextlo/int_miltonfriedman.html.

663. Samuelson, «A Few Remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1992)».

664. Declaración de intenciones de Robbins, 8 de abril, 1947, The Mont-Pèlerin Society, http://www.montpelerin.org/montpelerin/mpsGoals.html.

665. *Collected Works,* vol. 4: *Fortunes of liberalism,* p. 192.

666. Entrevista a Milton Friedman, 1 de octubre de 2000, *Commanding heights,* PBS.

667. Citado en William Buckley en su discurso en la Mont-Pèlerin Society, Hillsdale College, Hillsdale, Mich., 26 de agosto de 1975, en William F. Buckley Jr., *Let us talk of many things: The collected speeches* (Basic Books, Nueva York, 2008), p. 224.

668. Stephen Kresge, «Introduction» en Hayek, *Hayek sobre Hayek,* p. 22.

669. UCLA Oral History Program, p. 395.

670. Ibídem.

671. Hayek, *Hayek sobre Hayek,* p. 127.

672. Jacob Viner (1892-1970), cofundador de la Chicago School of Economics que aconsejó al secretario del Tesoro de la FDR, Henry Morgenthau, no intentar soluciones keynesianas durante la Gran Depresión. Viner fue profesor de Milton Friedman.

673. Citado en Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 174.

674. John Ulric Nef, *The search for meaning: The autobiography of a nonconformist* (Public Affairs Press, Washington, D.C., 1973), p. 37.

675. Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 196.

676. F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad* (1960), p. 6.

677. Ibídem, p. 87.

678. Ibídem, p. 13.

679. Ibídem, pp. 86-87.

680. Ibídem, p. vi.

681. Ibídem, p. 42.

682. Ibídem, pp. 46-47.

683. Ibídem, p. 397.

684. Ibídem, p. 400.

685. Ibídem, p. 402.

686. Ibídem, p. 401.

687. Ibídem, p. 403.

688. Ibídem, p. 405.

689. Ibídem.

690. Ibídem.

691. Lionel Robbins, «Hayek on liberty», *Economica* (Nueva colección), vol. 28, n.º 109 (febrero de 1961), p. 67.

692. Jacob Viner, «Hayek on freedom and coercion», *Southern Economic Journal*, vol. 27, n.º 3 (enero de 1961), p. 231.

693. Ibídem, p. 235.

694. Ibídem, p. 232.

695. Ibídem, p. 235.

696. Ibídem, pp. 235-236.

697. Ibídem, p. 235.

698. Robbins, «Hayek on Liberty», p. 68.

699. Ibídem, p. 80.

700. Ibídem, pp. 79-80.

701. F. A. Hayek en *Commanding heights*, PBS, http://www.pbs.org/wgbh/

commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html#1.

702. Robbins, *Autobiography of an economist,* p. 154.

703. Ibídem, p. 155.

704. Ralph Harris en *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html#1.

705. Lawrence Hayek, en ibídem.

706. Hayek-North/Skouken entrevista, citada en Ebenstein, *Friedrich Hayek,* p. 252.

707. Keynes había pedido en sus últimas voluntades que sus cenizas fueran enterradas en el King's College, pero el ejecutor de su testamento, su hermano Geoffrey, decidió esparcir sus cenizas en Sussex.

708. Alexander Kerensky (1881-1970), primer ministro del gobierno provisional ruso desbancado por Vladimir Lenin tras la Revolución de Octubre.

709. Alan Peacock, *Liberal News* (23 de febrero de 1951).

710. Martin Gilbert, *Winston Churchill, the wilderness years,* Houghton Mifflin, Nueva York, 1982, p. 31.

711. William Beveridge, *Pleno empleo en una sociedad libre,* 1944, p. 135.

712. UCLA Oral History Project, p. 111.

713. Ibídem, pp. 111-112.

714. Ibídem, p. 111.

715. Artículos 55 y 56, Carta de las Naciones Unidas, 1945, http://un.org/en/ documents/charter/index.shtml.

716. Johannes Morsink, *The Universal Declaration of Human Rights: Origins, drafting and intent,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2000, p. 160.

717. Robert J. Donovan, *Conflict and crisis: The presidency of Harry S. Truman, 1945-1948,* University of Missouri Press, Columbia, 1996, p. 112.

718. Franklin D. Roosevelt, «State of the Union message to Congress», 11 de enero de 1944, The American Presidency Project, http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16518.

719. James Murray (1876-1961), estadounidense nacido en Canadá que fue senador de Montana durante cinco mandatos.

720. Leon H. Keyserling (1908-1987), economista que fue alumno de Rexford Tugwell, arquitecto del New Deal y miembro del equipo estratégico de Franklin Roosevelt. Ver W. Robert Brazelton, «The economics of Leon Hirsch Keyserling», *Journal of Economic Perspectives,* vol. 11, no. 4, otoño de 1997, pp. 189-197.

721. Entrevista a Leon Keyserling por Jerry N. Hess, Washigton, D.C., 3 de mayo de 1971, Harry S. Truman Library, Independence (Missouri), pp. 25-26.

722. Proyecto de ley de pleno empleo de 1945, en Stephen Kemp Bailey, *Congress makes a Law: The story behind the Employment Act of 1946,* Vintage, Nueva York, 1964, p. 57.

723. Senado estadounidense, *Assuring full employment in a free competitive economy. Report from the Committee on Banking and Currency,* S. Rept. 583, 79.º congreso, 1.ª sesión, Government Printing Office, Washington, D.C., 22 de septiembre de 1945, p. 81.

724. Harry S. Truman (1884-1972), 33.º presidente de Estados Unidos (1945-1953).

725. Proyecto de ley del pleno empleo de 1945, sección 2 (b-c).

726. Seymour E. Harris, «Some aspects of the Murray Full Employment Bill», *Review of Economics and Statistics,* vol. 27, n.º 3 (agosto de 1945), pp. 104-106.

727. Gottfried Haberler, «Some observations on the Murray Full Employment Bill», *Review of Economics and Statistics,* vol. 27, n.º 3 (agosto de 1945), pp. 106-109.

728. Ley del Empleo de 1946, sección 2.

729. Edwin Griswold Nourse (1883-1974), economista agrícola y presidente del Consejo económico (1946-1949).

730. Entrevista de Jerry N. Hess a Edwin Nourse, Washington, D.C., 7 de marzo de 1972, Harry S. Truman Library, Independence (Missouri), pp. 24-26.

731. David McCullough, *Truman*, Simon & Schuster, Nueva York, 1992, p. 633.

732. Entrevista de Jerry N. Hess a Leon Keyserling, Washington, D.C., 10 de mayo, 1971, p. 117.

733. Silvia Nasar, entrevista con Paul Samuelson, «Hard Act to Follow?», *The New York Times* (14 de marzo, 1995).

734. Dwight David *Ike* Eisenhower (1890-1969), comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa que dirigió la invasión de la Francia ocupada por los nazis y de Alemania en 1944 y se convirtió en el 34.º presidente de Estados Unidos (1953-1961).

735. John W. Sloan, *Eisenhower and the management of prosperity,* University Press of Kansas, Lawrence, 1991, p. 13.

736. Arthur Frank Burns (1904-1987), presidente del Consejo económico bajo Eisenhower (1953-1956) y presidente de la Reserva Federal (1970-1978).

737. Discurso de Burns, 16 de junio de 1955, Dwight D. Eisenhower papers, Dwight D. Eisenhower Presidential Library and Museum, Abilene (Kansas), Ann Whitman File, Administrative Series, caja 10.

738. Parker, *John Kenneth Galbraith*, p. 319.

739. Editorial, «People's success story», *Life* (1 de agosto de 1960), p. 20.

740. En los años cincuenta, el gasto en defensa llegó a ser la mitad de todo el gasto federal. En los años sesenta, la cifra alcanzó los 48.100 millones de dólares de un presupuesto federal de 92.200 millones. U.S Office of management and budget, *Historical tables: Budget of the United States Government, 2006,* Government Printing Office, Washington, D.C., 2005.

741. James Oberg, *NBC News* (27 de abril de 2004).

742. Richard Hofstadter, *American perspective*, vol. 4, Foundation for Foreign Affairs, Washington, D.C., 1950, p. 35.

743. Los contratos de defensa federal se concedieron a grandes corporaciones como Lockheed, Grumman, Hughes, Litton Industries, TRW, General Motors, IBM y General Electric.

744. Dwight D. Eisenhower, «Discurso de despedida», 17 de enero de 1961, The American Presidency Project, www.presidency.ucsb.edu.

745. Conferencia de prensa de Eisenhower, 5 de noviembre de 1958, The American Presidency Project, http://www.presidency.ucsb.edu/ws/ index.php?pid=11286.

746. Richard Milhous Nixon (1913-1994), 36.º vicepresidente (1953-1961) y 37.º presidente de Estados Unidos (1969-1974).

747. John Fitzgerald «Jack» Kennedy (1917-1963), 35.º presidente de Estados Unidos (1961-1963).

748. Stein, *On the other hand*, p. 85.

749. John Kenneth Galbraith, *Ambassador's Journal,* Houghton Mifflin, Nueva York, 1969, p. 48.

750. William McChesney Martin Jr. (1906-1998), el presidente que más tiempo sirvió en la Reserva Federal, desde abril de 1951 a enero de 1970, e hijo del arquitecto de la Ley de la Reserva Federal, William McChesney Martin.

751. Cuando Leon Keserling se quejó a Kennedy de que estaba eligiendo demasiados conservadores para ocupar posiciones clave, Kennedy respondió: «No eres consciente de que sólo he ganado por la mitad de un uno por ciento», a lo que Keserling respondió: «Supongo que si Dick Nixon hubiera sido elegido por la mitad de un uno por ciento, me hubiera nombrado secretario del Tesoro para complacer a los liberales». Entrevista de Jerry N. Hess a Leon Keyserling, Washington, D.C., 10 de mayo de 1971, p. 94.

752. Walter Wolfgang Heller (1915-1987), catedrático de economía de la Universidad de Minnesota. Ayudó a diseñar el Plan Marshall de 1947 que impulsó el resurgimiento de Europa tras la segunda guerra mundial. Sugirió a Lyndon Johnson la «guerra a la pobreza».

753. Kermit Gordon (1916-1976), último presidente de la Brookings Institution que supervisó el primer presupuesto de la Great Society de Johnson.

754. John F. Kennedy, «State of the Union Message to Congress», 2 de febrero de 1961, The American Presidency Project, http://www.presidency. ucsb.edu/ws/index.php?pid=8111&st=kennedy&st1=congress.

755. Michael O'Brien, *John F. Kennedy: A biography*, Macmillan, Londres,

2006, p. 637.

756. Arthur M. Schlesinger Jr., *Los mil días de Kennedy,* 1965, p. 630.

757. Citado de varias fuentes en Parker, *John Kenneth Galbraith,* p. 340.

758. Entrevista de Jerry N. Hess a Leon Keyserling, Washington, D.C., 10 de mayo de 1971, p. 94.

759. Discurso de JFK al Economic Club de Nueva York, 14 de diciembre de 1962, John F. Kennedy Presidential Library and Museum, http://www. jfklibrary.org/Historical+Resources/Archives/Reference+Desk/Speeches/ Speeches+of+John+F.+Kennedy.htm.

760. Michael M. Weinstein, «Paul A. Samuelson, Economist, Dies at 94», *The New York Times* (13 de diciembre, 2009).

761. Robert M. Collins, *The business response to Keynes, 1929-1964,* Columbia University Press, Nueva York, 1981, p. 192.

762. Evsey Domar (1914-1997), economista estadounidense nacida en Polonia que estudió la conexión entre déficit y crecimiento económico.

763. Robert Merton Solow (1924-), economista estadounidense de Columbia y el MIT, y ganador del Premio Nobel de Economía de 1987, que identificó la importancia de la innovación técnica para el crecimiento económico.

764. William Phillips (1914-1975), ingeniero eléctrico licenciado en economía en la LSE que diseñó un innovador ordenador analógico y en 1958 postuló una conexión entre los cambios en el desempleo y la inflación en su «curva de Phillips».

765. Douglas Cater Oral History Interview II, por David G. McComb, 8 de mayo de 1969, Lyndon Baines Johnson Library and Museum, Austin (Tejas), Oral History Collection, p. 16.

766. S. Douglas Cater (1923-1995), asistente especial del presidente Johnson.

767. «Kennedy tax cuts boosted revenue», Heritage Foundation, http://www. heritage.org/static/reportimages/1326E87331F4B5FC87405FF5C1BFC 7EE.gif.

768. Cifras del Bureau of Labor Statistics, www.bls.gov.

769. *Time,* 31 de diciembre de 1965. Autor desconocido.

770. «President Lyndon B. Johnson's remarks at the University of Michigan», 22 de mayo de 1964, Lyndon Baines Johnson Library and Museum, http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/archives.hom/speeches. hom/640522.asp.

771. Barry Goldwater (1909-1998), pensador conservador y libertario que, en 1964, fue senador de Arizona y candidato presidencial republicano.

772. Wilbur Mills (1909-1992), congresista de Arkansas, presidente del House Ways and Means Committee en los sesenta y candidato presidencial demócrata que fue derrotado por George McGovern en la convención de 1972.

773. Wilbur Mills Oral History Interview I, por David G. McComb, 11 de febrero de 1971, Lyndon Baines Johnson Library and Museum, Austin (Tejas), Oral History Collection, p. 15.

774. Richard Nixon, «State of the Union Message to Congress», 22 de enero, 1970, Miller Center of Public Affairs, University of Virginia, http://millercenter.org/scripss/archive/speeches/detail/3889.

775. Paul McCracken (1915-), economista estadounidense.

776. Herbert Stein (1916-1999), periodista probienestar libre-mercado y presidente del Consejo económico de Nixon.

777. George Schultz (1920-), secretario de trabajo de Nixon (1969-1970), director de la Oficina de Administración y Presupuesto (1970-1972), secretario del Tesoro (1972-1974) y secretario de Estado de Ronald Reagan (1982-1989).

778. U.S. Bureau of Labor Statistics (BLS): Current Population Survey (CPS) (Household Survey – LNS14000000), http://zimor.com/chart/unemployment_Rate.

779. Stein, *On the other hand,* p. 96.

780. Nixon, «State of the Union Message to Congress», 22 de enero de 1970.

781. Stein, *On the other hand,* p. 101.

782. Ibídem.

783. Ibídem, p. 105.

784. Entrevista a Milton Friedman, 1 de octubre de 2000, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/int_miltonfriedman.html.

785. John Connally (1917-1993), político astuto que jugó en ambos lados. Fue secretario de Marina de JFK; luego, gobernador de Tejas y fue herido al viajar en el mismo automóvil que John F. Kennedy cuando fue asesinado en Dallas en noviembre de 1963; por último, secretario del Tesoro de Nixon.

786. Stein, *On the other hand,* p. 101.

787. Ibídem, p. 102.

788. William Safire, «Do something!», *The New York Times* (14 de febrero de 1974).

789. Richard Nixon, *The memoirs of Richard Nixon,* Arrow Books, Londres, 1979, p. 971.

790. George Schultz, en *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html#1.

791. Se cree que la palabra fue acuñada por el portavoz de finanzas del partido conservador británico Ian Macleod en 1965, aunque su primer uso también ha sido atribuido a Paul Samuelson.

792. Gerald Ford (1913-2006), nacido Leslie Lynch King Jr., miembro consolidado de la Cámara que fue elevado a vicepresidente y luego se convertiría en el 38.º presidente de Estados Unidos (1974-1977) después que Richard Nixon dimitiera en pleno escándalo Watergate.

793. Alan Greenspan (1926-), presidente de la Reserva Federal (1987-2006).

794. Los rumores que habían llegado a oídos de Greenspan se confirmaron el día que Nixon dimitió.

795. «Historical inflation», InflationData.com, http://inflationdata.com/inflation/ Inflation_Rate/HistoricalInflation.aspx?dsInflation_currentPage=2.

796. Entrevista de Milton Friedman, 1 de octubre de 2000, *Commanding heights,* PBS.

797. Alan Greenspan, *La era de las turbulencias: aventuras en un nuevo mundo,* 2008, p. 72.

798. Oficialmente conocida como «Ley del pleno empleo y crecimiento equilibrado».

799. Canute (985-1035), rey vikingo de Dinamarca, Inglaterra, Noruega y partes de Suecia.

800. Jimmy Carter, «Crisis of Confidence'Speech», 15 de julio de 1979, Miller Center of Public Affairs, Universidad de Virginia, http://millercenter. org/scripps/archive/speeches/detail/3402.

801. Jimmy Carter, «Anti-inflation program speech», 24 de octubre de 1978, Miller center of public affairs, Universidad de Virginia, http://millercenter.org/ scripps/archive/speeches/detail/5547.

802. Paul Volcker (1927-), presidente de la Reserva Federal (1979-1987) bajo la presidencia de Carter y Reagan, y presidente del Economic Recovery Advisory Board del presidente Obama (2008-).

803. Aaron Director, «Review of F. A. Hayek, *Camino de servidumbre», American Economic Review,* vol. 35, n.º 1 (marzo de 1945), p. 173.

804. Friedman y Friedman, *Two lucky people,* p. 58.

805. Stanley Dennison (1912-1992), profesor de economía de Cambridge (1945-1957) y vicecanciller de la Universidad de Hull (1972-1980).

806. Milton Friedman y Anna D. Schwartz, *A monetary history of the United States, 1867-1960,* Princeton University Press, Princeton (N.J.) 1963.

807. La exposición definitiva de la teoría monetaria de Friedman fue «The quantity of money - A restatement, an essay in studies in the quantity theory of money», en Friedman (ed.), *Studies in the quantity theory of money,* University of Chicago Press, Chicago, 1956.

808. Milton Friedman, «The role of monetary policy», discurso presidencial en la American Economic Association, 29 de diciembre de 1967, en *American Economic Review,* vol. 58, n.º 1 (marzo de 1968).

809. Milton Friedman, «John Maynard Keynes», en J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupaci*ón, el interés y el dinero, edición de 1936 reimpresa por Verlag

Wirtschaft und Finanzen GmbH, Düsseldorf, 1989, p. 11.

810. Robert J. Gordon (ed.), *Milton Friedman's monetary framework: A debate with his critics,* University of Chicago Press, Chicago, 1974, pp. 133-134.

811. Friedman, «John Maynard Keynes», p. 20.

812. Ibídem, pp. 21-22.

813. Friedman, «Prefacio», en Fritz Machlup, *Essays on Hayek,* Routledge, Londres, 2003, p. xxi.

814. Friedman, «John Maynard Keynes», p. 21.

815. Barry M. Goldwater, *Conscience of a conservative,* Victor, Nueva York, 1960, p. 17.

816. Barry M. Goldwater con Jack Casserley, *Goldwater,* St. Martin's Press, Nueva York, 1988, p. 140.

817. Goldwater, *Conscience of a conservative,* p. 44.

818. Milton Friedman, «The Goldwater view of economics», *The New York Times* (11 de octubre, 1964).

819. Paul Samuelson, *The New York Times* (25 de octubre, 1964).

820. Ronald Reagan (1911-2004), actor de Hollywood, gobernador de California y 40.º presidente de Estados Unidos.

821. Rowland Evans y Robert Novak, *The Reagan Revolution,* E. P. Dutton, Nueva York, 1981, p. 237.

822. Ibídem.

823. Ronald Reagan, «Time for choosing», discurso emitido por televisión, 27 de octubre de 1964.

824. Newton Leroy «Newt» Gingrich (1943-), nacido Newton Leroy McPherson. Tras completar una disertación doctoral sobre la política de educación belga en el Congo de 1945 a 1960, fue profesor del West Georgia College antes de ser elegido miembro de la Cámara de representantes en 1978. Fue presidente de la Cámara de representantes de 1995-1999.

825. Entrevista de Newt Gingrich, primavera de 2001, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/pdf/int_newtgingrich.pdf.

826. Friedman and Friedman, *Two lucky people*, p. 388.

827. Ibídem, p. 386.

828. Ibídem, pp. 386-387.

829. Milton Friedman en *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html#1.

830. Herbert Stein, *Presidential economics,* Simon & Schuster, Nueva York, 1985, p. 255.

831. Paul Samuelson, «A few remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1992)».

832. Gunnar Myrdal (1898-1987), economista sueco y ministro del gobierno, cuyo trabajo pionero sobre las condiciones de vida de los afroamericanos dio lugar a la campaña para dar educación a todos los estadounidenses que culminó en la decisión de la Corte suprema de crear la *Brown v. Board of Education.* Friedman, que había coincidido con él en varias ocasiones en Columbia, creía que era «tremendamente encantador e inteligente». Friedman and Friedman, *Two lucky people,* p. 78.

833. Ibídem.

834. Entrevista de Ralph Harris, 17 de julio, 2000, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/int_ralphharris.html.

835. George H. Nash, «Hayek and the American conservative movement», discurso pronunciado en el Intercollegiate Studies Institute Indianapolis Conference, Indianapolis, 3 de abril de 2004, www.isi.org/lectures/text/pdf/hayek4-3-04.pdf.

836. Hayek pronunció su discurso del Nobel el 11 de diciembre de 1974.

837. F. A. Hayek, «The pretence of knowledge», citado en Assar Lindbeck (ed.), *Nobel lectures in economic sciences 1969-1980,* World Scientific, Singapur, 1992, p. 179.

838. UCLA Oral History Program, p. 195.

839. Milton Friedman, «Inflation and unemployment», Nobel memorial lecture, 13 de diciembre de 1976, http://nobelprize.org/nobel_prizes/economics/laureates/1976/friedman-lecture.pdf.

840. Una descripción completa de la batalla de liderazgo se puede encontrar en Nicholas Wapshott, *Ronald Reagan and Margaret Thatcher: A Political Marriage* (Sentinel, Nueva York, 2007), pp. 76-82.

841. Ralph Harris duda que sea el caso, manifestando a los investigadores de PBS *Commanding Heights* en su entrevista del 17 de julio de 2000: «Me sorprendería que un estudiante de ciencias de Oxford hubiera tenido en su lista de lecturas *Camino de servidumbre,* de Hayek. No era fácil de encontrar; no había recibido muchas críticas. [Sólo] estaba en ciertas publicaciones intelectuales».

842. John Ranelagh, *Thatcher's people: An insider's account of the politics, the power, and the personalities*, HarperCollins, Londres, 1991, p. ix.

843. El consenso fue apodado «butskellismo» ya que combinaba dos enfoques prácticamente idénticos del gobierno, el del conservador R. A. Butler y el del líder laborista Hugh Gaitskell.

844. Nicholas Wapshott y George Brock, *Thatcher,* Macdonald/Futura, Londres, 1983, p. 176.

845. Entrevista de Ralph Harris, 17 de julio de 2000, *Commanding heights,* PBS.

846. Laurence Hayek, en *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html#1.

847. Margaret Thatcher, en ibídem.

848. Nicholas Kaldor, *The economic consequences of Mrs. Thatcher: Speeches in the House of Lords, 1979-82,* Nick Butler (ed.), Duckworth, Londres, 1983.

849. Margaret Thatcher, «The Lady's not for turning», *Guardian*, 30 de abril, 2007, texto completo en http://www.guardian.co.uk/politics/2007/apr/30/conservatives.uk1. La frase «The Lady's not for turning» fue adaptada por el responsable de redactar los discursos de Thatcher, el dramaturgo Ronald Millar, de la obra de Christopher Fry de 1948 *The Lady's not for burning*.

850. Thatcher, Cámara de los Comunes, 5 de febrero de 1981, www.margaretthatcher.org/document/104593.

851. Thatcher, que había sido educada en la escuela pública, adoptó términos de los que sus oponentes conservadores, educados en escuelas privadas, se burlaban. Criticaba a los que tenían valores aristocráticos y se resistían a su política económica inflexible calificándolos de «wets», mientras que a los que estaban de acuerdo con ella los calificaba de «dries». Para descubrir de qué lado estaba un conservador, preguntaba: «¿Es uno de los nuestros?».

852. Para una descripción completa de la implementación de las políticas monetaristas de Thatcher, ver Wapshott y Brock, *Thatcher*, pp. 183-212.

853. El comité de expertos conservador es el Centre for Policy Studies, fundado por sir Keith Joseph y Margaret Thatcher y dirigido por el exmarxista Alfred Sherman.

854. Jürg Niehans (1919-2007), economista monetarista suizo, historiador económico y profesor de las universidades de Berna y Johns Hopkins (1966-1977).

855. Milton Friedman, entrevista de la BBC, marzo de 1983, citado en Hugo Young, *Margaret Thatcher*, p. 319.

856. Ronald Reagan, en *Commanding heights*, PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html#1.

857. Martin Anderson (1936-), economista, asesor político de las campañas presidenciales de Reagan de 1976 y 1980, y miembro del Foreign Intelligence Advisory Board (1980-1986).

858. Martin Anderson, *Revolution: The Reagan legacy*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1990, p. 267.

859. Paul Volcker, en *Commanding heights*, PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/pdf/minitextlo/tr_show01.html#1.

860. Ibídem.

861. George Shultz, en *Commanding heights*, PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/pdf/minitextlo/tr_show01.html#1. Reagan se mantuvo firme en la necesidad de una recesión, pero el secretario del Tesoro Donald Regan se cubrió las espaldas por si Reagan cambiaba de opinión, haciendo

correr rumores entre la prensa y el Congreso que echaban la culpa de las malas noticias económicas a Volcker.

862. Arthur Laffer (1940-), economista y fiscal estadounidense, conservador y libertario, y profesor de la University of Chicago Graduate School of Business.

863. *Obras completas*, vol. 9: *Ensayos de persuasión*, p. 338.

864. Entrevista de Hayek, «Business people; a Nobel winner assesses Reagan», *The New York Times* (1 de diciembre de 1982).

865. John Kenneth Galbraith, «Recession economics», *New York Review of Books* (4 de febrero de 1982).

866. Discurso de Mondale en Springfield, III, en Steven M. Gillon, *The Democrats' dilemma: Walter F. Mondale and the liberal legacy,* Columbia University Press, Nueva York, 1995, p. 371.

867. Todos los datos proceden de Arthur Laffer, *The Laffer Curve: Past, present and future,* Executive Summary Backgrounder, n.º 1765, Heritage Foundation, Washington, D.C., junio de 2004.

868. Jerry Tempalski, «Revenue effects of major tax bills», OTA Working Paper, 81, Office of Tax Analysis, U.S. Treasury Department, Washington, D.C., julio de 2003.

869. Milton Friedman, en *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html.

870. Cifras de Defensa expresadas en dólares constantes de 2000. U.S. Office of Management and Budget, *Historical tables: Budget of the United States Government, 2006,* Government Printing Office, Washington, D.C., 2005, tabla 6.1.

871. Ibídem.

872. John Case, «Reagan's economic legacy», *Inc.* (1 de octubre de 1988).

873. Stein, *Presidential economics,* p. 308.

874. Discurso de Reagan en el Club Gridiron, 24 de marzo, 1984, citado en Lou Cannon, *President Reagan: The role of a lifetime,* PublicAffairs, Nueva York, 2000, p. 100.

875. Citado en Holcomb B. Noble, «Milton Friedman, free market's theorist, dies at 94», *The New York Times* (16 de noviembre de 2006).

876. Entrevista a John Kenneth Galbraith, 28 de septiembre, 2000, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/int_johnkennethgalbraith.html.

877. De acuerdo con Tom G. Palmer, «El nombre que más se oye en Europa central y occidental es el de Friedrich Hayek. Por todas partes se pueden encontrar copias clandestinas de su libro, *Camino de servidumbre»,* Tom G. Palmer, «Why Socialism collapsed in Eastern Europe», *Cato Policy Report,* septiembre/octubre de 1990.

878. John Cassidy, «The price prophet», *The New Yorker* (7 de febrero de 2000).

879. Denis Winston Healey, barón Healey (1917-), ministro de Hacienda británico (1974-1979).

880. Denis Healey, *The Time of My Life* (Michael Joseph, Londres, 1989), p. 491.

881. Citado en «Austerity alarm», *Economist* (1 de julio de 2010), www.economist.com/node/16485318.

882. Alan S. Blinder, «The fall and rise of Keynesian economics», *Economic Record,* diciembre de 1988.

883. Robert Emerson Lucas Jr. (1937-), economista de la Universidad de Chicago, ganador del Premio Nobel de Economía de 1995 y fundador del nuevo keynesianismo. Hizo hincapié en la importancia de las expectativas racionales en las decisiones económicas individuales y de las decisiones microeconómicas a la hora de determinar los agregados microeconómicos.

884. Citado en Brian Snowdon y Howard R. Vane, *A macroeconomics reader* (Routledge, Londres, 1997), p. 445.

885. James K. Galbraith, *The predator State: How conservatives abandoned the free market and why liberals should too,* Free Press, Nueva York, 2008, p. 4.

886. Citado en Kevin A. Hassett, «The second coming of Keynes», *National Review* (9 de febrero de 2009).

887. UCLA Oral History Program, p. 195.

888. Robert E. Lucas Jr., «Macroeconomic priorities», discurso presidencial en la American Economic Association, 10 de enero de 2003, http://home.uchicago.edu/%7Esogrodow/homepage/paddress03.pdf.

889. Yoshihiro Francis Fukuyama (1952-), economista político estadounidense.

890. Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre,* 1996.

891. Ben Bernanke (1953-), presidente de la Reserva Federal (2006-), presidente del Consejo económico durante el mandato de George W. Bush (2005-2006).

892. Comentarios de Ben Bernanke a «A conference to honor Milton Friedman», University of Chicago, Chicago, 8 de noviembre de 2002.

893. Michael Kinsley (1951-), periodista político estadounidense.

894. Michael Kinsley, «Greenspan Schrugged», *The New York Times* (14 de octubre, 2007).

895. Greenspan, *La era de las turbulencias,* p. 68.

896. George H. Bush (1924-), embajador de la ONU, director de la CIA y 41.º presidente de Estados Unidos.

897. El discurso titulado «La codicia es buena», de Gordon Gekko, el héroe de la película de Oliver Stone, *Wall Street,* estaba basado en un discurso inaugural en la Universidad de California, 1986, pronunciado por el agente de bolsa Ivan Boesky, acusado de fraude y de utilizar información privilegiada, que dijo: «Creo que la codicia es saludable. Puedes ser avaricioso y al mismo tiempo sentirte bien contigo mismo».

898. John Brian Taylor (1946-), economista estadounidense y profesor de economía de la cátedra Robert Raymond de la Universidad de Stanford.

899. George H. W. Bush estudió en Yale entre 1945 y 1948.

900. Una frase pronunciada por el secretario de prensa de Bush, Peter Teeley, y utilizada por Bush en un discurso pronunciado antes de las primarias de Pennsylvania, en abril de 1978.

901. Michael Stanley Dukakis (1933-), gobernador de Massachusetts (1975-1979, 1983-1991) y nominado a las elecciones presidenciales por el partido demócrata (1988).

902. El discurso pronunciado por Bush en la Convención Nacional Republicana de 1988 en Nueva Orleans, se atribuye a Peggy Noonan, responsable de escribir los discursos de Reagan.

903. Milton Friedman, «Oodoov Economics», *The New York Times* (2 de febrero, 1992).

904. Citado en Greenspan, *La era de las turbulencias,* p. 113.

905. William Jefferson «Bill» Clinton, nacido William Jefferson Blythe III (1946-), gobernador de Arkansas y 42.º presidente de Estados Unidos (1993-2001).

906. Posteriormente fue descrito como «el mayor aumento impositivo de la historia», aunque a 32.000 millones de dólares y un 0,5 por ciento del PIB, era un poco inferior al aumento impositivo que hizo Reagan en 1982. Ver Tempalski, «Revenue effects of major tax bills».

907. Citado en Tom DeLay con Stephen Mansfield, *No retreat, no surrender: One american's fight,* Sentinel, Nueva York, 2007, p. 115.

908. Newt Gingrich, Ed Gillespie y Bob Schellhas, *Contract with America,* Times Books, Nueva York, 1994, p. 7.

909. Delay con Mansfield, *No retreat, no surrender*, p. 112.

910. Entrevista a Newt Gingrich, primavera de 2001, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_newtgingrich.html.

911. DeLay con Mansfield, *No retreat, no surrender*, p. 112.

912. Ibídem, p. 115.

913. *Collected writings,* vol. 20: *Activities 1929-31*, p. 147.

914. Greenspan, *La era de las turbulencias,* p. 147.

915. Kelly Wallace, «President Clinton announces another record budget surplus», CNN report, 27 de septiembre de 2000.

916. Anuncio de la Casa Blanca, 27 de septiembre de 2000, http://clinton4.nara.gov/WH/new/html/Tue_oct_3_113400_2000.html.

917. Alan Greenspan, entrevistado por Tim Russert, *Meet the Press,* NBC, 23 de septiembre de 2000.

918. Greenspan, *La era de las turbulencias,* p. 145.

919. William Jefferson Clinton, «State of the Union Address», 23 de enero, 1996, http://clinton2.nara.gov/WH/New/other/sotu.html.

920. George Walker Bush (1946-), 43.º presidente de Estados Unidos (2001-2009).

921. La ley para la prescripción de fármacos supuso un extra de quinientos mil millones de dólares durante diez años.

922. Greenspan, *La era de las turbulencias,* p. 233.

923. Ron Suskind, *The price of loyalty: George W. Bush, the White House, and the Education of Paul O'Neill* (Simon & Schuster, Nueva York, 2004), p. 291.

924. La guerra de Vietnam costó un 9,5 por ciento del PIB; la guerra de Corea un 14 por ciento.

925. Citado en el boletín de noticias de los senadores republicanos *American Sound,* 19 de noviembre de 2003.

926. Gail Russell Chaddock, «US spending surges to historic level», *Christian Science Monitor* (8 de diciembre de 2003).

927. Stein, *Presidential economics,* p. 313.

928. Dick Armey, «End of the revolution», *Wall Street Journal* (9 de noviembre de 2006).

929. Alan Greenspan, testimonio ante la Cámara para la reforma del gobierno, 23 de octubre de 2008, citado en «Greenspan "shocked" that free markets are flawed», *The New York Times* (23 de octubre de 2008).

930. J. M. Keynes, «The great slump of 1930» (1930), en *Collected writings,* vol. 9: *Ensayos de persuasión,* p. 126.

931. Alan Greenspan, «Markets and the judiciary», Sandra Day O'Connor Project Conference, Georgetown University, Washington, D.C., 2 de octubre de 2008.

932. *Collected writings,* vol. 13: *The general theory and after, Part 1,* p. 349.

933. Peter Clarke, *Keynes: The rise, fall and return of the 20th century's most influential economist,* Bloomsbury, Nueva York, 2009, p. 19.

934. Entrevista de John Kenneth Galbraith, 28 de septiembre de 2000, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_johnkennethgalbraith.html.

935. Justin Fox, «The comeback Keynes», *Time* (23 de octubre de 2008).

936. Ibídem.

937. Ibídem.

938. Chris Edwards, en *All things considered,* NPR, 29 de enero de 2009.

939. Barack Hussein Obama II (1961-), senador por Illinois y 44.º presidente de Estados Unidos, elegido en el 2008.

940. Presidente Obama, discurso televisado, 16 de febrero de 2010 en «Obama says stimulus halted "catastrophe"», *Financial Times* (17 de febrero de 2010).

941. Paul Krugman (1953-), economista estadounidense que estudió en Princeton y en la LSE, y ganó el Premio Nobel de Economía de 2008.

942. Paul Krugman, «The third Depression», *The New York Times* (27 de junio de 2010).

943. El populista Tea Party surgió durante 2009 y es una coalición cuyos activistas se sitúan más a la derecha del partido republicano y favorecen la reducción de los impuestos, de la dimensión del gobierno y la liquidación de la deuda del gobierno.

944. Robert Skidelsky, «After serfdom», reseña de *Hayek: The iron cage of liberty* por Andrew Gamble, Oxford, Polity, en *Times Literary Supplement* (20 de septiembre de 1996).

945. Milton Friedman, Carta, *Time* (4 de febrero de 1966).

946. Milton Friedman, «John Maynard Keynes» en J. M. Keynes *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, copia de la edición de 1936 reimpresa por Verlag Wirtschaft und Finanzen GmbH, Düsseldorf, 1989, p. 6.

947. Milton Friedman, *The counter-revolution in monetary theory: First Wincott memorial lecture,* pronunciada en la Cámara del Senado, Universidad de Londres, 16 de septiembre de 1970, Institute of Economic Affairs, Londres, 1970, p. 8.

948. Entrevista a Hayek por Thomas W. Hazlitt, 1977, publicada en *Reason* (julio de 1992), http://reason.com/archives/1992/07/01the-road-fromserfdom.

949. Entrevista a Milton Friedman, 1 de octubre de 2000, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_miltonfriedman.html.

950. Entrevista a Hayek por Thomas W. Hazlett, 1977.

951. Richard Cockett, *Thinking the unthinkable: Think tanks and the eonomic counter-revolution, 1931-1983,* HarperCollins, Londres, 1994, p. 175.

952. Gita Sereny (1921-), autora británica nacida en Austria, biógrafa del arquitecto de Hitler, Albert Speer.

953. Citado en Gita Sereny, *The Times* (Londres) (9 de mayo de 1985).

954. Entrevista a F. A. Hayek, *Forbes* (15 de mayo de 1989), pp. 33-34.

955. *Collected works,* vol. 2: *Road to serfdom,* prefacio a la edición de 1976, p. 53. Hayek había descrito la *Teoría general* de Keynes en términos idénticos.

956. Adam Wolfson, «Conservatives and neoconservatives», en Irwin Stelzer (ed.), *The neocon reader,* Grove Press, Nueva York, 2004, p. 224.

957. Paul Samuelson, «A few remembrances of Friedrich von Hayek (1899-1922)».

958. Ver Jeffrey D. Sachs, «The social welfare State, beyond ideology: Are higher taxes and strong social "safety nets" antagonistic to a prosperous market economy?», en *Scientific American* (16 de octubre de 2006).

959. Entrevista a Hayek por Thomas W. Hazlett, 1977.

960. John Cassidy, «The price prophet», *The New Yorker* (7 de febrero de 2000).

961. Ibídem.

962. Bruce Caldwell, *Hayek's challenge: An intellectual biography of F. A. Hayek,* University of Chicago Press, Chicago, 2005, p. 3.

963. F. A. Hayek, *Estudios de filosofía, política y economía*, University of Chicago Press, Chicago, 1967, p. 194.

964. Entrevista a Ralph Harris, 17 de julio de 2000, *Commanding heights,* PBS, http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitext/int_ralphharris.html.

965. F. A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad,* vol. 3, 1979, p. 147.

966. Ibídem, p. 146.

967. Ibídem, p. 147.

968. *Collected works,* vol. 2: *Road to serfdom,* p. 260.

969. De hecho, gracias a los ingeniosos esfuerzos de su canciller Nigel Lawson, Thatcher pudo responder por fin, en cierta medida, a la idea de Hayek de liberalizar la oferta de dinero del control del Estado. Thatcher siempre se había resistido a las persistentes demandas de la Unión Europea para el establecimiento de una moneda única, y para que la libra se uniera al euro; lo cual habría privado a Gran Bretaña de su soberanía —la capacidad del gobierno para fijar los tipos de interés para ajustarse únicamente a las condiciones de Gran Bretaña y una flotación de las monedas en el mercado que reflejase las fortalezas y debilidades de la economía británica—. Lawson, quizás no demasiado en serio, diseñó una «forma de unión monetaria alternativa […] basada en la idea hayekiana de competencia de monedas. […] La creación de monedas permanecería en manos de las monedas en competencia. […] Con total intercambiabilidad y sin impedimentos legales, las monedas más buenas irían desplazando gradualmente a las peores […] hasta que finalmente, Europa se encontraría con una sola moneda, elegida libremente». (Ver Nigel Lawson, *The View from Number 11,* Bantam Press, Londres, 1992, p. 939.) La propuesta de Lawson no llegó a ningún sitio, como esperaba. Como Thatcher explicó en *Los años de Downing Street*, 2012, p. 716: «Nuestros socios europeos comunitarios no querían el modelo de estado estadista, centralizado». Pero ni siquiera la ingeniosa postura contradictoria de Thatcher y Lawson a la presión persistente de Europa por crear un único estado enorme con un único gobierno y

una única moneda no superó el test de Hayek ya que seguía dejando en manos de los bancos centrales, propiedad del gobierno, la posibilidad de emitir dinero. De hecho, la posibilidad de tener una moneda única a la que se hubiera podido llegar libremente a través de las presiones del mercado hubiera refrendado el poder monopolista del Estado para emitir dinero, un poder que hubiera sido políticamente difícil y embarazoso ceder a manos privadas, como Hayek hubiera preferido.

970. Wolfson, «Conservatives and neoconservatives», p. 224.

971. Herbert Stein, *Washington bedtime stories: The politics of money and jobs,* Fress Press, Nueva York, 1986, p. 116.

972. F. A. Hayek, «Review of Harrod's *Life of J. M. Keynes», Journal of Modern History,* vol. 24., n.º 2 (junio de 1952), pp. 195-198.

973. F. A. Hayek, «Personal recollections of Keynes and the "Keynesian revolution"», en *Oriental Economist,* vol. 34, n.º 663 (enero de 1966), pp. 78-80.

974. J. K. Galbraith, «Keynes, Roosevelt and the Complementary Revolutions», *Challenge*, New York University Institute of Economic Affairs, M. E. Sharpe, Nueva York, vol. 26, 1983, p. 76.

* Alegría mal sana. *(N. de la t.)*

* Poema de S. T. Coleridge concebido, según el prefacio del autor, en un sueño. *(N. de la t.)*

* El término en inglés «Great Contraction» (Gran Contracción) fue acuñado por Milton Friedman en su libro en colaboración con Anna Schwartz *A monetary History of the United States 1929-1933* para referirse a la fuerte contracción de la economía estadounidense ocurrida entre 1929 y 1933, y que habitualmente se conoce como Gran Depresión. *(N. de la t.)*

* *Pork barrel*, literalmente «barril con carne de cerdo», es un término despectivo utilizado en Estados Uunidos para referirse a la contribución de dinero público para financiar proyectos de interés local y, por lo general, ganar votos. (*N. de la t.)*

Keynes vs Hayek

Nicholas Wapshott

Título original: *Keynes vs Hayek*

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.

Grupo Planeta, Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2013

ISBN: 978-84-234-1616-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com